

Dramaturgia antioqueña, 1879-1963

—Antología—

Felipe Restrepo David

—Compilación, prólogo y notas—



Dramaturgia antioqueña, 1879-1963: antología / Juan de Dios Uribe Restrepo...[et al.]
-- Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2014.
306 p. ; 24 cm. -- (Colección Bicentenario de Antioquia)
ISBN 978-958-720-221-2
1.Drama antioqueño – Historia y crítica – Siglo XIX. 2. Drama antioqueño – Historia y crítica – Siglo XX. I. Tit. II. Serie. III. Restrepo David, Felipe, Prol.
C862.08 cd 21 ed.
D763

Universidad EAFIT-Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

Dramaturgia antioqueña, 1879-1963
--Antología--

Primera edición en la colección Bicentenario de Antioquia: julio de 2014

© Herederos de: Juan de Dios Uribe Restrepo, Alejandro Vásquez Uribe, Juan José Botero, Salvador Mesa Nicholls, Isabel Carrasquilla de Arango, Efe Gómez, Alejandro Mesa Nicholls, Gonzalo Arango, Regina Mejía de Gaviria, Ciro Mendía

© Colección Bicentenario de Antioquia

© Fondo Editorial Universidad EAFIT

Carrera 48A No. 10 sur - 107

Tel.: 261 95 23, Medellín

<http://www.eafit.edu.co/fondoeditorial>

e-mail: fonedit@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-221-2

Diseño de carátula: Miguel Suárez

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de los editores.

Editado en Medellín, Colombia



Agradecimientos

A la Sala Antioquia de la Biblioteca Pública Piloto por facilitarnos el manuscrito de Alejandro Mesa Nicholls, y las primeras ediciones de la mayoría de los autores aquí antologados.

A Elkin Obregón por sus comentarios.

A la Corporación Fernando González-Otraparte por ceder los derechos de publicación de *HK-111* de Gonzalo Arango. A Roberto Gavira, Cristóbal Gaviria y Gloria Mesa por los de *Calle tal, Número tal* de Regina Mejía de Gaviria. A los nietos y bisnietos de Isabel Carrasquilla de Arango por los de *Contra viento y marea*. A Francisco Javier Vásquez Gómez por los de *Roque Yarza* de Efe Gómez.

Y sobre todo a Viviana Restrepo Osorio por su incondicionalidad y por su ayuda en la transcripción de los textos y su corrección. Es gracias a ella que esta antología pudo ver la luz. Por eso, a ella dedico este libro.

Medellín, 16 de marzo de 2014



Contenido

Prólogo. <i>Felipe Restrepo David</i>	9
De la antología	17
Para volver a comenzar	
Por el rey y por la honra. <i>Juan de Dios Uribe Restrepo</i>	21
Nuestra expresión cómica	
Zoila Rosa. <i>Alejandro Vásquez Uribe</i>	29
Nosce te ipsum. <i>Juan José Botero</i>	56
Hacia un drama regional	
Adiós, Lucía. <i>Salvador Mesa Nicholls</i>	81
Contra viento y marea. <i>Isabel Carrasquilla de Arango</i>	102
Roque Yarza. <i>Efe Gómez</i>	116

Revisión de nuestra historia

Lauro candente. <i>Alejandro Mesa Nicholls</i>	129
--	-----

Lo que vendrá

HK-111. <i>Gonzalo Arango</i>	237
Calle tal, Número tal. <i>Regina Mejía de Gaviria</i>	265
Prometea desencadenada. <i>Ciro Mendiá</i>	281



Prólogo

Hay dos fechas clave que nos remiten a un inicio de la dramaturgia antioqueña. La primera es 1803, cuando en el Coliseo Ramírez (donde se encuentra el actual Teatro Colón de Bogotá) se representaron los dramas *Eneas* y *El sacrificio de Idomeneo* de José María Salazar (1784-1827). Él era apenas un joven poeta, estudiante de Derecho del Colegio de San Bartolomé que había nacido en Rionegro, y que al iniciarse el siglo ya mostraba interés por crear una dramaturgia propia; y aunque sus dos obras fueran posiblemente imitación de la estética neoclásica de entonces, quizás ya intentaban promulgar aquel espíritu independentista que comenzaba a hacerse sentir en la atmósfera política. Con los años abandonaría el teatro y se dedicaría a ser un activo luchador por la Independencia, incluso llegó a ser el autor de la primera letra del Himno Nacional. Lamentablemente, esas dos obras no se conservan y solo sabemos de ellas por referencias de terceros.

La otra fecha es el 19 de octubre de 1856 cuando se representó, esta vez sí en Medellín, *Octavio Rinuccini* de Carlos Antonio Gónima Chórem (1831-¿?). Los actores hacían parte de la Compañía de aficionados de Medellín; la dirección estuvo a cargo del actor José Froilán, uno de los hombres esenciales para comprender el teatro antioqueño del siglo XIX. Este drama también permanece inédito, y de él solo sabemos que provocó intensos debates pues fue tachado de inmoral debido a que la historia terminaba en parricidio; de otro lado, se lo calificó de plagio ya que había una escena de envenenamiento semejante a la de una obra de Víctor Hugo, *Lucrecia Borgia*. No obstante, los argumentos a favor del principiante dramaturgo también aparecieron pronto:

los hechos históricos están allí para ser usados por el artista, y las semejanzas entre una y otra obra son eso, semejanzas, y no imitaciones de la segunda sobre la primera. Marina Lamus Obregón recrea este episodio, con notas de periódico de la época, en su *Teatro en Colombia 1831-1886*.

Y hay otro libro, *Apuntes para la historia del teatro de Medellín* (1909) de Eladio Gónima Ch. (1828-1904) que, además de corroborar el hecho anterior, cuenta todo un siglo de prácticas teatrales en Medellín. El autor, quien a su vez fue actor, de su propia experiencia nos lleva de la mano desde los primeros años de 1830 hasta 1897, cuando pone punto final a su crónica. Por eso, hay allí una fuente invaluable de datos y anécdotas para reconstruirnos algunos de los momentos cruciales de nuestra historia teatral del siglo XIX; antes que por un estudioso, esa crónica fue escrita por un testigo vivo de la escena: un hombre que sintió en carne y hueso el arte, y al que se entregó con devoción.

Ahora bien, es importante decirlo de una vez. Esta no es una antología sobre el teatro en Antioquia ni una historia breve, menos una crónica. Es el resultado de una investigación que pretendió mostrar algunos de los autores más representativos de la dramaturgia antioqueña; en ese sentido, este libro solo aborda una parte del arte teatral: el texto escrito, y digo una parte porque aquí no se encontrarán referencias a actores, ni a edificios, ni a escenografías, ni al público, ni tampoco biografías de los mismos dramaturgos antologados. Nuestra propuesta fue, en concreto, ofrecer a los lectores y a la comunidad teatral un conjunto de textos sobre una época en específico.

¿Cuál época? Pues bien, partimos de una hipótesis: gracias a algunas publicaciones (de mayor o menor tiraje, de poca o mucha distribución) hemos podido conocer la dramaturgia de nuestra época, y la de las décadas anteriores; y ello, también, gracias a que varias de esas obras se han representado, aunque muchas otras se han quedado en el papel (libros o folletos o revistas). Y tal como conocemos nosotros hoy en día el teatro colombiano, y antioqueño, ha sido producto de lo que comenzó en la década del sesenta como “teatro moderno colombiano”, con las puestas en escena de Santiago García y Enrique Buenaventura, entre otros. Un teatro que buscaba caminar a la par de las vanguardias europeas y norteamericanas, al mismo tiempo que revaluaba la propia historia, asumiéndose críticamente no solo desde instancias sociales y políticas (bajo la influencia de Brecht, por ejemplo) sino desde perspectivas estéticas,

sicológicas y escénicas (con la presencia de Becket, Ionesco, Tennessee Williams, Priestley, Pinter, Miller, entre otros).

Por eso, quisimos llevar nuestra mirada mucho más atrás y preguntarnos por la tradición que sustentaba nuestra actual dramaturgia antioqueña: releer y mostrar esas obras del siglo XIX y de inicios del siglo XX. Saber cuáles eran sus temas y sus intereses políticos y artísticos; qué tipo de estructuras dramáticas proponían y cómo dialogaban unas con otras, si es que había diálogo. Darle la voz, otra vez, a esas obras, ponerlas a hablar pero desde nuestro tiempo; traerlas de su silencio y enriquecerlas con nuestra lectura, o, por qué no, con una nueva puesta en escena.

Allí fue cuando apareció la obra de Juan de Dios Uribe Restrepo, el Indio Uribe (1859-1900), *Por el rey y por la honra* de 1879, como la primera pieza teatral publicada de la que tengamos noticia. Si las obras de José María Salazar y Carlos Antonio Gónima Chórem no nos han llegado, entonces esta pieza de Juan de Dios Uribe Restrepo puede plantearse como un nuevo inicio en nuestra tradición. La cuestión no es meramente arbitraria en cuanto olvida o niega lo hecho anteriormente, se trata más bien de una estrategia didáctica: es poner un punto de inicio, reconocible en un texto, para desde allí moverse hacia atrás y hacia delante. Por eso, esta antología comienza con esta breve obra en un apartado que se ha llamado “Para volver a empezar”.

Luego, proponemos otro cuerpo de obras, “Nuestra expresión cómica”, en el que se encuentran Alejandro Vásquez Uribe (1851-1914), con *Zoila Rosa*, y Juan José Botero (1840-1926), con *Nosce te ipsum*. Son dos autores que, desconociéndose la fecha de creación de estas piezas, representan varios de los aciertos de las formas humorísticas (juego, imitación y parodia del lenguaje campesino, picardía, insinuaciones y festividad) que se llevaron a la escena en las primeras décadas del siglo XX en Antioquia; obras que sin duda alguna significaron el deleite de la escena, el mejor teatro de entretenimiento, el espejo del pueblo que podía verse en lo que tenía de más orgulloso pero también de más ridículo. Por supuesto, hubo otros autores que con una o varias obras también exploraron la misma comicidad desde lo rural o lo urbano, como Ciro Mendía, a quien hemos decidido poner en otro lugar por razones que luego explicaremos.

Antes de continuar, unas palabras sobre nuestra propuesta de orden, que es temática antes que cronológica. Por ejemplo, a la mayoría de las obras se

les conoce su fecha de publicación pero no de escritura o escenificación; y en teatro suele suceder que muchísimas veces la fecha de publicación no coincide con la de representación, y para la muestra un botón: las piezas de Juan José Botero se llevaron a escena a finales del siglo XIX y a principios del XX, pero solo se reunieron en libro en 1928. De allí que decidiéramos reunir las obras por temas, para de esta manera evidenciar algunas de las preocupaciones teatrales más importantes de la época; lo que nos garantizaba dos cosas: una, evitar los órdenes cronológicos de nacimiento de autor, lo que muchas veces solo insiste en continuar un cierto aislamiento, haciendo de las obras producciones insulares; y, dos, aun siendo obras publicadas en diferentes épocas, demostrar que muchas de ellas crean verdaderos puentes entre sí porque algunas son continuaciones de diálogos constantemente interrumpidos por uno y mil motivos (dramaturgos que nunca publican su obra sino que la escenifican, escritores que escriben una sola obra, dramaturgos que nunca reúnen su obra dispersa, escritores que escriben dramaturgia como literatura y se olvidan de la acción, dramaturgos que imitan fielmente autores europeos...).

Pues bien, el otro grupo es “Hacia un drama regional”. Y así lo hemos denominado porque los tres autores aquí reunidos conciben en algún momento el espíritu cómico, pero su interés final y argumentativo es el drama. Tanto Salvador Mesa Nicholls (1897-1966), con *Adiós, Lucía*, Isabel Carrasquilla de Arango (1865-1941), con *Contra viento y marea*, y Efe Gómez (1873-1938), con *Roque Yarza*, crearon personajes que se movieron en ese vaivén de emociones que hace que se muestren, aunque sea por un instante, perturbados en lo más profundo de su corazón. Justo allí está el drama: en esa ambigüedad que los lleva a tomar una u otra decisión, en ocasiones llevados por el impulso; solo que esa decisión define sus destinos y, como lo muestra el argumento dramático, los lleva a la infelicidad o la dicha, o a una dicha a medias. En estos tres autores, como en otros tantos de la época, el propósito era darle otra grandeza a la dramaturgia regional contando historias que se debatieran, no en la risa ni la carcajada ingenua o irónica, sino en la severidad y trascendencia de los sentimientos. Esa fue una tendencia de la dramaturgia nacional en general, desde inicios del siglo XX casi hasta mediados, y que con el tiempo fue llamada el “teatro burgués”, y de la que uno de sus mayores exponentes fue el bogotano Antonio Álvarez Lleras (1892-1956). Otro autor esencial de esta tendencia

fue el antioqueño Gabriel Latorre Jaramillo (1868-1935), que con *Susana* de 1906 mostró uno de los puntos más altos, tanto del “teatro burgués” como de la elaboración compleja de personajes y situaciones; su concepción de la dramaturgia, sin duda alguna, fue de las más profundas. Lamentablemente, debido a su extensión, no pudimos incluir *Susana* en esta antología, pero dígame de paso: esa obra, por sí sola, representa uno de los logros más importantes de la época que aquí tratamos.

Y llegamos a uno de los autores más llamativos de la época, Alejandro Mesa Nicholls (1896-1920). Él escribió varias obras que igualmente se enmarcan en las mismas búsquedas de un drama regional burgués; y es allí donde pudo concebir quizá su pieza más interesante por el riesgo temático y por el punto de vista que, sin ser del todo original, logra desarrollar admirablemente algunas escenas y personajes con un potente valor escénico. Se llama *Lauro candente* y data de 1919. Hasta ahora, la obra había permanecido inédita, y solo se conocía por artículos críticos de la época y por referencias históricas. Encontramos su manuscrito en la Sala Antioquia de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín. Se la ofrecemos íntegra, entonces, al lector y a la comunidad teatral. Y hemos ubicado la pieza en un apartado llamado “Revisión de nuestra historia”, porque lo que allí propone Alejandro Mesa Nicholls es relatar el encuentro de Gonzalo Jiménez de Quesada con el último Zipa muisca de Bacatá, en 1537; la mirada del dramaturgo se centra en el dolor y en las diferencias insalvables, que a su vez crean en los personajes dudas, o mayores reafirmaciones, en sus certezas. Por el solo hecho de ser una primera reelaboración de nuestro pasado, en el marco de la dramaturgia antioqueña, esta obra ya merece toda la atención.

Finalmente, está el grupo de obras que hemos reunido bajo el rótulo “Lo que vendrá”. Ellas tres muestran que las estructuras dramatúrgicas, de aquello que se había llamado “teatro costumbrista” o “teatro burgués”, se habían agotado y que era necesario lanzarse a explorar otros horizontes, violar los límites, atreverse, andar al ritmo de los nuevos vientos de la escena latinoamericana y europea. Gonzalo Arango (1931-1976), con *HK-111* de 1959, y Regina Mejía de Gaviria (1929-2012), con *Calle tal, Número tal* publicada en 1963, pero de posible escritura anterior, son un clarísimo ejemplo de que ya existía una imperiosa intención de desbordar los planos de la realidad: acudir a lo fantástico, lo irreal, lo extra-teatral, lo autoreferencial y casi cualquier otro tipo de mecanismo que

podiera hacer más rica y compleja la obra. Y aunque no hay trasgresión con la temporalidad, sí la hay con la misma psicología de los personajes, planteando constantemente una crítica política a los caminos que ofrece la sociedad para anular la libertad y la propia individualidad.

Y con Ciro Mendía (1894-1979), y su *Prometea desencadenada* de 1955, cuya obra cierra esta antología, tenemos una de las piezas teatrales más logradas de la dramaturgia antioqueña en la primera mitad del siglo xx. Mucho se ha divulgado, y reconocido, el valor de Mendía como dramaturgo “costumbrista” (hasta el mismo Tomás Carrasquilla no pudo evitar los elogios para con su obra); piezas como *Pa’ que no friegue* y *El papá de Trina*, de la década del veinte, aún conservan su vigor y frescura, no en vano permanecen vigentes en el repertorio nacional. Pero hay otro Ciro Mendía, el de la década del cincuenta, que silenciosamente fue mucho más lejos en sus propuestas estéticas y escénicas. Y *Prometea desencadenada*, además de ser una pieza escrita por un genuino dramaturgo conocedor de la técnica en sus mínimos detalles, es novedosa y original en su argumento: ser un Pirandello al revés. Ya no son los personajes que buscan a su autor sino un “Traspunte” que busca actores para sus personajes.

Por eso, estas tres obras son el anuncio de un final: la tradición decimonónica y la de inicios del siglo xx estaba exhausta; y al mismo tiempo son el grito prudente de las transformaciones que comenzaban a hacerse sentir en el teatro nacional. Las tres marcan un final y al mismo tiempo abren un inicio. Por eso, la fecha que proponemos para completar el círculo abierto en 1879 con Juan de Dios Uribe Restrepo es la de 1963, año de publicación de *Calle tal, Número tal* de Regina Mejía de Gaviria. Pues tres años después, en 1966, aparecerá *El grito de los ahorcados* de Gilberto Martínez (1934-), la pieza que da entrada oficial al teatro moderno en Antioquia.

A partir de allí, entonces, la dramaturgia en Antioquia será una combinación de aciertos y desaciertos, de constantes riesgos y experimentaciones, como toda tradición que se va construyendo tanto desde su mirada interior (pensando su historia) como desde el diálogo con otras culturas, con otras formas teatrales. Las décadas del setenta, ochenta y noventa, así, fueron ofreciéndonos los otros dramaturgos que le han dado, junto con Martínez, la categoría que hoy en día tiene la dramaturgia antioqueña en el país: Henry Díaz Vargas (1948-), José Manuel Freidel (1951-1990), Víctor Viviescas (1958-), Samuel Vásquez (1948-), Fernando Zapata Abadía (1956-), Victoria Valencia (1963-),

entre otros. Y aunque estos dramaturgos conozcan, o no, la tradición que los precede, en sus obras ya está implícita la más alta conquista que alcanzaron aquellos autores de fines del siglo XIX y principios del XX: un espacio propio e independiente para hablar, para representar, para la escena.

Felipe Restrepo David

Otros autores con obras publicadas entre 1879-1963 no incluidos en la antología

CASTRO SAAVEDRA, CARLOS. 1924-1989

Historia de un jaulero. Drama, Medellín, Aguirre Editor, 1960.

GALLEGO V., FRANCISCO A.

Amor y vanidad, Yarumal, Tip. de las Misiones, 1933.

GONZÁLEZ, FERNANDO. 1895-1963

La tragicomedia del padre Elías y Martina la Velera, Medellín, Editorial Be-dout, 1974.

El paje (Tragedia en dos actos), en: *Antioquia*, Medellín, núm. 14, 1945.

JARAMILLO ESCOBAR, JAIME. 1932-

El loco y usted. Pieza nadaísta, en: *Mito*, Bogotá, núm. 41-42, 1962.

LATORRE JARAMILLO, GABRIEL. 1868-1935

Susana. Drama en tres actos y en prosa, en: *Kundry y otras obras*, Medellín, F. C. C., 1977.

MEJÍA, DOLLY. 1920-1975

Manos atadas. Poema dramático en tres actos, Bogotá, Edit. Kelly, 1951.

MEJÍA ECHAVARRÍA, SERGIO. 1932-2002

Globos de colores, Medellín, Revista Platea 33, 1985. (Esta obra fue representada por primera vez en septiembre de 1957).

RESTREPO JARAMILLO, JOSÉ LUIS. 1893-1926

La llama. Comedia en tres actos y en prosa, Bogotá, Linotipo de Arciniegas y Mazuera, 1925.

Malditas lenguas. Alta comedia en tres actos y en prosa, Medellín, Tipografía Helios, 1925.

OSPINA, LINO RICARDO. 1837-1917

Los proudhonianos, Medellín, s. ed., 1899.

VÁSQUEZ BARRENECHE, ALEJANDRO. 1882-1928

El drama único. Drama en tres actos, Medellín, Tipografía Vásquez, 1926.

VELÁSQUEZ BOTERO, SAMUEL. 1865-1942

Caridad infinita, en: *Sueños y verdades*, Manizales, Tip. Blanco y Negro, s.f.

VÉLEZ ISAZA, BERNARDO. 1885-¿?

La ley del embudo. Comedia en tres actos y prosa, Medellín, C. E. Rodríguez, 1913.

VILLA URIBE, MIGUEL.

Clase media, Medellín, s. ed., 1940.

La honda de David, Medellín, Tip. Junín, 1944.



De la Antología

Lo primero a decir es que el criterio para escoger las obras compiladas fue una mezcla de dos aspectos: brevedad e importancia histórica; y, hasta donde la objetividad lo permitió, también tuvimos en cuenta su valor escénico, es decir, una obra cuya escritura planteara una puesta en escena y no solamente una lectura literaria y poética. En este sentido, distinguimos dramaturgia (unión de texto ‘literario’ y texto ‘espectacular’) de literatura que se sirve de elementos dramáticos para su creación; es decir, por el solo hecho de que los diálogos platónicos estén escritos en estructura dramática no quiere decir que sean dramaturgia; como en ocasiones sucede que algunos monólogos teatrales no siguen la forma dramática en sí.

Respecto a la ortografía de la obras, pues casi todas ellas fueron escritas a inicios de siglo XX, se intentaron unificar las tildes hasta donde las mismas obras lo permitían; en muchos casos, esas tildes, más que ortográficas, eran énfasis fonéticos (casi marcadores para los actores). Algunas de las palabras que se adaptaron a la ortografía actual fueron: “vén”, “té”, “ví”, “nunca”, “nó”, “tán”, “ní”.

Otro aspecto que se unificó fueron las acotaciones. Todas ellas están en cursiva para así diferenciarlas de las intervenciones de los personajes. En la medida en que leer teatro implica otra forma de mirar el texto, otro ritmo y otra pausa, intentamos que dicha lectura fuera lo más clara y fluida posible, eso sí, sin afectar la natural estructura de las obras.

Finalmente, es de anotar que todas las obras se transcribieron de sus ediciones primeras; y cuando había una segunda edición se cotejaba. En el caso de Alejandro Mesa Nicholls, se transcribió de una copia del manuscrito original.



Para volver a comenzar

JUAN DE DIOS URIBE RESTREPO (1859-1900), brilló sobre todo por su prosa. De su “otra” obra hacen parte tres pequeñas piezas teatrales, de corte trágico; una de ellas es *El padre providencial y el lego Sempronio* de 1888; pero quizás la más conocida sea *Fraile*, que data de 1895, escrita ya en sus últimos años en Ecuador. Allí se cuenta, en pocas acciones, el final de un sacerdote corrupto y violador, llevado ante la justicia por uno de sus hijos, que es oficial del ejército; en un sentido político, esta obedece más al momento que vivía el autor, que se firmaba el Indio Uribe. La otra pieza, *Por el rey y por la honra*, aquí publicada, es anterior: 1879. Y aunque la historia, la trama y la estructura son de naturaleza romántica, al mejor estilo francés de los dramas de Víctor Hugo, hay un interés claro en ser más que una mera imitación de un estilo en boga; no tanto en la elección de los personajes ni del tema, sino en los diálogos y en su trasfondo ético: defensa del valor, de la lealtad, y castigo a la infamia y a la codicia. Por su fecha, tal vez sea esta la primera obra de la dramaturgia antioqueña que se conserva publicada.

Dramaturgia publicada

Por el rey y por la honra. Tragedia en un acto, en: *Obras Completas*, vol. 3, Medellín, Académicas, 1965, pp. 256-263.

Fraile. Comedia instantánea, en: *El indio Uribe: Su obra*, Medellín, Togilber, 1972, pp. 547-551.

El padre providencial y el lego Sempronio, en: *Escritos escogidos*, Bogotá, Hispania, 1964, pp. 280-282.

Por el rey y por la honra

Tragedia en un acto

Personajes

DON ROQUE ÁLVAREZ, Conde de Casa-Roja.

ALBERTO, bandido y salteador de caminos.

DOÑA MARÍA, mujer de Álvaro.

EMILIO, hijo de Álvaro y María.

ÁLVARO, marido de María.

(Trajes, los de la época. Noviembre de 1879)

(El escenario representa una casa a la orilla de un bosque; a lo lejos amarillea un camino por entre la selva. Es noche oscura)

Escena I

(ALBERTO Solo)

Ya es tarde de la noche; el cielo está oscuro como la boca de un lobo; allá, entre los pinos de la montaña, silba con extraños acentos la tormenta; es la hora más a propósito, y sin embargo no aparecen mis compañeros; ¿qué será? *(Haciendo una pausa y observando el camino)* Nada: ni una persona aparece en la lejanía. ¡Malditos embusteros! Ya sé lo que ha acontecido; no hay duda: tuvieron miedo del asesinato... De un asesinato ¡qué friolera! Y de un asesinato que nos pagan tan bien... ¿Qué irá a decir el conde?

Escena II

(ALBERTO, EL CONDE)

ALBERTO: Alguien baja; ¿serán ellos? ¡Ah, no! Es el Conde. ¿Qué va a ser de mí?

EL CONDE: *(Entrando y descubriéndose)* Y bien, ¿todo está preparado?

ALBERTO: Por mi parte, en cuerpo y alma estoy dispuesto a la empresa; pero... los compañeros demoran. Tengo temor de que...

EL CONDE: ¡Acaba!

ALBERTO: Temo... que han tenido miedo.

EL CONDE: ¡Miserables! Y ¿a quién pueden haber temido los que tantas veces dieron pruebas de ferocidad hundiendo sus puñales en el corazón de los viajeros más arrojados de estas comarcas? ¡Ah, no! Eso es increíble. Aguardemos; y en todo caso: a dos, dos. Con nosotros basta y sobra.

ALBERTO: Me parece distinguir una sombra que viene por allí. ¿La veis? Acercaos más. Por allí; eso es. ¿Distinguíis perfectamente?

EL CONDE: ¡Nada veo!

ALBERTO: Yo me cercioraré de si es uno de los nuestros. (*Saca del bolsillo un pito y toca*) Es Antonio, no hay duda. El sonido de este pito no se confunde con ninguno.

EL CONDE: Ahora sí veo otra sombra por aquel lado...

ALBERTO: Es verdad. Será Manuel. (*Toca de nuevo el pito, al que responde otro desde la espesura*) Sí. Es Manuel. Reconozco su tañido, ni más ni menos que el de Antonio.

EL CONDE: Pues si ya estamos completos, vamos a nuestros puestos, que van a dar las doce y es hora de que pase esa pareja maldita, que a merced a Satanás esta noche caerá bajo nuestro puñal.

ALBERTO: Embozaos perfectamente para poderos confundir con lo negro del ramaje; yo haré lo mismo, así será más secreto el golpe.

EL CONDE: Dispón que Manuel y Antonio nos aguarden ensotados entre estas malezas, o en este cuarto. Con nosotros basta para conducir los viajeros hasta aquí, y luego, ellos tomarán parte cuando sea preciso enviarlos al otro mundo.

ALBERTO: Está bien. Allá se les dará esa orden. (*Suenan las doce*) ¡Vamos!

EL CONDE: ¡Sí, vamos! Estoy feliz; me voy a vengar. Ya llegó para mí la hora venturosa. Dentro de pocos momentos tendré a mis pies ese rival aborrecido y esa mujer ingrata bañados en su propia sangre. Esa mujer que no quiso darme su mano cuando yo de rodillas se la pedía; y ese hombre que fue tan osado para casarse con la pretendida del Conde de Casa Roja. ¡Ah, cómo va a caer en el lazo! Esta noche se le llevó una carta a Madrid, diciéndole que su esposo estaba de muerte en Zaragoza; que marchara inmediatamente. Ella contestó que partiría. Uno de mis bandidos conduce su coche, y se le dijo que en esta posada encontraría caballos para continuar la marcha. A su esposo se le avisó también que en Madrid estaba agonizando su mujer. Él, desesperado, corre hacia Madrid. A las doce estará aquí a remudar caballos... Entonces... ¡Ah! Me ahogo de gozo... Entonces cada uno encontrará, en vez de un enfermo, una tumba. Pero es preciso atisbar... ¡Ya llegará la hora!

Escena III

(EMILIO, ÁLVARO)

(Alberto y El Conde se alejan por el bosque hasta perderse de vista. A pocos momentos bajan a la casa dos encapotados de negro, que todo lo observan y luego se descubren cuando han percibido que nadie pasa)

EMILIO: Padre, qué fortuna para nosotros haber descubierto esta trama infernal; sin embargo, temo todavía por la vida de mamá. ¿Si estos pícaros le hieren en el coche?

ÁLVARO: No lo temas, hijo mío. Cuando fueron a llevarme la carta a Zaragoza, en que me avisaban que tu madre estaba de muerte; mientras hacía algunos aprestos de viaje, observé que al conductor se le había caído un papel del bolsillo, sin que él ni su compañero se percataran de eso; yo, con natural curiosidad y movido por no sé qué vago presentimiento de que eso me interesaba, lo recogí y fue allí donde supe, con todos sus pormenores, el horrendo crimen que prepara El Conde de Casa Roja. Decía que Antonio y Manuel darían el último golpe en la casa de Roque. Yo les pregunté a los conductores que cuáles eran sus nombres y se llamaban Antonio el uno y el otro Manuel. No me quedo duda. Ellos eran los que debían atravesar mi pecho y matar a tu madre. Tuve un violento ímpetu de ahogarlos entre mis brazos, pero me refrené, pensando que cualquier ligereza comprometería la vida de mi esposa. Con tu auxilio y el de la policía quitamos los vestidos, las armas, los documentos, todo, a los bandidos; se les hizo confesar pormenores, y todo lo dijeron. Yo te ordené que vistieras las ropas de Antonio que tenía tu mismo cuerpo, y yo tomé las de Manuel; felizmente en virtud de esta argucia estamos aquí, frente a frente del Conde de la Casa Roja, para salvar a maría, tu tierna madre y mi esposa querida.

EMILIO: Ardo de deseos de acabar con estos bribones.

ÁLVARO: Aguardemos. El Conde no se salvará: él merece la muerte. ¡Oye! Ese hombre es un falso Conde; desde su niñez fue inclinado a los vicios más detestables, y cuando solo tenía veinte años era temido en todo el país por sus crímenes. Estuvo en presidio muchísimo tiempo por falsificador de moneda; luego se le enjuició por un asesinato; la policía lo persiguió, pero en vano; siempre se escapaba. Decíase entre el pueblo que todas las noches salía a la ciudad a cambiar sus onzas falsas y que al rayar el alba se iba a una casa que tenía en la cumbre del monte; esta casa dizque es roja y por eso se

le puso Conde de Casa Roja. Sea lo que fuere, lo cierto es que hace más de veinte años que huye de la justicia del Rey; pero por fortuna y para España y para mí, hoy voy a aplicarle el castigo que merecen sus delitos, en nombre del Rey.

EMILIO: Decid en nuestro nombre.

ÁLVARO: No tal. Tengo orden de la justicia para aplicarla en nombre del trono.

EMILIO: ¡Oíd! Suenan los pitos. Es hora.

ÁLVARO: Responded con vuestro pito, así como yo, para que nos crean alerta
(*Tocan los pitos y se entran a la casa*).

Escena IV

(ALBERTO, EL CONDE, DOÑA MARÍA, EMILIO, ÁLVARO)

(*Alberto y El Conde conducen a Doña María hacia la casa, envueltos cada uno en un negro capote. Emilio y Álvaro salen de la casa cuando lo marque la escena*)

DOÑA MARÍA: Confío, señores, en que los caballos de repuesto que tenéis no se demorarán.

EL CONDE: No, señora, pronto estarán aquí.

DOÑA MARÍA: ¿Y los guías?

EL CONDE: Aquí están. ¡Manuel, Antonio, salid!

EMILIO: Estoy pronto.

ÁLVARO: Yo también...

DOÑA MARÍA: (*Aparte*) ¡Qué cosa tan particular! Me parecen todas estas voces conocidas. A decir verdad, tengo miedo; pero es preciso que yo vea a mi marido antes de que se agrave, y todo lo arrostraré. (*Dirigiéndose a todos*) Pues que estamos ya preparados, podemos partir.

EL CONDE: No partiréis todavía; tengo que deciros alguna cosa. Doña María, ¿Conocisteis en algún tiempo a Roque Álvarez?

DOÑA MARÍA: Sí le conocí y aún lo he oído mentar después bajo el título de Conde de Casa Roja, y al pueblo y a los pregoneros los he oído gritar bajo mis ventanas que era un facineroso...

EL CONDE: ¡Vos tuvisteis amores con ese malvado!...

DOÑA MARÍA: ¡Falso!

EL CONDE: Es verdad. Y en este mismo instante vais a temblar por haberlo desechado. Doña maría, yo soy ese bandido (*Se descubre*), y este puñal va a ser mi venganza (*Saca un puñal*).

DOÑA MARÍA: ¡Perdón! ¡Piedad!

ÁLVARO: (*A Emilio*) Tú en el corazón a Alberto, y yo al conde.

EL CONDE: Para ti no hay perdón.

DOÑA MARÍA: (*Gritando*) ¡Socorro! ¡Socorro!

EL CONDE: ¡Muere! (*Levanta el brazo, y al mismo tiempo que Alberto alza el suyo para herir a Doña María, Álvaro y Emilio se descubren*).

ÁLVARO: ¡Alto ahí, miserable! (*Cogiéndoles el brazo al Conde y quitándole el puñal*). Yo soy quien se venga. Vas a morir.

EMILIO: (*Deteniendo el brazo de Alberto y clavándole un puñal*) ¡Asesino, muere! (*Alberto da un ¡Ay! tristísimo y cae de espaldas*).

DOÑA MARÍA: ¡Álvaro, Emilio! ¡Mi esposo, mi hijo! ¿Cómo os veo aquí? Dios mío, ¿será posible tanta felicidad en tal angustia?

ÁLVARO: Todo lo sabréis, vida mía, pero antes voy a acabar con este miserable.

DOÑA MARÍA: Álvaro, perdónalo como yo lo perdono.

ÁLVARO: ¡Imposible! (*Dirigiéndose luego al Conde*) Don Roque, nada os puede salvar; así que, encomendaos a Dios si sois creyente.

EL CONDE: ¿Conque me pensáis matar alevosamente? ¡Y os llamáis caballero!

ÁLVARO: Encomendaos a Dios, pues ya no os queda sino un minuto.

EL CONDE: ¡Ah, sois un cobarde que mata a un hombre desarmado en altas horas de la noche!

ÁLVARO: (*Martilla una pistola y saca del bolsillo un papel*) Lo que os he dicho es la verdad. Mirad. (*Le muestra la orden de la justicia para matarlo*) Yo os mato en nombre del Rey y de mi honra. (*Le dispara la pistola y Don Roque da un ¡Ay! y muere*).

CAE EL TELÓN



Nuestra expresión cómica

ALEJANDRO VÁSQUEZ URIBE (1851-1914). *Zoila Rosa* es, digamos, una de las obras *menores* más memorables de la dramaturgia antioqueña. Es sencilla sin ser ingenua, y es verosímil sin esforzarse mucho en serlo. El tiempo escénico son unas pocas horas: el transcurrir de una tormenta; y el enredo es elemental: un patrón quiere “alzarse” a la novia de un campesino. Si bien es cierto que hay lugares comunes, como correspondía a la moda de la época (líos pasionales entre empleados y patrones), hay dos personajes femeninos que se convierten en el centro de la pieza, “Zoila Rosa” y “Pura”, dos muchachas encantadoras con toda la gracia y la cadencia en su hablar y en sus maneras. Alejandro Vásquez Uribe concibió una pieza para el entretenimiento del público de Medellín, y por esa sola pretensión, la de simplemente contar una historia, es que conserva su frescura.

Dramaturgia publicada

Zoila Rosa, en: *Letras Nacionales*, Medellín, Tip. Externado, 1926, pp. 1-36.

A pleno sol, en: *op. cit.*, pp. 61-100.

Zoila Rosa

Personajes

ZOILA ROSA, 20 años

PURA, 17 años

JOSEFA, 35 años

LOLO, 25 años

CASIMIRO, 20 años

DON ROBERTO, 30 años

JUAN MANUEL, 30 años

MONCHO, 28 años

(La escena sucede en un cafetal de Antioquia)

(Época contemporánea)

Acto único

Es un cobertizo como se acostumbra en nuestros cafetales para beneficiar el grano. A la derecha está sostenido por tres columnas de cal y canto, y de allí se desprende un sendero orlado de cafetos que va a perderse en plena sementera. A la izquierda del escenario una máquina despulpadora de cuatro chorros y que tiene doble juego para moverla a mano o con agua. Al fondo, puerta que comunica con la casa de la Hacienda. Algún banco viejo, una silla desmedrada, canastas de mimbre, azadas, palas y otros utensilios propios de la faena, completan el decorado. Un tiple cuelga de uno de los muros. Al levantarse el telón se ve a Juan Manuel que mide y echa a la tolva el café de las canastas. Es tarde, y uno que otro relámpago indican que hay amagos de tormenta.

Escena primera

(JUAN MANUEL, después CASIMIRO)

JUAN: ¡Maldita sea!... Acabaré de medir esto a media noche...Y con la casi nada que va a caer (*Muy afanado va echando café, medida tras medida en la tolva*). Esta canastada es de Moncho... ¡Hoy sí la pegó el maldito!... (*Al terminar cuenta los granos que ha ido dejando separados para no perder el número de las medidas*) Uno, dos, tres, cuatro, cinco... (*Sigue contando en voz baja. Luego, gritando*) ¡Casimiro, Casimiro!... ¿P'onde s'iría aquel cojo e los demonios?... (*Acercándose a la puerta del fondo y llamando con más fuerza*) ¡Casimiro, Casimiro!...

CASIMIRO: (*Responde desde adentro*) Tené pacencia, que untualito voy, Juan Manuel.

JUAN: ¿Fue que te quebraste la otra pata go qué?

CASIMIRO: (*Entra cojeando, pues es patizambo de nacimiento*) ¿No le digo?... Aquí, francamente, no lo dejan a uno ni comer.

JUAN: ¿Pero no tas viendo esa mempa e nube que se nos va a venir encima?... Lo mesmo que patos llegaremos esta tarde a la casa... Si es que podemos ilos.

CASIMIRO: (*Con muestras de impaciencia*) ¿Y a yo qué?... Pa eso no somos de azúcar.

JUAN: Andá voltiá esa rueda ligero p'acabar tan siquiera la tarea e Moncho.

CASIMIRO: ¡Eh!... ¡Cómo fregan!... Yo ya toy muy cansado... Tanté, todú-el día voltea que voltea... ¡Ni qui uno fuera de jierro!

JUAN: El jierro nos lo da don Roberto si asoma pu-aquí ahora, y no le hemos acabado todú-esto.

CASIMIRO: ¡Ah güeno, pa ponelo a él a voltiar!... Así como así no ha querido arreglar la cequia pa que la rueda trabaje sola.

JUAN: ¡Condenada cequia!... Si es que se lia propuesto dañase todos los días.

CASIMIRO: A la cequia no, Juan Manuel; que es que la daña la gente... ¿No dicen quizque Lolo?...

JUAN: *(Como con desprecio)* ¡Lolo!... ¡Maldita sea!... *(Hace un relámpago seguido de un trueno fuerte)*.

CASIMIRO: *(Santiguándose)* ¡Santa Bárbara bendita!

JUAN: Es por que le querés levantar un falso a Lolo. Don Roberto y algotros piones que le tienen fastidio... Y es que lo envidéan... A yo me lo dijo Zoila Rosa.

CASIMIRO: Pues yo no sé; pero sí es la verdá que tumbaron la canoa del derumbe, y toy por no creer que fue que se la llevó la creciente.

JUAN: Yo tampoco creo que pu-aquí haiga naide tan malo.

CASIMIRO: A Zoila Rosa se le ha metido que quizque que en esta finca le aborrecen a Lolo, y yo sí le digo, Juan Manuel, que es el pion con quien más he congeniao. ¡Si se las echan tan güenas!... Puede que don Roberto sí le tenga su poquito e tema; pero es qu'ellos ya tienen su cosita, y ese señor lo manda a uno de tan malas maneras. *(Otro relámpago y otro trueno)* ¡Madre mía del Carmen!

JUAN: Ve, hombre, es mejor que lechemos al trabajo otra tonguita. Nos cogió la noche, y ve todú el café que hay sin despulpar. Voltiá otro rato y acabamos *(Van a empezar la faena cuando llega Moncho con una canasta llena de café)*.

Escena II

(Dichos y MONCHO)

MONCHO: *(Descargando el tercio)* Traigo las hilachas pegadas al cuerpo... ¡Qué tiempito, hombres!

CASIMIRO: (*Dando muestras de mal humor al ver el café que ha traído Moncho*)
¿Y también eso es pa la tarea di-hoy?... Ni que todos nos golviéramos despulpadoras.

MONCHO: ¿Cuándo había de faltar el patecachiporra poniendo pereque?

CASIMIRO: ¿Y pa qué me insultás?... (*Enojado*) ¡Mi pata es muy mía y a nadie le importa que sea cachiporra!... ¡Yo acaso l'hice!

MONCHO: No te enojés, hombre, que es mera charla.

CASIMIRO: (*Con mucha tuna*) Pes a charlar con otro que lo divierta más que yo, Monchito. (*Malencarado y dirigiéndose a la máquina*) ¡Lo qu'es a yo no me fregan!... Voy a voltiar Juan Manuel.

JUAN: Pero ligerito, que ya l'agua asomó pu-el "Ventiadero" y nos va a jartar esta noche (*Casimiro va a la máquina y empieza el trabajo con muchos bríos*).

MONCHO: ¿Has contao todas las medidas Juan Manuel?

JUAN: ¡Sí, todas; y bastante que llevás hombre!... Veintipico fuera del canastao de ahora.

MONCHO: Echando la jiel dende la madrugada... Y verás que nian contento don Roberto.

JUAN: ¡Lo decís porque no lo querés a él!

MONCHO: Como quererlo mucho, no; la verdá pa mi Dios... Pero tampoco le deseo males.

JUAN: Pues yo... Francamente...

MONCHO: No me vengás ahora con tus cuentos, que vos tampoco lo tragás entero... Esos niños de la ciudá se nos vienen con tantos resabios.

JUAN: Pes por lo mismo hay que saber comprales el genio.

CASIMIRO: (*Deja por un momento el trabajo y canta*)

Maquinita, maquinita
voltiá con todo furor,
que si me coge la noche
no podré ver a mi amor.
(*Continúa trabajando*)

MONCHO: Se me ha metido que a vos y a Lolo, el patrón les tiene miedo, y por eso es tan adulante con vustedes.

JUAN: ¿Lolo?... Si tan bravos ahora... Y es que li-hace muchas perriadas.

MONCHO: Y a vos te tiene aquí por eso... Porque te tiene miedo.

JUAN: Pes es que el bulto sabe a quién le sale, mijo.

MONCHO: Y pa cada guale nace su cirirí, Juan Manuel... Vos sí que es verdá que se la tenés conocida a don Roberto... Y fue que le cortates el ombligo.

JUAN: Es que yo he podido llevale el genio, mijo. ¿Pero Lolo?... ¡Si Lolo es un alma justa!...

MONCHO: ¡Atenete y no corras!... Dios nos libre de esos sorromplones.

CASIMIRO: (*Vuelve a cantar*)

Mi vida se ta bañando
en el charquito del guamo....
agüita con que se lava
decile que yo la llamo,
decile que la llamé
y quiso haceme caso,
y era pa dale bien bueno
un piquito y un abrazo.

JUAN: (*Con muestra de impotencia*) ¡Pero demonio! (*Se dirige a Casimiro*) ¿Fue a berriar que vinites, go a despulpar café?

CASIMIRO: (*En tono zumbón*)

Callate la boca, mijo,
que entre tolvada y tolvada
bien se le puede decir
una trovita a la amada.

MONCHO: Degolvenos de Custodio, el de la Villa.

CASIMIRO: ¡Eh!... ¡no sian bobos, que ese pa yo es un patinchao!

JUAN: Güeno, hombre... ¡Afanale, afanale!...

CASIMIRO: Si me apuran mucho, me voy... Así como así ya son pasadas las cinco.

JUAN: Lo que tas buscando es que te coja de ese garabato e pata y con ella voltee la rueda.

CASIMIRO: ¡Maldita sea!... El patrón por un lao y vos, Juan Manuel, pu-el otro... ¡Así van a acabar con yo! (*Continúa en su trabajo con mucho brío*).

MONCHO: ¿Y p'onde anda don Roberto?

JUAN: Yo qué sé... A caballo dende muy temprano, quizque dando güelta a los cafetales.

MONCHO: (*Muy satírico*) ¡Mm!... Que apure porque se moja.

JUAN: ¿Y por qué decís, mm?...

MONCHO: Porque no hay tal güelta... Y vos lo sabés mejor que yo.

JUAN: Toy con vos, Moncho; ese don Roberto lo que quiere es buscar un enredo.

MONCHO: Y que se pare fino si Lolo llega a caer en la cuenta.

JUAN: Pues yo si toy creyendo que Lolo sabe que don Roberto va mucho a la casa de Zoila Rosa.

MONCHO: ¡Y es un descarado el señor ese! El otro domingo, en presencia de todos los piones, l'iba a regalar un camisón de pura seda.

JUAN: ¿Don Roberto a Zoila Rosa?

MONCHO: ¡Pero aí sí hay cacao con esa negra; lo dejó bien metido!

CASIMIRO: (*Muy aparte de lo que conversan Moncho y Juan Manuel, vuelve a cantar*)

Pa mí solito has de ser
negrita del alma mía,
que en este mundo redondo
nada hay güeno en compañía.

(*Luego viene hasta donde están Juan Manuel y Moncho*) Ya acabé todú-eso...
¿Nos vamos, Moncho?... (*Llueve*).

JUAN: Es mejor que esperen un tantico; ya ta lloviendo.

MONCHO: Y yo tengo que hablar con el patrón. Me dan tanta rabia esas cosas, que ya tengo pensao ime de esta finca.

CASIMIRO: A yo me convidó Lolo pa que me juera a trabajar con él.

JUAN: (*En tono despectivo*) ¡Lolo!... ¡Maldita sea!... Si no tiene onde caese muerto.

CASIMIRO: Pes él sí me dijo que había destajao con don Simón la limpia e los cafetales del otro lao, y que si quería ime de garitero. ¡Y como ta qu'echa chispas con don Roberto!

MONCHO: ¿Por lo del camisón, verdá?...

CASIMIRO: Ahora me acuerdo que vos tabas esa tarde con nosotros.

JUAN: Ya me tienen con novelería vustedes... ¿Y que fue eso del camisón?...

CASIMIRO: (*Dándole mucha expresión a sus palabras*) Pes que todos tábamos esa tarde en el corredor de mana Prudencia, ai al láito e la tienda, muy regularmente emparrandaos, y con Lolo y yo trovando, que ni dos chilcaguas... Dicia Lolo un versito d' esos que él sabe inventase; porque, eso sí, pa trovar es el violento... Y yo que tampoco soy del gajo e las chupachupas, versito va y versito viene, a todos los dejábamos boquiabiertos.

JUAN: ¿Y Zoila Rosa taba con vustedes?...

CASIMIRO: No señor; ella llegó del pueblo algo tarde, porque se había ido a mercar con Mereja y con Pacha. Pero si hubieran visto vustedes como llegó; mesmamente como una virgencita de esas que pintan en las láminas de l'Iglesia. Porque ¡hijue los diablos si taba linda!... Lolo que la vido, y casisito que se le salen los ojos al tuntuniento ese. Y entonces se echó la trova pa ella:

Mi vida es una mulata
que tiene ojitos de cielo,
y unos labios de corales
que saben a caramelo.

MONCHO: ¡Caramba!... ¡Y que bonitos!... Pero oigan vustedes mi contesta: que saben a caramelo los labios de tu mulata; serán pailita de dulce go un buen vasito de horchata.

MONCHO: Alguna gracia había e tener este patebanco.

CASIMIRO: (*Muy satisfecho*) ¿Y qué taban creyendo? Pa eso de la trova me careo con el más pintao.

JUAN: ¿Pero qué fue lo del camisón, hombre?

CASIMIRO: Pes que don Roberto llegó cuando tábamos en lo principal de la parranda: mandó servir tragos pa todos, y aluego le propuso que bailáramos.

Él ya iba tando algo chapoliao. Lolo dijo que no tocaba, y entonces yo me puse a zurrungiales. Don Roberto dende un prencipio se le dejó ir a Zoila Rosa, y si vieran vustedes la cara que ponía Lolo cuando ellos taban bailando, Zoila Rosa voltiaba que ni un trompo, que pa eso se la juego a cualquiera... Aluego dijo don Roberto que había traído un camisón de seda pa rifalo entre todas las mujeres; pero se dio su forma y su maña pa que Zoila Rosa rayara la cachiporra. Y ai fue pues...

JUAN: ¿Y con qui-otras mujeres taban vustedes?

CASIMIRO: Había algotras que no me recuerdo... (*Después de hacer un esfuerzo de imaginación*) Jacinta, la de ño Polo, Ana Joaquina, y Pura, la que me gusta a yo.

JUAN: Pero Lolo, no tuvo razón pa nojase.

CASIMIRO: Él, que también taba con sus traguitos, saltó al patio: "Zoila Rosa no puede recibíle nada a nadie, dijo; y oiga vusté, don Roberto: yo lo respeto y lo quiero mucho: pero lo qu'es a Zoila Rosa no me la engatuza vusté con camisoncitos".

MONCHO: Antonces don Roberto se puso furioso, y desafió a Lolo y a todo el que quisiera entendese con él. Y si no se agarraron fue porque mana Josefa cogió al patrón y se lo trajo p' esta casa.

CASIMIRO: A punto tuvo de armase la berrionda. Ese empanizao e Lolo, ai onde lo ven, cuando le da la viaraza no hay trapitos con qui-agarralo.

JUAN: ¿Y qu' hizo Zoila Rosa?

CASIMIRO: Ella, la pobrecita, se puso a llorar muerta e la terronera. Pero aluego todos calmamos a Lolo y seguimos en la parranda. Y tan tan caliente ese Lolo que no ha güelto a trabajar a la finca.

MONCHO: Pes don Roberto que deje sus floreos con las muchachas de pu-aquí, porque lo que es Lolo es muy capaz de bajale la moña.

CASIMIRO: Lo mismo digo yo... Es una vaina que quieran metese con la novia di uno (*Llega Josefa por el fondo. Ha arreciado la lluvia, y los relámpagos y los truenos continúan*).

Escena III

(*Dichos*, JOSEFA)

JOSEFA: (*Entrando*) Pero queriditos de mi Dios; vustedes se van a morir aquí de frío.

MONCHO: Aquí tamos bien, mana Josefa.

JOSEFA: Podíamos ilos pa la cocina, qui-allá tan siquiera hay calorcito.

CASIMIRO: Yo no tengo frío... ¡Con toda la fuerza que hay que hacele a esa maldita despulpadora!

JOSEFA: Ya ven... Y todo por las cosas de Lolo, Monchito... Quizque dañar la cequia pa que no venga l'agua... ¡Y ta más bravo el niño Roberto!...

MONCHO: Talvez no sería él, mana Josefa; se habrá desbarrancado con el invierno.

JOSEFA: ¡Eh!... No lo piense... Y con todo lo güeno que ha sido con Lolo el niño Roberto... ¡Malagraecidos que son!...

JUAN: Me taban contando éstos la gazapera de l'otra tarde. Y no ve... ¿pa qué se pone don Roberto a llevale camiones a las muchachas?

MONCHO: Sí, la verdá... Esos niños pa las blancas, mana Josefa; y a nosotros que nos dejen quietas las negritas de pu-aquí.

CASIMIRO: Pes a Pura que no me le dé camiones nadie.

JOSEFA: (*Burlona*) ¡Mírenlo!... ¿Y dende cuándo tan enamorado?

CASIMIRO: Dende que la vide por la primera vez, mana Josefa. Y lo pior es que muy ligerito me caso. (*Cantando*)

¡Ay!... Cuándo será ese cuando
y esa dichosa mañana...

JOSEFA: Hasta los gatos les da romadizo.

CASIMIRO: Ya me tiene mi mamá cuarenta pesos, un ternero y una marrana al criar... (*Remangándose la camisa y mostrando los brazos*) Y estos que dicen: "¡venga trabajo!".

MONCHO: Se armó Pura con su patinchao.

CASIMIRO: Pes más bien. Mijo; que así patinchao y todo, me quiere (*Se oye un trueno cercano y arrecia el agua*).

JOSEFA: (*Santiguándose*) ¡Santa Bárbara bendita! ¿Pero nu-irá a escampar?...
¡Pobre el niño Roberto!... ¡Qui-horas serán Juan Manuel?

JUAN: A lo menos las cinco y media.

MONCHO: (*Con marcada impaciencia*) Y aquellas chapoleras estarán metías en el rancho.

JOSEFA: ¡Citas!... ¿Allá las cogió l'agua?

MONCHO: Harto les grité pa que se vinieran.

JUAN: ¡Maldita sea!... ¿Y si se les mete el diablo de venisen ahora pa que les reciba el café?... Pes yo no trabajo más, y aluego escampe me voy.

JOSEFA: Go se queda aquí pa que no se tenga que mojar, Monchito. Una mala noche se pasa en cualquier parte.

JUAN: Sería capaz Engracia de venir a buscarme, con todo y estar tan oscuro.

JOSEFA: Es que la pobre es tan nerviosa.

JUAN: Tomona es qu'es ella, como todas, mana Josefa: cuando no voy temprano se le propone qu'es que toy emparrandao... (*Se asoma como a atisbar algo por el cafetal*) ¡Maldita sea!...

JOSEFA: ¡Vusté sí que es renegao, Juan Manuel!

JUAN: Pero no crea qu'es por Engracia que reniego... Es que toy pensando si esas malditas cafeteras se irán a quedar toda la noche en el rancho.

MONCHO: Pes mañana podés mediles el café, hombre.

JUAN: Sí... Como vos no tenés que aguantar a don Roberto.

JOSEFA: ¡Cito!... Con la inquina que le han cogió todos vustedes...

CASIMIRO: (*Impaciente*) Y yo no despulgo más... ¡Por éstas!... (*Jura con ambas manos*).

JOSEFA: Vustedes verán si mientras tanto quieren tomase una mazamorrita.

MONCHO: No ha de caer mal, la verdá. A yo me ta berriando la barriga di hambre

JOSEFA: Y puede que aluego escampe... Caminen pues, pa la cocina.

JUAN: Y si vienen esas condenadas, que me esperen (*Se dirige hacia la puerta del fondo*).

JOSEFA: Vusté también, Monchito.

CASIMIRO: A yo no me cabe más.

JOSEFA: ¡Qué te va a caer a vos, si untualito jartates!... (*Salen por el fondo, Josefá, Moncho y Juan Manuel*).

Escena IV

(CASIMIRO, después LOLO)

CASIMIRO: ¿Y qué hago yo ahora?... ¡Pes, por mi alma que no trabajo más!... (*Pausa*). ¿Y ónde andará Pura a todas estas?... (*Saca del bolsillo una fotografía pequeña, la que mira con mucha complacencia*) ¡Tan linda esta negra! Porque, ¡ah matadora que estás, Pura!... Y eso que el señor de la máquina no supo ponete bien, y quedates aquí (*Señala con el dedo el retrato*) con un tiznao, que parecés mesmamente con la boca abierta... (*Pausa*). Pero antes... (*Hace en la escena todos los movimientos que indica al hablar*) Pura se pone aquí; el señor con el cajoncito ese, al otro lao... Aluego la güelve a ver a ella en persona, de arriba abajo... –“Tese quieta, negrita, y ponga la cara así, como quien dice: cómeme... Quietica, quietica”– Le aprieta una cosa al cajoncito; vengan veinte, y ya tá... El mismo diablo que tará pu-allá dentro... ¡Hijue la gente pa saber!... (*Vuelve a mirar el retrato*) Y toy provocao a comete a picos... (*Pausa*) ¿A qué ti-hago unos versos bien lindos? Aguante y verás... (*Alcanza el tiple, lo rasga sonoramente y canta*)

¿Qué tenés en esos ojos
que dan tanta borrachera?
Si parece mesmamente
que son anís con sal... muera.
Te vide la primer vez
y me dejates temblando...
¡ay! ... ¡Pura de mis entrañas!
¡ay!.... ¡Cuándo será ese cuando!...

LOLO: (*Contesta desde afuera, por el lado del cafetal, sin ser visto*)

Trovar solo no tan bien...
Ya ya voy p' allá, compadre,
porque en eso de la trova
a yo no me pega naide.

CASIMIRO: ¡Es Lolo!... ¿Di-onde saldrá este demontres?... (*Sigue tocando*).

LOLO: (*Siempre desde afuera canta*)

Decile a la vida mía
que toy pensando en sus ojos,
y en su boquita divina
y en sus labiecitos rojos.

CASIMIRO: ¡Hijue el diablo!... ¡Ai si hay di-aquello!... (*En este momento entra Lolo*) Me asustates, hombre Lolo.

LOLO: Buena la tarde pa trovar, Casimiro. Sólo a vos se te ocurre ponete a cantar con este tiempo.

CASIMIRO: Y a vos... ¿Tomates leche?... ¿Antonces pa que te pusites a injuriarme?...

LOLO: A yo que con la música se me abren las ganas.

CASIMIRO: ¿Y qué vinites hacer pu-aquí?...

LOLO: L'agua que m'hizo coger p'acá sin querelo. Toy emparamao... (*Sacude la ropa*) ¿Onde ta el señor ese, Casimiro? (*Muestra la casa*).

CASIMIRO: ¿Quién?... ¿don Roberto?... Ensilló dende tempranito y se fue...

LOLO: Es que no quisiera topame con él aquí.

CASIMIRO: ¿Por la pendejada del otro día?... ¡No sias bobo, hombre Lolo!

LOLO: Es que si me dice algo que no me guste, le rompo l'alma.

CASIMIRO: ¡Que no sias bobo!... Él por lo que ta berriondo es por la cos'el agua.

LOLO: ¿De cuál agua?

CASIMIRO: No ti hagás el pendejo. Si por tu culpa he tenido que voltiar esa despulpadora tres días seguidos (*Mostrando el agua que llega hasta la máquina*). Fíjate el traguito que viene.

LOLO: (*Con muestras de disgusto*) ¿Y quién dijo que yo había sido?

CASIMIRO: Pes don Roberto que ya lu-ha averiguao.

LOLO: (*En el mismo juego*) ¡Miente el que lo haiga dicho!... ¡Es una calurnia que me alevantan, Casimiro!

CASIMIRO: Pes, hombre, es raro. Si el lunes, cuando taba aclariando, me fui pu el caballo palomo por mandao de don Roberto. Y es verdá que había mucha ñeblina pu-el lao de la loma; pero yo sí vide un hombre en el derrumbe viejo.

LOLO: ¿Y ti figurates que era yo?...

CASIMIRO: Yo lo pensé untualmente pero aluego que golví a la casa, y me dijo ma Josefa qu'l agua se había ido y me acordé de lo del camisón... Se me puso que vos...

LOLO: (*Con rabia*) ¡Maldita sea!

CASIMIRO: Después me fui por toda la cequia, y pude convencerme de que el daño había sido di-aposta.

LOLO: (*En el mismo juego*) ¡Pes no fui yo, Casimiro!... Y demás que todo se lo contaron a don Roberto.

CASIMIRO: Él me preguntó pu-el daño, y yo le dije que habían desbarranco la cequia –“¡Aquel canalla!”– gritó él, muy bravo. Y yo vide que fue por vos que lo dijo.

LOLO: (*Haciéndose indiferente*) Pes que lo siga creyendo... ¡A yo qué!...

CASIMIRO: Con el despique'ese tambie'n salí yo chupando.

LOLO: ¿Y vos sí tas creyendo que yo fui?

CASIMIRO: Mi palabra que el bulto que vide medio empañado por la ñeblina y tu figura eran muy parecidos.

LOLO: No me creás tan flojo... ni tan malo, Casimiro... (*Golpea mucho las palabras*) ¡Sabé vos que al tipo ese soy yo muy capaz de ponémele frente a frente, aquí y en cualesquiera parte!

CASIMIRO: Güeno, hombre; no te nojes con yo que no hay motivo... Es muy fácil equivocase uno.

LOLO: Me choca que vustedes crean que yo soy tan malvado, y que me valgo de la traición p'hacele daño a la gente... ¡Muy picao me tiene don Roberto; pero ¡por mi alma! qu'el día que quiera despicala lu-hago cara a cara, llamándolo pa que nos entendamos como los hombres ¡Y vos sabés que yo no conozco el miedo ni pu-el foro!... ¡Todos pu-aquí me conocen!

CASIMIRO: No me culpés a yo, que cualquiera tenía que pensalo después de lo que pasó con Zoila Rosa.

LOLO: Ese día le dije cuatro o cinco verdades en presencia de vustedes y al aire libre... ¡Y eso mismo hará Lolo, siempre que el tal Roberto, le vaya a hacer sus brujitos a Zoila Rosa!

CASIMIRO: Y con toa la razón.

LOLO: ¡Eso que quieran quitale a uno su novia porque tienen cuatro riales, no es pa con yo!... (*En tono de amenaza*) ¡Y que no güelva dond'ella Casimiro!

CASIMIRO: ¿Y es que ha güelto?

LOLO: Me dijo Pacho que toas las tardes s'iba a rondiar pu-esos laos... ¡Y que no dé con yo, porque si-hace su tope, Casimiro!... Lo que me gusta es que Zoila Rosa no ha tao en la casa d'ella esta semana... Como tiene la agüela enferma...

CASIMIRO: De veras que ña Gertrudes ta mala; me lo había dicho Pura.

LOLO: Y allá he trasnochao yo con Zoila Rosa toas estas noches.

CASIMIRO: ¡Ah güeno pa vos!... Y lo maluco que lo haberás pasao.

LOLO: Eso sí; de lo más güeno... Afigurate cachando con ella toa la santa noche.

CASIMIRO: No es por desiale mal... Es que me dan unas ganas de decile hartas cosas a Pura... ¡Ay!... ¡Qué dicha! Confesame, hombre, ¿vos si querés a Zoila Rosa como este endividuo (*Se golpea en el pecho*) quiere e a Pura?

LOLO: ¡Valiente gracia, mijo... como yo nadie quiere!

CASIMIRO: (*Muy entusiasmado*) ¡Y Pura, mijito!... Ve, cuando llegates acababa de acariala en este retrato, (*Le muestra el retrato de Pura*) y vos oites los versos que le decía.

LOLO: Eso pa yo que se los he dicho a ella mesmita, en cuerpo y alma. ¡Afigurate los dos solitos toas estas noches, sentaos en la tarima del corredor de ña Gertrudes!

CASIMIRO: (*Como identificándose con el gozo de Lolo*) ¡Ah, güeno hombre, ah güeno pa vos! ¡Y no tocame a yo un tirito d'esos!... ¿Y qué versos l'hicites?...

LOLO: Tantos que, pa dicite la verdá ya ni mi-acuerdo.

CASIMIRO: Bregá por acordate di-uno tan siquiera.

LOLO: Le compuse unos que l'hicieron rir mucho de puro gusto.

CASIMIRO: A ver, hombre, dicilos...

LOLO: Aguante un poquito yo los pienso... Es que es un acróstico.

CASIMIRO: (*Asombrado*) ¿Y qu'es eso?...

LOLO: Una cosa en que ta todo el nombre d'ella.

CASIMIRO: ¡Hijue los diablos!... ¿Y vos si fuites capaz?...

LOLO: Trabajito me dio; pero se los hice.....

CASIMIRO: Dicilos, hombre, Lolo.

LOLO: (*Después de pensar un rato, recita*)

Soy la rosa más bonita
de todos estos contornos,
y pa llevame de aquí
hay que pelar muchos cocos.

CASIMIRO: ¡Hijue los mismísimos!...

LOLO: Eso lu inventé como pa qu'ella me lo dijera a yo; y escuchá mi contesta:

Zoila Rosa es florecita
que nació para yo solo,
y el que se meta con ella
tiene que acabar con Lolo.

CASIMIRO: (*En el colmo del entusiasmo*) ¡No siamos tan bobos!... ¿Querés cantalos? ¡Eso cantao sí que debe sonar bonito!... Yo también tengo que hacele unos a Pura (*Vacilando*) Un... un... ¿Cómo es que se llam'eso?

LOLO: Pes acróstico, porque ta todo el nombre... ¿No te fijates?

CASIMIRO: Cantálos, pes, hombre...

LOLO: Más bien algo tra cosa que se le pueda poner música de verdá... Pero acompañame vos (*Rasga el tiple sonoramente y ambos cantan*)

No me miren tus ojitos
con tanto desdén morena,
que para mí siempre has sido linda y buena.

Si tú supieras la pena
 que me dan esos tus ojos
 cuando no me miran bien,
 aplacarás tu desdén
 dando tregua a tus enojos.
 Mírame así, con ternura,
 y que fulja en tu mirada
 de la pasión encendida llamarada.
 Si tú supieras, amada,
 lo que me dicen tus ojos
 cuando ellos me miran bien,
 aplacarás tu desdén
 y saciarás mis antojos.

CASIMIRO: ¡Ah bien, hombre!... ¡Y no tar ellas puaquí pa que nos hubieran oído!... Pero lo que es yo, el domingo, cuando temos en el pueblo, le compongo el... el... acróstico... *(Lolo sigue tocando el triple como para terminar la canción. Al acabar la cifra, llegan por el cafetal, Pura y Zoila Rosa, cada una con su canasta llena de café. Vienen corriendo y aparentan estar mojadas).*

Escena V

(Dichos, ZOILA ROSA y PURA)

PURA: *(Al entrar y descargando la canasta)* A vustedes no se les acaba el ánimo ni con el frío..... Mírenlos quizque cantando a estas horas...

CASIMIRO: ¿Pero qué andan haciendo vustedes pu-aquí, con esta tarde?

ZOILA: *(También ha descargado su canasta, y se sacude la ropa)* Calaitas hasta los güesos, Casimiro.

LOLO: Pero vusté, Zoila Rosa, no taba en el rancho cuando yo pasé pu-allá. La vigilé mucho y no la vide por ninguna parte.

ZOILA: Yo y esta *(Por Pura)* tábamos en l'otra cañada, y l'agua no nos dejó llegar al rancho.

PURA: Nos aguarecimos debajo del chumbimbo que hay en la jalda.

CASIMIRO: Pero tan emparamaitas... Vámonos pal fogón pa que se sequen al-guito.

LOLO: Go decile a ña Josefa que les empreste unas hilachas pa que se cambén la ropa.

ZOILA: No, ni riesguitos... Nosotras nos vamos pa la casa... ¡Cómo tará mi mamá e confundida!... Pero antes queremos entregale este café a Juan Manuel (*Señala las canastas que han traído*).

PURA: Dígale, vusté, Casimiro, qui-ai, juntico al chumbimbo, dejamos otros dos costalaos.

ZOILA: ¡Y acaso tamos tan mojadas! ¡No ven que cuando pasó el palo duro nos vinimos corriendo de guamo en guamo!...

CASIMIRO: (*A Pura*) Vusté sí creo que está d'escurrila, Purita... Voy a decile a mana Josefa que le empreste tan siquiera un saquito.

PURA: No, no, Casimiro... Untualito tamos en la casa, y entonces me mudo.

LOLO: Sí es que entuavía ta lloviendo.

CASIMIRO: Y ahora parece que más duro... ¡Maldita seal! (*Acercándose a la puerta del fondo, grita*) ¡Mana Josefa, mana Josefa!... ¡Aquí hay visita!

ZOILA: No la llame, Casimiro... Mejor es que nos vamos.

LOLO: Nos golvemos que ni patos. Hoy sí nos llevó el que nos trujo.

ZOILA: Vustedes pueden quedasen; ninguna necesidá hay de que se mojen...

CASIMIRO: Quédese, Purita, que di-aquí un rato nos vamos trovando pu-el camino, y hacemos de cuenta que venimos del pueblo en día de fiesta.

PURA: ¡Ave María Purísima!... A vustedes sí que les gustan los versos, Casimiro.

CASIMIRO: Es que así trovaito le puedo decir a vusté cosas tan bonitas.

PURA: Eso en día de semana no es güeno.

CASIMIRO: Es que le voy a hacer (*Vacila, pensando*) Un... un... (*A Lolo*) Hombre, Lolo, ¿cómo es que se llama aquello?

LOLO: ¿Qué hombre?...

CASIMIRO: Aquello que l'hicistes vos a Zoila Rosa, y que suena así... como feróstico...

LOLO: ¡Vos sí que sos bruto!... Pes acróstico.

CASIMIRO: ¡Eso es... acróstico!... ¡Si viera, Purita, que cosas más decente...

PURA: ¿Y qu'és eso?...

CASIMIRO: Pes un verso en qui-uno le mienta a la novia todú el nombre. (*Llega Josefa por el fondo*).

Escena VI

(*Dichos, JOSEFA*)

JOSEFA: ¿Vusté me llamaba Casimiro? (*Al reparar en Zoila Rosa y Pura*) ¿Pero puai tan vustedes?

ZOILA: L'agua que nos hizo coger p'acá, mana Josefa.

CASIMIRO: Y iba proponele que les prestara unos saquitos.

JOSEFA: Con la mejor voluntá... Pero si quieren, mijitas, vámonos pa la cocina.

PURA: Dios se lo pague, señora.

JOSEFA: Sí, Purita; allá tamos mejor.

ZOILA: Aquí tamos muy bien, ña Josefa.

JOSEFA: Y es que vustedes no tienen afán con tan güena compañía (*Por Lolo y Casimiro*).

ZOILA: Yo es por mi mama... Vusté sabe cómo es ella de nerviosa... Y ya tan de noche.

LOLO: Pero así no podemos ilos, Zoila Rosa.

JOSEFA: Ni echadas, mijita.

CASIMIRO: ¿Quiere que le dé un gritico a su mama dende allá del alto? Así se le quitará la confundición.

LOLO: Yo voy, Casimiro, pa gritales también a los piones del otro lao.

ZOILA: No se vaya, Lolo, que va a golverse el agua.

LOLO: Yéndome pu-el portillo toy allá en dos brincos. (*Coge un costal y se lo echa a la espalda*) Y con este costal encima, nada me pasa. Untualito güelvo... (*Sale por el cafetal*).

Escena VII

(*Dichos, menos LOLO*)

JOSEFA: ¡Cito el pobre!... Como no se resbalice ahora por correr y se dé su güen suelo... Caminen pa la cocina, pues, que allá tan Juan Manuel y Moncho.

ZOILA: Nosotras esperamos aquí a Lolo, señora.

JOSEFA: Antonces yo voy a ver si topo con qué se cabén la ropita. Vusté Casimirito, dígaes a Moncho y a Juan Manuel que se vengan p'acá. (*Salen por el fondo Josefa y Casimiro*).

Escena VIII

(ZOILA ROSA, PURA)

ZOILA: Yo no quiero entrar, porque tal vez pu-allá te don Roberto.

PURA: ¿Y si tan qué?... No sias boba... ¡Zambialo pa que no te friegue más!

ZOILA: Si no es por yo; es por Lolo. Tiene hebra cortada, y vos conocés a Lolo.

PURA: Siempre es maluco que ese señor vaya a decite alguna cosa y que Lolo lo vea.

ZOILA: ¡Y como don Roberto es tan descarao!... Nunca pierde la ocasión de dicime sus cosas.

PURA: Naide se le escapa niña... Y con la novia tan linda que tiene.

ZOILA: Eso es lo raro, que tando pa casase le salgan a uno con sus bobadas... Y si vieras que no puedo tar tranquila... Todas las tardes va a molestame a la casa.

PURA: ¿Y qué dice tu mama?

ZOILA: Ella me tiene a yo confianza, y no li-hace caso.

PURA: Podían echalo pa que deje su tomancia.

ZOILA: Las echadas vamos a ser nosotras. Ya se lo dijo a mi mama l'otra tarde: que por culpa mía y de Lolo íbamos a tener que desocupale la casa. Se le metió que Lolo quizque le dañó la cequia.

PURA: ¡Mentira!... Lo de la cequia fue ño Ramón, el de "La Tablaza". Y yo lo digo porque lo vide.

ZOILA: ¿De veras?...

PURA: Muy de mañanita, hace tres días, se la derrumbó toda. Andaba yo pu-el monte, buscando chamizas, cuando me lo topé. “¡No vaya a decir nada! Purita, me dijo apenas lo vide; pero es que ese infame me paga lo qu’hizo con Concha!”.

ZOILA: Ya ves, lo de la cequia se lo tan levantando a Lolo.

PURA: Ño Ramón ta muy bravo, y quizque mata a don Roberto onde se lo encuentre. “¡Manque después me ajusten veinte!” –me dijo.

ZOILA: Tengo que contáselo todo a Lolo a que nos casemos y nos vamos ligero de esta finca.

PURA: Y la pobrecita Concha que nu-hace más que llorar.

ZOILA: Pes ella tiene la culpa por avariciosa y por coqueta. La vide yo muchas veces p’arriba y p’abajo con don Roberto, recibéndole en los tendidos de cacharros todo lo que le daba... (*Con rabia*) ¡Y con yo quiso hacer lo mismo, el so... maldito...!

PURA: Parece mesmamente que todas nosotras tuviéramos que ser d’el... ¡Cuando ni yo m’escapao!

ZOILA: (*En el mismo juego*) Pes con yo sí dio con el cur’e su pueblo... ¡Qué se vaya sonsacar bobas como Concha!... Puede que pu-aquí haiga muchas de esa laya... ¡Pero lo qu’es a Zoila Rosa ni la güele siquiera!... ¡Qué li-hace que nos eche de la casa!...

PURA: (*Señalando hacia el cafetal*) Mirálo, pu-allá viene a caballo, y a toda estampía...

ZOILA ROSA: ¡Ojalá y que haiga mojado hartito!... ¡Cómo no llegue ahora Lolo!

PURA: ¡Plantále fino si viene ahora con sus impertinencias! (*Llega Roberto por el camino del cafetal. Llega a caballo, con encauchado puesto, sombrero de iraca, polainas...*).

Escena IX

(ZOILA ROSA, PURA, ROBERTO)

ROBERTO: (*Al entrar, como sorprendido y aparte*) ¡Ella!... ¡Zoila Rosa!... ¡Qué suerte!... (*Avanzando a la escena*) ¡Caramba con la tardecita!...

PURA: Vusté si no le tiene miedo al agua, don Roberto.

ROBERTO: Ya lo ves, Pura. Me cogió este chubasco en pleno cafetal. ¿Quieres llamarme a Casimiro para que desensille el caballo?

ZOILA: (*A Pura*) No, no te vas Pura.

PURA: (*Llegando apenas hasta la puerta del fondo*) Voy a gritalo dende aquí... (*Llamando*) ¡Casimiro, Casimiro!

ROBERTO: (*A Zoila Rosa*) ¡Desde tu casa vengo, reina, amorcito mío!

ZOILA: Ya l'he dicho muchas veces que no me moleste, don Roberto.

ROBERTO: ¡Si es que te quiero mucho... mucho, Zoila Rosa!...

PURA: (*Siempre gritando desde la puerta*) ¡Qué vengas hombre, Casimiro!

ZOILA: (*Con rabia y desprecio al mismo tiempo*) ¿Quién ta creyendo vusté que soy yo?...

ROBERTO: ¡El encanto de esta finca; el embeleso de estos lugares; la negrita mía a quién adoro con toda el alma! (*Zoila Rosa demuestra su profundo disgusto en las miradas de odio que da a Roberto. En ese momento llega Casimiro a la puerta del fondo en donde queda conversando con Pura, hasta que el movimiento escénico indique que debe avanzar*).

Escena X

(*Dichos, CASIMIRO*)

CASIMIRO: (*A Pura*) ¿Se cayó la ramada que me llama vusté de esa manera?...

PURA: El niño Roberto que lo necesita pa que le desensille el caballo.

ZOILA: (*A Roberto*) No piense que a yo me engatusa como a la boba de Concha... ¡Vusté ta muy equivocao!...

ROBERTO: ¿Y quién te ha dicho nada de Concha?... Entre tú y ella hay una buena diferencia. A ti te quiero de verdad... Créemelo... (*Quiere cogerle la mano, lo que ella esquiva con un movimiento brusco*).

ZOILA: ¡No me toque, porque grito!... ¿O lo que vusté quiere es que lo inrespete? (*En tono amenazante*). ¡Sépalo que yo soy muy capaz de defendeme!...

CASIMIRO: (*A Pura*) La que se puede armase aquí ahora... ¿Entuavía no ha güelto Lolo?...

PURA: Él no ha llegao... Sería que se fue p'al Tambo.

ROBERTO: (*A Zoila Rosa*) No hay necesidad de hacer escándalos. ¡Verás que al fin todo mi amor te rinde Zoila Rosa!...

ZOILA ROSA: (*Con mucha energía*) ¡Nunca, ni jamás, don Roberto!... ¡Ya l'he dicho a vusté muchas veces que me deje tranquila!... Que soy una mujer güena y que tengo mi novio.

ROBERTO: ¡Lo que no puede impedirme que te adore!... Buena eres, lo sé; y muy linda y muy querida... ¡Tanto, que te has ganado todos mis afectos!... ¡Y pienso hacer de ti una mujer de toda cuenta: que no tengas que trabajar, y que vivas en mi casa con todas las comodidades!... Así le darás descanso a tu madre ya viejecita...

ZOILA: (*Interrumpiendo y mirando atemorizada por el camino del cafetal por donde debe llegar Lolo*) ¡Vusté si qu'es malo, don Roberto! ¡Vusté es un infame!... Un...

CASIMIRO: (*Interrumpe avanzando a Roberto*) ¿Quizque me necesitaba señor?

ROBERTO: Lleva el caballo a la pesebrera, y dile a Josefa que Pura y Rosa comen aquí para que les arregle alguna cosa.

PURA: No señor, nosotras nos vamos...

ZOILA: (*Con resolución*) ¡Y que es ya!...

ROBERTO: De ninguna manera. El camino está muy malo y es muy tarde.

ZOILA: (*Señalando el café que trajeron ella y Pura*) Ai tá ese café: que lo mida Juan Manuel cuando pueda.

CASIMIRO: Pero aguardemen un tantico que yo mismo las llevo.

ROBERTO: Juan Manuel podrá avisar a las casas de ustedes... Voy a mandarlo a cambiarme esta ropa. (*Al salir por la puerta del fondo*) Pero éntrensen para la casa, Pura, que yo no me demoro (*Se va*).

CASIMIRO: No se entren; yo en dos voliones desensillo y nos vamos (*Sale por el camino del cafetal*).

Escena XI

(ZOILA ROSA y PURA)

ZOILA: Vámonos, Pura; vámonos.

PURA: Apenitas güelva Casimiro...

ZOILA: No quiero que Lolo llegue y nos encuentre aquí con don Roberto.

PURA: ¿Qué te taba diciendo?

ZOILA: Las cosas de siempre... (*Con rabia y dolor*) ¡Que la creen a una muy mala, y que va a prestáseles pa sus picardías!... ¡Ah malditos!...

PURA: ¿Y por qué no l'estampates la mano en la cara?... ¡Que se meta con yo pa que goce!...

ZOILA: Taba con un susto de pensar que Lolo llegara y lo viera.

PURA: Pes antonces si querés vámonos... y que Casimiro nos alcance. Puai nos toparemos con Lolo.

ZOILA: (*Disponiéndose a salir*) Sí, vámonos... (*Juntas, Pura y Zoila Rosa, van a salir por el camino del cafetal, cuando llega Lolo*).

Escena XII

(ZOILA ROSA, PURA, LOLO)

LOLO: (*Al llegar*) Esta maldita agua t'arreciendo, y yo no sé qué vamos a hacer.

ZOILA: Ilos ya, Lolo. Más tarde es pior

LOLO: Pero, mijita; si es casi imposible. Ta oscuro, oscuro, y si vieran qué barriales... Tu mama sí me oyó los gritos... Si Juan Manuel nos prestara un farolito.

PURA: Yo voy a dicile que nos lo prieste (*Entra a la casa por el fondo*).

Escena XIII

(ZOILA ROSA, LOLO)

ZOILA: Que tan demalas tamos, Lolo.

LOLO: Ello no, negrita; será cosa de esperanos otro ratico. Y yendo con yo ¿qué les va a suceder?...

ZOILA: Yo no sé pa que no nos fuimos pa la casa dende un principio.

LOLO: ¿Y quién iba a crer q'el agua nos iba a acorrallar aquí?... Y sépalo, mijita que yo mismo toy con un desasosiego como si me hubieran picao las avispas.

ZOILA: Mesmamente como a yo que me choca tanto tar en esta casa.

LOLO: Yo fue que vide ahora a ese hombre cuando venía.

ZOILA: (*Como asustada*) ¿Pero él no lo vido a vusté?...

LOLO: Me parece que no.

ZOILA: Y como a vusté le tan levantando un falso...

LOLO: ¿A mí?... ¿Qué será Zoila Rosa?

ZOILA: Pes quizque dañó la cequia de l'agua.

LOLO: Y don Roberto lo tan creyendo.

ZOILA: Y quizque ta echo una pitorá.

LOLO: Déjelo, negrita, que más sangre echa.

ZOILA: Me da miedo que pueda dicile a vusté alguna cosa.

LOLO: El bulto sabe a quién le sale, mijita. No haga caso de esas bobadas.

ZOILA: Yo, dende la tarde en que él m'iba dar el camisón, y vusté se lo tiró a la cara, vivo con un susto muy grande... Como de todas maneras los blancos siempre son los que ganan.

LOLO: (*Con mucha resolución*) ¡Eso sí que no!... ¡Y lo qu'es con yo que se pare fino!... ¡Lo del agua puede que me la gane, porque no han de faltar lambones que le vayan a meter mentiras, y que se las hagan creer porque él quiera crelas! ¡Pero que no se me venga con regalitos pa vusté porque hast'ai llegamos!... ¿A vusté le chocó lo del camisón, Zoila Rosa?

ZOILA: Bien vido, Lolo, que yo no quería recibíselo.

LOLO: ¿Y no le gustó que yo me hubiera metido?

ZOILA: A yo lo que me dio fue mucho miedo de que don Roberto pudiera hacele a vusté algún mal. (*Demostrando mucho odio*) ¡Es qu'es tan malo!...

LOLO: ¡Maldita sea!... ¿Y por quién me tiene a mí vusté, Zoila Rosa?... ¿Qué los bancos las ganan todas?... ¡Eso pa con otros!... ¡Yo, pa que vusté lo sepa, soy muy capaz de peliar con treinta don Robertos!...

ZOILA: Pero también puede él matalo a vusté... Mejor sería que nos fuéramos pa otra finca, Lolo.

LOLO: ¡Si lo toy pensando dende hace días!... Aquí tamos expuestos vusté y yo... Yo a méteme en una buena hondura, y vusté...

ZOILA: ¡A yo nada puede hacerme don Roberto!... No crea, Lolo, que yo soy d'esas.

LOLO: Yo toy más que convencido de que vusté es muy güena, Zoila Rosa; pero es mejor evitar. ¡A esos gavilanes hay que sacales el cuerpo, go salir d'ellos di una vez!... Y yo pienso en lo muy güeno que lo vamos a pasar vusté y yo cuando temos casaos.

ZOILA: (*Apasionada*) ¡Sí Lolo; muy güeno, muy güeno!

LOLO: (*Con mucha ternura*) Porque a yo se me afigura que nosotros nos queremos mucho, y que cuando nos ajuntemos todo va a ser felicidad en el ranchito que nos toque... ¿A vusté no le gusta la finca de don Simón?

ZOILA: A yo sí; ese señor es de mucho respeto.

LOLO: Y a yo me ha hecho muy güenos partidos. Esta misma noche le digo a su mama que en la semana entrante alzamos los corotos, y que en la de Pascua, como quien dice entre mes y medio, nos casamos. ¿No le parece?...

ZOILA: Como vusté lo disponga, Lolo.

LOLO: Y en después que vengan los trabajos... Yo con tal de no tar viendo esa fiera... (*Señala para la casa. Roberto aparece por la puerta del fondo*).

Escena XIV

(*Dichos, ROBERTO*)

ROBERTO: (*Desde la puerta y todavía sin ser visto por Zoila Rosa y Lolo*) ¡Los dos!... ¡Qué contrariedad!... (*Avanzando a la escena*) Buenas tardes.

LOLO: Buenas tarde, don Roberto. Nosotros aquí aguareciéndonos.

ROBERTO: ¿Y por qué no entra usted, Zoila Rosa?

ZOILA: Pura fue por un farolito pa ilos todos juntos con Casimiro.

ROBERTO: Bien podían quedarse las dos.

LOLO: (*En tono seco*) Nos vamos todos.

ROBERTO: Tú y Casimiro podían avisar en las casas que ellas se quedan por la mala noche.

LOLO: (*Satírico*) No es mala propuesta.

ROBERTO: Puede que una mojada a estas horas les haga daño... Y la casa está lejos, y el camino muy malo...

LOLO: (*En el mismo juego*) Es una caridá suya señor... pero...

ROBERTO: Ustedes se van a caballo, y...

ZOILA: (*Interrumpe angustiada*) No, no, Lolo... Yo no quiero quedame.

LOLO: (*Con firmeza*) ¿Pero ta creyendo que iba yo a dejala?...

ROBERTO: ¿Cómo así Lolo?...

LOLO: (*A Zoila Rosa y como sin hacer caso a Roberto*) Llame a Casimiro y a Pura, y que nos juimos.

ZOILA: (*Va hasta la puerta del fondo y grita*) ¡Pura, Pura!... ¡Casimiro!... (*Como nadie le contesta entra a la casa y sigue llamando*) ¡Casimiro!...

Escena última

(ROBERTO, LOLO)

(*Al final, Zoila Rosa, Pura, Casimiro, Moncho y Juan Manuel*)

ROBERTO: Ahora me acuerdo de que tú y yo tenemos que arreglar unas cuentas.

LOLO: (*Con mucha calma*) Vusté dirá, don Roberto; pero yo creo que nada le toy debiendo.

ROBERTO: No; no es asunto de dinero; es el daño que has hecho en el agua de la máquina.

LOLO: Ya sé que a vusté quizque le dijeron que yo había sido.

ROBERTO: Sí me lo dijeron, y si no, lo hubiera adivinado. Ya sabe que el denuncia está puesto y que te voy a llevar a la cárcel.

LOLO: ¡Don Roberto (*Con voz dura*) yo no fui... yo no fui!... ¡Que como algotros no tengo el corazón tan arrastrao!... ¡Y lo qui-hago es pa que parezca!...

ROBERTO: Eso se lo dirás al alcalde mañana.

LOLO: (*Con mucha entereza*) ¡Esas son venganzas de vusté, don Roberto, y venganzas de muy mal gusto!... ¡Pero si quiere que se lo diga, yo sí sé por onde va vusté!... ¡Es qu'este Lolo le ta torbando!

ROBERTO: (*Como con desprecio*) ¡No seas majadero hombre!... ¿Estorbarme tú?... ¿Para qué?

LOLO: (*Acentuando mucho las palabras*) ¡Habrá pensado vusté que con meteme a la cárcel, Zoila Rosa es suya!...

ROBERTO: (*Muy sardónico*) ¿Tendré que repetírtelo?... ¡No seas tonto!... Lo de Zoila Rosa lo resuelvo yo con dinero.

LOLO: (*Con rabia*) ¡Maldita sea!... ¡No me diga eso, don Roberto, que es ofendeme en lo que yo más quiero... En la misma mitad del pecho que es onde tengo yo a Zoila Rosa!

ROBERTO: (*En el mismo juego*) ¡Dispénsate hombre, que esa mujer no ha de ser para ti!

LOLO: (*Ya muy cerca de estallar en coraje*) ¡Que no ha de ser pa yo Zoila Rosa?... ¿Qué vusté ha de comprarla con dinero?... (*Con mucha fuerza*) ¡Don Roberto, si me lo güelva a repetir, lo mato!...

ROBERTO: ¡Bravuconadas tuyas imbécil!... (*Saca un revólver*) ¡Concha fue ayer! ¡Zoila Rosa será mañana! ¡Cuando yo quiera!...

LOLO: (*Estallando en gritos de furor*) ¡Nunca, nunca, don Roberto!... ¡Maldita sea!... (*Da un brinco sobre Roberto, y le arrebató el revólver, el que arroja a un lado*) ¿Qué vusté se la lleva?... ¿Y pa qué toy yo aquí?... (*Entra en lucha con Roberto, quien trata de defenderse inútilmente, y asiéndolo de los brazos lo lleva hasta una de las columnas de cal y canto que sostiene la ramada, y contra ella lo golpea fuertemente*).

ROBERTO: (*En medio de la lucha grita*) ¡Socorro!... ¡Me mata!... ¡Defiéndanme!... (*Llegan en tropel muy y asustados Zoila Rosa, Pura, Josefa, Moncho, Juan Manuel y Casimiro. Este trae un farol encendido en la mano*).

ZOILA: (*Corre como a interponerse entre los contenedores*) ¡Lolo, Lolo!... ¡Virgen-cita mía del Carmen, amparalo!

LOLO: (*Suelta a Roberto, quien se tambalea un poco, y al fin cae rendido*) ¡Que a yo me metía a la cárcel!... (*Por Zoila Rosa*) ¡Qué a vos te compraba! (*Abrazando estrechamente a Zoila Rosa*) ¡Qué te compre ahora!

TELÓN RÁPIDO

JUAN JOSÉ BOTERO (1840-1926). ¡Una pieza deliciosa! Digna del más atrevido y disparatado humor de Molière: breve, intensa, eficaz, ingeniosa. Si tan solo fuese por su dramaturgia, Juan José Botero hubiera tenido un lugar importante en la cultura y el arte en Antioquia. *Nosce te ipsum* bien podría ser representada hoy en día, pues su fuerza se sustenta en su firme y ágil estructura. Son cuatro personajes para nunca olvidar: todo un dechado de picardía. Con esta comedia es evidente que Botero conocía muy bien esa línea, no siempre tan visible, que separa al teatro de la literatura; por eso mismo pudo crear piezas que se vuelven cuentos al leerse porque, ante nuestros ojos, se representan por obra y gracia de la palabra que se hace imagen.

Dramaturgia publicada

Juana la contrabandista, en: *Poesías y comedias*, Bogotá, Minerva, 1928, pp. 199-244.

Nosce te ipsum, en: *op. cit.*, pp. 245-285.

Las yerbateras, en: *op. cit.*, pp. 286-295.

Un duelo a taburete, en: *op. cit.*, pp. 296-328.

Nosce te ipsum

En un acto

Personajes

DOÑA LEONARDA

SEÑORITA SARA

DON ZACARÍAS, viejo

DANIEL, joven

Escena primera

(SARA)

SARA: Dice Madama Staël:
la timidez de los hombres

ha salvado a más mujeres
que la virtud, ¡caracoles!
¡Oiga el muy alma del cántaro,
el presumido, el fantoche,
el... no sé qué más decirle...
¿Qué otras manifestaciones
quiere que le haga? ¡Si hay hombres
de hielo!... Y una tan cándida
que tras esos diablos corre...
Casi estoy por consignarme
al viejo, y eso que el pobre,
con sus chocheques, me tiene
casi de coger el monte...
De cuenta de que mi padre
le debió muchos favores,
y luego cuando murió
a su cuidado dejóme,
se toma tales confianzas
conmigo... ¡viejo pegote!
¡Con que frescura y descarado
me declara sus amores!...
Y la vieja... tía Leonarda...

(*Ríe*)

¡Esto sí es un armatoste!
¡Qué manías de antigualla!
Después que anduvo a los trotes
de arriba a abajo en la iglesia,
rigiendo congregaciones,
de beata, de sacristana,
casi de monja, señores,
venir con polvos, ahora,
con alzacitos y escotes,
y faldellines y falsas
y tocados y retoques,
y... ¡ja, ja! No puede ser...

Y a todas estas que se esconde
 la edad, siempre anda en los veinte
 la sesentona, ¡ah! ¡Bitoque!
 Si cuando digo... que... pero...

(Pensativa)

Se me ocurre... se me pone...
 ¿Yo por qué no me aprovecho
 de estos amorosos fósiles?

(Toma un periódico)

Pero veamos primero
 si es de recursos el joven
 Daniel, poniendo el aviso
 de la manera y conforme
 le envié a decir (*Ojeando*) aquí está,
 corriente: bien comprendíome
 mis tretas, aprovechemos

(Vuelve el papel a la mesa)

de estos viejos alcornoques.
 La tía está que se pela
 por Daniel, y el viejo ¡pobre!
 Parece un palomo azul
 siguiéndome... Aquí está el toque;
 me fingiré enamorada
 del vejestorio, armatoste,
 y así siendo reina y dueña
 de todo lo que me antoje,
 conseguiré fácilmente
 que él mismo traiga a ese joven...
 Y ahora, mi tía Leonarda
 al verlo aquí, ¡qué primores!
 ¡Qué cosas van a surgir
 de este enredo tan enorme!
 ¡Ay! Si viniera en mi ayuda
 La Virgen de los Dolores...

Escena segunda
(SARA, ZACARÍAS)

ZACARÍAS: (*Entrando*) Muy buenas noches Sarita.

SARA: Buenas se las dé mi Dios.

ZACARÍAS: Mi terroncito de azúcar, mi motita de algodón...

SARA: Muy galante le hallo a usted.

ZACARÍAS: Y... y... rendido amator: hoy sí que te encuentro bella...

SARA: Más bello lo encuentro yo...

ZACARÍAS: Si cuando dije que haremos buena pareja, los dos: tú, la tórtola, yo, el tórtolo y currucutucú, yo, y tú currucutucú, y currucutucú, los dos...

SARA: Muy bien, siéntese y hablemos, pues si es cierto que ya estoy resuelta a darle mi mano, también es bien claro que hoy, al entrar en nueva vida, yo me instruya lo mejor, necesito más que nunca concluir mi educación en baile, en canto, en historia natural, y como yo, voy estando muy crecida, por esas calles de Dios no puedo ir sola, es preciso que venga a casa un profesor.

ZACARÍAS: ¡Maestro! ¡Eh!, ¿cómo maestro?

SARA: Un maestro, sí señor... (*Toma el periódico de la mesa*) Aquí tiene este periódico, busque usted en la sección de avisos... Allí tal vez se ofrezca alguno...

ZACARÍAS: ¡Ay! ¡Mi Dios! ¡Venir un hombre a mi casa!...

SARA: ¡Qué recelo!, ¡qué aprensión! ¿Y eso que tiene de extraño? Pues... si no viene, iré yo.

ZACARÍAS: (*Paseándose*) Es, Sara que a estas alturas... un maestrico... ¡Uf!... ¡Qué calor! Que traiga a casa un... ¡Canarios!

SARA: Las cosas son de ocasión...

ZACARÍAS: Eso es lo que hay que evitar: la... ¡Un maestrico!, ¡eso sí no!

SARA: Pues lo trae, o calabazas...

ZACARÍAS: Pues, Sara, pues...

SARA: (*Riendo*) Sí señor... Un maestro...

ZACARÍAS: ¡Ay!, ¡Sara!, ¡ay!, ¡Sara!...

SARA: Entonces, todo acabó... que lo pase bien...

ZACARÍAS: Sarita: no te incomodes, ¡por tu Dios! Que se hará lo que tú quieras. A ver el papel... (¡Valor!).

SARA: (*Aparte*) (El viejo cayó en la trampa).

ZACARÍAS: Bueno, Sarita, leamos: “El Semi... mi... nario de abusos... y... variedades...”.

SARA: (*Viendo el periódico*) ¡Cuidado! Si es, “Semanario de avisos y variedades”.

ZACARÍAS: (*Sigue leyendo*) “El Banco del Norte en equitación con sus clientes...”, o más claro, (*Al público*) es decir haciendo en ellos (*Señala con los dedos*) caballito... Bien, sigamos: “Una ganga. Baratillo en el almacén de Eduardo Botero...” (A otro perro con ese hueso). “Al contado vendo dos quesos, dos cosas, dos casas... precio, barato”. “Restituto de María...”.

SARA: Será Instituto. ¿Le traigo los anteojos?

ZACARÍAS: ¡Cómo anteojos! No faltaba más enguando, ¿por quién me tomas, Sarita? Eso es de viejos, ¿acaso soy ciego? (*Sigue leyendo*) “Gran novedad: el Francisquito ha pensado taladrarse con su esposa y demás familia...” ¡Diablos! ¿Qué Francisco será este que amenaza con taladro a todos los de su casa? ¡Vaya un capricho bien raro...!

SARA: Ja, ja, ja ¡*Nosce te ipsum!* ¡Y que no nos conozcamos! ¡Qué no se conozca este maldito viejo! (*Alzando la voz y a don Zacarías*) ¡Hombre, por Dios!, si lo que dice el aviso es que el infrascrito ha resuelto trasladarse... ¿Conque le da a usted vergüenza usar anteojos?

ZACARÍAS: No, no, no es eso Sarita. Es que hoy se escribe lo que no se habla y se habla lo que no se escribe... Y ahora que han dado en dejarle a los escritos tantos errores... Mira, mira: aquí falta una comilla o virgulilla...

SARA: La virgulilla son los años, don Zacarías...

ZACARÍAS: ¡Qué años ni qué niño muerto! Busca tú el aviso, y déjate de cuchufletas.

SARA: (*Toma el periódico, busca y lee*) Aquí está. Oiga usted: “Daniel Montebello y Chapolín, profesor de música, baile, idiomas, historia natural, etc., etc.”, ofrece dar lecciones a domicilio y a precios módicos (Este es).

ZACARÍAS: ¡Un maestrigo en la casa! ¡Unjú! Ello dirá. ¡Canario!, como no salgamos ahora conque enseña más de lo necesario el tal Danielito.

SARA: (Cambiemos de tono y pillo al vejete). No, vida mía. Perdona Zacarías, pichón mío. Si hasta hoy te he tratado con el respeto de hija y con ese *usted* tan ajeno entre dos personas que se aman como nosotros...

ZACARÍAS: ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! Me has matado, Sarita, me has descalabrado con la confianza que acabas de hacerme... ¿Conque es decir que comienzan nuestros currucuteos...?

SARA: Hoy mismo, Zacarías, y en prueba, recibe como primera ofrenda en el altar de nuestro amor, este papirote en la nariz...

ZACARÍAS: (*Le toma el dedo*) ¡Ay! Déjame aspirar la esencia de este tu rosado, y blando, y gordo dedito... y voy corriendo, sí, voy... se va tu amoroso tortolito, a traerle el maestro a su amorosa tortolita, y... currucutucú... currucutucú... y cu... (*Se va*) (*Se tropieza*).

Escena tercera

(SARA)

SARA: *Nosce te ipsum*... Y que no se conozcan estos vejestorios culecos... ja, ja, ja... ¡Huy! Casi se mata el apergaminado adonis... Arrastra que más arrastra, pero corre alborotado. Lástima que no se reventara el hocico contra el suelo, por el embelequero y fastidioso... Pero... ya se ve... como me traiga a Daniel...

Escena cuarta

(SARA, DOÑA LEONARDA)

LEONARDA: (*Entrando*) Sarita, ¿Qué dices de Danielito el vecino?

SARA: Qué he de decir, tía: que viene a esta casa, y más pronto de lo que pueda imaginar...

LEONARDA: ¡Ay! ¡Sobrina! El corazón no engaña; el corazón me lo decía... Y luego que, como había de ser capaz Danielito, el vecinito, de resistir el chisporroteo de estos ojos de fuego, el imán de esta mirada...

LEONARDA: Pero... ¿cuándo, cómo y por qué ha de venir aquí ese ángel tentador...?

SARA: Con el pretexto de darme lecciones, visitará la casa, por ver a usted... por hablarla... A fuerza de tramarle a don Zacarías he conseguido esto... Pero: cuenta tía, por Dios, con propasarse... que sobre mí vendías toda censura...

LEONARDA: ¡Huy! ¡Sobrina!, no temas. Antes yo me crispo, me espeluzno, me horripilo, de solo pensar en verme a solas con un hombre... pero mi recato, mi cautela, mi honestidad, serán la salvaguardia, la custodia de esta tu tía... ¡Más aún que tú nos vigilaras...! ¡Ay! Si los amantes somos tan locos...

SARA: Pierda el miedo, tía Leonarda, que yo no los dejo...

LEONARDA: El ángel de mi guarda serás tú, sobrina.

SARA: Sí, señora, lo seré; pero le repito: es necesario que usted refrene esos ímpetus amorosos... la veo tan emocionada... tan...

LEONARDA: ¡Ay! ¡Sí, Sara!... me veo tan agitada de ánimo, la emoción me sofoca, me oprime, me ahoga... y siento que del corazón se desprenden y van subiendo efluvios del amor, como emanaciones, en partículas sutilísimas e imperceptibles, exhaladas de esa delicadísima viscera que con tanta regularidad va marcando los consecutivos instantes de nuestra vida...

SARA: Ahora, ya enterada, la dejo por un momento (*Se va*).

LEONARDA: Te repito, Sarita: cuenta con dejarme sola. Tú sabes que una loca como yo, sin la experiencia que da la edad, hasta dónde puede llegar.

Escena quinta

(LEONARDA)

LEONARDA: ¡Virgen de los desamparados! Váleme en este trance... si no me puedo tener en pie... qué fuego... qué delicioso incendio magnetiza mi alma... Y cómo son de ardientes las primeras emociones del amor... Yo me había retirado del mundo... ¡qué tontería! Si andaba fuera del camino, malgastando gracias y donaires... esquivando una hermosura que no me pertenece... ¡Ay! con qué violencia late dentro del pecho, mi exasperado corazón virginal... Y ahora: ¿qué le digo a Danielito, cuando le vea a mis plantas?... ¿Cuál será el tono que debo emplear con él?... Le diré: "Levanta, pichón mío"... ¡Oh!, no, que al verme tan almibarada, quizá pretenda... Entonces, mejor será en tono airado, decirle: "Alza, atrevido conquistador"... Menos, ¿cómo voy a emplear un lenguaje tan fuerte con Danielito?... ¿Con el vecinito? (*Pausa*). ¡Uff!, ¡respiro fuego!... me ahogo... me congestiono... no resisto una entrevista a solas... Voy... voy a meterle tranca a la puerta... y me callo... y escondo la luz... ¡chist!, ¡chist!... siento pasos... es él, es Danielito, el vecinito... las fuerzas me abandonan... (*Atranca la puerta*).

Escena sexta

(LEONARDA, ZACARÍAS *llamando a la puerta*)

ZACARÍAS: ¡Eh!, si no estará... si se habrá ido... (*Sigue tocando*) ¡Sarita! ¡Sarita!... abre... abre... ¡Palomita mía!, mi pichoncita... abre tortolita de mi alma, que ya tu tórtolo está de vuelta (*No deja de llamar*)... y ha cerrado.

LEONARDA: (*Aparte*) Y finge la voz, y remeda a don Zacarías para regañarme y hacer que le abra...

ZACARÍAS: Tú sí que eres la engañadora, fingiéndote doña Leonarda... Pero que manías las tuyas, Sarita. Abre...

LEONARDA: (*Dirigiéndose a don Zacarías*) Mientras no venga mi sobrina en auxilio a cuidarme ¡ay!, no, mil veces no...

ZACARÍAS: Abre, pajarita esquiva (*Empujando*).

LEONARDA: (*Aparte*) Corazón mío, valor... Tente mano ligera, no toques la tranca, salvaguardia de mi honor.

ZACARÍAS: No temas, perdicita del valle; afrecherita de mi jardín... Buena noticia;... ¡conseguido el maestroooo!

LEONARDA: Déjame, seductor aleve, no finjas que por más que trates de engañarme, te conozco.

ZACARÍAS: ¿Qué no finja? Tú sí que me quieres engañar...

LEONARDA: Te vienes haciendo el Zacariíitas...

ZACARÍAS: Y tú la Leonardita...

LEONARDA: Atrás, joven péfido, falso, traidor... Aprovechas el momento de hallarme sola...

Escena séptima

(SARA, ZACARÍAS, LEONARDA)

ZACARÍAS: (*Abre la puerta con fuerza y entra*) Rabiaba por verte...

LEONARDA: ¡No me pierdas!...

SARA: (*Entrando*) ¡Zacarías!, ¡Tía Leonarda! Así pagan ustedes... (*Finge enojo*) ¡Infame engañador de niñas!, fementido camaleón... todo lo he oído... y me fingías pasión, a tiempo que tu amor estaba tan cerca... Y usted, tía, me hablaba tan melosamente de su Danielito, de su vecinito, a tiempo que

en coloquios con este pérfido me robaba usted mi amor... ¡Ah! Víbora ponzoñosa... ¡Ah!, sirena deslumbradora y falaz.

ZACARÍAS: (*A Leonarda*) ¡Cómo!, ¡vieja melindrosa! ¿Y eras tú la presumida, la que se hacía la engañada?

LEONARDA: Y tú, viejo baboso... Conque eras ese almibarado Adonis... ¿Ese tortolito amoroso?

SARA: (*Aparte, riendo*) ¡Arda Troya!

ZACARÍAS: Qué se dirá de la casa del difunto Carrizosa, cuando se sepa que hay en ella una vieja tan pajarera...

LEONARDA: Caballero, usted me insulta... Usted ofende con eso los virginales pudores de Doña Leonarda Cespedones y Pulgarín, cuñada del difunto Don Juan Ignacio de Carrizosa, Elcorobarrutia, Estigarribia y Francalarga...

ZACARÍAS: ¡*Nosce te ipsum!* Y que no se conozca usted doña Leonardita, avejarruco antediluviano...

LEONARDA: Y usted, don Zacarías, chicharroncito almibarado...

SARA: Que venga la paz. Yo sé lo que hay en el asunto. Don Zacarías no puede engañarme, y si perseguía a mi tía fue por una equivocación.

ZACARÍAS: Adivinaste, Sarita; eso era, eso era...

SARA: Y mi tía quería dar una broma a su... su...

LEONARDA: (*Con zalamería*) ¡Chit! No lo digas, por Dios, no nos descubras, no hagas que del carmín de la inocencia rutilen mis candorosas mejillas...

SARA: ¿De suerte que todo queda arreglado?

ZACARÍAS: Arreglado, Sarita. (*A Leonarda*) ¿Me guardará usted rencor señora?

LEONARDA: No, no, no, y en prueba voy corriendo a preparar una buena cena, para celebrar nuestros armisticios... (*Se va*).

Escena octava

(SARA, ZACARÍAS)

SARA: Ahora que estamos solos... (*Le encuella*) Conque, buena la has hecho, mal caballero... vuelvo la espalda, y te declaras un César, un Alejandro, un Napoleón, conquistador de vejestorios...

ZACARÍAS: (*De rodillas*) Perdona revoltosa golondrina a tu travieso picaflor...
Soy inocente; las apariencias me condenan... y sí es cierto que tengo un
alma de fuego.

SARA: (*Airada*) ¡Ingrato!

ZACARÍAS: Un corazón que es pura candela...

SARA: (*Siempre brava*) ¡Infel!

ZACARÍAS: Y que todo soy brasa...

SARA: (*Finge más enojo*) ¡Pérfido!

ZACARÍAS: Este fuego que me consume, esta fiebre, este mareo, es amor, y solo
amor por ti...

SARA: (*Le levanta*) ¿Es decir que todo fue apariencias?

ZACARÍAS: Como no. Todo, Sarita.

SARA: ¿Y en apariencias no hay que creer?

ZACARÍAS: El amante que se deja llevar de ellas está perdido.

SARA: No olvidaré la lección.

ZACARÍAS: ¿Al fin me absuelves?

SARA: (*Le da una palmada en la cara*) Ego te absolvo de pecatis tuis.

ZACARÍAS: (*Frotándose la cara*) ¡Lucero! ¡Lucero! ¡Cuánto te amo!... pero...
pero... tú...

SARA: (¡Ah!, viejo tibio...) ¿Dudas de mi amor?... ¿Quieres una prueba...?
Exige...

ZACARÍAS: Un... un... un... besito...

SARA: (*Rechazándole*) Han llamado... viene gente...

ZACARÍAS: Pero... ¿Por qué no aprovechamos...?

SARA: Hay tiempo. A primera oportunidad, cuenta con...

ZACARÍAS: ¿Con el piquito...? ¡Ay! ¡Qué felicidad! (*Se dirige a la puerta, dicen-*
do:) ¡Adelante!

SARA: (*Aparte*) Y que no se conozcan estos...

Escena novena

(SARA, ZACARÍAS, DANIEL)

DANIEL: (*Entrando*) Don Zacarías Pegajoso, ¿está en casa?

SARA: (*Aparte*) Pegajoso, y bien pegajoso.

ZACARÍAS: Siga usted... siga usted... ¡eh!

DANIEL: ¡Señorita!

SARA: ¡Caballero!

DANIEL: ¡Salud!, don Zacarías

ZACARÍAS: Sin ceremonias... sin ceremonias...

DANIEL: Perdone si he tardado... No me atrevía a entrar... me temía llegar solo... soy corto...

ZACARÍAS: (*Aparte*) (Y a mí me parece larguito...) Nada, nada... sin miedo... Está en su casa.

SARA: Sí, señor, en su casa.

ZACARÍAS: ¿Se sentará usted? (*Le acerca también otra silla*).

DANIEL: ¡Gracias!... ¡Gracias!... ¡Gracias!... me abruman...

ZACARÍAS: Y... y... y... no hay que perder tiempo en cumplidos... Ya usted sabe señor maestro, para qué ha sido llamado... Antes de que llegue el día de nuestro enlace, quiero que usted me la enseñe... me la ponga como quien dice: navajera... Ella está dispuesta... al estudio... Conque... manos a la obra... Salgo un momento... ¡abur!

Escena décima

(SARA, DANIEL, *se sientan inmediatos*)

DANIEL: ¡Señorita!

SARA: ¡Caballero!

DANIEL: Es que... don Zacarías...

SARA: Sí, señor... don Zacarías...

DANIEL: Pues... señorita... don Zacarías...

SARA: Pues... caballero... don Zacarías...

DANIEL: Es que... soy profesor de música, el baile y el canto.

SARA: Y a mí me gusta la música, el baile y el canto.

DANIEL: Y yo enseño... de todo...

SARA: Y yo quiero aprender... de todo...

DANIEL: Pero...

SARA: Pero...

DANIEL: Pues... ¿por dónde cree que debemos empezar?

SARA: Pues... ¿por dónde quiere usted que empecemos?

DANIEL: ¡Ay!... me ha tocado usted la mano...

SARA: Y... usted me ha tocado la mía...

Escena once

(SARA, DANIEL, ZACARÍAS)

ZACARÍAS: (*Entrando*) Por algo se ha de comenzar... ¿En esas estamos...? Es decir, ¿que andan, como dicen los gallegos, en los revuelos...? No han entrado a pico... Don Daniel, o señor maestro, ¿será que le hacen falta textos? ¿Necesita plumas, lápiz, pape...? Piano no le ofrezco, pero guitarra...

DANIEL: Esto es, una guitarra...

SARA: Sí, sí, una guitarra...

ZACARÍAS: (*Retirándose*) ¡Eh! ¡eh!, Sarita... el piquito...

SARA: A primera oportunidad...

ZACARÍAS: (*Se va currucuteando y enviando besos*) Se va feliz tu palomo... currucutucú... currucutucú... (*Se va*).

Escena doce

(SARA, DANIEL)

DANIEL: ¡Señorita!

SARA: ¡Caballero!

DANIEL: Decía usted... o quería decirle...

SARA: Y yo le oía a usted... o quería oírle

DANIEL: Que yo enseño...

SARA: Y que yo quiero aprender...

DANIEL: (*Le coge la mano*) ¿Por supuesto que usted leyó el aviso?...

SARA: Naturalmente, porque usted lo puso...

DANIEL: Yo lo puse... pero...

SARA: Yo lo leí... pero...

DANIEL: Es que... yo no enseño... eso...

SARA: Ni yo quiero aprender... eso...

DANIEL: ¡Ay!... usted me araña...

SARA: ¡Ay!... usted me pellizca...

DANIEL: (*Parándose del asiento se asoma a la puerta, y cambiando de tono, habla así:*) Hablemos claro, señorita; estamos desempeñando un papel fingido... Los momentos son preciosos... Sepa usted, pues, que todo fue verla y amarla... Solicité por usted y supe quién era... Me pareció que no le era indiferente... Quise hablarle, pero no encontraba el medio... hasta que ¡feliz idea la suya! Recibí su indicación; puse el aviso; le vieron ustedes; fui llamado por don Zacarías y aquí me tiene usted el más rendido y manso de todos los corderitos mansos y rendidos...

Escena trece

(SARA, DANIEL, ZACARÍAS)

ZACARÍAS: (*Entrando*) (*Con sarcasmo*) ¡Eh!, ¡eh!, ¡como que pica!...

DANIEL: (*Cambiando la hoja*) Decía usted, señorita, hablándole del cordero, que la mansedumbre es la cualidad que caracteriza a este mamífero... Es dócil, manso y humilde...

ZACARÍAS: (*Aparte*) (Ya no le falta al maestrigo sino acostarse) ¡Hola! ¿Conque han dado ustedes principio por la zoología...? ¡Eh!, ¡eh!, bonito estudio, pero dime, Sara, ¿dónde has guardado la guitarra?

SARA: No recuerdo... quizá mi tía... ¿Por qué no va usted donde ella?

ZACARÍAS: Si se ha ido por esos interiores a preparar la cena... y a propósito: ¿hará usted la penitencia con nosotros, acompañándonos al refresco?

DANIEL: Será quizás tomarse uno mucha confianza, así, de buenas a primeras... pero, si ustedes lo disponen...

ZACARÍAS: Nada, nada, confianza que está en su casa...

DANIEL: (*Quiere continuar la lección*) Y a propósito del cordero...

ZACARÍAS: (*Le interrumpe*) Los dejo... sigan ustedes su estudio... ya te dirá, Sarita, el maestrico, algo sobre el modo de quitarle la lana a un cordero... y te explicará lo concerniente a los cuernitos... ya verás... ya verás... bonito estudio... (*Se va*).

Escena catorce

(SARA, DANIEL)

DANIEL: ¡Señorita!...

SARA: ¡Caballero!...

DANIEL: Decía a usted...

SARA: Como no, vea usted como sin querer nos hemos engolfado en estudios serios; me hablaba usted como manso cordero, ¿o del cordero?

DANIEL: Como guste, señorita, y si es que efectivamente quiere saber algo sobre historia natural...

SARA: Déjese usted de historia y al grano. Don Zacarías vuelve pronto y la tía no dilata...

DANIEL: Y, ¿quién es la tía?

SARA: ¡Cómo! ¿No ha visto usted asomada al balcón, aquí en esta casa, a una apergaminada y emperifollada vieja?

DANIEL: La he visto, señorita.

SARA: Sabrá usted que es mi tía, vive conmigo, se llama Leonarda, con la poquedad de setenta años... y así y todo, sueña con amantes, citas con ellos y encuentros novelescos... qué sé yo... ¡Ay!, don Daniel, y lo que es más curioso es que se derrite de amor por usted.

DANIEL: (*Sorprendido*) ¿Por mí...?

SARA: Y no le suelta del pico, y le aguarda a usted con impaciencia.

DANIEL: ¿A mí? ¿Usted se burla? ¿Vuelve la hoja? ¿Quiere salirse por la tangente...?

SARA: ¡Por la tangente...!

Escena quince

(SARA, DANIEL, ZACARÍAS)

ZACARÍAS: (*Entrando*) Aquí no está la guitarra. Iremos a buscarla por las otras piezas.

DANIEL: (*Con énfasis*) Sí, señorita: tangente es la línea que toca la circunferencia sin cortarla... Ahora, veamos... el lado opuesto al ángulo recto en un triángulo rectángulo, se llama hipotenusa...

ZACARÍAS: (*Aparte*) ¡Caramba! ¡Qué calor gasta el maestro para hablar de tangentes e hipotenusas...!

DANIEL: (*Disimulando*) Sí, señorita, esto pertenece a la Geometría, estudio que dejaremos para más tarde... Por ahora nos ocuparemos de la Gramática...

ZACARÍAS: (*Aparte*) (Por lo que veo, mejor será desistir de la guitarra y cuidar la pajarita).

DANIEL: (*En actitud de enseñar*) La Gramática es el arte de hablar y escribir bien una lengua...

ZACARÍAS: (*Aparte*) (La lengua te sacará por bellaco...).

DANIEL: (*Con disimulo*) Sí, señorita, usted parece que quisiera zafarse...

SARA: ¿Zafarme, yo...?

ZACARÍAS: (*Aparte*) (Lo llevan destusadito).

DANIEL: Como me sale con el cuento de una tía Leonarda.

SARA: Usted no me ha entendido. (*Sigue hablando como paso*).

ZACARÍAS: (*Aparte*) (Va esto como quien no quiere la cosa y ella queriendo... Abramos mucho el ojo...) (*Canturreando con disimulo*) Tariritintán... tari-ri... tariri...

DANIEL: Persuádase que le amo.

ZACARÍAS: (*Recio y a Daniel*) ¡Qué!, ¡qué!, ¡qué!, ¡quéééé!... bien lo decía yo.

DANIEL: (*Sigue como enseñando*) Conjugue otra vez el verbo amar... repita: yo te amo, tú me amas, él te ama...

ZACARÍAS: Aquí como todos nos amamos... Don Danielito: eso me parece muy irregular.

Daniel: Al contrario, señor don Zacarías, tan regular es, que en toda gramática es el primero que ponen como verbo de esta clase...

SARA: (*Lleva a la puerta al viejo*) Zacarías, recuerda que me dijiste que no debía hacerse caso de apariencias... ¡Vaya! Que eres bien celoso, déjate de esas cosas, y consigue la guitarra... Eres siempre tú el preferido... y a primera oportunidad...

ZACARÍAS: ¿El besito...? Voy... voy... voy... (*Se va enviándole besos*).

Escena dieciséis

(SARA, DANIEL)

SARA: ¡Al fin se marchó! ¡Ah! ¡Moscardón...!

DANIEL: (*Con ironía*) Doña Sarita: ¿parece que usted juega con dos naipes?

SARA: Mal me juzga usted.

DANIEL: Pero, si he oído lo que ha dicho al señor...

SARA: Precisamente: esto entra en el plan y por eso le puse de presente el amor de mi tía para con usted, a fin de que usted se finja enamorado de ella, para los fines ulteriores, así como estoy fingiéndole amor al viejo...

DANIEL: Y a todas estas, ¿quién es el tal don Zacarías?

SARA: El amigo y privado de mi difunto padre, a quien quedé encomendada, y quien cuida de mí en compañía de mi tía...

DANIEL: Pues... no sé qué pensar... quizá una retirada a tiempo sea más honrosa...

SARA: Hablemos claro: ¿duda usted de mi amor?

DANIEL: Yo... yo... no sé qué decir a usted...

SARA: Exija una manifestación, ¿qué prueba quiere que dé a usted...? Ahí tiene esa mano que es suya... suya...

DANIEL: (*Toma la mano*) ¡Ay!, ¡Sara mía!, ahora sí me convenzo... En buena hora venga esta bella y adorable mano, para colmarla de besos... (*La besa*).

Escena diecisiete

(SARA, DANIEL, ZACARÍAS)

ZACARÍAS: (*Entrando*) ¡Tatequieto!... ¿Esas tenemos...?

DANIEL: (*Tomando la otra mano*) Y después toma la otra y la muerde con tal fuerza... Así... ¡Oh!, si es un animal feroz, todo lo contrario del cordero...

ZACARÍAS: ¡Ah!, sí, sí, sí, el tigre, pero ese no tira tanto con los dientes sino con la garra, así... (*Le da un zarpazo a Daniel*).

DANIEL: ¡Ay!, ¡don Zacarías...!

ZACARÍAS: No, no, no, no es nada, es solo manía como la suya de exagerarse en la objetiva...

SARA: ¿Y la guitarra? Si no voy yo por ella... (*Sale*).

ZACARÍAS: Perdone, señor maestro, si lo dejamos solo por un momento, corro en auxilio de Sarita para desenterrar esa vihuela de donde se encuentre (*Se va*).

Escena dieciocho

(DANIEL, *solo*)

DANIEL: ¡Cómo es esto! O yo estoy loco o aquí todos lo estamos... Don Zacarías enamorado de Sara... Doña Leonarda de mi persona, Sara lo mismo; yo de Sara, y ella fingiendo amor a don Zacarías, debiéndoselo fingir yo a doña Leonarda... Desenrédeme esta cabuya el Diablo... Y, ahora: ¿qué será lo que debo hacer, cuando me vea a solas con la vieja? Me le declaro de sopetón o me voy piano... pianito...

Escena diecinueve

(LEONARDA, DANIEL)

LEONARDA: (*Entrando*) ¡Ay! ¡Qué horror...!

DANIEL: ¡Señora!... ¡Señorita!...

LEONARDA: Vos aquí, caballero; ¿qué intentáis...?

DANIEL: ¡Al fin puedo...!

LEONARDA: ¿Queréis perderme...?

DANIEL: ¡Señorita!... ¡yo...! (*Acercándose*).

LEONARDA: Si os propasáis, llamo en mi auxilio...

DANIEL: Bien: no daré un paso más, pero... es preciso, ya que la suerte nos trajo aquí solos, me declare... declare mi amor a usted, señorita, y oiga de esos frescos y purpurinos labios alguna palabra de esperanza... algo tan dulce como la última nota que suave se desliza del guargüerito de un cucarachero cuando estira la patita...

LEONARDA: ¡Ay! ¡Joven intrépido! Voy comprendiendo la pureza de vuestras intenciones. El alma vuelve a serenarse... ya late más tranquilo mi juvenil corazón... Ya no ascienden a mis mejillas las purpurinas emanaciones de un ánimo avergonzado, sino los ligeros efluvios de un amor virginal...

DANIEL: Nada tema, señorita, y deje que me acerque, y que estampe en su alabastrina mano mi febril labio...

LEONARDA: Vuelves a intentar y vuelvo a dudar...

DANIEL: A tus plantas, de rodillas...

LEONARDA: Alza atrevido conquistador y mira por donde se sale de esta honestísima morada...

SARA: (*De adentro*) ¡Tía Leonarda! ¡Tía Leonarda!

LEONARDA: ¡Adiós! ¡Apuesto doncell!, adiós galante caballero... Es preciso que no nos vean solos... Me voy, pero llevo en el corazón grabada tu imagen divina, y si, como veo, tus intenciones son puras y honestas, tuya será la mano de Doña Leonarda Cespedones y Pulgarín, cuñada del difunto Don Juan Ignacio Carrizosa Elcorobarrutia Estigarribia y Francelarga... (*Se va*).

DANIEL: (*Solo*) Ahora sí que me persuado que he entrado en un manicomio...

Escena veinte

(SARA, DANIEL)

SARA: (*Entrando*) ¡Vaya! Si he buscado la tía por cuanto rincón tiene la casa... llevo sudando. ¡Qué!, si no es mala pécora el maldito vejete... Corría tras de mí como una zorra, en pos de un beso... ¡Ja, ja, ja, ja... que dizque cumpliera

la promesa o metía un escándalo... pues, señor, es buen empeño...! ¡Y que nunca se conozca esta pobre humanidad...! ¡*Nosce te ipsum*...!

DANIEL: ¡Vida mía! Que agitada llegas... ¿Nos tutearemos, no es así...?

SARA: Así es, amor mío... así es... para cuando lo hemos de dejar, si nuestra suerte debe ser una, si nuestro enlace no ha de tardar... ¡Daniel!, ¡Daniel!, ¡hermoso mío! Líbrame de tanta necedad... No puedes figurarte cuánto me ha fastidiado ese hombre...

DANIEL: No has sufrido sola, mi bella. Yo también he sido víctima de las chocheces y melindres de tu tía, ¡qué arrumacos aquellos...!

SARA: ¿Conque la tía te dio un mal rato?

DANIEL: Pues... de cierto modo, no, Sara. Figúrate que de buenas a primeras me dijo que se horripilaba, o cosa así... me trató de atrevido conquistador, y luego, dizque al persuadirse de mis buenas intenciones, me decía que ligeros efluvios de amor se le escapaban del corazón, e iban a mostrarse en sus virginales mejillas (*Se ríe*). De loca no rebaja tu tía...

SARA: ¡Ja, ja, ja, ja...! Me gusta, me gusta y me requetegusta... Así verás que no he mentido.

DANIEL: ¿Mentido, Sara...? ¿Y quién ha creído tal cosa, después de ver el sainete que representan los dos viejos...? No, no, no mi bien, al contrario: persuadido estoy de la verdad que me has dicho... y, por lo tanto de tu amor... Pero... ya que mi labio tocó tu mano, sellemos ahora este amor con un abrazo, deja que te estreche entre mis brazos con frenesí, con locura... (*Fingen bailar*) Y... el compás se lleva así...

Escena veintiuna

(SARA, LEONARDA, ZACARÍAS, DANIEL)

ZACARÍAS: ¡Pobrecitos...! ¡Al fin se fueron a las manos, sin música...! Usted tiene la culpa, doña Leonarda, que deja perder la guitarra... No nos queda más remedio que hacerles cajón (*Lo hace*).

LEONARDA: (*Haciendo también cajón*) Sí... hacerles cajón...

ZACARÍAS: (*A Leonarda*) Pero... yo no aguanto cuando veo bailar... Vamos, señora, acompáñeme...

LEONARDA: ¡Eh! Ya no está usted para gracias, don Zacarías... Sobre todo a mí me cuesta mucho trabajo bailar con una persona entrada en mucha edad...

ZACARÍAS: ¡*Nosce te ipsum...*! ¡Que no se conozca usted, señora...! Pero, en fin, sostengo mi propuesta...

LEONARDA: Entonces, aguarde usted yo entro a esta pieza a arreglarme un borceguí, donde miradas indiscretas no profanen los recónditos misterios de la hermosura (*Se va*).

ZACARÍAS: Y yo, en tanto, voy a cambiar de calzado (*Se va*).

Escena veintidós

(SARA, DANIEL)

SARA: (*Tramando*) ¡Offf...! Nos estrangulan estos viejos, ya no nos dejarán; no hay más camino que fingir un desmayo... La agitación del baile, es la causa... Usted, receta... Pide una sobrecama y me cubre, porque así lo requiere el caso... Aconseja quietud; que me dejen sola, mientras viene un médico, o se trae algún remedio; usted va por cualquier droga a la botica o finge esto sin salir de la casa; envía por algo al viejo; queda la vieja, yo me zafo y a ella la mete en la danza; aguardándome usted afuera (*Siguen bailando*).

Escena veintitrés

(SARA, DANIEL, LEONARDA, ZACARÍAS)

ZACARÍAS: (*Que vuelve*) Señora, al puesto.

LEONARDA: (*Que vuelve*) Pero ahora no salga usted con baile redondo.

ZACARÍAS: Ni usted con la pisa o la guabina (*Bailan*).

LEONARDA: Don Zacarías, usted me puya. Usted ofende mi dignidad...

ZACARÍAS: Señora: usted está pasada por el libro de las hipotecas...

LEONARDA: ¡Hipoteca, yo...! ¡Ay! ¡Monstruo humano...! ¡Caribe!, ¡Hombre cruel tragador de honras...! Siento que los efluvios del pudor se desprenden del corazón y vienen en oleadas vertiginosas a colar mis candorosas mejillas.

SARA: (*Finge el desmayo*) ¡Ay...!

LEONARDA: ¿Qué sucede...?

ZACARÍAS: ¿Qué acontece...?

DANIEL: (*Sosteniendo a Sara*) Señores, no es nada... Un síncope... la agitación... el baile... Señorita, una sobrecama para cubrirla, mucho abrigo y quietud... yo corro por algún médico, por alguna esencia... Don Zacarías, entre tanto yo cubro a la señorita, vuela por amoníaco, agua florida... cada uno por su lado, que el caso urge... (*La pone en una silla y se va*).

ZACARÍAS: (*Se acerca*) ¡Ay! ¡Sarita! ¿Qué tienes...? ¡Vuelve en ti...!

LEONARDA: (*Vuelve con la sobrecama*) Aquí está, ¿pero no será peor cubrirla? (*Vuelve a salir*).

ZACARÍAS: Nada, el maestro lo dispuso... y hay que hacerlo. (*A Leonarda*) Señora, ciérrese esa puerta...

SARA: (*Se descubre*) (*A Zacarías*) Es todo fingido, Zacarías... corre o finge que corres por el remedio y vuelve por el...

ZACARÍAS: ¡Ya, ya, ya...! ¿El besito...? Voy, voy, voy... (*Se va*).

LEONARDA: ¡Sara!, ¡Sarita! ¡Ay, Sobrina...! Vuelve en ti. ¡Oye la voz de tu Leonardita...!

SARA: (*Se descubre*) ¡Tía!, ¡Querida tía...! Todo lo hago por usted... es supuesto el desmayo, de acuerdo con su Daniel... ¡Pobre! Está loco por usted... me exigió esto, para poder hablar con usted a solas... los momentos son preciosos... ocupe mi puesto, sin miedo... él vendrá a buscarla, todo está convenido...

LEONARDA: ¡Sara!, ¡Sarita!, ¡Cuánto te agradezco...! Pero... no puedo... el miedo de una joven inexperta...

SARA: ¡Tía! Siéntese, yo la cubro, y aguarde... nada tema... estaré cerca como el ángel de su guarda... ¡adiós y valor...! (*La cubre y se va llevándose la luz*).

Escena veinticuatro

(LEONARDA, *sentada y cubierta*)

¡Se han ido todos...! ¡Qué silencio...! ¡Qué momentos tan críticos!... y yo desmayada... A ver qué postura será la más adecuada para el recato de una doncella... (*Se arregla*) ¡Vaya! Que hago un papel... Pero el que hago quiere, algo le ha de costar... y luego, que la ocasión es calva... Mas... yo a solas con un hombre... con Daniel, con Danielito, el vecinito... ¡Ay!, ya volverá, ya estará

de vuelta... Dios me favorezca... Dios me dé valor... Daniel me hablará... ¡Qué hago, Dios mío...! Dónde iremos a dar con tal temeridad... ¡Offf! Si me crispo, me espeluzno, me horripilo... ¡Ay!, siento pasos... me acomodo... y, aguardo... ¡chit!

Escena veinticinco

(LEONARDA, ZACARÍAS)

ZACARÍAS: (*Entra con cautela, hablando paso*) ¡Y... qué silencio...! Ella está en su puesto... Me aguarda para cumplirme la promesa... ¡pist! ¡pist!

LEONARDA: (*Encubierta*) Ya llega...

ZACARÍAS: (*Paso*) Amor mío, ¿me aguardabas...?

LEONARDA: (*Paso*) Con impaciencia...

ZACARÍAS: ¿No ha vuelto el hombre?

LEONARDA: No ha vuelto...

ZACARÍAS: ¿Ni ella...?

LEONARDA: Tampoco.

ZACARÍAS: ¿Estamos solos...?

LEONARDA: Solos...

ZACARÍAS: ¡Entonces...!

LEONARDA: ¡Ay! ¡no me pierdas...!

ZACARÍAS: (*Abrazándola*) El beso... (*Le da el beso a doña Leonarda y quedan por mucho rato escupiando, limpiándose la boca y en actitud humilde y corridos*).

Escena última

(LEONARDA, ZACARÍAS, SARA, DANIEL)

DANIEL: Y yo creyendo en tu amos, coqueta... (*A Leonarda*).

SARA: Y yo en el tuyo, mal caballero... (*A Zacarías*).

DANIEL: Y encuentro que la ingrata me engañaba...

SARA: Y yo, que el pérfido mentía...

DANIEL: Se hacía la gatita muerta, llena de remilgos... y candorosos efluvios, cuando tenía el amante en la casa...

SARA: Y este inicuo, teniendo a quien besar, solicitaba mis besos... Besos de judas eran, so traidor...

DANIEL: Vamos, señorita, no nos queda otro remedio que amarnos... (*A Sara*).

SARA: Sí caballero, amarnos.

DANIEL: A buscar el desquite.

SARA: A buscarlo, ya que tan vilmente hemos sido engañados por estos infames.

DANIEL: Ofrezco a usted mi manos de esposo...

SARA: Y yo a usted, la mía de esposa...

ZACARÍAS: Y yo... yo... a quién...

LEONARDA: Y a quién yo... yo...

ZACARÍAS: ¡Ay!... ¡Qué dolor!

LEONARDA: ¡Ay! ¡Qué pena!

ZACARÍAS: ¡Oh!... ¡Oh...!

LEONARDA: ¡Oh!... ¡Oh...!

ZACARÍAS: A la una...

LEONARDA: A las dos...

ZACARÍAS: A las... a las...

LEONARDA: ¡Tres...! (*Quedan cogidos de la manos en actitud bien ridícula*).

DANIEL: (*Se adelanta con Sara*)

Vanidosos, presumidos,
pocos miran lo que son,
que a la voz de la razón
cerramos ojos y oídos.



Hacia un drama regional

SALVADOR MESA NICHOLLS (1897-1966). De los dos dramas que este autor publicó, reunidos en libro en 1924, quizás el más llamativo sea el que aquí se compila por su contundencia en la acción, que radica sobre todo en el juego del lenguaje. En cada uno de los diálogos no se quiere tanto imitar o representar la cotidianidad de la vida en el campo; más bien, el énfasis se pone en los momentos en los que ese mismo lenguaje puede potencializarse para recrear personajes que se mueven entre lo cómico y trágico. Una obra que desde su realismo aspira a ser muy humana a través de un tema de por sí patético: el amor robado. De otro lado, el personaje secundario, “Silverio”, adquiere toda la importancia en la medida en que se eleva a un primer plano. Los mayores méritos de Salvador Mesa Nicholls se reflejan en su altísima consciencia escénica y no meramente poética, y en su capacidad de servirse del lenguaje para trazar hondas sicologías.

Dramaturgia publicada

Adiós, Lucía. Comedia en un acto, Bogotá, Cromos, 1924, pp. 3-37.

En Villa Blanca. Comedia en un acto, Bogotá, Cromos, 1924, pp. 39-60.

Adiós, Lucía

Comedia en un acto

Personajes

LUCÍA

ÑA JOSEFA

MERCEDES

PEPA

SILVERIO

MANUEL RIVERA

JOSÉ MARÍA

CAMPESINAS

Acto único

El escenario representa la cumbre de un cerro. A la izquierda del actor, una casa pajiza de corredor ancho, dando frente por este lado a la escena. A la derecha, un jardín que tendrá una cerca baja prolongada hacia el fondo. Este jardín se supone que se extiende hacia dicho lado de la derecha. El centro de la escena será un patio espacioso donde habrá una mesa y un taburete. Sobre la mesa un poco de café pilado para escoger y un canasto. En el suelo y cerca de dicha mesa, un costal con café. El fondo de escena es el cielo que se verá en gran parte. Retirado de la escena y hacia el fondo, pasa un camino. Al levantarse el telón aparece ña Josefa escogiendo café.

Escena I

(ÑA JOSEFA, LUCÍA)

LUCÍA: (*Dentro y cantando*)

Ven a mi pobre cabaña
que te llora y te extraña
cuando faltas de allí...
Ven... que te espera la hamaca
y las flores de albahaca
¡no perfuman sin ti!

ÑA JOSEFA: (*Llamando*) ¡Lucía!

LUCÍA: ¡Señora!

ÑA JOSEFA: ¡Prestame el otro café sin descoger que está ai en un rincón!

LUCÍA: ¡Voy señora! (*Pausa, entrando con un canasto lleno de café que vaciará sobre la mesa*). Pero este café sí q'uestá bien pasilludo... ¡Con razón que no le rinda!

ÑA JOSEFA: Y este mosquero y este frío que no me dejan hacer nada... ¡Ave-maría purísima!

LUCÍA: (*Escogiendo*) ¡Pero mamita! ¡Vusté si sentirá frío hasta en el infierno!

ÑA JOSEFA: ¡Callá la boca, mal hablada! ¡Cómo te atrevés a decime a yo esas desproporciones!

LUCÍA: (*Riéndose*) Y eso qué tiene. Como s'ia d'ir pallá.

ÑA JOSEFA: ¡No l'ihace! ¡A un cristiano jamás se le dicen esas cosas! (*Hace ademán de matar un mosco en la muñeca, dándole un palmada*). ¿No se lo digo? ¡Estos moscos me van a sacar la poquitica sangre que me queda!

LUCÍA: Haga una cosa mamita... ¡Mátelos cuando le rumben!

ÑA JOSEFA: (*Riéndose*) Ja, ja, ja... Ni que m'estuviera toítico el día atisbándolos... ¡Ah, muchacha ésta! Ja, ja, ja...

LUCÍA: Ya era bueno que se hiciera en el corredor... allá no hay tanto animallero.

ÑA JOSEFA: Eh, yo en ese corredor m'emparamo del frío... tengo que aprovechar el rayito de sol...

LUCÍA: Pero si es que este sol ya no calienta... ¿No ve q'ues muy tarde?

ÑA JOSEFA: (*Mirando el sol*) I i i i... Son por lo menos las cuatro y el bobo aquel no aparece para que se vaya a traer la ternera.

LUCÍA: Yo se lo dije a usted que no lo mandara p'allá... Supóngase con lo enamorado q'uestá de Mercedes... ¡Ese no viene hoy, no crea!

ÑA JOSEFA: Pero decíme, ¿ella sí le hace caso?

LUCÍA: ¡Eh, qué caso le va a hacer! Él se pone ahí a vela y a vela, hasta que se le escurren las babas y entonces se viene... ¡Pero ella no le corresponde!

ÑA JOSEFA: Pues francamente, ¿no sé qué haremos con ese vagamundo? A cuenta de q'ues sobrino, tenelo que aguantar ai sin hacer nada. ¡Eh! ¡Es una calamidá!

LUCÍA: (*Irónicamente*) Él vive muy ocupao estudiando la ciencia...

ÑA JOSEFA: ¿Y es que ha seguido con eso?

LUCÍA: Ja, ¡si usted le viera esa lacena cómo la mantiene de chécheres!... ¡Ya no cabe ni la punta d'iuna aguja! Hay ramas, güesos, cueros, cachos, plumas, polvos, palos... No, ¡todo lo que aún se puede imaginar! (*Pausa*). Ah... ¡Y tiene el monicongo en una caja y en otra la de cobalonga! ¡Ave María Purísima! ¡Da hasta miedo!

ÑA JOSEFA: No me jaltaba más a yo, ¡que un endemoniado en la casa! Ahora sí quedamos buenas... (*Pasa por el camino un campesino y saluda*).

CAMPESINO: ¡Buenas tardes!

LUCÍA: ¡Buenas tardes!

ÑA JOSEFA: (*Que está dando la espalda al camino, vuelve a mirar*) ¿Quién es, ole?

LUCÍA: El mono José María...

ÑA JOSEFA: Ajá, ¡voy a preguntale a ver si vio por allá a aquel! (*Se levanta apresuradamente y llama*) ¡Monito! (*Pausa*) ¡Monito!

CAMPESINO: (*Que ya había salido de la escena*) ¡Señora!

ÑA JOSEFA: Dígame, ¿vusté me vio porallá a Silverio?

CAMPESINO: (*Dentro*) ¡Sí, señora! ¡Allá taba onde las Zuletas despidiéndose para venise!

ÑA JOSEFA: Bueno... ¡Mi Dios se lo pague! (*A Lucía*) ¿Qué le parece... Ah? Dende las once por allá y ya oye lo que dice: ¡que apenas se taba despidiendo! (*Sigue escogiendo*).

LUCÍA: Yo me voy a regar mis matas q'uestán tan lindas...

ÑA JOSEFA: ¡Pues y en seguida te tocará ite a traer la ternera porque lo que soy yo, no le hablo a este sinvergüenza esta tarde!

LUCÍA: Él en estico viene... y si no yo le grito al hijo de mi siá Segunda que l'eché p'arriba (*Entra a la cocina y saca agua para regar las matas del corredor*).

ÑA JOSEFA: ¡Uyuyuy! ¡Qué frío tan horroroso! Voy a ponerme mi pañuelón (*Mientras Ña Josefa saca el pañolón de una de las piezas y enciende un tabaco en la cocina, Lucía riega las matas*).

LUCÍA: (*Al ver que Josefa vuelve a escoger*) Mire mamita cómo están de lindas las flores... Vea los geranios... Vea las josefinas... (*Se le acerca a Josefa*) Mire las margaritas... Esta fue la parásita que me trajo Manuel... Qué tan linda... ¿No? Parece que tuviera adentro un cucarroncito... Mire mamita... ¡Mire! (*Josefa mira y luego se dirige a la mesa para seguir escogiendo*).

ÑA JOSEFA: ¿Y en últimas qué hubo de Manuel, que ni lo volví a ver?

LUCÍA: Yo no sé... izque se jue pal Tolima me dijeron...

ÑA JOSEFA: ¿Quién te dijo?

LUCÍA: Por ai la gente... (*Pausa larga*).

Escena II

(*Dichos y SILVERIO, con un envoltorio bajo el brazo, que cubrirá con la ruana*)

SILVERIO: Güenas...

LUCÍA: Q'uihay Silverio.

ÑA JOSEFA: ¡Las horas de aparecerse este almártaga!

SILVERIO: Um... jué que... Um... jué que...

ÑA JOSEFA: ¡Qué jueque ni qué pan caliente! ¡Aónde estabas vagamundo! (*Se levanta y se le cuadra al frente en actitud amenazante*) ¡Decíme!

SILVERIO: En... ¿Aónde? Um...

ÑA JOSEFA: ¡Decíme sinvergüenza! (*Hace ademán de pegarle y Silverio salta a un lado. Pausa*).

SILVERIO: (*Tembloroso*) Pes... Pes yo... Pes... Primerito que too me jui a hacele el mandao. Um... Y en después... (*Tose*) Me dio un dolor d'estógamo tan horroroso, que tuve que dentarme a una casa pa que me dieran un bebía de... Um... de... (*Tose*) ¡Una bebía!

ÑA JOSEFA: (*Levantándole la ruana*) ¡Qué traes ai! (*Al ver las ramas que traerá cubiertas con la ruana*) ¿Conque de yerbatero... no? ¡Prestáme esas porque-rías p'acá! (*Hace fuerza por quitárselas*).

SILVERIO: ¡Aguardese tía!... Por las güenas... ¡Por las güenas!...

ÑA JOSEFA: ¡Prestá ligero! ¡Prestá! (*Lucía se ríe, Josefa quita las ramas a Silverio, e intenta botarlas por el lado del jardín pero luego se arrepiente y se dirige a la cocina, donde las echa a quemar*).

SILVERIO: (*Aparte*) ¡Y esta rama de la China q'ues tan escasa... hombre! Tía... Tía... ¡Déjeme sacar una siquiera! La más emportante (*Josefa se vuelve y da un empujón a Silverio*).

ÑA JOSEFA: ¡Quitá d'iai! (*Sale*).

Escena III

(*Menos JOSEFA*)

SILVERIO: ¡Caramba! ¡Me voy a largar d'esta casa onde ni tiene uno libertá!

LUCÍA: ¡Yo le advertí a usté que no siguiera con esas cosas! Y eso que no l'iha visto la lacena... ¡Ai va a ser la maluca!

SILVERIO: (*Energizándose*) Y la bien maluca, ¡porque esas cosas sí no me las quema! Es decir... ¡Ella que me toca el monicongo y yo que le rompo el cotoperís!¹ (*Al ver a Josefa que aparece*) Y me largo iiiiii...

Escena IV

(Y JOSEFA)

ÑA JOSEFA: ¿Qué tabas diciendo?

SILVERIO: (*Casi llorando de rabia*) ¡Que si me güelven a arrempujar m'encubro p'uaquí derecho! (*Lucía se ríe*).

ÑA JOSEFA: Bien encumbrao m'hijito... N'ues sino que se pare aquí en el altico y diga "No creo en Dios ni en Santa María" ¡Y se deje ir loma abajo!

LUCÍA: Pero se va forrao en un cuero bien grueso para que no se vaya a enterrar un chuzo... ¡Oye!

SILVERIO: ¡Y que parece ñanga! vustedes no tienen ni idea de lo q'ues un ayudao. El otro día...

ÑA JOSEFA: (*Interrumpiéndole*) ¡Ni queremos sabelo! A contar sus brujerías onde las brujas... ¡No me jaltaba más!

SILVERIO: ¡Bueno! Pues entonces no les cuento... eh, ¿eh?

LUCÍA: (*Bajo a Silverio*) Vaya traiga la ternera...

SILVERIO: Si ya la truje, prima... ¡Pues por eso jué la demora prencipal!

LUCÍA: Entonces dígle a ella... (*Pausa*).

SILVERIO: (*Con miedo*) Tía... Um... ¿Tía?

ÑA JOSEFA: ¿Qué jué?

SILVERIO: Ya traje la ternera...

ÑA JOSEFA: Bueno, y que hubo en últimas del mandao. ¿Qué dijo mi compadre, sí me podrá llevar el café mañana?

¹ Cotoperiz (en la obra Cotoperís): árbol de 6 a 18 metros de alto, de tronco corto, recto y de unos 55 centímetros de diámetro. Su copa es semiesférica, esférica o en forma de paragua; densamente tupida y de color verde oscuro.

SILVERIO: De veras que se me había olvidado dale la razón. ¡Es que un arrem-pujón d'esos le quita la prenuncia a cualesquiera! *(Pausa)* Don Nolberto le mandó a decir que mañana no podía llevale el café, porque habían arquilao las bestias a unos que se madrugan precisamente pa un casorio.

ÑA JOSEFA: Bendito sea mi Dios... ¡Pa eso que cuand'uno necesita alguna cosa d'ellos es fijo que la tienen ocupada, pero no vengán onde uno, porque podrían pedile la Sábana Santa y uno tenía que íselas a conseguir!

SILVERIO: No, pero hoy sí es verdá que las arquiló porque ai las taban cogiendo... *(Con disimulo se acerca a Lucía, quien habría estado arreglando las matas en el corredor y le entrega un papel)* Aquí le mandó Merceditas este papel y que ahora viene con Pepita... *(Lucía esconde rápidamente el papel y mira a Josefa, quien no se habría dado cuenta. Pausa).*

ÑA JOSEFA: ¡Bueno ole! ¿Y quién se va a casar con convidaos de a caballo? *(Mutis de Lucía. Silverio se acerca a la mesa).*

Escena V

(Menos LUCÍA)

SILVERIO: Yo no púe saber, pero toas esas mujeres de "Malavar" ¡taban más contentas q'uiun mico en jiestas! Puallá me encontré a la Primitiva que pasó por juntico de yo, con una funda amarilla que parecía una jlora de vitoriera y de pañuelón colorao... ¡Ah, negra atrevida, tía! Qué le parece que me dijo raspándome el codo... "¡Adiós bobo!", y entonces con esa gana que güelvo yo y le digo: "¡Adiós negra car'errellena!"... ¡Qué le parece! Quizque decime bobo a yo... ¡Que no tengo d'eso ni lo negro de l'uña!... Ja, cuando es lo que dice don Nolberto, que él sí me conoce bien a yo bien a jondo... ¡No se crean d'este bobo, que es más avisado q'uel diablo!

ÑA JOSEFA: ¿Y por qué te dijo él eso?

SILVERIO: Jué que este Roque me echó unas endereitas ai... Taba diciendo que izque a yo me podían echar con una señorita pal monte, ¡y que izque ni la voltiaba a ver siquiera! Ese como tá picado con yo...

ÑA JOSEFA: ¡Vos te estás metiendo mucho allá y de pronto te voltean el masca-dero p'atrás! Acordáte de yo... Esas muchachas tienen novio.

SILVERIO: *(Aparte)* ¿Y el monicongo pa qué sirve?

ÑA JOSEFA: Y...

SILVERIO: ¡Eh, no crea tía! Yo tengo fama de bobo, es por mi modo de ser, así apaciguao... Pero los que me conocen bien, ¡hasta miedo me tienen!

ÑA JOSEFA: ¡Y ahora de yerbatero sí que te van a decir bobo y de cuánto hay!

SILVERIO: (*Aparte*) ¡Cuándo es la única esperanza que tengo pa que me quiera Merceditas! (*A Josefa*) Como yo no lo praitico delante de la gente...

ÑA JOSEFA: Dejáte d'esas cosas Silverio... ¡Mirá que vos tenés aquí con yo un bonito porvenir! Ai te he señalao un pedazo de tierra pa que trabajés... Tenés aonde vivir, y no te jalta la comida: ¡pa qué querés más!... ¡Ajuiciáte Silverio, no te pongás a bobiar porai!

SILVERIO: ¡Pero si antes me paso de juicioso, tía! ¡Cómo seré de noble, cuando hasta bobo me dicen!

ÑA JOSEFA: ¡Sí, pero no servís pa nada! ¡Te mando a llevar una razoncita aquí detrás de l'oreja... y t'estás medio día cerraíto!

SILVERIO: Detrás de l'oreja sí... ¿Y el mocho de morro que hay que subir? (*Aparece Lucía enjugándose los ojos en el delantal y se recuesta a un pilar*).

Escena VI

(Y LUCÍA)

ÑA JOSEFA: ¡Hasta feo es que digás eso! Cuando yo que soy una miseria de vieja.

SILVERIO: (*Aparte*) Pues más bien...

ÑA JOSEFA: ¡Los subo en dos patadas! (*Lucía solloza, cubriéndose la boca con el delantal*).

SILVERIO: (*Aparte, después de mirar a Lucía*) Ya esto se aguó... (*Bajo a Josefa*) ¡Mire tía la cara q'está haciendo mi prima!

ÑA JOSEFA: (*Mirando a Lucía*) ¿Qué tenés? ¿Te golvió el dolor de muela?

LUCÍA: ¡Eh, ojalá juera eso!

ÑA JOSEFA: ¿Antonces qué tenés?... (*Pausa*) ¿Ah?

SILVERIO: ¡Allá lo verán, cómo va a hacer jalta la rama de la China!

LUCÍA: Nada...

ÑA JOSEFA: ¡Si tás llorando por nada, lo que merecés es una zumba para que berriés por algo! (*Pausa. Lucía llora más recio*) ¡Pero a esta qué le pasó!

SILVERIO: Ah... ¡Ya sé por qué jué!

ÑA JOSEFA: ¿Por qué... Ah?

SILVERIO: Pes por Manuel...

ÑA JOSEFA: ¿Por cuál Manuel?

SILVERIO: Pes Rivera. ¿No ve que Merceditas le escribió un papel y le cuenta todo?

ÑA JOSEFA: (*Impaciente*) ¿Pero qué es todo?

SILVERIO: Eso sí no sé yo... ¿No ve que yo apeniticas leyí la palabra: Manuel Rivera?

ÑA JOSEFA: (*A Lucía*) A la hora que me amargué la vida por ese lao... (*Se levanta y se dirige a Lucía*) ¡Qué fué la cosa! ¿Por qué tás llorando? ¿Ah?

LUCÍA: ¿No le digo que por nada?

ÑA JOSEFA: No, por nada no... ¡Mostráme el papel que te mandaron de arriba! ¡Mostrámelo!

LUCÍA: ¿Cuál papel?

ÑA JOSEFA: ¡Mostrámelo, que yo ya sé todo!

LUCÍA: (*A Silverio*) Ya este Juan Lanas se puso a contar

SILVERIO: (*Accionando exageradamente*) ¡Ahora me achacarán a yo toitica la pelotera!

ÑA JOSEFA: (*Amenazante*) ¡Mostráme el papel! ¡Mirá que vos ya me conocés!

LUCÍA: (*Con un ademán casi brusco, entrega el papel a Josefa*) Tómelo pues... (*Se dirige rápidamente a la mesa de escogida, se sienta y hunde la cabeza entre los brazos. Silverio, compungido escoge café. Josefa entra a una de las piezas, saca los anteojos y sale al corredor a leer el papel*).

SILVERIO: (*A Lucía*) ¡Vustedes mismas tienen la culpa de que yo no sirva para nada en estos trances! ¡Les ha parecido que la brujería es cosa de bobos y no me dejan hacer nada! Si yo fuera hombre de hacha y machete. Como dicen, pes con hacha y machete te defendería. Pero yo no soy d'esos... ¡Yo tengo mi caráuter especial!

ÑA JOSEFA: (*Interrumpiendo a Silverio*) Y vos que tenés que ver con que se case Manuel... ¿No tarías comprometida con un hombre que ni siquiera venía a la casa... no? ¿O era que te veías con él por juera... ah?

SILVERIO: Ju, ¡Figúrese si no! (*Lucía lo mira disgustada*).

ÑA JOSEFA: ¡Hombre y vos que tenés pauta con el diablo, sí que debés saber d'estas cosas! ¡Vení a ver!

SILVERIO: (*Con miedo*) ¿Yo?

ÑA JOSEFA: ¡Sí, vení!

SILVERIO: (*Se acerca a Josefa tembloroso y con mucho respeto*) Señora...

ÑA JOSEFA: ¿Qué es lo q'uihay... Ah?

SILVERIO: ¡Quién sabe qué habrá!

ÑA JOSEFA: ¿Pero vos vites algo?

SILVERIO: No. ¡Yo d'eso no he visto nada! ¡Arsolutamente Nada! (*Pausa*) Todo lo que veí jué que mi prima le hizo así a Manuelito... (*Señala con la cabeza hacia detrás de la casa*) ¡Pero eso jué aquí en este mismo patio y yo creí que vusté había veído!

ÑA JOSEFA: No, yo no vi nada...

SILVERIO: Es'ues... Antonces n'uha habido nada...

ÑA JOSEFA: ¿Pero vos tenés seguridad q'ueran novios?

SILVERIO: (*Mira a Lucía y un poco bajo*) Iiiii... Demás...

ÑA JOSEFA: (*Acercándose a Lucía, empieza a regañarla*) ¡Quién la ve que no quiebra un plato! ¡Hipróquita! ¡Hombrerera! (*Pausa. Mercedes y Pepa que bajarán por el camino, saludan dentro*).

MERCEDES Y PEPA: ¡Buenas tardes! (*Lucía se enjuga los ojos y disimula su emoción. Silverio hace una cabriola de alegría y corre a una pieza. Josefa se asoma a ver quién es*).

Escena VII

(JOSEFA, LUCÍA, MERCEDES, PEPA)

ÑA JOSEFA: Sigán...

MERCEDES Y PEPA: ¡Gracias, señora! (*Saludando*) Buenas tardes ña Josefa... Cómo le va... (*A Lucía*) Q'uihay, niña... ¡Cómo estás! (*Josefa y Lucía contestan saludos*).

MERCEDES: (*Después de saludar cariñosamente a Lucía*) ¿Y usted qué tal de salud, ña Josefa?

ÑA JOSEFA: Pues ai mis hijas, penando y sin morir... Y vustedes ¿qué tal? ¿Mi comadre y demás familia tan sin novedá?

MERCEDES: Sí, señora... están bien, mi Dios se lo pague... Poraquí le mandó mi mamita la preba de los engüeltos... pero quedaron muy malucos... (*Le entrega un canasto tapado con hojas*).

ÑA JOSEFA: ¡Sí, ya me lo imagino!... Cuando mi comadre tiene unas manos...

MERCEDES: Ello no, ña Josefa...

ÑA JOSEFA: Voy a guardarlos... ¡Con sus permisos! (*Sale*).

Escena VIII

(*Menos ÑA JOSEFA*)

LUCÍA: Bueno niñas... caminen siéntesen.

MERCEDES Y PEPA: ¡Gracias Lucía!

LUCÍA: (*Llamando*) ¡Silverio!

SILVERIO: ¿Prima?

LUCÍA: (*A Silverio*) ¡Ya no! (*A Mercedes y a Pepa*) Caminen pasemos a la banquita pacá que ai ese corredor es muy maluco...

MERCEDES: Por supuesto niña... ¡Caminá! (*Pasan a la banca que estará en el corredor y la colocan cerca de la mesa*).

LUCÍA: Siéntesen...

MERCEDES Y PEPA: Gracias (*Se sientan*).

PEPA: ¡Pero sí que tenés flores bien lindas! ¡Ya parece un palacio esta casa!

LUCÍA: Eh, qué palacio este rancho tan feo...

PEPA: ¡Ojalá así fuera el de nosotras!

LUCÍA: ¡No se burlen... Queridas!

PEPA: No, de veras... (*Pausa*).

MERCEDES: (*Cogiendo las manos a Lucía*) Bueno niña... y qué ha habido... ¡Contame!

LUCÍA: Pues ya ves, querida... Sufrimientos no más...

MERCEDES: ¿Recibistes el papel que te mandé con Silverio?

LUCÍA: (*Con tristeza*) Sí...

MERCEDES: ¿Qué opinás... ah?

LUCÍA: Yo tenía malicia de algo maluco, desde que te conté aquello que me dijo Margarita... ¿Te acordás que no me quisiste creer?

MERCEDES: ¡Pero quién iba a pensar! ¡Si yo lo creía lejísimos! ¿No ves que se jué a despedir de mí, izque pa ise pal Tolima? (*Pausa*) Ah, ¡Mentiroso! ¡Ai no más taba onde la bruja de Malavar y mañana se casa con ella! (*Pausa. Lucía permanece pensativa, apoyando los codos sobre las rodillas y la cara entre las manos*).

Escena IX

(Y SILVERIO con otro saco y pañuelo rojo en el cuello)

SILVERIO: Güenas tardes, señorita Merceditas (*Le da únicamente la punta de los dedos*) Cómo quedó mi señora don Nolberto, digo su... la... mi...

MERCEDES: (*Conteniendo la risa*) Bien, muchas gracias... A usted cómo le jué... ¡o le vino!

SILVERIO: Pues a yo me jué bien y me vino también muy bien... Muchas pague. Digo... Mi Dios... (*Sonríe*) ¡Gracias! (*Pausa*) ¿Eh? ¡Pepita! ¿Vusté taba aí sentada? (*Le da la mano; todas ríen forzadamente. Silverio disimula sonriendo y avergonzado, amasando la punta del saco*).

LUCÍA: ¡Pero hombre a usted si se le olvida hasta hablar cuando ve a Mercedes!

SILVERIO: Jué que... Jué que me iquivoqué...

Escena X

(Y ÑA JOSEFA)

ÑA JOSEFA: Caminá Silverio me ayudás a meter este cafecito...

SILVERIO: ¿Ya no va a descoger más tía?...

Ña Josefa: No; ya será dejalo pa mañana... Ta muy tarde y tengo como dolorcito de cabeza...

MERCEDES: ¡Si quiere le ayudamos un ratico, ña Josefa!

ÑA JOSEFA: Mi Dios se lo pague... Ya no tengo que mandar la carga mañana, y pa ajustarla sobra tiempo... (*Todos ayudan a recoger el café, menos Lucía que no se mueve de su sitio*).

PEPA: Mi papá sintió mucho no habele arquilao el caballo, pero era que ya taba comprometido...

ÑA JOSEFA: ¡Qué vamos a hacer! Pueda ser que otro día... (*A Silverio*) ¡Caminá me llevás esto p'adentro!... (*Silverio carga con el costal y los canastos que tendrán el café que han recogido en la mesa. Al salir, haciendo alarde de fuerza empuja con las cosas a Mercedes. Se apena sobre manera, y por quitarse el sombrero para pedir excusas, suelta el costal y riega un poco de café*).

SILVERIO: ¡Descúseme Merceditas! (*A Josefa*) No me vaya a regañar ahora tía, que yo lo paño... (*Le sonrío a Mercedes y empieza a recoger el café con ligereza*).

ÑA JOSEFA: ¡Pero a este tuntuniento sí hay que atajarlo para que volté!

SILVERIO: (*Mira disgustado a Josefa*) ¡Vusté vidó que yo no juí de aposta! (*Sigue recogiendo*).

MERCEDES: Ole Lucía... ¡Mirá las diabluras q'uiizo Silverio!

LUCÍA: Ya vi niña...

MERCEDES: ¡Caminá nos ayudás a recoger! (*Lucía no contesta*).

ÑA JOSEFA: ¡No m'hija! ¡Si tá hecha un mar de lágrimas porque se casa Manuel! Ah, boba, ¿no? Un hombre que acaba de conocer... ¡Pues yo ni sabía q'ueran novios!

MERCEDES: ¡No llores, Lucía!

PEPA: ¡Eh, no s'ias boba niña!

SILVERIO: ¡No llore prima! N'ian yo que se me han casao como tres... las... mis... Um...

ÑA JOSEFA: (*Interrumpiéndole*) ¡Ai sí se puede decir que quedamos en las mismas! (*Risas. Mutis de Josefa*).

Escena XI

(*Menos* JOSEFA)

PEPA: Bueno; ai tuvo recogido... ¡Ahora güelva riéguelo!

SILVERIO: ¡Ahora sí no soltaba el costal, manque me tropezara con la Virgen!
(*Entra con las cosas a una pieza y vuelve inmediatamente*).

MERCEDES: (*A Lucía*) ¿Tienen mucho café pa coger?

LUCÍA: No, muy poquito... (*Se sientan Mercedes y Pepa a los lados de Lucía*).

SILVERIO: Con su permiso, señorita Merceditas yo me siento aquí en esta puntica... (*Se sienta en el extremo de la banca*).

LUCÍA: (*Dice un secreto a Pepa*).

PEPA: Bueno... (*Pausa*) ¡Camine Silverio me muestra el jardín!

SILVERIO: (*De mal modo*) Ahora vamos, Pepita...

PEPA: ¡No, no, no!... ¡Camine, camine! (*Lo toma de una punta del pañuelo del cuello y le hace fuerza*).

SILVERIO: (*Afanadísimo*) ¡Aguárdese! ¡Aguárdese que me desbarató el ñudo!
(*Pepa lo suelta y él con cara de disgusto, se arregla el pañuelo. Finge luego una sonrisa a Mercedes y sigue con Pepa*).

MERCEDES: (*A Lucía*) Ah Silverio...

LUCÍA: ¡Bobo del diastre! ¡Me tiene más aburrida! (*Pausa*).

ÑA JOSEFA: (*Dentro*) ¡Silverio!

SILVERIO: (*Contestando rápida y fuertemente*) ¿Tía?

PEPA: ¡Pero mire, mire!

SILVERIO: ¡No, voy a ver a qué me llama mi tía y si no el arrempujón que me mete, es horroroso! (*Sale corriendo*).

Escena XII

(*Menos* SILVERIO. PEPA *viendo las matas*)

LUCÍA: ¡Conque ya ves cómo es la vida... Mercedes!

MERCEDES: ¡No, si es que ese hombre, quién sabe qué es lo que merece! (*Con ironía*) ¡Quién lo veía! ¡Tan enamorado q'uestaba! (*Pausa*) ¡Bueno, y él a vos qué te dijo el último día que lo vites!

LUCÍA: ¡Si eso es lo que más me duele, niña! Que no me hubiera chistao ni una palabra siquiera... *(Pausa)* Un hombre que había sido tan franco, tan bueno y tan cariñoso, y... ya ves... ¡Como si nada tuviera con yo! *(Pausa)*.

Escena XIII

(Y SILVERIO)

SILVERIO: ¡Pepita!

PEPA: ¿Qué jué?

SILVERIO: Um... *(Volviéndose a Mercedes)* Merceditas... Que si deja ir a Pepita con yo, porallí a traer el marrano y a buscar una culeca que tiene nido en el monte...

MERCEDES: Bueno... *(A Pepa)* ¡Andá Pepa!

PEPA: Camine pues... pero... ¡Cuidaíto con yo!

SILVERIO: *(Sonriente)* Como vusté a yo no me gusta...

PEPA: Mejor... *(A Mercedes y Lucía)* Hasta luego...

MERCEDES: Adiós... ¡No se demoren!

SILVERIO: Hasta en después Merceditas...

LUCÍA: Adiós.

PEPA: *(Se vuelve y llama aparte a Mercedes)* Si sentís los novios antes de que vengamos, me llamás... ¿Oís?

MERCEDES: Bueno... *(Salen Silverio y Pepa)*.

Escena XIV

(MERCEDES, LUCÍA)

MERCEDES: ¡Caramba, al fin no nos dejarán hablar!

LUCÍA: No, si es que con ese bobo no se puede hacer nada...

MERCEDES: Pobre Silverio... Es bueno *(Pausa)*.

LUCÍA: Ah, niña... ¿Y vos cómo supistes que Manuel se casaba mañana?

MERCEDES: Ahora y verás: ayer tábamos Pepa y yo cogiendo café en “Primavera” cuando se aparece la bizcorneta de Teresa, zalamera como siempre y

julleriano² con esas patas de mirla que tiene y por derecho me jué diciendo que si tenía una cinta bonita que vendiera. Yo empecé a preguntarle de qué color la quería... que si era pa ella y cositas así por el estilo... Cuando de pronto me dice así tongoniándose así (*La remeda*). Vos parece que no sabés que Josefina mi hermana se casa con Manuel Rivera... ¡Tu amigo! (*Pausa*) Pensá niña, ¡Cómo quedaría yo! Es decir, me dio ganas de ir a buscar a ese hombre, pa gritarle sin vergüenza entre la boca... ¿Oís? ¡Izque s'iba a para el Tolima! Mentiroso... ¡A esconderse pa que no le juéramos a dañar la percha de matrimonio!... ¡Ja! (*Pausa*).

LUCÍA: (*Muy triste*) Quién creyera, Mercedes, que ese hombre, que lo vites vos misma llorando por yo, pudiera cambiase de la noche a la mañana para dejame llena de cariño... de tristeza... y de remordimiento, por habelo querido así... ¡Cómo loca!... Quién creyera que una mujer tan mala como esa, me juera a quitar la única esperanza de mi vida... Mercedes... (*Llora*) ¡Quién creyera que la maldá fuera más buena que la inocencia!

MERCEDES: ¡Ay, es que ese hombre merece que vos le dejés un recuerdo imborrable! ¡Para toítica la vida!

LUCÍA: ¡Ay qué más q'uel recuerdo imborrable de mi infelicidá... que lo acompañará para siempre! (*Pausa durante la cual llora desesperadamente*) ¡Si jué que me engañó como se puede engañar a un pájaro pa cogelo en una trampa!... Y parecía tan bueno, Mercedes... ¡Me quería tanto!

MERCEDES: Pero por interés...

LUCÍA: No... ¡Por interés no, Mercedes! ¡Por interés, no! ¡No podía ser! Todo en él era cariño... Jué que me olvidó muy ligero, porque así olvidan todos los hombres... Pero él me quería mucho... Sí... ¡Mucho!

MERCEDES: ¡Bueno, pero eso no quiere decir nada! Vos debés vengate de ese hombre que te cambió por una yerbatera... Por una...

LUCÍA: Sí, ¡por una bruja mala! ¡Pero no quiero vengame, Mercedes! Que viva feliz, ¡Si es verdá que las brujas dan la felicidad! Sí... Yo sufro sola... ¡Pa qué más!

² Julleriano: *andar julleriano*, es andar cortejando.

MERCEDES: ¡No seas boba! ¡Un maldito d'esos lo que merece es morir envenenado!

LUCÍA: ¿Qué qué?

MERCEDES: Sí... ¡Envenenado como un perro! ¡Vos n'ualcanzas a comprender tuavía el mal que te ha hecho!

LUCÍA: ¿Y es que vos querés que yo haga eso? ¡Ah, Mercedes! ¡Nunca! ¿Oís? ¡Nunca!

MERCEDES: ¡Yo lo que quiero es que te vengües de alguna manera! Si no querés hacelo desgraciado con un mal, hagamos el último esjuerzo pa que no se case... ¡Tuavía hay tiempo, Lucía! ¡Démoles quereme! Quereme... ¡Que los güelve loquitos por uno!

LUCÍA: Quereme... ¡No le valió cariño del bueno, y le valdrán esas cosas! ¡No, que se case! Que se lo lleven las brujas... Sí... ¡Las brujas malas!

MERCEDES: ¡Atendéme Lucía! Es que sin tu gusto no vale nada lo que le hagamos... Yo tengo un remedio que me d'iuna bruja más mala que esa sinvergüenza. ¡Démoselo! Sí. ¡Démoselo!

LUCÍA: No... ¡Dejalo! ¡Dejalo! *(Pausa larga. Se oye dentro una gallina chillando y aleateado y en seguida a Silverio que grita).*

SILVERIO: *(Dentro)* ¡Ataje Pepita! ¡Ataje Pepita! *(Pausa)* Iiiii ¡La dejó ir! *(Pausa larga).*

MERCEDES: ¿De modo que no querés que te ayude?

LUCÍA: No... ¡En nada! ¡Qué vamos a hacer!

MERCEDES: Y entonces lo dejás pasar así... ¿Sin insultalo siquiera?

LUCÍA: ¿Por dónde?

MERCEDES: ¡Pes poraquí! ¿No ves que no hay más camino pal pueblo?

LUCÍA: No, él poraquí no pasa, Mercedes... ¡Preferiría meterse por el monte!

MERCEDES: Verás que pasa... A él no se le da nada... ¡Qué se le va a dar!

LUCÍA: ¡Imposible que fuera tan descorazonado, que ni siquiera me tuviera compasión!

Escena XV

(*Dichos, PEPA, SILVERIO*)

PEPA: (*Fatigadísima de correr*) ¡Ay! ¡Si vieran cuánto hemos corrido detrás de una gallina, y no la pudimos coger! (*Se sienta*).

SILVERIO: (*También fatigado*) ¡Cómo le ha ido... Merceditas!

MERCEDES: Pes... será bien. ¿Y a usted?

SILVERIO: A yo regular.

PEPA: Lucía, caminá nos vamos a pasiar por el camino... ¿Querés? ¡Eh, no sias boba! ¡No te pongás triste por eso! Caminá... (*La toma de un brazo*).

LUCÍA: No niña. ¡Dejáme!

MERCEDES: Caminá vamos Lucía...

LUCÍA: Ahora no... Quedémonos aquí (*Pausa*).

SILVERIO: ¿Y qué será que no parecen los novios? (*Lucía mira disgustada, pero él no se da cuenta*) ¿Y toítica esa parranda que andaban por Malavar, se bajan d'ia caballo? Merceditas...

MERCEDES: No. De a caballo no bajan sino los padrinos, pero esos se van a la madrugada.

SILVERIO: (*Ingenuamente*) Ah, ¿y entonces los novios duermen solos desde esta noche?

LUCÍA: (*Disgustada*) ¡Silverio!

SILVERIO: ¿Qué jué prima?

LUCÍA: ¡Fijese en lo que dice!

SILVERIO: (*Pensativo un momento*) Ya me fijé prima... (*Queda como esperando que Lucía le diga algo y después hace un ademán de no haber entendido nada*).

MERCEDES: ¡Ay! ¡Ahora que me acuerdo! ¡Mire Silverio! (*Lo llama aparte*).

SILVERIO: ¡A su disposición... Merceditas! (*Turbado*).

MERCEDES: Usted me ofreció un monicongo... ¿Se acuerda?

SILVERIO: No. Jué una cobalonga. Porque el monicongo es para los hombres. ¿No ve que el mismo nombre lo dice?

MERCEDES: ¡Bueno, tráigala a ver!

SILVERIO: Porsupuestamente... *(Pasa a una de las piezas y cierra la puerta al entrar)*.

PEPA: *(A Lucía)* Bueno. ¿Y tu mamá aónde está que no la volvimos a ver?

LUCÍA: Rezando, querida... Esa es la costumbre d'ella, ¡pobrecita! Después de que acaba el trabajo se pone a rezar horas enteras... *(Vuelve Silverio y le entrega a Mercedes una almendra amarilla envuelta en un papel rosado. Él conserva en sus manos un muñeco pequeño que puede ser de cera negra)*.

MERCEDES: *(Examinándola)* ¡Qué bonita!

PEPA: Bueno, ¿y qué te dijo hoy cuando supo todo?

LUCÍA: Nada. Como ella no se ha dao cuenta de lo que me había ofrecido Manuel...

PEPA: ¿No? *(Durante el diálogo que sigue, hablan en voz baja Lucía y Pepa)*.

MERCEDES: ¿Y esto cómo se usa... o pa qué sirve?

SILVERIO: ¡Esta cobalonga Merceditas! Esta cobalonga... ¡Se pué dar de muchas maneras!... Por ejemplo: si vusté raspa d'esto y lo riega en el camino por onde va a pasar su... el... o digamos yo, ¡y me descusa!... Yo... ¡Voy a pasar yo! Um... ¡O no! ¡Es mejor otro!...

MERCEDES: ¡No, usté! Usté... ¿Si yo le riego a usté qué sucede? *(Se le acerca bastante)*.

SILVERIO: *(Emocionadísimo)* Que... ¡Que tal vez no lo resisto Merceditas! Eso... ¡Eso es juertisisísimo!

MERCEDES: ¿Y usté de aónde sacó esas cosas?

SILVERIO: *(Retirándose un poco de Mercedes)* Este monicongo... y esta cobalonga... me las dio un tal Servando, ¡qué es así de alocao como yo! ¡Porsupuestamente que cuando eso, taba yo asina chirringuitico y no tenía ganas de nada!... Pero en después... en después... *(Pausa)*.

MERCEDES: ¿En después qué?

SILVERIO: *(Se retira un poco más, abre los brazos, y luego se lleva la mano al corazón)* ¡Pa qué le digo sabiendo!

MERCEDES: *(Se ríe y para disimular, le muestra la cobalonga a Lucía)* ¡Mirá Lucía!

LUCÍA: ¡No, niña! ¡Botá eso, q'ues pecao cogelo!

SILVERIO: (*Mira mal a Lucía y pone todo cuidado para que no le vayan a botar la covalonga. A Mercedes*) ¿Y vusté si la botaba? Merceditas...

MERCEDES: ¡No, ni riesgos!

SILVERIO: ¡Avemaría! Si mi prima creyera como vusté, ¡seríamos felices! (*El cielo va tomando un ligero tinte rosa, y la escena se va tornando gris con la luz de la tarde. En el monte, empiezan a cantar los pájaros. Pausa*).

PEPA: ¡Oigan! ¡Ya vienen los novios! (*Se escuchan músicas y risas lejanas. La escena permanece mucho rato en silencio y Silverio, después de contemplar a Lucía que está profundamente triste, arrebata nerviosamente la covalonga a Mercedes y se dirige a ella*).

SILVERIO: (*Suplicante*) ¡Oiga prima! ¡Prima por Dios! ¡Haga el último esjuerzo! Tome... ¡Ráspele cobalonga en el camino! ¡Tome también el monicongo, por agüero! (*Lucía no quiere recibir. Ya se oye clara la música. Silverio conmovi-dísimo*) ¡Tome! ¡Tome primita! Prima... ¡Por lo que más quiera haga el último esjuerzo! Sí... (*Lucía en un arranque de disgusto y desesperación arrebata las cosas a Silverio y se dirige al jardín, desde donde las bota muy lejos*) ¡Ahora sí... Velorio! (*Pausa muy larga. Mientras tanto, se oye perfectamente la música que baja por el camino*).

Escena última

(*Dichos y JOSEFA*)

ÑA JOSEFA: ¿Qué suena porai?

SILVERIO: (*Casi llorando*) ¡El novio de mi prima!

PEPA: (*Con animación*) ¡Caminá Lucía lo vemos pasar y antes le hacemos la burla! ¡Caminá... Caminá pal camino!

MERCEDES: Sí, sí, sí... ¡Caminá! (*Pepa y mercedes procuran levantarla*).

LUCÍA: (*Llorando amargamente*) No... Déjemen... déjemen... ¡Váyasen ustedes! (*Se apoya en la mesa y muerde un pañuelo como para ahogar sollozos*).

VOCES: (*Alegremente*) ¡Qué vivan! (*Empiezan a pasar los primeros campesinos*).

SILVERIO: (*Al verlos*) ¡Y yo sin nada! ¡Sin un miserable monicongo! (*Pausa. Van pasando los campesinos por el fondo, entre risas, músicas y canciones. Los trajes de*

éstos serán de colores muy variados y muy vivos. La música es compuesta de bandolas, triples, guitarras. Al llegar los músicos al centro de la escena, se detienen un instante tocando, como para esperar a los novios. Mercedes y Pepa, miran pasar la gente. Lucía llora y Josefa, al verla, se va entristeciendo poco a poco. Silverio permanece en silencio, mirando alternativamente a Lucía y a Josefa).

LUCÍA: *(Al ver a Manuel con la novia se dirige desesperada y resueltamente hacia el fondo, pero luego se detiene).*

MANUEL: *(Con alegría inconsciente) ¡Adiós... Lucía!...*

LUCÍA: *(Amenazante y accionando nerviosamente) ¡Ah! ¡Bruja miserable! ¡Bruja ladrona! (Se lleva las manos a la cabeza y atraviesa rápidamente la escena, lanzando una sonora carcajada nerviosa). (Entra a una de las piezas y detrás siguen Josefa, Mercedes y Pepa. Silverio permanece apesadumbrado).*

SILVERIO: *(Al ver que ha salido de la escena el último campesino) ¡Pobrecita mi prima... hombre! (¡Busca un pañuelo en los bolsillos y al no hallarlo, se quita el del cuello y llora desesperadamente!).*

TELÓN LENTO

ISABEL CARRASQUILLA DE ARANGO (1865-1941). El teatro fue una de las pasiones de Tomás e Isabel Carrasquilla. Ella, bajo el seudónimo de Equis y Zeta, publicó dos comedias basadas en *Frutos de mi tierra: Filis y Sarito* y *Pepa Escandón*; y fueron escenificadas dos obras suyas en la década del treinta: *Noche de reyes* y *Contra viento y marea*. Como lo ha señalado Paloma Pérez, este pequeño drama de Isabel Carrasquilla resulta más que novedoso para su momento histórico, pues se trata de una muchacha que se escapa con su novio, un “socialista”; una elección que ella hace por sí misma, poniéndose por encima de cualquier condición social o moral. Es ahí justamente donde radica uno de los valores más notorios de la obra: su espíritu libertario y su crítica frontal a ciertos convencionalismos.

Dramaturgia publicada

Contra viento y marea. Comedia en tres actos, en Pérez Sastre, Paloma, comp., *Antología de escritoras antioqueñas 1919-1950*, Medellín, Autores Antioqueños, 1998, pp. 349-362.

Contra viento y marea

Comedia en tres actos

Personajes

MARÍA

RAÚL

MARGARITA

DON MANUEL

SUSY

ERNESTO

ROSA, criada

CARLOS

Acto primero

Escena I

Acción en Medellín. Época actual [años treinta]. Gabinete en casa de don Manuel. Puertas al fondo y a la izquierda. A la derecha, ventana con cortina. Muebles sencillos. Hay un escritorio. Margarita escribe; Ernesto le da cuerda al reloj.

ERNESTO: ¿Qué haces con tanto cuidado, que ni siquiera te has dado cuenta de que estoy esperando aquí? Parece que le estuvieras escribiendo al novio...

MARGARITA: ¿Y crees que no? Con la gracia que mi novio es poeta, por eso estoy sacando el borrador para que me quede bien linda la carta y no vaya a pensar que soy ninguna boba.

ERNESTO: (*Riendo*) ¿Conque poeta? (*Agachándose*) Muéstrame. Hasta en verso será. (*Lee*) “Se pasa un punto, se tejen dos, se ensortijan cuatro...”. Ah, ya entiendo. Es que estás entregada al sport del tejido. Creí que copiabas versos de algún zoquete de esos que les trastornan la cabeza a las mujeres histéricas y románticas.

MARGARITA: ¡Qué sabes tú de eso! No sabes más que darle patadas a una pelota y manejar un auto, con peligro del que pase. Pero en cuanto a poesía, estás en la cama. Ya se ve: ¡como estamos en el siglo de la vulgaridad!...

ERNESTO: Hoy sí que estás románticona. No te conocía ese registro. Sabía que eras una buena mamacita, algo regañona; pero no sabía que fueras tan sabida ni que entendieras de poesía.

MARGARITA: No entiendo, pero me gusta. Crees que yo no pienso más que en consentirte, en servirte de criada y en sacarte de honduras.

ERNESTO: Hoy sí, negra. Estás violenta. Y yo que te venía a decir que me arreglaras mi pieza y el estante de los libros. Ayer estuvo Carlos y me los dejó todos revueltos.

MARGARITA: Quien te oiga podría creer que eres muy ordenado, y eres el desbaratado más grande: todo lo dejas tirado. Como tienes tu criada para que te lo recoja...

ERNESTO: No ponderes: apenas dejo sobre la cama la ropa o algún cuello que no esté bueno.

MARGARITA: Sí; para escoger uno, los sacas todos, los arrugas si no te gustan, los pisoteas y los tiras hasta debajo de los muebles.

ERNESTO: ¿No te digo? Amaneciste en tu día.

MARGARITA: Pero de qué me voy a sorprender, cuando la otra mañana encontré tirado en el suelo, junto a la cama, el retrato de Susy.

ERNESTO: ¿Tirado en el suelo? ¿Cuándo fue eso, que no me acuerdo?

MARGARITA: Qué te vas a acordar si no sabes dónde tienes la cabeza.

ERNESTO: ¡Ah! Ya caigo. Fue una noche que vine tarde; quise verla antes de dormirme; cogí el retrato y, como estaba cayéndome de sueño, se rodó al suelo...

MARGARITA: Sí. Por pereza. ¡Si ella lo supiera!

ERNESTO: Se alegraría de saber que la quiero tanto que la tengo siempre cerca de mí.

MARGARITA: (*Toma de nuevo el cuaderno*) Bueno, no me entretengas más, que me haces equivocar el apunte. Todo te lo arreglaré. Pero eso sí, te advierto que el dinero que encuentre en los bolsillos me lo guardo; no te lo entrego, como hago siempre. Algo me tienes que pagar con todo lo que embromas.

ERNESTO: ¡Ay, Margot! Aunque sacudas la ropa y metas la mano en cada bolsillo, no encuentras un centavo. Precisamente te iba a suplicar que me inventaras unos pesitos, bien sea de los ahorros de la casa o pidiéndoselos al viejo. No sabes todo lo enculebrado que estoy. Me tengo que esconder cuando tocan la puerta.

MARGARITA: ¿Sí? Pues bien puedes jugar escondidijos, porque lo que es a mí no me sacas ni un centavo, ni tampoco vuelvo a engañar a papá con mentiras para que afloje más plata, que tú derrochas en parrandas y en ociosidades. Trabaja o vuélvete para la finca. Conmigo no cuentes.

ERNESTO: Ay, no me des esa noticia tan trágica.

MARGARITA: Así como lo oyes: ni un centavo más, con todo lo egoísta que eres y lo mal que te manejas con nosotras; ni un cine, ni una función, ni un simple paseo en auto. Siempre estás cansado o comprometido cuando te proponemos que nos llesves. Para las demás, para tus amigos y para todo el mundo eres muy atento, muy generoso; para nosotras: el servirte como negras.

ERNESTO: ¡Hombre! No sabía que tuviera tantas cualidades reunidas.

MARGARITA: Qué ibas a saber, egoísta, cuando no piensas sino en ti. Los demás de esta casa no somos nadie. Lo peor es que no tenemos el derecho de quejarnos. Cuando murió mamá eras un encanijado de catorce años. El embeleso de papá por ser el hombre. María y yo nos dedicamos a cuidarte, a mimarte, a ver por tus ojos; y lo que hicimos de ti fue un egoísta, un déspota.

ERNESTO: Sí. Has sido una madre para mí. No lo niego; pero exageras.

MARGARITA: María más que yo, lo ha sido contigo. Y vamos a ver. ¿Qué pago le has dado? Tratarla mal y humillarla.

ERNESTO: No es así, Margot. Sólo la he molestado por sus amores con ése, que ni siquiera quiero nombrar; por su indiferencia con Carlos, porque, lo que no se merece no se estima; y también por el desprecio con que mira a Susy. ¡Como es de mejor familia!... Y sepan desde ahora que me caso con ella, gústeles o no.

MARGARITA: ¡Ah! (*Aquí se pone de pie, pasa adelante del escritorio y continúan los dos de pie hasta el fin de la escena*) ¿Con que esos son los agravios que te ha hecho y la prevención que mantienes contra ella?

ERNESTO: Sí. ¿Te parece poco que quiera a ese títere, a ese orador de parroquia, sabiendo que es mi enemigo personal?

MARGARITA: ¿Quién tiene la culpa de que ella se hubiera enamorado de él? Contéstame: ¿quién lo trajo a esta casa?

ERNESTO: Claro que yo; pero no me iba a suponer que la muy tonta...

MARGARITA: Pues eres muy estrecho de entendederas. Traer un joven de las condiciones de Raúl a una casa donde hay dos muchachas, es de suponer que una, o las dos, debía enamorarse de él.

ERNESTO: Tú no ibas a cometer ese disparate; eres muy lista.

MARGARITA: ¿Por qué no? Tan mujer soy como María. Pude haberme enamorado de él; porque aunque lo niegues, tiene talento, es simpático y buen mozo.

[...]

Escena IV

(MARÍA *entra*. DON MANUEL *le hace una caricia y sale*)

MARGARITA: ¿Estuviste donde Ofelia?

MARÍA: Sí. Fui a ver a qué me llamaba.

MARGARITA: Ya me supongo para qué. Para hablarte de Raúl, para ponderarte sus artículos y discursos, porque ella se encanta con ellos. Ahora le ha entrado la chifladura del feminismo y no habla de otra cosa. Nos vive echando discursos: que la mujer debe votar, que debe tener los mismos derechos que el hombre y no sé qué más enredos que ella misma no entiende.

MARÍA: Es que tú le tienes prevención. Algo dijo de eso: pero como yo no le hago caso...

MARGARITA: Es como él la oyera.

MARÍA: Qué tan poco me habló de Raúl, que le conté mis asuntos con Carlos, como si fuera cosa resuelta. Y ya ves que a ti no te he dicho nada.

MARGARITA: ¡Ah! ¿Fue que ya arreglaron matrimonio? Cuánto me alegro. Ninguno tiene las condiciones que él para ser tu marido. Ojalá sea cierto lo que le dijiste a Ofelia.

MARÍA: Ya le he dado casi mi palabra; pero antes de hablar con papá y de darle el sí, quiero hacerte una pregunta que me vas a contestar con toda franqueza.

MARGARITA: Te diré la verdad.

MARÍA: ¿Tú no has sentido por Carlos otro cariño que el de prima? Yo había creído que tú y él os gustabais. Ha sido tan expresivo contigo. Yo, que tanto te quiero, no debo ser un estorbo en tu vida.

MARGARITA: Te diré. De niña lo quise, pero eso pasó, porque todo se acaba cuando no hay en qué fundarlo. Él nunca me dijo nada. Comprendí que le gustabas y que eras la mejor de las dos. Puedes estar tranquila. De eso no quedó nada.

MARÍA: Cuánto me alegro, que así sea.

MARGARITA: No tengas cuidado. Ojalá que este amor te cure del otro.

MARÍA: Ese no me dio sino penas. Por complacerlos a todos y porque me dices que Carlos es el que me conviene, he resuelto aceptarlo. Tal vez él será el que realice mis sueños.

MARGARITA: Sí, pero no sea la única razón. Es porque lo quieras y no por darle gusto a nadie.
[...]

Escena V

ROSA: (*Desde la puerta*) Aquí está don Carlos (*Sale. Carlos entra. Se saludan de mano*).

MARGARITA: Qué gusto verte por aquí.

CARLOS: Gracias, Margarita. El gusto es para mí. ¿Cómo están? Las veo muy atareadas.

MARÍA: Sí, estoy de maestra. ¿No te parece que lo debo hacer muy bien?

MARGARITA: Siéntate. ¿De dónde vienes?

CARLOS: Del almacén. De paso resolví entrar para saludarlas y por unos libros que Ernesto ofreció prestarme. ¿Y el tío cómo está?

MARGARITA: Bien. Voy a ver si Ernesto volvió. Salió hace poco (*Sale*).

CARLOS: (*Acercándosele*) María, comprenderás que es un pretexto. He venido únicamente para hablar contigo. Era imposible pasar otra noche en esta incertidumbre.

MARÍA: ¿Qué esperas que te diga si ya te dije lo que querías?

CARLOS: Sí, pero no. Lo dices de una manera tan fría, tan vaga. Quiero que me lo ratifiques, que me autorices para hablar con mi tío, para arreglar oficialmente nuestro compromiso. Deseo que esto sea lo más pronto posible.

MARÍA: Puedes hablar con papá cuando quieras; pero no participemos todavía.

CARLOS: ¿Y por qué no quieres?

MARÍA: Aguardemos un poco.

CARLOS: Hace tanto tiempo que espero; no puedo creer que es verdad y quisiera decírselo a todos mis amigos.

MARÍA: Sabiéndolo nosotros, no importa que los demás no lo sepan.

CARLOS: Óyeme, María. Quiero preguntarte. ¿Has podido olvidar a Raúl, a quien tanto quisiste, para aceptarme a mí? Ha sido mi rival, lo he envidiado; pero no le he guardado rencor ni dejado de alabar tu gusto, por creerlo muy digno de ti.

MARÍA: Eres el primero que me habla así. Lo que te hubiera agradecido en otra época, cuando todos estaban contra mí. Voy a ser franca contigo; ese amor que le tuve ya pasó. Creo ofrecerte un corazón libre. Pero por lo mismo que quise tanto y tanto ha sufrido, ya está cansado. Si así lo aceptas...

CARLOS: Lo acepto; mi amor lo reanimará. Con mi constancia y a fuerza de amarte, hará que me quieras como deseo ser querido.

MARÍA: Voy a decirte otra cosa. Si llego a vacilar un momento, te lo diré con toda franqueza. ¿Aceptas mi condición?

CARLOS: Desde luego. No quiero forzarte; que tu amor sea espontáneo como el mío.

MARÍA: Convenido.

CARLOS: (*Con efusión*) ¡María! No sabes qué tan feliz soy. No tengo palabras para expresártelo. Me parece cosa de sueño, del que no quisiera despertar.

MARÍA: (*Levantándose*) No alarguemos más esta conversación. Busca libros. Te autorizo para que vengas cada dos noches.

CARLOS: Quisiera verte todos los días, pero me someto si así lo dispones. Adiós. Piensa en mí. Cuéntale a Margarita y despídeme de ella.

MARÍA: Adiós (*Carlos sale*).

MARÍA: (*Se queda pensativa*) Ya estoy resuelta. Es tan noble, que quiero corresponder a ese amor con otro igual. (*Se levanta. Se acerca al escritorio. Busca en un cajón. Toma una cartera y saca de ella un retrato que besa y mira largamente*) Quiero destruir hasta el último recuerdo del otro. ¡Me lo arrancaré... del corazón aunque me muera! Lo besaré por última vez... (*Va rompiendo el retrato en menudos pedazos. Mientras dice:*) Es una ilusión que se deshoja...

TELÓN

Acto segundo

Escena I

(Sala en la misma casa. Hay una mesa con teléfono, y un nido. MARGARITA teje.

DON MANUEL *se pasea*)

DON MANUEL: *(Se acerca)* Mira, hija. Estoy impresionado con María. Hace días la veo triste y llorosa. Evita hablar conmigo. ¿Qué le pasa?

MARGARITA: Papá, no lo sé. Nada me ha dicho. Ella es reservada como sabes. Yo no he querido preguntarle, esperando que me lo cuente; pero también me ha parecido preocupada.

DON MANUEL: Sí, si no lo puede disimular.

MARGARITA: Ve, papá; sospecho que la pobre se comprometió con Carlos por complacerse y por no tener disgustos con Ernesto, que tanto la molesta. Quizá no lo ha podido querer ni ha podido olvidar a Raúl. Tal vez sea esto lo que le pasa, aunque puedo equivocarme. Como te digo, son suposiciones mías.

DON MANUEL: Esto sería una desgracia para ella y para nosotros. No había vuelto a saber del tal hombre, después del disgusto que tuvo con Ernesto. Yo lo hacía en Bogotá y ayer me escribió pidiéndome que lo recibiera, que deseaba tener una conferencia conmigo.

MARGARITA: ¿Y qué le contestaste, papá?

DON MANUEL: Lo que le debía contestar: que no tenía ningún asunto que tratar con él.

MARGARITA: No hiciste bien, papá, al contestarle así. Te lo digo con franqueza. Cualquier cosa que fuera, debías haberlo atendido. Si no querías que viniera aquí, lo debías haber citado a la oficina.

DON MANUEL: Pues no me arrepiento. Si era de María que quería hablarme, nada habría conseguido de mí. Nunca, nunca consentiré en eso, ni en oírlo siquiera. Esto hubiera sido un agravio para Carlos.

MARGARITA: Ve papá. El asunto con Carlos no está arreglado del todo. Ya ves que no ha dejado que participe. Sé que cuando le propuso, ella le dijo que sí; pero con la condición de que si cambiaba de parecer se lo diría claro, y él convino. Temo que esto sea lo que le está pasando y que él siempre insista.

DON MANUEL: Ese hombre es el causante de su desgracia. ¡Si se hubiera quedado allá haciendo su política donde nunca supiéramos de él!

MARGARITA: Todo ha sido porque es pobre y es socialista y porque escribe artículos y echa discursos. Por eso fue la pelea con Ernesto. Pero creo que no ha hecho nada que lo deshonre.

DON MANUEL: ¿Ya vienes a abogar por él?

MARGARITA: No, papá; si es por decírtelo. Comprendo que no es el marido para María, por el inconveniente de ser tan político; pero tiene cualidades que no se le pueden negar.

DON MANUEL: Muy bellas cualidades y un porvenir muy halagador para ofrecerle; vivir en las cárceles y andar predicando de Ceca en Meca.

MARGARITA: No exageres, papá. En política todos son iguales. Tu partido también tiene sus oradores que tú aplaudes. Voy a decirte lo que le dije a Ernesto el otro día y perdóname si hago mal. Han escogido ambos un mal sistema para hacerla desistir; el de la oposición cerrada. Te suplico, papacito, que no la regañes. La pobre está enferma. Yo le hablaré. Puede que me cuente y haré lo posible porque desista, aunque creo que es tarde. Y no te preocupes, que puede hacerte daño.

DON MANUEL: Está bien. Trata el asunto con ella, porque yo no tendría calma. Pero que sepa que yo no cederé por nada del mundo.

Escena II

(MARÍA *entra*. Viene con vestido de calle. Saluda a DON MANUEL con un beso)

MARÍA: (*Con voz triste*) ¿Cómo estás, papá? Hoy no te había visto.

DON MANUEL: Bien, hija. ¿De dónde vienes?

MARÍA: Fui al cementerio a llevar flores a la tumba de mamá.

DON MANUEL: (*Conmovido*) ¿Por eso vienes llorosa?

[...]

MARÍA: Es que... no sé cómo contarte. He vuelto a ver a Raúl, me ha escrito, he hablado con él y no he resistido la prueba. Comprendo que me engañaba, que lo quiero más que nunca.

MARGARITA: Eso es más serio. ¿En dónde te has visto con él? En casa de Ofelia. Ya lo sé.

MARÍA: Sí, allá. Y también en El Rostand. Él me quiere como siempre. Dice que no desistirá por nada del mundo, aunque le cueste la vida. No he podido ocultarle que lo quiero. Yo no sé disimular.

MARGARITA: Por lo que veo, estás comprometida con él.

MARÍA: Sí, resuelta a todo. Siendo tan cobarde, defenderé mi amor contra todos. La oposición de papá es abierta. Raúl quiso hablarle, pero no lo recibió. Ernesto lo ha insultado y habla horrores de él. Pero esto no me importa. Te ruego, Margarita, por lo que más quieras, por la memoria de nuestra madre, que me ayudes. Porque, como te digo, estoy resuelta. Me haré depositar si es necesario y hasta me voy de la casa.

MARGARITA: No digas así. Eso sería matar a papá. Me comprometo a ayudarte; pero escríbele hoy mismo a Carlos que todo está acabado, que no vuelva. Si papá no te da el consentimiento, consúltamos con el confesor a ver qué se hace. Espera y no cometas imprudencias (*Se oye una bocina de automóvil*). [...]

Escena IV

RAÚL: (*Entra alarmado*) María, ¿qué es lo que tienes? ¿Qué te pasa? ¿Por qué no fuiste hoy a la cita?

MARÍA: (*Sorprendida*) ¿Pero eres tú? ¿Estás loco?

RAÚL: He querido saber por mí mismo si estás de verdad enferma o es que me engañas.

MARÍA: Es verdad. Estoy enferma. Pero, ¿cómo eres tan imprudente?

RAÚL: ¿Imprudente por qué? No temo que me vean ni sepan que he venido. Todo lo arrostraría por ti. (*Le toma las manos y la mira a la cara de cerca*) Dime qué tienes y por qué has llorado. Quiero saber quién es el culpable de esas lágrimas.

MARÍA: Tú. Bien lo sabes. Desde que viniste no he hecho sino sufrir.

RAÚL: Porque me quieres. ¿Verdad? Pues esas lágrimas son un rocío para mí. Mírame a los ojos y contéstame. ¿Es que estás arrepentida?

MARÍA: (*Con voz alterada*) No, no estoy arrepentida. Te quiero. No podré resistirte.

RAÚL: Vida mía: así quiero que me hables. Dime: ¿estás resuelta a todo, a todo lo que yo te exija?

MARÍA: Sí, resuelta. Pero con la condición que te puse.

RAÚL: Pues pronto será. Ya tengo todo arreglado. He escrito a mi mamá. Esta noche te aviso. ¿Tendrás valor?

MARÍA: Sí, lo tendré. Pero debes irte.

RAÚL: No me iré sin que me jures una vez más que cumples lo que me has prometido, así como yo te he jurado...

MARÍA: ¡Lo juro!

RAÚL: Adiós. Ahora te obedezco. No desmayes. Ten confianza en mí (*La besa y sale precipitadamente*).

(*María se queda sentada con la cabeza entre las manos. Pasa un momento*)
[...]

Escena III

RAÚL: (*Por la ventana*) María. Apresúrate.

MARÍA: (*Se acerca a la ventana, corre la cortina*) ¿Ya es hora, tan pronto?

RAÚL: Aquí está el carro en la esquina. Sal pronto que nos deja el avión. Apenas tenemos tiempo suficiente de llegar al campo (*Ernesto se asoma por la puerta del fondo. Está en bata de baño y en pantuflas. Lleva una toalla al hombro. Escucha*).

MARÍA: Aguárdame en el carro; no te estés aquí. Puede salir Ernesto.

RAÚL: ¿Por qué escondernos? No importa que nos vean. No pierdas tiempo.

MARÍA: La maleta la mandé a casa de Ofelia.

RAÚL: La recogeremos de paso; pero no te demores, nenita. (*María se pone el abrigo y el sombrero rápidamente. Toma la cartera. Va a salir*).

ERNESTO: (*Entrando, la detiene*) ¿Con quién hablabas?

MARÍA: (*Con energía*) Con Raúl. Ya lo oíste.

ERNESTO: ¿Lo dices con ese descaro?

MARÍA: Apártate, que voy a salir.

ERNESTO: ¿A dónde vas? Quiero saberlo.

MARÍA: ¿Quieres saberlo? Me voy con él.

ERNESTO: ¿Estás loca? No saldrás de aquí. (*La coge por las muñecas, forcejea por entrarla por la pieza que da a la izquierda*) Te encerraré con llave hasta que papá resuelva si te manda al manicomio.

MARÍA: (*Con ira*) ¡Suéltame, atrevido! Tú no me mandas. (*Grita*) ¡Raúl!... ¡Raúl!...

RAÚL: (*Entra presuroso y dice airado*) ¡Suéltala, cobarde, que la estás maltratando!

ERNESTO: No la suelto ni te la llevas. ¡Intruso, canalla!

RAÚL: Veremos. (*Lo ataca a golpes. María logra zafarse. Raúl lo sujeta. A María:*) Sal fuera pronto... que yo lo sujeto aquí...

MARÍA: Por dios, Raúl.

RAÚL: No temas nada. Vete... Espérame en la calle. (*María recoge el sombrero y la cartera, y sale corriendo. Ellos luchan*).

ERNESTO: Infame. Ladrón. No te la llevarás. Papá...

RAÚL: Cállate, tonto... Me la llevo porque es mi mujer desde hoy.

ERNESTO: ¡Canalla! (*Raúl, más fuerte, lo vence*).

RAÚL: Podría matarte, y no quiero (*Lo empuja, lo derriba y sale apresuradamente, hablando entre dientes*).

ERNESTO: (*Se levanta, se soba los golpes*) ¡Maldito! Me las pagarás. El cobarde sabía que no podía perseguirlo, por estar en bata de baño... Voy a vestirme y lo mato. (*Sale. Se oyen en el corredor sus gritos*) ¡Papá!...

(*Hay una escena muda*)

Escena IV

MARGARITA: [...] "Margarita: cuando leas ésta ya iré lejos. Me voy con Raúl para Bogotá a casa de su madre. Nos vamos en avión y nos casamos hoy

mismo. Él lo dispuso así para que ella sea nuestra medicina. Después de lo de ayer, Raúl no quiso esperar. Nada pude decirte anoche. Cuando papá esté conforme y me perdone, volveré. Te escribiré informándote. Cásate con Carlos. Es muy digno de ti. Adiós, Margarita. Perdona a tu hermana desventurada. María”.

[...]

Acto tercero

Escena VI

(Apenas termina MARGARITA de hablar entran ERNESTO y CARLOS, que se supone se han encontrado casi en la puerta)

CARLOS: ¿Qué ocurre, que vengo asustado con tu llamada tan afanosa? Creí que a mi tío le había dado el ataque, pero lo veo muy bien. *(Mira hacia todas partes)* ¿Y María?

ERNESTO: Se voló con el socialista...

CARLOS: *(Con voz hueca)* ¡Ella!... ¿Pero es verdad?

MARGARITA: Sí; se fueron esta mañana a casarse a Bogotá.

DON MANUEL: ¡Qué vergüenza hijo!... *(Llorando lo abraza)*.

ERNESTO: Si estamos en pleno drama: la infanta se dejó robar por el cómico. Por eso te llamé con urgencia, para que nos volvamos en su persecución y nos vengamos matándolos a los dos.

CARLOS: *(Siempre con voz alterada)* ¿Vengarme yo? ¿Por qué? Sabía que no me quería y me lo había dicho con franqueza... Mi amor me tenía obcecado y me empecé en insistir. No tengo derecho de quejarme.

ERNESTO: ¿Y lo tomas con esa cachaza?

CARLOS: Así; sucedió lo que lógicamente tenía que suceder: los precipitamos entre todos.

ERNESTO: *(Moviendo los hombros)* Pues si así lo tomas... Allá tú...

DON MANUEL: Quién tuviera esa calma... Yo no puedo...

MARGARITA: *(Acercándosele suplicante)* No te pongas así papá, que puede hacerte daño, tranquilízate. Conformémonos con lo que Dios quiso que su-

cediera. Vámonos para el campo, a nuestra casita, mientras llega la calma y pasan los comentarios. Cuando la hayas perdonado la llamaremos. ¿No es así papacito? No me separaré nunca de ti, me dedicaré a cuidarte, a complacerte, para que olvides...

CARLOS: (*Con emoción*) Y yo te ayudaré.

DON MANUEL: (*Sollozando y enlazándolos con los brazos*) ¡Carlos, Margarita, mis verdaderos hijos!

TELÓN

EFE GÓMEZ (FRANCISCO GÓMEZ ESCOBAR) (1873-1938). De *Roque Yarza* solo se conoce este fragmento. No obstante, nos resulta suficiente para adentrarnos en el espíritu de la historia, el estilo y el tono: un drama familiar que poco a poco se va tornando una tragedia por una ingenua aunque decisiva equivocación. ¿Cómo terminará? Pues en la separación o la unión de los enamorados. En todo caso, hemos decidido incluir este fragmento no solo por su calidad literaria y por la clara estructura que sin condescendencias alcanza verosimilitud, sino porque conlleva una importante declaración: el prólogo de Gabriel Latorre Jaramillo, de agosto de 1903, que apareció junto al fragmento cuando se publicó en la revista *Lectura y Arte* n. 2. Allí, este intelectual antioqueño, también narrador y dramaturgo, le da la bienvenida a la pieza de Efe Gómez como legítimo paso hacia la construcción de una auténtica literatura regional. Y aunque *Roque Yarza* no era el primer intento por crear una dramaturgia de sello propio (ya se conocía la obra de Juan José Botero), este prólogo sí anuncia y prepara al público para los años posteriores, en especial la década del veinte, cuando comienzan a surgir algunas de las voces más maduras de proyección nacional: Ciro Mendía y los Mesa Nicholls.

Dramaturgia publicada

La araña, en: *Revista de Extensión Cultural, Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín*, Medellín, num. 37, 1997, pp. 31-44.

Roque Yarza. Drama en tres actos y en prosa. Fragmento, en: *Revista Lectura y Arte*, Medellín, num. 2, 1903, pp. 104-108.

Roque Yarza

(Fragmento)

Drama en tres actos y en verso

Prólogo de Gabriel Latorre Jaramillo

Estas líneas sirven de introducción a algunas escenas de un drama –fresquecito y aún inédito– de Efe Gómez, que ofrece hoy a sus abonados *Lectura y Arte*.

Efe Gómez es bien conocido en este nuestro pequeño mundo literario, para que tengamos que hacer su presentación; y, a juzgarse precisa, no seríamos ciertamente nosotros los llamados a recomendarlo. Fuerza es, con todo, ya que a este fragmento se le considera indispensable su prólogo, que, instados, a fuer de amigos del autor y conocedores del génesis de su obra, para llenar la pretendida laguna, rompamos nuestro sabroso silencio de contempladores inofensivos de la belleza, y volvamos, aunque no sea sino ocasional y brevemente, a la tarea de escribir, que siempre fue para nosotros tan penosa.

Mucho dudamos que entre tantas cosas *nuestras* como poseemos los antioqueños (*nuestra* raza, *nuestra* honradez, *nuestra* laboriosidad, *nuestro* valor, *nuestra* independencia, etc., etc.,) tengamos también una *nuestra* literatura. Con elementos tomados de fuera y no siempre sometidos a procedimientos de adaptación que los hagan viables en medio tan distinto de aquel en que como frutos naturales se produjeron, entremezclados con nuestros propios abortos y raquitismos, hemos formado esa colcha de retazos que con el pomposo título de “literatura antioqueña” bautizamos. Las excepciones —y bien desgraciados habríamos de ser si no las tuviésemos— no confirman la tesis: que no bastan obras aisladas para formar ese todo, homogéneo dentro de su inmensa variedad, que se llama una literatura: conjuro armónico de inúmeros factores a un mismo centro convergentes, y en cuyos productos todos deben brillar esas dos cualidades esencialísimas sin cuya presencia el Arte fuera un mero fantasma: originalidad y conciencia.

Ya que en Colombia está todo por crear —hasta el sentimiento de patria, que es el alma misma de los pueblos—, pongamos algo de consciente en nuestra evolución, tratemos de ayudar a la naturaleza, con el reconocimiento siquiera de que somos, tan solo embrión que se transforma; y hagámonos, al fin, una patria, dotémonos de leyes que puedan llamarse nuestras, arranquemos del servilismo al Arte Colombiano, demos originalidad a nuestra literatura.

La mojigatería literaria, aún existente a pesar de Carrasquilla, Samuel Velásquez y el mismo Efe Gómez, y que tan funestamente obra, reduciendo el campo de acción y falseando los caracteres, quita al dramaturgo buena parte de ese inagotable caudal que ofrecen a su observación los hechos humanos. Lo postizo de nuestras costumbres burguesas, la carencia de relaciones sociales y la sistemática separación de los sexos, así como la monotonía de nuestra vida ciudadana; la vaguedad de carácter de nuestras clases intermedias; las vulgaridades de nuestro pueblo, son obstáculos poderosos para la forma dramática y peligros eminentísimos de fracaso para el autor.

Y porque las empresas difíciles para los valientes fueron hechas, estaba reservado para un escritor cuyo atrevimiento le ha obligado a conservar inéditas bien hermosas producciones, cuyo estreno en la publicidad fue casi un escándalo para nuestras hipocresías, y cuyo odio a los carnerismos y convenciones corre parejas con el amor que profesa la Verdad y al Arte, el dotar a nuestra embrionaria literatura de una producción original y, como todo lo suyo, verdaderamente consciente, en ese género que hizo gloriosa la tierra de Calderón e inmortalizó la patria de Shakespeare.

Tiempo hacía que la idea de forjar un drama espoleaba su espíritu, convirtiéndose al fin en verdadera obsesión: y es tras de maduras meditaciones y perseverante labor como ha surgido la obra, uno de cuyos más hermosos pasajes adorna hoy las páginas de esta revista.

El drama es trágico por su acción, y de un inteligente realismo. Desarróllase en un caserío minero situado a orillas del Cauca, y sus personajes pertenecen a la plebe o a las clases ricas o educadas de provincia. Bueno será, para prevenir escrúpulos, manifestar que la moral no sufre el mínimo ultraje. Las escenas escogidas constituyen un episodio completo de la pieza, y aunque su enlace con lo restante no es muy estrecho, juzgamos precisas para su cabal inteligencia algunas explicaciones.

Leonardo Aguirre y Carlota Zamora se amaban. Gentes infames hicieron creer a ésta que su novio, a quien obligaron por medio de mentiras a ausentarse, se había casado con otra. Deshecho en parte el enredo de los embustes, torna Aguirre a su cabaña de minero, en compañía de su madre, Doña Camila, y de su hermana Rosa, con ánimo de verificar su enlace con Carlota, que continuaba creyéndolo infiel, y, sin embrago aún lo amaba.

El episodio que luego se inserta, arranca del momento preciso de la llegada de Aguirre y los suyos a su modesta vivienda.

Ocioso fuera que pretendiésemos explicar las bellezas de este pasaje –trozo de verdad arrancado por la hábil mano del escritor de la vida misma–: están al alcance de todos, y basta un poco de corazón para sentirlos. La ternura, la delicadeza, la gracia, la artística naturalidad de esos diálogos, evocan el calorcito dulce del hogar y traen a la memoria el recuerdo de los seres queridos que ya nos faltan.

¡Magnífico pasaje! Tuviéramos muchos como éste, y entonces sí que podríamos afirmar: existe una literatura antioqueña.

Personajes

LEONARDO AGUIRRE

DOÑA CAMILA

ROSA AGUIRRE

CARLOTA ZAMORA

Acto tercero

Escena V

(AGUIRRE, DOÑA CAMILA, ROSA)

AGUIRRE: (*En la puerta*) Han llegado Uds., pues a mi palacio.

DOÑA CAMILA: Por fin. Que sea Dios bendito. ¡Qué camino más eterno!

ROSA: (*Entrando y observándolo todo*) ¿Aquí has vivido tú?

AGUIRRE: Durante todo un año.

ROSA: Eres un héroe.

DOÑA CAMILA: ¿Cuánto dista de aquí la población?

AGUIRRE: Unas... quince cuerdas.

ROSA: ¿De suerte que será mañana cuando veremos a tu novia?

AGUIRRE: Pues si Uds. quieren, desde ahora. Porque la cuestión es hacer las cosas bien hechas y a prisa.

ROSA: Si por ti fuera...

DOÑA CAMILA: Bien y...

AGUIRRE: De suerte que pasado mañana martes...

ROSA: ... ni te cases ni te embarques.

AGUIRRE: ... lo dispondremos todo, y el miércoles muy de mañana...

ROSA: ¡Tableau!

AGUIRRE: (*A Rosa*) Verás, refunfuñona, cuánto te va a gustar mi novia. (*A las dos*) ¡Y pensar que a punto estuvisteis, picarillas, de hundir todos mis proyectos!

DOÑA CAMILA: Ahora lo haremos mejor todo.

AGUIRRE: Cómo se va a reír Carlota cuando sepa que vosotras la creáis una negra bruja, ocupada en atraerse con bebedizos y sortilegios las voluntades de los muchachos incautos como yo. (*A Doña Camila*) Mañana verás a la yerbatera, mi viejita, y te convencerás de que hechiceras como ella, es imposible no dejarse robar el corazón, porque...

ROSA: (*Tapándole la boca*) Alto ahí, por Dios, querido. No te pongas ahora a enumerar las perfecciones de tu novia porque no acabarías. Te conozco mucho.

DOÑA CAMILA: (*Riendo. A Leonardo y cogiéndolo del brazo*) Camina cuéntame a mí, deja esa... (*Se entran por la puerta del fondo de la cabaña*).

ROSA: (*Sola en la sala*) Bien pueden llevarse su muchacha. No se las necesito. (*Paseándose y revolviendo en los rincones*) Bueno, bueno. Ríanse allá y no me cuenten... Yo también puedo conseguir... Así se hace, mamá, Ud. como ya no piensa sino en la nuera, como está chochando con ella... (*Canta*)

Me dice Marié la O
que es más bonita que yo...

(*Inclinándose a recoger algo*) ¡Eh!... (*Se queda mirando lo que alzó del suelo*) Pero qué grande... (*En voz más alta*) ¿Recuerdas, Leonardo, los anzuelos que te empataba para pescar en Nochebuena?

AGUIRRE: (*Desde dentro*) Sí.

ROSA: Pero estos son unos tolémpanos... Y di una cosa: ¿con estos son los que pescan esas doradas grandes en el Cauca?

AGUIRRE: (*Desde dentro*) Con esos.

ROSA: (*Examinando el anzuelo a la luz, que será ya poca. Oscurece*) ¿Y tú has cogido?

AGUIRRE: Muchas.

ROSA: (*Examinando más atentamente. Canta*).

Bajo las sombras negras
De tus pestañas
Dos asesinos viven
Que matan almas

AGUIRRE: (*Hace segunda desde dentro*).

ROSA: ¡Eh! Pero este anzuelo no se deja... ¿No ve? Ya se me enganchó en la falda.

AGUIRRE: (*Saliendo y ayudando a Rosa a desprenderse del anzuelo*) Qué mala pescadora eres.

ROSA: Te parece a ti. Verás qué novio el que me pesco mañana en el pueblecito. ¿Y tú te vas a ver a la novia? (*Salen juntos al patio*) Pero qué lindo es todo esto. Cada rato me parece más... ¡Ese río Cauca! No quería creer que hubiéramos llegado a sus orillas. Tan grande y casi no suena. Hace más bulla la quebrada de mi pueblo... Y qué árboles tan altos. ¡Primorosos! ¡Y qué tantos! Selva por todas partes. Y allá a lo lejos selvas, selvas... y el pueblecito... ese montón de casitas allá regadas en la playa... ¡Encantador!

AGUIRRE: Ve, yo te muestro. (*Rosa se le acerca. Juntan las cabezas y él comienza a señalar*) ¿Ves aquella casa más grande, en la playa, hacia el río?

ROSA: ¿En la placita, a la derecha, junto a un puntico blanco que parece una res?

AGUIRRE: Exactamente.

ROSA: Sí.

AGUIRRE: Ese es el guayacán. A su sombra leímos la historia de *María* y allá cerca la vi por primera vez, hace un año ya casi. Estaba recién venido a estos montes y andaba por ahí solo y aburrido. Me detuve un momento a encender un cigarrillo, y cuando alcé la cabeza tropezaron con ella mis miradas. Venía con su prima, del río, de bañarse: la cabellera, suelta por la espalda, jugaba con el sol y con el viento; con la derecha recogía la falda y avanzaba con su andar cimbrador de calentana, con un andar aéreo que dejaba ver a cada paso sus pies desnudos, lindos y cuidados, asomar donosos por debajo del blanquísimo borde de la enagua crujidora. Luego, en una vuelta del sendero, se detuvo como distraída y me atravesó con su mirada negra.

ROSA: (*Poniéndose a la diestra abierta tras la oreja correspondiente, como para escuchar. Suenan campanas a lo lejos*) ¿Oíste? ¡Ah, sabroso que suenan las campanas en estas soledades!

AGUIRRE: El *Angelus* ya.

ROSA: Descúbrete, pues, hombre. (*Le quita el sombrero. Mirándolo a la cabeza*) ¿Y te ibas a ver la novia así con ese pelo? Eso sí no. Espérate un momento yo te peino. Es necesario que vayas bien buen mozo (*Entra corriendo a la cabaña y canta desde adentro*).

Tus ojos son ladrones
Niña querida,
El alma me robaron

(Sale cantando)

Ya hace días...

AGUIRRE: *(Cantando)* Ya hace días...

ROSA: *(Acercándose a Aguirre con el peine en la derecha y poniéndole la izquierda bajo la barba)* Agáchate a ver yo te hago el partido. Ya no te voltea el cabello. Pero cuánto tiempo hará que no se peina este angelito... ¡Ah!... Como es que la raya es más abajo... Eso es... Así sí. *(Se aparta un poco para contemplar su obra. Canta. Aguirre acompaña).*

No digas que son buenos
Ojos tan negros,
Porque jamás los tales
Limpia la hicieron.

(Acercándose de nuevo a Aguirre) ¿Pero qué es esta corbata, niño por Dios?
(Se pone a anudársela. Apartándose de nuevo) Eso es...

DOÑA CAMILA: *(Saliendo)* Si vieras hijo: vas a dejarnos con cuidado. ¿Por qué no dejas esa ida para mañana? *(Se va oscureciendo).*

ROSA: Sí, sí. Hazle caso a tu madre. *(Cogiéndole del brazo)* Camina para adentro, y mañana voy contigo, vamos todos juntos. *(Aguirre se deja llevar sonriendo)*
A ver: dime dónde se acuesta mi madre que ya se morirá de cansancio.

AGUIRRE: Vamos, pues, madrecita. Tú y Rosa os recogeréis en mi aposento, yo me extiendo en esta hamaca; para lo que he dormir... *(A Doña Camila)*
¿Cierto que se duerme poco en vísperas del día que nos ha de traer tanta ventura?

ROSA: *(A Doña Camila)* Y después sostiene que no le dieron yerbas. *(Aguirre conduce a su madre y a Rosa hasta la puerta del fondo de la cabaña. Estas desaparecen en el interior. Aguirre se vuelve y se deja caer en la hamaca. A poco torna a salir Rosa, trayendo luz, rueda un asiento cerca de Aguirre y se le sienta al lado).*

Escena VI

(ROSA, AGUIRRE)

ROSA: Si vieras: estoy deseosísima de conocer a mi cuñada Carlota.

AGUIRRE: ¿De veras?

ROSA: Debe ser un milagro vivo. Cuando ha logrado inspirarte un amor tan largo y tan serio a ti a quien no ha durado jamás un amor más de ocho días.

AGUIRRE: No me desacredites así querida.

ROSA: Es que con ese afán con que lo coges... ¿Recuerdas a las Ramiritos? Esas sí fueron serenatas y paseos y suspiros. ¡María Santísima! Yo creo que te tuve que aguantar las confidencias. No me dejabas dormir; todavía tengo sueño... Y a los quince días... enamorado de otra y luego de otra y otra... fuera de las que tendrías cuando estabas en el colegio y que nosotras no sabemos. El amor ha sido en ti una verdadera vocación.

AGUIRRE: Yo creo lo mismo.

ROSA: De otro modo no se explica tu constancia. Un día me quedé admirada; tenías novia... a ver... cuál era... Qué vas a recordar tú. En fin: vivía por los lados del matadero. Yo iba por allá a pagar una visita. Era medio día y el sol parecía candela. No había en toda la calle una, una sola alma... ¡Ah! Sí. Había dos: en el caballete del matadero un pobre gallinazo bostezando y echando por el sobre el hombro miradas codiciosas a las cocinas y demás lugares codiciables de los interiores de la población... y tú, avergüénzate hombre, y tú plantado en media calle como una estaca, coqueteándole a una ventana con bastidor...

AGUIRRE: Conversemos.

ROSA: ... Por eso cuando fueron a decirnos que tú estabas casando aquí con una vieja bruja, le dije a mamá: de lo más fácil, era lo único que le faltaba a Leonardo: enamorarse de una bruja. Pero cuando fuiste y nos contaste la cosa te vi tan entusiasta y tan decidido, y supe que la novia era un encanto; me entraron una ganas horribles de verte bien casadito y bien formal, bien hogareño, como dice el amigo Alonso Robledo; saliendo a pasear todas las tardes con la mujercita; pagándoles visitas a los vecinos; fumando tabacos doblados por la señora; ayudando a cargar el palio en las renovaciones; ha-

blando de la cosecha con Don Hermógenes; leyéndoles el periódico a los viejos de mi pueblo en la tertulia de Don Ramoncito... En fin, vuelto un ciudadano delicioso.

AGUIRRE: Dime ladina ¿y tú te piensas quedar para tía?

ROSA: Sí *íá*. Aquí donde me ves ya tengo visto mi viejo. Porque con muchacho no hay riesgo de que me case. Qué cuento de muchachos empezando a trabajar: un viejo rico, eso es lo que hay. Si las muchachas de ahora no somos como tú que se enamoran, que leen a la *María*... la *María* de nosotras es un viejo millonario... Mientras más patoniao mejor... Algo de trabajito da criarlos y atraerlos. Porque ellos son muy tímidos y desconfiados... Hay que hacer la cosa con mucha, mucha diplomacia. Hay que hacerles creer que una desdeña por amor a ellos a gentes que valen mil veces más... Pero cuando una ha logrado enlazarlos... ¡Eh! ¡Son un encanto!... Qué le parece: uno con su viejo, que puede tenderse bocarriba a hacerse la consentida, y la tolerada y la moñona. ¡Eh! ¡Ni an pa lo güeno!... No creas que te envidio tu muchacha... Pero ve una cosa: lo que sí tienen que dejar es ese cuento de casarse a las cuatro de la mañana; no hay ni bamba. ¿Eso por qué, vamos a ver? Es que los hombres no saben hacer las cosas. Mañana verás cómo me les meto a esas gentes por el ojo de una aguja; y le lambo al viejo; y le adulo a la vieja y les coqueteo a los muchachos, si están ahí, y... ¿quién quita? ¡Cómo de esas cosas se han visto! Tal vez uno de esos terribles enemigos tuyos sea mi media naranja. Y en un instante arreglo todo y se pueden casar a las diez del día con harto chorro. ¡Eh! Qué te parece; con lo linda que va a quedar mi ahijada con todo lo que la pienso encachacar. ¡Va a dar más golpe! Y tú bien cuadrado, llevándola del brazo... Esa fiesta no se puede perder. Ni riesgo pues...

Escena VII

(Dichos, CARLOTA Aparece por el sendero de la derecha)

CARLOTA: *(Avanzando anhelante, llena de terror)* Imposible. ¡Verlo a él, a mi Leonardo, feliz al lado de otra... y aquí... aquí...! *(Llega al frente de la puerta de la cabaña y se pone tras unos arbustos. Adelanta cautelosamente la cabeza y observa el interior)*.

ROSA: (*A Aguirre*) ¿Pero estás dormido hombre? ¿Todavía no se te ha quitado ese vicio? A ver: ¿qué fue lo último que te dije? ¡Eh! No responde... ¡el chiquitico! (*Se le acerca y con la borlita de la punta del látigo, que aún lleva sujeto a la muñeca, le hace cosquillas en la cara. Aguirre sonríe, hace que se despierta de improviso y le coge las manos. Ríen. Es el momento en que se asoma Carlota*).

CARLOTA: (*Con un ligero grito*) ¡Se acarician!



Revisión de nuestra historia

ALEJANDRO MESA NICHOLLS (1896-1920). *Lauro candente*, drama publicado aquí por primera vez, pertenece a un fuerte grupo de obras que dentro del teatro colombiano han querido replantear una mirada al proceso de la Conquista; obras que van desde una reelaboración crítica, a veces sarcástica o paródica para con los españoles, hasta una apología fervorosa y apasionada de los indígenas, dependiendo su punto de vista. En particular, uno de los propósitos de Alejandro Mesa Nicholls era centrar el relato en una defensa de tono épico sobre la cultura Muisca, y el momento en que su último Zipa es asesinado por orden de Gonzalo Jiménez de Quesada; para ello, se sirve del verso para elevar la tragedia hasta donde más le sea posible. Y es allí donde está, al mismo tiempo, la mayor debilidad de la obra: en esa pretensión da más valor a lo poético, realzando lo patético a través de lo literario, mientras deja de lado la acción escénica. Pero esa monotonía de la obra es frecuentemente quebrada por los personajes femeninos, “Saquira” y “Jilma”, en los que el autor labra una mayor profundidad dramática al revelar las constantes contradicciones en las que ellas dos se hallan, quizás por verse en medio de un conflicto del que no hacen parte activa pero que las afecta en su más íntimo ser.

Dramaturgia publicada

Abandono, en: *Dramas*, Bogotá, Ediciones Colombia, 1925, pp. 5-28.

Nubes de ocaso, en: *op. cit.*, pp. 29-113.

Juventud, en: *op. cit.*, pp. 115-166.

Lauro Candente

Tragedia histórica en tres actos y en verso

Personajes

JILMA

SAQUIRA

ZAQUESAZIPA

DON GONZALO JIMÉNEZ DE QUESADA

*

FRAY DOMINGO DE LAS CASAS

LÁZARO FONTE

HERNÁN PÉREZ DE QUESADA

GONZALO GARCÍA (ZORRO)

GONZALO SUÁREZ RENDÓN

AKIMÉN

QUIJIMÍN

CENTINELA I

CENTINELA II (CHIBCHA)

UN INDIO

SOLDADO I

SOLDADO II (ESPAÑOL)

CAPITANES

SOLDADOS ESPAÑOLES

SOLDADOS CHIBCHAS

El primer acto en el palacio de Zipa, segundo y tercero en Bosa.
Año de 1537.

Acto primero

Amplio vestíbulo en el palacio de Zipa, en Bacatá, sostenido por gruesas columnas. A la derecha la fachada del palacio, resplandeciente de oro; al fondo recia empalizada cubierta de tejidos de colores diversos, sobre el cual se ven los cerros de Guadalupe y Monserrate, y que tendrá en el centro una gran puerta cerrada; a la izquierda, árboles gigantescos, cuyos follajes caen sobre el techo del vestíbulo. Dos centinelas a los lados de la puerta del palacio, apoyados en lanzones de macana ornados de flores, embrazan anchos escudos de oro.

Escena I

(AKIMEN, QUIJIMÍN)

AKIMÉN:

¡Grave peligro a nuestro Rey acecha,
porque como una nube de langosta

que divisa el verdor de la cosecha
 desde las arideces de la costa,
 así vio el español nuestra comarca;
 el español que de codicia lleno,
 asola el mundo que su vista abarca,
 sin que haya nada que le ponga freno!
 ¡Él, desde las riveras del Caribe,
 cuya tribu infelice ya no vive,
 porque en exterminar no tiene empachos,
 se internó de la selva en la maraña,
 y hasta en la cumbre de nuestra montaña
 han ondeado al viento sus penachos!

QUIJIMÍN:

¡Hace días llegó del archipiélago
 un anciano, y contóme que a su isla,
 atravesando el infinito piélago
 que de ese mundo extraño nos aísla,
 vieron llegar tres naves españolas,
 que esos marinos llaman carabelas,
 maltrechas por el golpe de las olas
 y rotas ya las poderosas velas!
 Que saltaron a tierra, y de rodillas
 en la frondosidad de sus orillas,
 izaron un pendón rico y flamante.
 ¡Qué eran audaces de ambición beodos,
 y que a su capitán llamaban todos
 Cristóforo Colombo, el almirante!

AKIMÉN:

A ese tal Colombo nuestro lloro
 se debe, y nuestras hondas agonías;
 vemos saquear tesoro por tesoro
 y desaparecer las dinastías.
 ¡Que esa gente cayó sobre la raza
 como una maldición, como un castigo;
 por donde quiera que camina arrasa
 cual si hasta el campo fuera su enemigo!

Son misteriosos, matan desde lejos
niños, mujeres, jóvenes y viejos,
todo lo que se opone a su maldad.
¡Así van los guerreros españoles;
sus vestidos fulguran como soles,
sus armas fingen una tempestad!

QUIJIMÍN:

Y han venido a caer sobre el dominio
de nuestros Zipas, aguerrido y fuerte,
igual que una avalancha de exterminio,
¡dejando solo tras de sí la muerte!
¡Es desmedida su ambición y extrañas
son a nuestros soldados sus proezas,
no respetan palacios ni cabañas,
ni reyes, ni caciques, ni princesas!
Cuando esa ola de exterminio ruge,
todo se abate a su feroz empuje
aunque nuestro heroísmo se anticipe.
¡Porque el soldado chibcha es valeroso,
pero ante ese enemigo poderoso
y extraño, nada se resiste!

CENTINELA I:

¡El Zipa!

Escena II

(Dichos y ZAQUESAZIPA, ataviado fastuosamente; lleva collares y brazaletes de oro llenos de esmeraldas. Los dos capitanes se arrodillan y ponen la frente sobre el suelo)

ZAQUESAZIPA:

Salud bravos guerreros de mi legión. Alzad.
¿Traéis alguna nueva que dé tranquilidad?

AKIMÉN:

Señor, nueva ninguna, todo es perpetua alarma.
¡Di orden a los nuestros de requerir el arma,
porque los centinelas me avisaron a gritos
que hacia aquí se dirigen los hombres!

ZAQUESAZIPA:

¡Malditos!

¿Pero tú no los viste? ¿Dime quién lo asegura?

QUIJIMÍN:

Yo, señor los he visto, ¡su armamento fulgura

cual manojo de rayos una tempestad!

¡Y son muchos!

ZAQUESAZIPA:

¡Muy pocos para tanta maldad!

Presto haced, capitanes, que se aliste la tropa,

verán esos bandidos si es tan dura su ropa

que no la pasan dardos. ¡Del veneno más fuerte

poned a los arpones, y so pena de muerte

que se preparen todos, yo mando la batalla!

AKIMÉN:

Mirad, señor, que

tienes mucho peligro.

ZAQUESAZIPA:

¡Calla!

¡Que vale más la vida del pueblo que la mía,

y con mi propia mano domar la alevosía

de los tiranos quiero, porque nada me excusa

de combatir; la sombra del bravo Tisquesusa

se alzaría ante mi trono como un remordimiento

si vengar sus injurias y su sangre no intento!

De la corona chibcha vale mucho el tesoro,

y el guardián no lo entrega. Por ese sol que adoro

lo juro, por el astro, que nuestros actos vela.

¡Veréis si el Zipa sirve también de centinela!

QUIJIMÍN:

¡Todos, señor, por esa divinidad radiante,

juramos ser guardianes de los tesoros, y ante

la crueldad enemiga correrán los arroyos

de nuestra sangre y mares formará, que de escollos

servirán nuestros cuerpos!

AKIMÉN:

¡Si salimos con gloria,
ofrezcamos al astro, después de la victoria,
inmolar en las aras del templo, las más bellas
y las más recatadas y virtuosas doncellas
de toda la comarca!

ZAQUESAZIPA:

Y en la cumbre del monte,
encender una pira que alumbre el horizonte,
con los cuerpos aún vivos de los conquistadores,
mientras que mis vasallos adornados de flores,
libres ya del oprobio, libres ya del cinismo,
y en una fiesta digna de todo su heroísmo,
gustando mis manjares y mis mejores frutos,
danzarán al sonoro compás de los fotutos.

(Son lejano de trompetas)

¡Qué oigo! ¡El enemigo de cerca nos acecha!
¡A la lid, capitanes, que del arco y la flecha
no se aparte ninguno, de los árboles altos
preparad con cautela los certeros asaltos;
mas primero que todo la guardia del palacio
doblad! ¡Luego que cubran los dardos el espacio!

(Entra precipitadamente un soldado indio)

INDIO:

¡Señor! ¡Señor!

(Se postra de rodillas)

ZAQUESAZIPA:

¡Qué ocurre! ¡Dime pronto! ¡Levanta!

INDIO:

Que hacia aquí ya dirigen esos hombres su planta,
porque al paso del río que guardamos quinientos
se acercó su vanguardia, y al notar sus movimientos
hostiles en nosotros, y que partían derechas
y veloces a ellos nuestras primeras flechas,
nos dijeron que todos venían de paz, que urgentes

razones os traían con valiosos presentes,
 en una respetuosa y amigable embajada
 de parte de su jefe, Jiménez de Quesada.
 Pero nuestro invencible comandante no quiso
 que ellos diesen un paso más sin vuestro permiso.

ZAQUESAZIPA:

(A los capitanes)

Este parece un lazo que el invasor nos tiende,
 para ver si caemos en él, y no comprende
 tal vez el insensato que está nuestra malicia
 sobre todas sus armas y sobre toda su pericia.

AKIMÉN:

Pero sería imprudente señor negar la entrada
 hasta vuestro palacio de la tal embajada.
 Puede ser un engaño, porque en esto son duchos
 los españoles, pero prevenidos.

ZAQUESAZIPA:

(Al Indio)

¿Son muchos?

INDIO:

Veinte, señor, contamos.

ZAQUESAZIPA:

Que pasen solamente
 los jefes, y que aguarde toda la gente
 en el paso del río, donde bien custodiados,
 han de quedar por todos los quinientos soldados.

(El Indio hace una reverencia y se va)

Ahora, capitanes, prevenidas las tropas;
 detrás de mi palacio y en las más altas copas
 de los árboles, todos, con la aljaba repleta
 que aguarden silenciosos la señal, y discreta
 ha de ser ante todo vuestra conducta.

AKIMÉN:

Estad,
 señor, siempre seguro de nuestra lealtad.

ZAQUESAZIPA:

Tened presente que esto puede ser un engaño.

QUIJIMÍN:

A cumplir vuestras órdenes vamos.

ZAQUESAZIPA:

Yo os acompaño.

(Salen por la izquierda)

Escena III

(CENTINELA I, II)

CENTINELA I:

¡Que el invasor está encima,
si es cierto estamos perdidos!
¿Oíste?

CENTINELA II:

Con buenos oídos
todo se oye.

CENTINELA I:

Si arrima
hasta el palacio esa gente
y el Zipa con loco alarde
en recibirlos consiente,
que apenas creerlo puedo,
no doy esta misma tarde
por sus tesoros un bledo.

CENTINELA II:

Por tus labios habla el miedo
y es cosa que desconsuela
y hace perder la esperanza,
ver que todo un centinela
que embraza escudo de oro
y empuña una fuerte lanza,
hable de que así se pierda
tan fácilmente el tesoro,

sin que antes la tierra muerda
el enemigo.

CENTINELA I:

Comprendo
que tú no sabes lo que es
el enemigo tremendo que nos acecha esta vez.
¿Recuerdas el heroísmo
de Tisquesusa, el más fuerte
de los Zipas, y tú mismo
no presenciaste su muerte?
¿Y a Zaquesazipa que era
por ese entonces capitán,
y tan valeroso y tan
bravo que nada temiera,
no lo viste anonadado
al pie de aquellas murallas,
cuando eso fieros canallas
rodearon el cercado?
¿Y tú me llamas cobarde
porque temo que se acerquen
esos hombres y nos cerquen
lo mismo que aquella tarde?

CENTINELA II:

Te digo que no hay decoro
en el hombre que empuñando
su lanza y su escudo de oro
está como tú temblando.
Que el enemigo es más fuerte
que el ejército, y que
vamos a arrastrar la muerte
bien a las claras se ve.
Pero eso no es un motivo
para abandonar el puesto,
que hasta que no haya uno vivo
hemos de custodiar esto.
Si enristramos la macana
y aguardamos los ataques,

puede que seamos mañana
o capitanes, o zaques.

CENTINELA I:

Solo el interés despierta
ese valor tan ardiente.

CENTINELA II:

¡Mientras la sangre me aliente
he de guardar esta puerta!

Escena IV

(Dichos y JILMA, vestida regiamente y ataviada de oro y esmeraldas)

JILMA:

(Entrando precipitadamente)

¡Sagipa! ¡Sagipa! ¿Dónde
está Sagipa que en pos
de él voy y no me responde?

CENTINELA I:

Señora, salió con los
capitanes hace poco
y se internó en la arboleda
con ellos.

JILMA:

¡Temo que pueda
perderlo su heroísmo loco!

*(Observa hacia la arboleda con gran agitación,
y luego volviéndose a los centinelas)*

¿Decidme, no habéis oído
una trompeta lejana
de raro y fuerte sonido?

CENTINELA II:

Sí, señora.

JILMA:

En la sabana
han tomado posición

esos extraños guerreros,
que según dicen, más fieros
que los mismos panches son.

CENTINELA I:

¿Y de ellos es la trompeta
que hemos oído sonar?

JILMA:

De ellos que intentan entrar
hasta aquí. Si una saeta
de oro cruzase el espacio,
tiene por fin avisar
a los guardias del palacio
que está en peligro su tesoro.
Esta es una seña nueva.
Si la saeta es de oro
refulgente y rauda lleva
dirección al horizonte,
quiere decir que se apronte
la guardia y doble su celo,
porque algún peligro acecha.
Mas si en cambio es una flecha
que va a la mitad del cielo,
engalanada de flores,
anuncia que no hay temores,
que en paz estén los senderos,
y todo en silencio queda
y que pueden los arqueros
abandonar la arboleda.

Escena V

(Dichos y SAQUIRA que entra con unas flechas)

SAQUIRA:

Señora, aquí están las flechas
llenas de mortal veneno,
que os mandan los jeques.

JILMA:

Bueno.
Con ellas los bravos goechas
harán esta misma tarde
sus prodigios de heroísmo,
y así pagará el cobarde
conquistador su cinismo.

SAQUIRA:

Dicen que el jeque Pepón,
de fama y prestigio lleno,
fabricó ayer un veneno
terrible para su arpón.
Aseguran que al que hiere,
un hondo dolor le agobia,
y entre espantosa hidrofobia
y penas horribles muere.
Que tiene tan corrosiva
y tan eficaz acción,
que donde cae el arpón
ni la yerba queda viva.

JILMA:

Con él obsequia hoy Sagipa
a los nuevos visitantes
que quieren ser gobernantes
en el dominio de Zipa.
Ya verán esos señores
de altivo y gallardo aporte
como es que el Zipa en su corte
recibe a los invasores.
Puede suceder mañana
que sean pasto de las fieras,
y brillen sus calaveras
en mitad de la sabana.
Que a pesar de su temible
y destructor poderío,

contra la fuerza y el brío,
todo cabe en lo posible.

SAQUIRA:

Todos afirman en coro
que son apuestos y bellos
y algunos con los cabellos
del mismo color del oro
derretido en el crisol,
por eso algunos creyeron
señora, cuando los vieron,
que fueran hijos del sol.
Dicen que sus ojos brillan
lo mismo que las espadas
y que tienen sus miradas
vivos fulgores que humillan.

JILMA:

Lo mismo humilla y fulgura
el mirar de las panteras
porque hasta las mismas fieras
tienen también su hermosura.
Mas la belleza no influye
ni la compasión los inclina
a favor de la dañina
flora que arrasa y destruye

SAQUIRA:

Cuentan que al fastuoso templo
de Sugamuxi, oro y gloria,
digno de eterna memoria
por ser de virtud ejemplo,
llegaron los españoles
al declinar de una tarde
cuando ya en el ocaso arde
un incendio de arreboles.
Que aguardan escondidos
cual pájaros de rapiña

hasta que ya a la campiña
todos estaban dormidos.
Luego, sin ser vistos, pues
era la noche opaca
acecharon al de Iraca
y lo apresaron después.
Y entre la tiniebla densa
que su crimen protegía
fueron hacia donde erguía
el templo su mole inmensa.
Manos infames aquellas
ante cuyo sacrilegio
pululaba el sacrilegio
divino de las estrellas.
Como era la noche oscura
encendieron los ladrones
unos enormes hachones
que alumbraban la llanura.
A su fulgor parecía
el templo resplandeciente
el mismo alcázar de oriente
cuando se despierta el día.
Y hasta las fértiles faldas
del monte que está a lo lejos
alcanzaban los reflejos
del oro y las esmeraldas.
¡Entonces se abalanzaron,
hacia el oro enardecidos,
y los hachones prendidos
sobre la alfombra arrojaron!
¡Horror! ¡Convirtiéndose luego
el templo en inmensa hoguera,
y en pocos segundos era
una montaña de fuego
aquel enorme crisol
sobre la tierra encendido
cual si se hubiera caído

desde los cielos el sol!
 ¡Después llegó la mañana
 y solo esparció la brisa
 una nube de ceniza
 hacia la extensión lejana!
 ¡Y de tan rico tesoro,
 de la comarca honra y prez,
 solo encontraron después
 informe montón de oro!

JILMA:

¡Dicen, tal vez con verdad,
 que tan horrible enemigo
 puede ser algún castigo
 del cielo a nuestra maldad!
 ¡Que sobre el haz de la tierra,
 ni de adulterio e incestos,
 han nacido otros como estos
 monstruos del mal y de la guerra!

Escena VI

(Entra AKIMÉN seguido de muchos soldados indios armados de arcos y flechas)

AKIMÉN:

¡Por aquí! ¡Por aquí! ¡Entrad,
 y si una flecha de oro
 cruza el espacio, velad
 a custodiar el tesoro!
 Que todos se alisten bien,
 y al que se acobarde en esta
 vez o se rinda le cuesta
 oídmelo: ¡la vida!

(Son lejano de trompetas. Los indios desaparecen por la puerta del palacio)

JILMA:

¡Akimén!
 Akimén:

¡Ah! ¡Perdonadme señora
que no os había visto!

JILMA:

¿Llega
ya esa gente?

AKIMÉN:

De la vega
estar saliendo hasta ahora.

JILMA:

Os aconsejo no creer
en nada de ellos, la paz
es un pretexto falaz
que puede hacernos perder.

AKIMÉN:

Descuidad, señora.

JILMA:

Parcos
sed todos en el hablar
y ante todo no soltar
de entre las manos los arcos.

AKIMÉN:

Si me dais vuestra licencia
me voy.

JILMA:

La tienes.

(Mutis Akimén por la izquierda)

Saquira,
lleva estas flechas y mira
que haya mucha diligencia
en todo. Yo estaré ahora
aquí, que no se disipa
mi temor mientras Sagipa
no vuelva.

SAQUIRA:

Bueno, señora.

(Mutis por la derecha)

Escena VII

(JILMA, con la amargura del que mira desvanecerse un bello sueño de grandeza y poderío)

JILMA:

Oh sol luminoso, señor del espacio,
 desde ese tu trono de oro y zafir
 salva nuestras huestes y nuestro palacio,
 no dejes que puedan tus siervos, morir.
 Somos tus esclavos, somos tus vasallos,
 Oh rey de los reyes, deslumbrante sol,
 desata la ira de todos tus rayos
 purificadores sobre el español.
 Oye nuestras preces, monarca del cielo,
 ya que nos alumbras, y nos das calor,
 no dejes que caiga sobre nuestro suelo
 el azote horrible del conquistador.
 Tú que en el regazo de la aurora brillas
 cuando el mundo todo se postra a tus pies,
 y haces en el surco reventar semillas
 que tornas en flores y frutos después.
 Tú que del misterio de la nada fraguas
 el misterio inmenso de la vida, y das
 al pez el amparo de las limpias aguas,
 al ave su nido y a los hombres la paz.
 ¡Señor de los astros, ampara a tus siervos!
 Ya que luz y vida nos quisiste dar,
 no dejes que caigan cual feroces cuervos
 los conquistadores sobre nuestro hogar.
 Son los que a tu templo llegaron voraces,
 ávidos de oro, locos de ambición,

al fulgor siniestro de encendidos haces
 que alumbró su crimen, su profanación.
 Los que en esa noche de amargas querellas
 provocaron la ira de tu majestad,
 y hasta en su infinito bullir las estrellas
 quedaron absortas ante su maldad.
 Por aquella afrenta, por aquellas llamas
 que alzaba hasta el cielo tu templo al arder,
 pon en sus cabezas y en sus oriflamas
 el fuego de todo tu inmenso poder.
 Desata la ira de tus tempestades,
 con toda justicia, con todo rigor,
 sobre los autores de tantas maldades,
 de tantas injurias, de tanto dolor.
 Por el luminoso triunfo de tu aurora,
 por tus agonías del atardecer,
 ampara tu pueblo que indefenso llora,
 ampara tu pueblo que va a perecer.
 Oh sol luminoso, señor del espacio,
 desde ese tu trono de oro y zafir,
 salva a nuestras huestes y a nuestro palacio,
 no dejes que puedan tus siervos morir.
 (*Entra Zaquesazipa cuando Jilma está aún recitando los últimos versos*)

Escena VIII

(JILMA, ZAQUESAZIPA)

ZAQUESAZIPA:

No ha desoído el cielo tus querellas,
 Jilma.

JILMA:

¡Ah! ¡Sagipa!

ZAQUESAZIPA:

Ante el lloroso
 espejo de tus ojos, las estrellas

ocultarían su rayo tembloroso
por no eclipsarse.

JILMA:

(Asombrada)

¿Pero tú que tienes?
¿Cuándo tu propio trono tambalea
tan apacible y tan tranquilo vienes?

ZAQUESAZIPA:

Sí, no hay cuidado, deja que te vea,
que en tus pupilas mis pupilas sacien
su inmensa sed de luz, y que tus labios
entre mis labios amorosos vacíen
la miel que dulcifique mis agravios.

JILMA:

Sagipa, no te entiendo, no me alcanza
la inteligencia para comprenderte.

ZAQUESAZIPA:

Jilma, ¿no sabes tú que la esperanza
tan solo se disipa con la muerte?

JILMA:

Pero qué pasa, di, ¿no está a las puertas
del palacio esa gente que destrona,
que si las abre, o si las haya abiertas
rodará por el suelo tu corona?

ZAQUESAZIPA:

Y aún hay más todavía, el panche fiero,
se agrupa en la frontera altivo y fuerte,
como siempre veraz y traicionero,
para saciar sus hambres con la muerte.
Pero vienen de paz los españoles,
y creo que proyectan una alianza
y entonces, antes de unos cuatro soles
quedará satisfecha mi esperanza.
¿Ya me comprendes?

JILMA:

No.

ZAQUESAZIPA:

La alianza tiene
 por objeto caer sobre los panches,
 y más a mí que al español conviene
 para impedir sus múltiples ensanches,
 pero esa no es del todo mi idea:
 los panches son millares y cual locos
 en su heroísmo van a la pelea;
 los españoles son en cambio pocos;
 los seduce el valor de mis guerreros;
 y españoles y chibchas reunidos
 vamos contra los panches carniceros
 cual por un lazo fraternal unidos.
 Entonces del combate en los furores,
 y cuando ya los enemigos beban
 la sangre entre sus bélicos ardores,
 ordeno a mis soldados que se muevan
 hacia atrás, ¿me comprendes? Queda en medio
 de poderosas huestes enemigas
 el español, y ya no habrá remedio
 para su perdición. ¡Y sus fatigas
 terminarán del panche en las arteras
 fauces, que entre festines y entre danzas,
 tan solo dejará calaveras
 para adornar las puntas de sus lanzas!

JILMA:

¡Pero no ves que el español es fuerte,
 mortíferas sus armas y tan diestros
 son sus soldados que daría la muerte
 uno solo a quinientos de los nuestros!

ZAQUESAZIPA:

Es verdad, son sus armas poderosas,
 y sus portes reales y gallardos,
 mas no resistirán las venenosas

nubes de sus saetas y los dardos.
 ¡Por un lado los chibchas tan valientes,
 por el otro el panche traicionero y grave!
 Nos haremos collares de sus dientes,
 lo verás, Jilma, lo verás.

JILMA:

Quién sabe.

ZAQUESAZIPA:

No lo dudes, es la única manera
 que hay para defender nuestro derecho.
 No sabe aquella tribu carnícera
 el inmenso favor que nos ha hecho
 al invadir de nuevo la frontera.

JILMA:

¿Y si es la alianza solo algún pretexto
 para permanecer en tu dominio?

ZAQUESAZIPA:

Quiere decir que el traicionarme en esto
 hallaron los traidores su exterminio.

JILMA:

Cuando tu hueste aleccionada huya
 en el combate y de distinto modo
 ataque al español y lo destruya,
 te llamarán traidor después de todo.

ZAQUESAZIPA:

¿Pero crees que es traición, Jilma, que es falta,
 intentar la defensa del imperio,
 contra el grande enemigo que lo asalta
 de un modo tan mortífero y tan serio?
 ¿No ves que el español en paz sería
 mucho peor que en guerra, porque sabe
 hacer engaños a la luz del día,
 y entre sus leyes todo crimen cabe?
 ¿Y que intentar su destrucción tan solo

es defender mi pueblo y mis erarios,
aún cuando vaya en la defensa el dolo,
por ser tan superiores los contrarios?

JILMA:

Eso será si los destruyes, ¿pero
tú has oído decir que alguien los venza?
¿No ves que tras el pérfido extranjero
marchan la muerte y la amargura inmensa?
¿Y no comprendes que después de hecho
ese pacto de paz o ese armisticio,
los tendremos en casa y con derecho
a entrar en ella, que será un suplicio?

ZAQUESAZIPA:

No, porque luego que oiga la propuesta
de paz que traen los embajadores,
iré con todos mis guerreros esta
misma tarde hacia los conquistadores;
hablaré con su jefe que es la estampa
de la perversidad y el cinismo
y hago que caigan todos en la trampa
sin dilación, quizá mañana mismo.
Mis gentes todas quedarán tranquilas
si en el intruso mi ambición perpetro,
y volverá la luz de tus pupilas
a iluminar la gloria de mi cetro.

(Amorosamente)

En mi grandeza te alzaré un divino
trono que tenga resplandor de estrellas,
y regaré de oro tu camino
donde mis huestes besarán tus huellas.

Escena IX

(Dichos, AKIMÉN, QUIJIMÍN)

AKIMÉN:

Señor todo está listo, los senderos
bien custodiados, y entre la arboleda

los más valientes de vuestros guerreros
con las saetas prevenidas queda.

ZAQUESAZIPA:

Bien. ¿Y la guardia del palacio?

AKIMÉN:

Lista, señor.

ZAQUESAZIPA:

Ahora trae los mejores
a guardar esta puerta en la entrevista
que he de tener con los conquistadores.

(Akimén hace una reverencia y se va por la izquierda)

Tú, Quijimín, prepara la salida
lo más fastuosamente que se pueda.

QUIJIMÍN:

Todo, señor, se hará con la debida
solemnidad si a mi cuidado queda.

ZAQUESAZIPA:

Que vistan los ropajes más hermosos,
y haz que vayan cargando a las espaldas
mis peones más fuertes y lujosos
ricos fardos de oro y esmeraldas.

QUIJIMÍN:

¿Como presente a los conquistadores?

ZAQUESAZIPA:

Sí, porque quiero que mi gloria brille
con todo su esplendor, que a sus fulgores
quizá el cinismo de ese vil se humille.
Prevenlo todo para esta tarde
después de la entrevista, que mañana
yo haré que el vientre de los panchos guarde
esa sangre hoy tan viva y tan lozana.
Quiero un desfile, cueste lo que cueste,
digno de mi grandeza y mi decoro,
que yo iré en medio de la altiva hueste

sobre mis andas relucientes de oro.
Haz que me hagan escolta en el desfile
los más guapos de todos los vasallos,
cuyo vestido bajo el sol rutila
de oro y de plumas cual un haz de rayos.

QUIJIMÍN:

Todo se hará como mandáis.

ZAQUESAZIPA:

¡Y breve!

(Mutis de Quijimín por la derecha)

JILMA:

¿De modo que después de la embajada
toda tu corte desde aquí se mueve?

ZAQUESAZIPA:

¡Y a Bosa por un día se trasladará.
Verás que prontamente se disipa
todo el temor que nuestra dicha empaña
y probaré a la tierra cómo un Zipa
también se puede defender de España!

Escena X

(Dichos y SAQUIRA presa de una gran agitación)

SAQUIRA:

Perdonad que os perturbe, pero es tanta
la agitación que reina que... no puedo...

ZAQUESAZIPA:

(Fingiéndole gran tranquilidad)

Que poca cosa a todas os espanta.
Saquira, estás temblando. ¿Tienes miedo?

SAQUIRA:

¡Señor, si dicen que estos invasores
persiguen más que el oro, a las mujeres!

ZAQUESAZIPA:

(Burlón)

Ja, ja, ¿y no te gustaría amores
con algún español? ¡Qué tonta eres!

JILMA:

¡El que te oiga, Sagipa, no imagina
el susto que esa gente nos prepara!

ZAQUESAZIPA:

No temas, si el valor nos ilumina
Bochica bondadoso nos ampara.

Escena XI

*(Entra AKIMÉN al frente de una escolta numerosa, todos armados de arcos
y vestidos de colores vivos)*

AKIMÉN:

(A los soldados)

¡A guardar esta entrada, el arco listo.
Y en el carcaj, la mano prevenida!

(A Zaguesazipa)

Podéis contar señor que nunca han visto
los españoles guardia más lucida.

ZAQUESAZIPA:

Ni más valiente, capitán, lo digo
porque bajo el poder de Tisquesusa
yo mismo los mandé, no hubo enemigo
para aguantarnos una escaramuza.

(A los soldados)

¡Todos quietos ahí, más si una sola
seña del español vuestras sospechas
despierta, desatadles una ola
poderosa y mortífera de flechas!
¡Mientras tanto, con mucha compostura
permaneced, que de la tal alianza,

no solo va a surgir nuestra ventura,
sino también nuestra mejor venganza!

*(Los soldados se colocan en dos grupos iguales a los lados de las puertas del palacio.
Entra Quijimín precipitadamente)*

QUIJIMÍN:

Señor, ¡ya están aquí! ¡Y hacia esa puerta
se dirigen!

(La del foro)

JILMA:

(Aterrada)

Sagipa, ¡es nuestra muerte que llega!

ZAQUESAZIPA:

¡Nada temas!

(A los soldados. Muy alertas)

¡Todos! ¡Vamos a ver cuál es más fuerte!

(Gran agitación entre los soldados)

QUIJIMÍN:

¿Qué sucede?

AKIMÉN:

¡Silencio!

ZAQUESAZIPA:

¿Tenéis miedo?

¿Pensáis acaso que podéis morir
antes que yo?

JILMA:

¡Saquira, ya no puedo tenerme!

AKIMÉN:

¿Qué hacemos, señor?

ZAQUESAZIPA:

¡Abrid!

(Señalando la puerta del foro)

(Akimén ordena a dos soldados que abran la puerta del foro. Gran expectación. Zaquesazipa se coloca entre los dos grupos de soldados, custodiado por los capitanes. Jilma y Saquira detrás de ellos. Todos dan muestras de terror. Al abrirse la gran puerta del foro, aparecen los conquistadores a caballo. Se desmontan y entran solemnemente, primero el capitán Gonzalo García. Algunos soldados españoles tienen los caballos, que permanecerán en la puerta hasta el fin del acto)

Escena XII

*(Dichos, los capitanes GONZALO GARCÍA, GONZALO SUÁREZ RENDÓN
y HERNÁN PÉREZ DE QUESADA, caballeros, soldados)*

GONZALO GARCÍA:

Mi jefe, don Gonzalo Jiménez de Quesada,
que en nombre del monarca más grande de la tierra
y bajo los fulgores de gloria de su espada,
conquista estas naciones por la paz o la guerra,
se ha dignado encargarme de un honroso mensaje
para vos, soberano de esta bella comarca,
en el cual os exige que rindáis vasallaje
a nuestro poderoso y opulento monarca.
Ya sabéis que venimos de victoria en victoria,
y que nunca el acero devolvemos al cinto
mientras no resplandezca muy arriba la gloria
que alumbra el vigoroso poder de Carlos V.
Hemos cruzado el lomo de turbios océanos
bajo los tremolantes pendones de Castilla,
ante cuya grandeza todos los soberanos
de la tierra han tenido que doblar la rodilla.
Nos ampara la enseña milagrosa de Cristo,
y de nuestros aceros la victoriosa luz
ha hecho que culmine donde jamás han visto
los más altivos reyes sus pendones, la Cruz
Colón barrió la bruma que el horizonte empaña,
premiando de los Reyes Católicos la fe
y entonces el Nuevo Mundo para la noble España,

la más brillante gema de su corona fue.
 Por eso a vos, monarca de estos valles opimos
 nosotros, escudados en Cristo y en la Ley
 a pedir os acato y obediencia venimos
 en nombre de la Santa Religión y del Rey.
 Que en cambio será vuestra la amistad con que dona
 España a sus vasallos más grandes y más fieles,
 y de vuestra cabeza no caerá la corona,
 porque la afirmaremos nosotros con laureles.
 Se nos dice, monarca, que una tribu sañuda,
 vuestro imperio amenaza con feroces guerreros,
 y queremos servirlos y prestaros ayuda,
 porque amparar al débil es ley de caballeros.
 Si al grande Carlos V le rendís vasallaje,
 y aceptáis nuestra alianza contra el torpe enemigo
 que estas tierras asola, poderoso y salvaje,
 en el nombre de España seréis hoy nuestro amigo.
 Y para que vos mismo veáis nuestros aciertos,
 y os inspira confianza mi palabra y mi espada
 id donde os espera con los brazos abiertos,
 mi jefe, don Gonzalo Jiménez de Quesada.

ZAQUESAZIPA:

Jamás, aun cuando vea mi imperio en sangre tinto,
 le rendiré tributo ni vasallaje humilde,
 a ese soberano que llamáis Carlos V,
 por más que de soberbio y altivo se me tilde.
 Si ese nauta atrevido que Colón se apellida,
 con los turbios oleajes combatió pecho a pecho,
 premiada allá su hazaña, no turbéis nuestra vida,
 que jamás las hazañas a usurpar dan derecho.
 Porque si de estos montes algún hijo valiente
 hubiese atravesado la ignota lejanía,
 y arribado a las costas del otro continente,
 decidme: ¿vuestra España habría sido mía?

Así, en el mismo caso, vuestro altivo monarca,
 y yo también altivo, nos encontramos hoy;
 que él mande en sus dominios, yo mando en mi comarca,
 pues si él es soberano, soberano yo soy.
 No obstante os agradezco la propuesta de alianza
 para poner al panche su merecido fin,
 y al aceptarla os digo que tengo la esperanza
 de poder ofreceros magnífico botín.
 Porque la tribu es rica: de esmeraldas y de oro
 llenas están sus arcas que vuestras han de ser,
 pues yo no pido nada, porque sería desdoro,
 cuando tan generosos me ayudáis a vencer.
 Por eso con mi corte salgo esta misma tarde
 que hablar con vuestro jefe personalmente quiero,
 para caer mañana al panche cobarde,
 siempre que convengamos en que atacáis primero.
 Mas sabed que el hallazgo de Colón, de triunfales
 reyes era que nunca besarán vuestros pies,
 porque el mundo que es nuevo allá en vuestros anales,
 muy viejo aquí, guerreros, entre los nuestros es.

(Pausa)

(A los capitanes)

Preparad capitanes la salida.

(Salen por la derecha)

(A Hernán)

Si vos
 queréis acompañarnos, mi corte será honrada
 con vuestra compañía.

GARCÍA:

Ya os dije, vive Dios,
 que para custodiaros está lista mi espada.

ZAQUESAZIPA:

Entonces un instante perdonad mi tardanza.

GARCÍA:

Obrad como si fuéremos vuestros.

ZAQUESAZIPA:

(Entrando)

(Aparte)

¡Bien lo anhelo!

(Jilma y Saquira lo siguen)

GARCÍA:

(A Suárez Rendón)

Por fin se vio colmada mi mejor esperanza.

Suárez Rendón:

Son nuestros sus tesoros.

HERNÁN PÉREZ:

¡Ya se tragó el anzuelo!

GARCÍA:

¡Abatir el orgullo de los emperadores,
y por un mundo virgen ir de hazaña en hazaña,
es el sino glorioso de los conquistadores,
que hicieron el señor del Universo en España!

(Se oye dentro son de tambores, clarines y fotutos. Los soldados españoles se colocan en el fondo; los dos grupos de soldados indios forman simultáneamente una calle que atraviesa el escenario de derecha a izquierda. Luego principia un pintoresco y regio desfile: indios lujosamente ataviados, con ricos fardos; otros con platos de oro llenos de esmeraldas; los arqueros del Zipa con aljabas y escudos de oro; luego Zaquesazipa sobre sus andas resplandecientes y con una regia corona que termina en vistosa cimera. Detrás de los capitanes, Jilma, Saquira, y las favoritas del Zipa)

(Durante el desfile el telón va cayendo muy lentamente)

FIN DEL PRIMER ACTO

Segundo acto

Habitación del Zaquesazipa en Bosa, durante el cautiverio que fue sometido por los conquistadores. Es una hermosa pieza, con cielos y paredes hechas de tejidos de fique de varios colores y calas doradas. Al fondo, ancha puerta cubierta con un tapiz rojo. A la izquierda dos puertas, la del segundo término se supone que da a la habitación que el Zipa se comprometió a llenar de oro. A la derecha otras dos puertas. Mobiliario rústico.

Escena I

(GONZALO GARCÍA, HERNÁN PÉREZ DE QUESADA)

HERNÁN:

Vencido el panche, y cautivo
en nuestras rede el Zipa,
ya mi temor se disipa,
capitán García.

GARCÍA:

Y altivo
nos resultó el reyezuelo.

HERNÁN:

No importa, dinastía extraña
se ha de rendir a España
aun cuando baje del cielo.

GARCÍA:

Que son valientes probaron,
y la astucia los realza,
pues la retirada falsa
que en el combate efectuaron
contra los panches fue diestra.

HERNÁN:

Pero os juro capitán
que las dos tribus están
aliadas en contra nuestra.

GARCÍA:

¿Por qué lo decís?

HERNÁN:

Lo creo.
Porque a nuestra gente aliada,
después de su retirada
le noté mucho deseo
de atacarnos a su vez.

GARCÍA:

¿Y qué dio a vuestras sospechas
motivo?

HERNÁN:

Veloces flechas
que cayeron a mis pies.
desde sus arcos venían,
y además que en el encuentro,
de colocarnos al centro
mucho deseo tenían.
Mas al mirar el efecto
que produjo entre esos viles
el fuego de los fusiles,
dejaron su audaz proyecto.

GARCÍA:

Pero tenemos la presa
asegurada en el lazo
por fin.

HERNÁN:

Y vence hoy el plazo
para cumplir su promesa
solemne que nos ha hecho,
de llenar con su tesoro
esa habitación de oro
desde el pavimento al techo.

GARCÍA:

Buen bocado va a ser ese
si nos cumple, don Hernán.

HERNÁN:

Yo haré por Dios capitán
que nos cumpla o que les pese.

GARCÍA:

Con esto y con lo del Zaque,
vive Dios, ya no es tan malo,
aun cuando fiel don Gonzalo
el quinto para el Rey saque.

HERNÁN:

Y si aquellos dos soldados
que dan de torpeza ejemplo,
no le prenden fuego al templo,
seríamos hoy potentados.
Porque, vive Dios, no fue
de nuestra raza el decoro,
haber hecho con el oro
semejante auto de fe.
En todo caso no estoy
descontento del botín
pues si el Zipa entrega al fin
todos sus tesoros hoy,
veréis que mañana brilla
más oro entre nuestras manos,
que el que ven los soberanos
en las arcas de Castilla.

GARCÍA:

Premiarnos a Dios les plugo.

HERNÁN:

Sacando el quinto que al Rey
le corresponde por ley
y la parte para Lugo,
mañana verá en sus manos
y para sí cada cual,
por lo menos un caudal
de cinco mil castellanos.

Escena II

(*Dichos, SUÁREZ RENDÓN*)

RENDÓN:

Los castillos en el viento
se derrumban Hernán Pérez.

HERNÁN:

Proverbio para mujeres
que construyen sin cimiento
mas mi castillo de oro es
y en esmeraldas lo fundo.

RENDÓN:

¿Pasasteis al Nuevo Mundo
las Mil y una noches pues?

HERNÁN:

Pasé tan solo mi espada.
Y ella capitán Rendón
realizará el sueño a don
Hernán Pérez de Quesada.

RENDÓN:

Con vuestros sueños de oro
y de esmeraldas quedad,
mas, decidme si es verdad
que el Zipa da hoy su tesoro.

HERNÁN:

Como sabéis prometió
llenar con él esa pieza,
y si es formal su promesa,
que ya está aquí creo yo.

GARCÍA:

(*A Rendón*)

Cuando creíamos amigo
en nuestro años primeros,
guardar el oro en graneros
como guardamos el trigo.

RENDÓN:

Todo es relativo, que
dejar nuestra amada España
por esta ignota montaña
tampoco es muy grato a fe.
Yo que combatí en Pavía
contra Francisco Primero
y nunca envainé mi acero
mientras un peligro había;
que con moros o franceses
estuve en perpetua guerra,
y que empurpuré la tierra
con mi sangre muchas veces,
siento nostalgias de España
después de tan largos viajes,
pues combatir con salvajes
no puede llamarse hazaña.

GARCÍA:

Verdad, o morir sin gloria
como nuestros compañeros
de viaje, bravos guerreros
dignos de mejor historia.

HERNÁN:

Más la conquista del oro
nunca nuestro honor mancilla,
y es más útil a Castilla
que una cuchillada a un moro.
Porque los que hemos seguido
las huellas del genovés,
damos a España a la vez
gloria y oro.

RENDÓN:

Por sabido
se calla don Hernán.
Mas yo combatir prefiero

en lugar del panche fiero
los esclavos del Korán.

HERNÁN:

Y vos capitán García,
no creáis que vale más
morir combatiendo en las
fronteras que en esta umbría
y solitaria montaña,
pues es tan bravo guerrero
el que aquí empuña su acero
o en Pavía por España.

GARCÍA:

¡Creo que es noble pelear
por la Patria en cualquier parte
y en su glorioso estandarte
en cumbre núbicas clavar
o en valles de amplio verdor,
y por los distintos climas
del mundo, valles o cimas
llevar su gloria y su honor!
Mas es bien público que
los que hemos dejado al moro
en España, en busca de oro
venimos.

HERNÁN:

Yo por mi fe.
de cristiano y por mi espada
que es del más limpio acero,
os juro que con dinero
he de volver a Granada.
Y para adquirirlo hago,
aquí donde ni la ley
ni la justicia del Rey
me alcanzan, cualquier estrago.
Porque con el exterminio

de estos salvajes, riqueza
conseguiamos y grandeza
damos a España y dominio
y en caso de que estos tales
reyezuelos sus tesoros
no entreguen, peor que los moros
tendrán que llorar sus males.
Pues sabéis que no emitimos
medios para nuestro intento
realizar, y que al tormento
si es necesario ocurrimos.

RENDÓN:

Una nueva inquisición,
no ya en favor de la fe
sino de intereses que
despierta nuestra ambición.

HERNÁN:

¿Decís verdad capitán,
porque si ello así no fuera,
qué objeto entonces tuviera
viaje tan penoso y tan
lleno de amarga zozobra?
La gloria sola no es
justa recompensa, pues
la gloria en Castilla nos sobra.
Y nuestro valor alcanza
gloria y riqueza al par,
que estas las hemos de hallar
aunque sea a punta de lanza.

GARCÍA:

Ahora una rica presa
tenemos entre las manos
dispuesta a abrir los arcanos
tesoros de su riqueza.

HERNÁN:

Si en abrirlos no conviene
yo en él mi audacia distingo.

RENDÓN:

(Mirando hacia la izquierda)

Y hacia aquí con fray Domingo
platicando a solas viene.

HERNÁN:

Vámonos sin dilación
antes de que lleguen, pues
no es prudente que a los tres
nos halle en su habitación.
Que ya su tesoro brilla,
de esmeraldas y áureas barras,
en las poderosas garras
de los leones de Castilla.

(Salen por la derecha)

Escena III

(ZAQUESAZIPA, FRAY DOMINGO DE LAS CASAS)

ZAQUESAZIPA:

¿Pero son varios Dioses? ¿Por qué me hablasteis tanto
del Padre, cuál del Hijo y del Espíritu Santo?

LAS CASAS:

La trinidad de Dios es misterio profundo
que a nadie es dado nunca penetrar en el mundo:
tres personas distintas, más un Dios verdadero
que rige los arcanos del Universo entero.

ZAQUESAZIPA:

Ingenuamente Padre, y os hablo siempre en serio,
me declaro vencido ante tanto misterio.
El Dios de nuestra raza, y bajo cuyo amparo
vivimos, nunca tiene misterios, siempre es claro.
Es ese astro que altivo, de la aurora a la tarde,

por el turquí sereno de los espacios arde;
 es el que nos redime del frío y la penumbra
 que abate nuestras almas y nos apesadumbra,
 y son tan infinitos los beneficios suyos,
 que en las noches oscuras nos manda los cocuyos,
 fragmentos de oro vivo que en las sombras nos salpica
 cuando por los senderos va pasando Bochica;
 y desde sus abismos, les presta a las estrellas
 lumbré con que piadosas nos iluminan ellas.
 Jamás bajo la sombra del misterio se esconde,
 y a nuestras oraciones luminoso responde,
 justiciero unas veces, otras veces clemente,
 pero en todas visible, grandioso y evidente.
 Ese es, padre, el que vela por nosotros, y guía
 todas nuestras acciones desde su trono: el día.

LAS CASAS:

Errores son, que siempre la humanidad padece,
 vuestras creencias pero al final resplandece
 la verdad, Dios se impone con su lumbré divina
 y las más extraviadas conciencias ilumina.

ZAQUESAZIPA:

¿Pero ese Dios oculto, fray Domingo dó vive,
 y cuáles beneficios la humanidad recibe
 de Él?

LAS CASAS:

De los oscuros abismos de la nada,
 formó todo lo grande que abarca la mirada.
 Nuestro mundo es tan solo un átomo disperso
 en el maravilloso bullir del Universo,
 que Dios desde los cielos y con su propia mano,
 gobierna sabiamente, poderoso arcano.
 El astro que habitamos es solamente una
 de esas luces minúsculas que entre la noche bruna,
 son cual perforaciones hechas por Dios al velo
 de los espacios para que se trasluzca el cielo.

Y el mismo sol radiante que las alturas dora,
y que en sus extravíos vuestra ignorancia adora,
tan solo es un reflejo de Dios que nos expresa
lo que es el infinito poder de su grandeza.

ZAQUESAZIPA:

¡Padre, vuestras noticias me han dejado perplejo!
¿Qué nuestro sol es apenas un reflejo?
¿Pero Dios dónde vive, Padre, dónde se muestra?
¿O es que es privilegiada la inteligencia vuestra?

LAS CASAS:

Está en todas las cosas, Él es grande y perfecto;
ni la hoja del árbol se mueve ni el insecto,
sin que Dios lo permita; con su sapiencia eterna
desde el bullir inmenso de los astros gobierna,
hasta el andar pausado del más oculto y leve
gusano que en el seno de la tierra se mueve.
Para su entendimiento divino nada oscuro
existe, ni hay pasado ni tampoco futuro
ante Dios, porque todo permanece presente
entre los luminosos arcanos de su mente.

ZAQUESAZIPA:

Perdonad fray Domingo que me muestre reacio,
pero no cambio el curso de este rey del espacio,
a todas horas bello, radiante esplendoroso,
por vuestro Dios tan grande pero tan misterioso.

LAS CASAS:

Los primeros destellos de luz siempre encandilan
a los que entre su noche de ignorancia vacilan.

ZAQUESAZIPA:

Hasta nuestra comarca, que era entonces muy rica,
llegó hace muchos siglos un profeta: Bochica.
sobre su frente blanca eran como destellos
o como leves hilos de plata los cabellos
abundantes y lacios, que en débiles manojos
la brisa alborotaba sobre los mansos ojos,

y que bajo su boca viva como una llama,
la barba parecía un mudo Tequendama.
¡Con su voz imponente, majestuosa y serena,
dominaba hasta el rayo que en los espacios truena,
y bajo su sandalia que la tierra oprimía
levemente, la hierba humilde florecía!
Predicó por doquiera la verdad, era hijo
del sol, y su palabra bondadosa nos dijo
cuánto había de bello, cuanto había de grande
donde el blando monarca sus fulgores expande.
Era justo: en un tiempo Chibchacún el adverso,
que por viles ofensas, vengativo y perverso,
inundó la sabana, que comprende todo este
Valle de los Alcázares, que llama vuestra hueste,
la inundó de tal modo, y fue tal el estrago,
que convertida toda en un inmenso lago,
los hombres sin albergues y de sustentos faltos,
lloraban en las cumbres de los montes más latos.
Pero cuando ya el agua coronaba la cumbre,
llamaron a Bochica llenos de pesadumbre,
de dolor y de angustia, y entonces el buen anciano,
el de las barbas luengas y del cabello cano,
bajó desde los cielos a las rugientes olas.
Sutiles arcoíris le ponían aureolas
de luz a su cabeza, y apartando las brumas,
posaba el pie en la inquieta franja de las espumas.
Después de los oleajes al unísono coro,
golpeó la ingente roca con su vara de oro
milagrosa y benéfica, y en el instante mismo
abrióse la montaña como en un cataclismo.
¡Bochica tornó al cielo, mientras peñón abajo
se atropellaba el agua rugiendo por el tajo
profundo, y desde entonces eternamente brama
soberbio entre su abismo de roca el Tequendama!
¡Decidme, fray Domingo si en la gloriosa gesta
de vuestro pueblo hay una tradición como esta,

o un profeta que es todo grandeza, bondad, luz,
como ese que nos vino del oriente!...

LAS CASAS:

Jesús,
el blando, el apacible Jesús de Galilea,
que allá cabe las áridas montañas de Judea
de vuestro sol amado pone besos de fiebre
nació bajo el amparo de un humilde pesebre.
En brazos virginales se columpió su infancia,
respirando el aliento de María, fragancia
que nunca del oriente pebeteros dan,
ni guardan en sus pétalos las rosas del Jordán.
El que bajo la saña de un Herodes, proscripto
fue a buscar el amparo del arenoso Egipto,
allá donde el Sahara vasto océano finge,
y eterniza su gesto doloroso la esfinge.
Después, cuando a la sombra de centenaria encina,
floreció la palabra de su boca divina,
era su voz lo mismo que un hálito de calma
el que “Amaos los unos a los otros” decía
tan bondadosamente, porque Él a amar venía.
El pálido, el ingenuo, cuya mano de armiño
tan pronto acariciaba la mejilla del niño,
como empuñaba el látigo para arrojar airado
los torpes mercaderes del recinto sagrado.
El misericordioso que dijo a Magdalena
palabras redentoras y le enseñó a ser buena,
mientras ella, doliente, de opalinas redomas
derramaba a sus plantas orientales aromas.
El que en aciago día de vacilante luz
llevó hasta las alturas del Gólgota la Cruz,
y cuando ya su mano como sangriento lirio,
se abrió bajo la férrea punzada del martillo,
no exhalaban sus labios sedientos una queja;
desde la Cruz tan solo para la ardiente y vieja
ciudad, deicida, la sanguinaria Sion,

clamó misericordia lleno de compasión.
Después... siete palabras murmuró con tristeza
y sobre el pecho cárdeno doblegó la cabeza.
Ese es, señor, el mártir que en copioso desangre,
empurpuró la tierra con su divina sangre,
para darnos el cielo, glorioso patrimonio,
que arranca nuestras almas al yugo del demonio.

(Pausa. Zaquesazipa queda meditando)

Escena IV

*(Dichos, DON GONZALO JIMÉNEZ DE QUESADA, LÁZARO FONTE
por la izquierda)*

QUESADA:

(Entrando, a Lázaro Fonte)

Conquiste el padre su alma para el cielo,
yo para España lo demás conquisto.

LÁZARO FONTE:

Juntas ondean siempre en todo suelo
la bandera de España y la de Cristo.

QUESADA:

(A Las Casas y al Zipa)

El discípulo es digno del maestro,
¿ya le tenéis cristiano, fray Domingo?

LAS CASAS:

Aún no, pues es en discusiones diestro.

ZAQUESAZIPA:

Ella hasta ahora, general Quesada,
no da sus rayos a la mente mía,
tal vez porque se encuentra iluminada
por este mismo resplandor del día.

LAS CASAS:

Lo que os he dicho ya señor licenciado,
en discutir es grande su destreza.

QUESADA:

Pero al fin cederá que a nuestro lado
Cristo y España imponen su grandeza.

ZAQUESAZIPA:

(Grave pero en tono amistoso)

Mas ellos nunca impedirán que siga
en poder cada cosa de su dueño,
pues su misma grandeza los obliga
a respetar al débil y al pequeño.

LAS CASAS:

Perdonadme que os deje, pero aún los
oficios no he rezado y es ya tarde.

QUESADA:

¡Noble es vuestra oración!

LAS CASAS:

Quedad con Dios.

QUESADA:

Él nos protegerá.

LÁZARO FONTE:

Que el cielo os guarde.

(Mutis, Las Casas por la derecha)

ZAQUESAZIPA:

Permitid que también yo os abandone.

QUESADA:

Vos ordenad y haremos vuestro anhelo.

LÁZARO FONTE:

A todos vuestra autoridad se impone.

ZAQUESAZIPA:

Muchas gracias. Adiós.

QUESADA:

Guardaos el cielo.

(Mutis de Zakesazipa por el fondo)

Escena V

(QUESADA, LÁZARO FONTE)

QUESADA:

Hay que tratarlo así mientras afloja
los tesoros, después verá mi saña.

LÁZARO FONTE:

Vuestro procedimiento me sonroja,
general, nunca así procede España.

QUESADA:

Aquí la circunstancia nos ordena,
Lázaro Fonte, proceder distinto,
porque tan solo con severa pena
logramos imponer a Carlos V
si el Zipa es un rebelde. Si no entrega
sus armas y le rinde vasallaje,
a nuestro Rey, y si su audacia llega
hasta pensar que su poder salvaje
puede atajar de la conquista el paso,
pronto verá su perdición, mi fuero,
es el fuero de España en este caso.

LÁZARO FONTE:

Justas serán vuestras razones, pero
¿cuál es el fuero general Quesada,
de que puede hacer uso un caballero
para manchar el brillo de su espada?
Y en las nuestras señor, muy limpia brilla
de los héroes hispanos la grandeza;
conquistamos en nombre de Castilla,
y hemos de responder por su nobleza.

QUESADA:

Esa nobleza, capitán, que ha sido
proverbial en España, nos obliga
a tener compasión con el vencido,
con el rebelde no.

LÁZARO FONTE:

Se le castiga,
se le hace obedecer severo y justo,
mas sin traición...

QUESADA:

(Con ironía burlona)

En fin, en otro día,
Lázaro Fonte escucharé con gusto
todas vuestras lecciones de hidalguía.

LÁZARO FONTE:

(Respetuoso)

Perdonad general, únicamente
daba mi parecer.

QUESADA:

Hoy nos entrega
el Zipa sus tesoros, y es urgente,
mientras la hora de entregarlos llega,
que vigiléis aquí. Yo he prometido
darle la libertad cuando ya el oro
esté en nuestro poder. Mas solo ha sido
pretexto para hacerme a su tesoro.
Es necesario que su imperio acabe,
pues si le damos libertad, podría
volver contra nosotros y quién sabe
que turba de salvajes alzaría.
Además pienso en este hermoso y verde
Valle de los Alcázares, fundar
una noble ciudad que me recuerde
y que me eternice en memoria, alzar
una ciudad que en futuro sea
gloria de la conquista y de la raza,
para que el mundo estupefacto vea
lo que hace un español por donde pasa.
Y para eso es preciso que sucumba,

si no se rinde ahora este monarca;
 se agregará a estos valles una tumba
 pero al trono de España una comarca.
 La conquista es así Lázaro Fonte,
 marcha el conquistador altivo y fuerte,
 llevando de horizonte en horizonte
 unas veces la vida, otras la muerte.
 Mi conducta no es falta de hidalguía
 como vos lo pensáis, tened en cuenta
 que aquí la timidez es cobardía
 que en forma de nobleza se presenta.

LÁZARO FONTE:

(Herido en lo más íntimo)

En nombre de mi patria he conquistado
 también, señor, bajo distintos soles,
 y nunca mi conquista ha mancillado
 la gloria de los tercios españoles.
 Jamás mi honor comprometí en hazaña
 do interviniera el dolo o la falsía;
 en esta vos comprometéis a España.
 No es timidez señor, ni es cobardía.

QUESADA:

(Con severidad)

Eh ¡basta ya! ¡Quedaos os ordeno,
 y ya no hay más que hablar!

LÁZARO FONTE:

(Por disciplina más que por respeto)

Se os obedece.

QUESADA:

(Al salir por la izquierda)

Y a vuestra lengua capitán un freno
 poned, no sea que mucho hablar os pese.

(Sale)

LÁZARO FONTE:

¡Qué diríais nobleza de Castilla,
si vierais ricos hombres, caballeros,
como en el Nuevo Mundo se mancilla
la luz de vuestro limpios aceros!

Escena VI

(LÁZARO FONTE, SAQUIRA *por la derecha*)

SAQUIRA:

(Al ver a Lázaro Fonte)

¡Ah! Perdonad, mi presteza
no ha hecho importuna ahora.

LÁZARO FONTE:

Seguid, jamás la belleza
es importuna señora.

SAQUIRA:

Mi afán es tan solo por
ver a mi señor al cabo.

LÁZARO FONTE:

Y antes de hallar al señor,
hallasteis a vuestro esclavo.

SAQUIRA:

Galante sois en verdad;
ya con razón se asegura
que es vuestra amabilidad
igual a vuestra bravura.

LÁZARO FONTE:

Y asegurándolo vos,
afirmáis que la nobleza
ha querido hacerla Dios,
hermana de la belleza.
Porque vuestra alma atesora
preciosas virtudes, como

ricos perfumes, señora,
guardara un bruñido pomo.

SAQUIRA:

Si así sois galán,
sois valiente en la conquista,
me atrevo a creer capitán,
que no habrá quien se os resista.
Porque si algún corazón
no atraviesa vuestra espada
se os rendirá a discreción
cautivo en vuestra mirada.

LÁZARO FONTE:

Empero de aquesta liza
mi hazaña más grande y rara
pagada con la sonrisa
de vuestros labios quedara.
Porque no habrá lauro igual,
que recompense el valor,
a unos labios de coral
y una sonrisa de amor.
Yo fui a la lid por la Cruz,
y después de la victoria,
ante ojos de tanta luz
jamás ofrendé mi gloria.
Puse mi acero a los pies
de arrogantes castellanas,
y con mis lauros después
les formé verdes peñas.
Pero os juro que no vi,
ni en castellana ni en mora,
unos labios de rubí
como los vuestros, señora.
Ni unas pupilas de fuego,
iguales a esas que

incendiaron mi alma luego,
 como un auto de fe.
 Ni encontré la juventud,
 palpitante de belleza,
 unida así a la virtud
 con tan grande gentileza.
 Yo para amaros me fundo,
 en que sois, amor no engaña,
 el alma virgen del mundo
 que va conquistando España.

SAQUIRA:

Ah, capitán, por favor
 callad, que vuestra palabra
 hará por fin que al amor
 mi pecho indefenso se abra.

LÁZARO FONTE:

(Acercándose apasionado a Saquira)

Para exigir que me calle,
 haced que con tal pasión,
 vuestro mirar no avasalle,
 señora, a mi corazón.
 Porque al final me ha vencido
 vuestra hermosura que brilla,
 como si hubieseis nacido
 bajo el cielo de Castilla.

SAQUIRA:

(Tratando de esquivar discretamente la proximidad de Lázaro Fonte)

Nací señor bajo el cielo
 límpido y claro que abarca
 con su dombo azul el suelo
 feraz de Cundinamarca.
 En un palacio que tiene
 muros cubiertos de gemas,

donde el noble Nomequene
ciñó sus reales diademas.
Mi infancia corrió tranquila
por los dorados recintos,
que un ejército vigila
y guardan diez laberintos.
Para mí los forestales
las flores más bellas dieron,
que unas manos imperiales
bajo mis plantas pusieron.
Después por los verdes campos
de esta inmensa altiplanicie
me acariciaron lampos
del sol con dulce molicie.
Gusté escuchar el rumor
del viento en las frondas suaves,
donde me hablaron de amor
con claros trinos las aves.
Amé la mansa fontana
que en el cristal de sus ondas,
copiaba mi faz lozana
entre amplio marco de frondas.
Amé la existencia agreste,
la quietud de los paisajes
y el jirón de azul celeste
que dejan ver los follajes.
¡Y fui tranquila a dormir
sobre el tapiz de la grama,
mientras con fiero rugir
me arrullaba el Tequendama!

LÁZARO FONTE:

Hasta que un fiel capitán
de quien sois, señora, dueño,
fue a despertaros de tan
hermoso y tranquilo sueño.

Que tienen gran recompensa
 para sus fatigas crueles
 ofrecer a vuestra inmensa
 hermosura sus laureles.
 Porque tan solo el guerrero
 que como yo rendido ama,
 unos lauros y un acero
 puede ofrendar a su dama.

SAQUIRA:

Pero son vanos empeños,
 señor. La felicidad
 que vislumbramos en sueños
 no llega a la realidad.
 El feroz antagonismo
 de nuestras razas, ha abierto
 entre los dos un abismo
 donde el amor cayó muerto.

LÁZARO FONTE:

Mas mi constancia pondrá
 al abismo un bello puente,
 por donde al fin pasará
 vuestra belleza esplendente.

SAQUIRA:

Lo destruye el odio fiero
 y encontramos la tumba.

LÁZARO FONTE:

Si lo sostiene mi acero,
 señora, no se derrumba.

Escena VII

(Dichos y HERNÁN PÉREZ por la izquierda)

HERNÁN:

Donde esté Lázaro Fonte,
 nunca faltarán mujeres,

ni en el más espeso monte.
Salud.

LÁZARO FONTE:

¡Callad, Hernán Pérez!

HERNÁN:

Nada me obliga a que calle.

(*Mirando a Saquira*)

Y, vive Dios, es donosa,
linda cara, hermoso talle...

LÁZARO FONTE:

¡Qué os calléis te digo!

HERNÁN:

(*Acariciándola*)

LÁZARO FONTE:

Mirad que está muy cercano
quien vuestra osadía ataje
y os pueda cortar la mano.

HERNÁN:

¡Ja! ¡Ja!... ¡Por una salvaje!

LÁZARO FONTE:

Reportaos don Hernán,
que ya mi paciencia acaba,
y vuestras risas podrán
terminar en llanto.

HERNÁN:

¡Brava
actitud! Lo que siento es
que vuestra energía se gasta
inútilmente tal vez,
señor capitán.

LÁZARO FONTE:

¡Ea! ¡Basta!
¡Esta es mi dama, y saber

debéis que aunque os cause risa
mi espada os hará poner
los labios donde ella pisa!
¡Que yo cual vos no conquisto
de toda Castilla en mengua
robando a nombre de Cristo!

HERNÁN:

(Furioso)

¡Ea! ¡Tened vuestra lengua!

LÁZARO FONTE:

¡Más bien que conquistador,
solo parecéis gitano,
mancillando así el honor
de España!

HERNÁN:

(Desnudando la espada)

Teneos villano.

LÁZARO FONTE:

¡La espada que en vuestro cinto
suspendida se desdora,
la rompe mi acero, tinto
aún en la sangre mora!

SAQUIRA:

(Interponiéndose)

¡Deteneos por favor!

LÁZARO FONTE:

¡Dejad, señora, que quiero
probar que por vuestro honor
responde siempre mi acero!

*(Antes de cruzarse los aceros, se
presenta Quesada por la izquierda)*

Escena VIII

(*Dichos y QUESADA*)

QUESADA:

¿Qué hacéis? ¿Por qué están decid,
esos aceros desnudos?
¿Qué provocó vuestra lid?
¡Hablad! ¿Os quedasteis mudos?

HERNÁN:

Mi espada, señor, sustraje,
por castigar la mentira.

LÁZARO FONTE:

(*Con gran severidad*)

Para reñir por mujeres
id a España, caballeros,
mas cumplid vuestros deberes
aquí. Guardad los aceros.

(*Los capitanes envainan las espadas*)

¡Que parece que los dos
hubieseis perdido el juicio,
riñendo así vive Dios!
¡Solo por falta de oficio!
¿Creéis que aún no hay enemigos
feroces que combatir,
para que en pechos amigos
podáis el acero hundir?
¿Acaso olvidáis las penas,
hambre y fiebre abrazadora,
del viaje horrendo que apenas
comienza a dar fruto ahora?
Prohibo aquí las pendencias,
sabadlo. Y esa rencilla,
guardadla en vuestras conciencias
hasta volver a Castilla.

Si no cumplís será en vano
tratar de obviar el castigo:

(A Hernán)

Ni vos aunque seáis mi hermano

(A Fonte)

Ni vos aunque seáis mi amigo.
Ahora seguidme, que gran
urgencia de hablaros tengo.

HERNÁN:

(Al salir a Lázaro Fonte, como mordiendo las palabras)

¡Vuestras frases, capitán!

LÁZARO FONTE:

¡Dónde gustéis las sostengo!

(Salen)

Escena IX

(SAQUIRA durante la escena anterior se ha retirado al fondo, avanza de nuevo, mirando hacia al lado por donde salieron los españoles. Luego reclinada en uno de los muebles rústicos y como si hablara en sueños)

Amor a mi alma ha venido,
mas fue su llegar tan suave,
que como estaba dormido
mi corazón no lo sabe.
Porque llegó como llega
Al sol una fuente mansa,
Amor que en mi vida riega
un perfume de esperanza.
Vino a tocar a mi puerta,
corazón, pero en tu sueño,
como la dejaste abierta,
se hizo de mi alma dueño.
Corazón sencillo y franco,

haces bien, late sonoro,
 porque el Amor va a ser blanco
 en ti con su flecha de oro.
 Huésped divino que sabe,
 al par que abrir honda herida
 poner un bálsamo suave
 que embriaga toda la vida.

(Zaquesazipa entreabre la cortina del fondo que se envuelve al cerrar cuando pasa. Saquira no lo advierte)

Escena X

(SAQUIRA, ZAQUESAZIPA)

ZAQUESAZIPA:

¡Saquira!

SAQUIRA:

(Sorprendida)

¡Ah! ¡Señor!

ZAQUESAZIPA:

¿Alguna
 nueva traes de importancia?

SAQUIRA:

(Bajando la voz)

Sí señor, para la fuga
 todo ya está listo

ZAQUESAZIPA:

¡Calla!

Que las paredes aquí
 tienen oídos.

(Después de mirar a todos lados)

Pudieras
 echar a perder al fin
 todo lo que hecho se lleva.
 ¿Y Akimén?

SAQUIRA:

Vendrá esta noche,
cuando todo esté tranquilo,
con veinte de los mejores
arqueros que ha prevenido
para el efecto, y después
de rodear toda la casa,
la señal que ya sabéis.

ZAQUESAZIPA:

¿Un flechazo en la ventana?

SAQUIRA:

Justo que Akimén romperá
después todos los barrotes,
por donde podréis saltar
protegido por la noche.
Los arqueros os escoltan,
y a la entrada de la selva,
estará guardándonos toda
y bien armada la fuerza

ZAQUESAZIPA:

Tan solo tengo un temor.

SAQUIRA:

¿Cuál?

ZAQUESAZIPA:

Como hoy vence el plazo
para entregar el tesoro,
si esta tarde lo reclaman,
creo que se frustra todo.

SAQUIRA:

¿Pero, pensáis entregarlo?

ZAQUESAZIPA:

Solamente la pregunta
ofende mi honor, Saquira,

que ese oro no saldrá nunca
de mi poder mientras viva.
Nomequene y Tisquesusa
llenos de sagrada ira,
desde el antro de sus tumbas
a reprenderme saldrían.

SAQUIRA:

¿Pero los fardos que guardan
diariamente en ese cuarto?

ZAQUESAZIPA:

Al mismo tesoro pasan
otra vez al poco rato.
Prometieronme tranquilo
dejar mi reinado todo,
si les daba ese bohío
lleno hasta los techos de oro.
Como no saben cumplir
ni yo le creo a uno solo,
el contrato acepté al fin
para no cumplir tampoco.
Dieron palabra formal
de no asomarse al bohío
hasta el día de entregar
todo el tesoro reunido.
Yo imaginé que el plazo era
bastante: cuarenta días,
para evadirme, y la guerra
declararles enseguida.
Desde ese treinta peones
conduciendo un rico fardo,
felices los españoles
miraron llegar a diario.

SAQUIRA:

¿Pero el tesoro ha pasado
a este bohío señor?

ZAQUESAZIPA:

Tan solo imaginarlo
mancha mi reputación
Saquira. Mis peones todos,
con su gran fardo a la vista,
a esa pieza entraban solos,
donde dejarlo fingían.
Aleccionados por mí,
chocaban unas contra otras,
con sonoro retintín
entre el bohío las joyas.
Después en treinta montones
dividían dentro el fardo,
y cada uno de los hombres
de una parte se hacía cargo.
Luego salían en calma,
al parecer muy tranquilos,
mas el mismo oro llevaban
debajo de los vestidos.
De suerte que mi tesoro
lo custodia intacto Jilma,
y en esta pieza tan solo
hay aire y frío, Saquira.
Por eso es indispensable
que sea hoy mismo la fuga.

SAQUIRA:

¿Mas si el tesoro esta tarde
os piden?

ZAQUESAZIPA:

Todo se frustra,
pero no hay que desmayar
por eso, que con astucia
se fragua otro nuevo plan
y se proyecta la fuga.
Y cuando libre me vea

de estos malditos, Saquira
les haré tan cruda guerra
que no dejo uno con vida.

SAQUIRA:

Pero no merecen todos,
señor tan duro castigo,
que hay uno tan generoso
que de vuestro afecto es digno.

ZAQUESAZIPA:

¿Y quién es?

SAQUIRA:

El capitán
Lázaro Fonte.

ZAQUESAZIPA:

Le he visto
algunas veces llegar
hasta aquí, mas siempre fino
y amable.

SAQUIRA:

El mejor es él.

ZAQUESAZIPA:

Hay que dudarlo, Saquira,
que en estas gentes todo es
falsedad e hipocresía.

(Aparecen en la puerta de la izquierda Quesada, Hernán, García y Suárez Rendón)

QUESADA:

(A los capitanes y dando la espalda a Zakesazipa y a Saquira)

Dejadme solo con él.
Y aunque humilde le veáis
y rinda homenaje al Rey,
después del oro entregar
queda presa ya sabéis.

ZAQUESAZIPA:

(Con precipitación)

¡Saquira, vete, a Akimén
di que sin falta le aguarde!

SAQUIRA:

Con pena os dejo.

ZAQUESAZIPA:

Que esté
todo el ejército armado.

(Sale Saquira por la derecha)

QUESADA:

(A los capitanes)

Quedad ahí fuera todos
mientras yo con él platico,
y al ir a entregar el oro
venid, por si os necesito.

(Los capitanes se retiran)

Escena XI

(QUESADA, ZAQUESAZIPA)

QUESADA:

Dios guarde al noble Rey de esta montaña
por mucho tiempo.

ZAQUESAZIPA:

General, seguid.

QUESADA:

Aprovecho que nadie os acompaña
para hablaros

ZAQUESAZIPA:

Escucho ya, decid.

QUESADA:

No como amigo ya, como vasallo,
como conquistador he de deciros
lo que es de mi deber

ZAQUESAZIPA:

Sabéis que me hallo
dispuesto ahora como siempre, a oíros.

QUESADA:

De parte del muy noble y poderoso
Rey de España y las Indias, que Dios guarde,
nunca vencido y siempre victorioso,
quiero hablaros, señor, en esta tarde.
Su nombre solo al enemigo aterra
porque jamás la humanidad ha visto,
otro poder igual sobre la tierra,
ni más gallardo servidor de Cristo.

ZAQUESAZIPA:

Tanto me habláis señor de su grandeza,
y de que en él todo lo bueno junto
está la claridad y la nobleza,
todo lo que jamás otros
que a veces me pregunto
¿por qué no estáis allá con él vosotros?

QUESADA:

Porque su gloria por el mundo entero
esparcimos con bélica conquista,
rompiendo con la punta del acero
todo obstáculo vil que se resista.

ZAQUESAZIPA:

¿Y era eso, general, lo que esta tarde
tenías que decirme con empeño?

QUESADA:

Aún más; pero sabed que vuestro alarde
de superioridad, yo lo desdeño.

ZAQUESAZIPA:

Lo sé desde antes, y ojalá supiera,
que así como a mi alarde, don Gonzalo,

desdeñaréis el oro, que eso fuera
para todos nosotros menos malo.

QUESADA:

En fin, basta de inútiles rodeos,
es fuerza ya que os resignéis a oírme,
porque viviendo en estos devaneos
jamás conquistaré la Tierra Firme.
Quiero haceros saber que estas montañas,
a donde apenas nuestra gloria asoma,
fueron dadas al Rey de las Españas
por el sumo pontífice de Roma.
Por eso en nombre del monarca hispano,
que es ya de vidas y de haciendas dueño
aquí donde estéis eráis soberano,
vengo a pedir os obediencia. ¡Empeño
siempre inútil será que se resista
a rendirnos tributo y homenaje!
¡Vuestra altivez; se impone la conquista
de aqueste mundo ubérrimo y salvaje!
Va con nosotros el poder de España;
la religión y el Rey nos dan su ayuda;
la fe nos acompaña,
la insignia de Cristo nos escuda.
Si con el Rey vuestro oro se imparte
y si a la religión dais acogida,
bajo los pliegues de nuestro estandarte
queda vuestra existencia protegida.
Mas si a nuestro señor no dais tributo
ni dobláis ante Cristo la rodilla,
estas comarcas llenarán de luto
los rampantes leones de Castilla.
Nada limita aquí nuestros poderes,
y los tercios olímpicos y bravos,
de vuestros hijos y vuestras mujeres
harán tan solo míseros esclavos.

¡Sembraremos de sal vuestros solares
y bajo el peso de ominoso yugo,
después de sollozar hondos pesares
os pondrá fin el hacha del verdugo!

ZAQUESAZIPA:

¿Creéis acaso, general Quesada,
que así tan fácil mi altivez se doma?
¡Ni el Rey me importa, ni me importa nada
ese sumo Pontífice de Roma!
¿Por qué, decidme en regalar los fondos
que no le pertenecen, tiene empeño?
¿Acaso pensará que aquestos mundos
no pueden, como todo, tener dueño?
¿Y el Rey, vuestro señor, no se imagina,
al recibir un mundo de regalo,
que en él hay un monarca que domina
¿y sabe defenderse, don Gonzalo?
¡Decid a vuestro Rey que no me humille;
que descende de príncipes gallardos,
y que sostengo de mi trono el brillo
aunque sea con las puntas de los dardos!
¡Sus amenazas me acobardan poco;
sabed que en ese original contrato,
el que da mis dominios es un loco
y el Rey que los recibe un insensato!

QUESADA:

(*Furioso*)

¡Ea! ¡Callad! ¡No sé cómo tolero
tal ofensa a mi Rey por un salvaje!

ZAQUESAZIPA:

(*Tranquilo*)

Para impedirlo, general, primero
haced que se suspenda el vandalaje.

QUESADA:

Silencio ¡que ofendéis así el decoro
de los nobles guerreros de Castilla!
Por ahora entregadme el tesoro.
¡Después veréis si la altivez se humilla!

ZAQUESAZIPA:

El tesoro...

QUESADA:

Sabéis que hoy vence el plazo
para entregarlo, y ha de estar ya listo.

ZAQUESAZIPA:

Verdad, hoy vence; yo pensé que acaso
en esa pieza ya lo hubierais visto.

QUESADA:

Mi palabra de honor no falla nunca,
y os di palabra de no verle hasta ahora.

(Se dirige a la puerta de la izquierda para llamar a los capitanes)

ZAQUESAZIPA:

(Para sí, pero mirando a Quesada)

Solo veréis otra esperanza trunca,
ladrón.

QUESADA:

(En la puerta hablando hacia adentro)

¡Entrad, llegó la ansiada hora!

Escena XII

(Dichos, HERNÁN PÉREZ, GARCÍA, SUÁREZ RENDÓN, SOLDADOS)

QUESADA:

¡Gran ansia tengo por mirar su brillo!

HERNÁN:

¿Tanta felicidad podrá ser cierta?

ZAQUESAZIPA:

(Con ironía)

Convenceros ahora es muy sencillo,
no hay más trabajo que empujar la puerta.

QUESADA:

Venid conmigo todos al bohío.

(Los españoles rodean a Quesada que se dirige al segundo término de la izquierda. Zaguesazipa permanece impasible, con una sonrisa burlona entre los labios. Diálogo rapidísimo)

HERNÁN:

¡Ricos al fin!

GARCÍA:

¡Y con riqueza estable!

RENDÓN:

¡Las joyas de los Zipas!

QUESADA:

(Abriendo de par en par la puerta)

¡Ah! Vacío.

HERNÁN:

Mil rayos.

GARCÍA:

¡Ah! ¡Qué engaño!

QUESADA:

(A Zaguesazipa con la espada desnuda, y ciego de ira)

¡Miserable!

(Zaguesazipa avanza con arrogancia hacia el conquistador y prorrumpe en una carcajada)

TELÓN RÁPIDO

FIN DEL ACTO SEGUNDO

Acto tercero

La misma decoración del segundo acto

Escena I

(QUESADA, HERNÁN PÉREZ)

QUESADA:

Sigue mudo como un pez
a la amenaza y al ruego.

HERNÁN:

Diez tractos de cuerda y diez
veces tormento de fuego,
no han logrado hacer que abra
la boca para decir
ni siquiera una palabra
que algo pueda descubrir.

QUESADA:

No sé qué procedimiento
seguir, vive Dios, con él,
para que entregue.

HERNÁN:

¡El tormento
le obliga, el tormento cruel!
Que para dárselo a diario
por rebelde y por infiel,
la ley no autoriza.
¡No parar si es necesario
hasta volverlo ceniza!

QUESADA:

Mas no es legal el proceso,
si vos, siendo el defensor,
vais a pedir para el preso
en vez de alivio dolor.
¡Qué cosas decís, pardiez!

¡De mí depende su suerte,
y he conseguido que el Juez
sentencie tormento en vez
de ir a sentenciar la muerte!
Pues toda va en proceso
tan de acuerdo con la ley,
que va a premiarnos por eso
cuando lo conozca el Rey.
Ya visteis que se le acusa
solamente en el papel
que nuestra conducta excusa,
por rebelde y por infiel.
Pero esto no nos reporta
favor ni nos interesa
todavía, lo que importa
hoy es coger su riqueza.
¡El tal juicio es solo un medio
de darle tormentos diarios,
que es el único remedio
para hacernos millonarios!

QUESADA:

¡Y es justo que pague así
su impiedad y su altivez!

HERNÁN:

Principalmente aquí
lo que hará satán después
en los antros infernales.

QUESADA:

Hice alzar esta mañana
las horcas de sus rivales
al frente de su ventana,
solamente con el fin
de mostrarle en qué paró
el engaño torpe y ruin
que a los dos atribuyó.

HERNÁN:

Tengo más culpa yo a la fe,
que los dos pobres uzaques
en el engaño.

QUESADA:

Lo sé.
Mas tenía sus ataques
el Zipa, y tal vez por eso
los atribuyó a los dos
la farsa. Quise que el preso
viera lo que es, vive Dios
la justicia castellana,
sometiéndolos a tractos
y arrancándoles la vida
al frente de su ventana,
para que mida sus actos
y sus impotencias mida.

HERNÁN:

Puede ser que remuerda,
y en nuestro favor influya
ver que penden de una cuerda
por una mentira suya.
Pero si el remordimiento
no lo mueve, por luzbel
habré de darle tormento
hasta que acabe con él.

QUESADA:

Mas hay que hacerlo de modo
que resista, no muy fuerte,
porque perderíamos todo
si vais a darle la muerte.

HERNÁN:

Confiad en mí, que un tormento
jamás han puesto en acción

tan doloroso y tan lento
ni en la Santa Inquisición.
Yo haré que le cueste lloro
su silencio, y que sucumba,
convencido de que el oro,
no lo acompaña a la tumba.

QUESADA:

Y si se sigue el proceso
bien ajustado a la ley,
nuestra conducta con eso
se justifica ante el Rey.
Mas haced que conste, os ruego,
que yo para nada ayudo,
tan solo el Zipa os entrego
como siempre estoico y mudo.

Escena II

(*Dichos*, GONZALO GARCÍA)

GARCÍA:

(*Entrando*)

Señores, guardaos el cielo.

QUESADA:

Y a vos capitán García.

HERNÁN:

Con cara de desconsuelo
venís, ¿se ha perdido el día?

GARCÍA:

Completamente nos hizo
caminar gran extensión
sin objeto, y luego quiso
tirarse desde un peñón.

QUESADA:

¡De qué peñón cielo santo!

GARCÍA:

¡Allá donde ruge y brama
produciendo solo espanto
y vértigo el Tequendama!

HERNÁN:

Ah miserable ¡Y ese era
el empeño que tenía
de que se le condujera
hasta la tal serranía!

QUESADA:

Contad cómo fue el suceso.

GARCÍA:

Atado a fuertes cordeles
conducíamos el preso,
a vuestro mandato fieles.
Y sin pensar en su dolo,
ni recordar su malicia,
seguimos sus pasos, solo
movidos por la codicia.
Nos dijo amable y locuaz,
cosa siempre en él extraña
que ya deseaba la paz
y la protección de España.
Mas después de mucho andar,
siempre guiados por el reo,
solo pensando en mirar
colmando nuestro deseo,
llegamos hasta ese abismo
que un antro infernal imita,
do el agua se precipita
con ruido de cataclismo.
Es una gran catarata,
donde las espumas locas
fingen un altar de plata

baja cornisas de roca.
Sobre las pétreas orillas
el Zipa con reverencia,
se prosternó de rodillas
ante tal magnificencia.
Y estupefacto, en tanto
que sollozaba de hinojos,
claros raudales de llanto
vimos brotar de sus ojos.
¡Y cada lágrima hacía,
cual las del torrente mismo,
iris a la luz del día
en el fondo del abismo!
¡Incorpórese después,
cual héroe de un epinicio,
puso en las rocas los pies,
y dominó el precipicio!
¡Y hierático, majestuoso
sobre aquel fondo de brumas,
nos contempló silencioso...
y se arrojó a las espumas!

QUESADA:

¡Y como hicisteis, decid,
para salvarle, Dios santo!

HERNÁN:

¡Ha de costarle ese ardid,
os lo juro, mucho llanto!

GARCÍA:

Él pretendió en su caída,
arrastrar a nuestro fieles
soldados, pero su vida
pendía ya de los cordeles.
Con esfuerzos sobrehumanos
le sostuvimos pendientes,

y triunfaron nuestras manos
del ímpetu del torrente.
Porque después de no poca
fuerza que todos hicimos,
ya casi muerto a la roca
donde estaba, lo subimos.
Volvió después a la vida
y tan solo con el preso
y otra esperanza perdida,
emprendimos el regreso.

QUESADA:

¡Y dónde está por Luzbel!

GARCÍA:

Rendón y otros a esta estancia
ya se dirigen con él.

HERNÁN:

¡No le arriendo la ganancia!

QUESADA:

¡Harán por fin sus mentiras
y su salvaje egoísmo,
que se desaten mis iras
y le castigue yo mismo!

HERNÁN:

¡Dejad en mis manos eso,
que ya su suerte no envidio,
pues se agregará al proceso
tentativa de suicidio!

GARCÍA:

Los dos uzaques que ahora
mece en las horcas el viento,
que gran riqueza atesora
dijeron en el tormento.

HERNÁN:

Y han podido decir dónde,
mejorando nuestra suerte
esas riquezas esconde,
sino les damos la muerte.

QUESADA:

¡La ordené para los dos,
lo mismo que su tomento,
pues quise hacer!, ¡vive Dios!,
con ellos un escarmiento!
¡Y donde ahora se exhiben
ordeno que permanezcan,
para que así los que viven,
aterrados obedezcan!

GARCÍA:

(Mirando a la izquierda)

¡Llegan ya con el cautivo!

HERNÁN:

(Id)

¡Vedle, ya dejó ese alarde
de poder y ese aire altivo!

RENDÓN:

(Entrando)

Señores, que el cielo os guarde.

Escena III

(Dichos, RENDÓN y ZAQUESAZIPA conducido por los soldados, con una soga al cuello y las manos atadas por detrás; su semblante cadavérico hace suponer un sufrimiento atroz. En la postura y en los ademanes, conserva todavía las huellas de su poderío)

QUESADA:

(A Rendón)

Ya sé que vuestra excursión
fue tan solo una comedia.

RENDÓN:

¡Sí, general, pero con
sus salpiques de tragedia!
¡La tal promesa que hacía
pero al fin en otro engaño!

QUESADA:

¡Ya me ha enterado García
de suceso tan extraño!

(Al Zipa)

¡Y vive Dios que no habré
de tolerar tal falsía,
porque su límite a fe,
tiene mi hidalguía!

HERNÁN:

(Al Zipa)

¡Mala pécora do se halla,
dinos ese gran tesoro!

(Pausa)

(Agresivo)

¡Habla! ¡En silencio canalla
pudiera costaros lloro!

QUESADA:

¡Reportaos don Hernán!

HERNÁN:

¡Si en él las frases más duras
como en una roca dan!

QUESADA:

(A los soldados)

Soltadle esas ligaduras.

(Los soldados le desatan)

HERNÁN:

(Amenazante)

¡Teme mis ímpetus fieros!

QUESADA:

Haced, capitán Rendón,
que haya doce ballesteros
rodeando esta habitación.

(Mutis Rendón por la izquierda)

GARCÍA:

¡Ni el estar cautivo y solo
sujeto a tremendas iras,
impide su torpe dolo
ni sus audaces mentiras!

QUESADA:

(A los soldados)

Vosotros a descansar,
que habré de llamaros luego.

(Los soldados salen)

GARCÍA:

¡Es necesario aplicar
hoy el tormento de fuego!

QUESADA:

(Al Zipa)

Que el vencido al vencedor
entregue sus vienes de usa,
y sabéis que con honor
vencimos a Tisquesusa.
¡Que si usurpasteis su trono,
No puede vuestra vileza
si provocar vuestro encono,
retener esa riqueza!

QUESADA:

¡Dando a Tisquesusa muerte,
sus joyas nos pertenecen!

HERNÁN:

¡Y es ya preciso que hables,
o corres al fin la suerte
de aquellos dos miserables
que de las horcas se mecen!

*(Zaquesazipa deja notar un involuntario estremecimiento
de horror)*

QUESADA:

¿Dónde está el oro por fin?

(Zaquesazipa hace un gesto de desprecio)

HERNÁN:

¡No agotes nuestra paciencia,
porque tu silencio ruín
nos hará emplear la violencia!

GARCÍA:

¡Justo castigo no amengua
nunca el honor de un hidalgo;
yo he de arrancarte la lengua
para que calles por algo!
¡Y habré de darte tortura,
aunque ya sabes lo que es
el sentir de una herradura
al rojo sobre tus pies!

ZAQUESAZIPA:

*(Que estalla después de haber hecho visibles esfuerzos
por contenerse)*

¡Eh! ¡Miserables! ¡Ya basta!
¡Si queréis oro ladrones,
id a conseguirlo hasta
los oscuros socavones!
¡En los antros de la mina
florecen los escondidos

filones con luz divina,
sacadlo de allá bandidos!
¡Convertid esas espadas
infames en herramientas
tal vez quedarán lavadas
así sus manchas sangrientas!

HERNÁN:

¡Vive Dios que si no calla,
haré al fin un escarmiento!

ZAQUESAZIPA:

¡Harto he callado, canallas!

QUESADA:

¡Silencio!

ZAQUESAZIPA:

¡Llegó el momento
de hablar, porque mi palabra
ya el odio no disimula!
¡Vuestra victoria macabra
vendrá por fin pero es nula!
¡Porque el oro que custodio,
el oro de mis mayores,
entre esas manos que odio
nunca dará sus fulgores!
¡Manos que mi vida exprimen
en tormentos inauditos,
manos hechas para el crimen
son vuestras manos malditos!

HERNÁN:

(Amenazante)

¡Si no contenéis la lengua,
como a un perro te la arranco!

QUESADA:

(Id)

¡Cuidaos de hablar en mengua
nuestra, porque no soy manco!

GARCÍA:

¡Puede costaros la vida!

ZAQUESAZIPA:

Si hablando en mengua mirara
ya mi venganza cumplida,
mi palabra os azotara
como un látigo en la cara;
pero el humano lenguaje
no tiene vocablos para
deciros.

HERNÁN:

(Interrumpiéndole)

¡Teme salvaje!

ZAQUESAZIPA:

¡Ya nada temo, asesino!
¡Porque sé que hable o no hable,
negro será mi destino
entre tanto miserable!
¡Ya mi esperanza perdida
está en vuestras uñas lobos,
mas de arrancarme la vida
no pasarán vuestro robos!

QUESADA:

(Furioso)

¡Callaos que ese vil pecho
puede sangrar esta tarde!

HERNÁN:

(Desenvainando la espada lleno de ira)

¡Yo no sé cómo no he hecho
que en él mi acero se guarde!

ZAQUESAZIPA:

(Presentando con arrogancia el pecho Hernán que pretende herirle)

¡Mas yo no esquivo mi pecho,
aquí está, hiere cobarde!

(Hernán va a herirle furioso, pero García se interpone)

GARCÍA:

¡Deteneos Hernán Pérez!

HERNÁN:

¡Dejad que haga un escarmiento
con el más vil de los seres!

QUESADA:

¡Mejor es darle tormento!

HERNÁN:

(Envainando la espada)

¡Verdad, es mejor el fuego!
¡Y he de aplicarlo yo mismo!

QUESADA:

(Al Zipa)

¡Habrás de pesaros luego,
canalla, tanto cinismo!
¡Si en el término de media
hora no habéis dicho en dónde
vuestra riqueza se esconde,
nada el tormento remedia!

ZAQUESAZIPA:

*(Con toda la ira de su salvaje
grandeza)*

¡Ya lo sabéis que no digo.
Matadme ahora, panteras,
si os place que en mi desangre,
como último castigo,
yo haré que mi propia sangre
salpique vuestras cimbras!

HERNÁN:

(Con sardónica sonrisa)

Tan solo nos causan risa
esos arranques jumento.

QUESADA:

(Disponiéndose a salir)

Capitanes daos prisa
a prevenir el tormento.

HERNÁN:

(Haciendo por burla una reverencia)

Majestad, con vuestra venia.

(Sale riendo)

GARCÍA:

¡Llorad vuestros desatinos!

QUESADA:

(Desde la puerta de la izquierda)

Ya más engaños no ingenia
vuestra malicia.

ZAQUESAZIPA:

¡Asesinos!

(Los españoles salen por la izquierda. Zaqesazipa desfalleciente se arroja sollozando sobre uno de los muebles rústicos con la cabeza entre las manos)

Escena IV

(ZAQUESAZIPA y SAQUIRA que entra por la derecha)

SAQUIRA:

(Acercándose lentamente a Zaqesazipa y con suavidad)

ZAQUESAZIPA:

¡Yo desde mis desamparos
tan solo pido venganza!
¡Di a mis guerreros, Saquira,

que en una feroz campaña
 desaten toda su ira
 contra los siervos de España!
 ¡Que agucen sus dardos, diles,
 todos con esmero pulcro,
 y hagan besar a esos viles,
 la tierra de mi sepulcro!
 Y vete de aquí, no quieras
 que se aumente mi deshonor
 si profanan esas fieras
 lo último ya: ¡tu honra!

SAQUIRA:

¡Cómo dejaros, señor,
 si vuestra suerte es mi suerte!

ZAQUESAZIPA:

¡Déjame con mi dolor
 a solas, y con la muerte!
 Huye Saquira de mí;
 si a Jilma mi dolor narras
 di que unos tigres aquí (*En el pecho*)
 ¡Me están clavando las garras!

SAQUIRA:

Ella ha de venir a veros
 ahora.

ZAQUESAZIPA:

¡No! ¡Qué se abstenga!
 Dile que los tigres fieros
 la desgarran, ¡que no venga!
 ¡Que mi palacio custodie
 como siempre fiel y activa
 y que odie mucho, que odie
 igual a mí, mientras viva!
 ¡Y odia tú, que el odio ensancha

el alma cuando la oprimen!
 ¡Nunca la venganza mancha
 si se ha de vengar un crimen!
 ¡Vete; que hoy no venga nadie,
 mas que vengan con premura
 cuando el sol de nuevo irradie,
 a darme la sepultura!

(Haciendo un esfuerzo supremo para despedirse)

¡Sí! ¡Vete! ¡Adiós ya, Saquira!

SAQUIRA:

¡Señor! ¡Señor!

ZAQUESAZIPA:

¡Te lo ruego!
 ¡Déjame que de la pira
 no tarda en arder el fuego!

(Se dirige al foro, Saquira lo sigue muy de cerca, Zakesazipa entreabre la cortina, pero antes de desaparecer tras ella, exclama delirante)

¡La muerte viene de prisa,
 no ves cómo en su guadaña
 con horrible sarcasmo isa
 los caballeros de España!
 ¡Mírala! ¡Mírala! ¡Trae
 una herradura candente!
 ¡Ves cómo a su paso cae
 todo mi pueblo inocente!
 ¡Viene muy aprisa, quiere
 darnos tormenta a los dos
 y si la aguardamos te hiere!
 ¡Huye! ¡Huye pronto! ¡Adiós!

*(Desaparece tras la cortina. Saquira como sonámbula,
 hablando consigo misma)*

SAQUIRA:

Muerte, lágrimas, tristeza
 y amor, vinieron de España,

hasta a mi pobre princesa,
 melancólica y huraña.
 El corazón arde en llama
 de amor y el alma custodia.
 ¡El corazón me dice: ama!
 ¡El alma me grita: odia!

Escena V

(SAQUIRA, LÁZARO FONTE *por la izquierda*)

LÁZARO FONTE:

¡Señora, señora, por ventura os hallo
 que de veros era mi mayor afán!

SAQUIRA:

¡En este aposento caéis como un rayo,
 huid os lo ruego, de mí, capitán!

LÁZARO FONTE:

¿Cómo huir princesa, si atraéis mi vida,
 cual débil aguja poderoso imán?

SAQUIRA:

¡Dejadme, os suplico, no ahondéis la herida
 que en el pecho tengo, señor capitán!

LÁZARO FONTE:

¿Me matáis si os miro, si os dejo me muero,
 qué hacer pues, princesa? Disponed de mí.
 Pongo a vuestras plantas mi vida y mi acero
 lo único que traje de España aquí.

SAQUIRA:

¡Por España flota ya la muerte sobre
 todas las cabezas de mi raza, y va
 ajando mejillas el llanto salobre,
 porque están de luto los hogares ya!
 ¡Entre tanta sangre nunca amor se inicia;
 la peor de las razas vuestra raza es,

que de sus crueldades y su codicia,
 no tuvo noticia,
 ni el bárbaro panche, ni el pijao soez!
 ¡Allá en sus remotas selvas el Caribe,
 cuyas desnudeces ha tostado el sol,
 cubierto de sangre de crímenes vive,
 pero es más humano que el fiero español!
 ¡El chibcha, el caribe, el inca, el azteca,
 no levanta horcas ni quema cruel
 los pies de un monarca que tan solo peca
 de ser a su pueblo demasiado fiel!
 ¡Quizá por inermes nos llamáis salvajes
 o porque ignoramos que en la humanidad
 existieron hombres cuyos bandalajes
 fueron exponentes de tanta maldad!
 ¡Imposible amaros, perded la esperanza,
 si amor algún día me lanzó su arpón,
 lo arranqué llorando, y hoy pide venganza
 esa misma sangre de mi corazón!

LÁZARO FONTE:

¡No culpéis a España porque unos guerreros
 aquí la desdoran con su audacia cruel,
 manchando en el crimen oscuros aceros
 que solo alcanzaron sangriento laurel!
 ¡Es noble, muy noble, mi Patria señora,
 yo me enorgullezco de ser español;
 España se baña con la sangre mora,
 mas siempre sus armas brillan como el sol!
 ¡Si aquesta jauría de voraces galgos,
 en vosotros hinca su garra feroz
 no tienen la culpa jamás los hidalgos
 que solo defienden su Patria y su Dios!
 ¡Odiadme, si os place, yo en amar insisto,
 e insisto en haceros saber además
 que nunca se empaña la gloria de Cristo,
 ni el brillo de España se empaña jamás!

SAQUIRA:

¿Y por qué esa España que llamáis tan noble,
y ese vuestro Cristo que tan justo es,
dejen que esta plebe nos dé su mandoble
y haga que escancemos del dolor la hoz?
¿Y esa vuestra espada no es del mismo acero
de que las espadas de esos hombres son?
¿No os llamáis, como ellos, también caballero?
¿No es, decid, la misma vuestra religión?

LÁZARO FONTE:

Yo traje en el cinto de España una espada,
y en el pecho un santo Cristo de marfil
que me puso un día mi madre adorada
entre los sollozos de un adiós febril.
Mi padre en el lecho de muerte me dijo,
mostrándome aquesta cincelada cruz (*La de la espada*)
“Juradme que nunca la desdorarás hijo”
¡y juré señora, juré por Jesús!
¡La Cruz de la espada que me dio mi padre,
la cargo en el cinto con recio fajón
y la Cruz del Cristo de mi santa madre
la llevo en el pecho sobre el corazón!
¡De las acechanzas y de las traiciones.
me libra mi espada brillante y sutil,
y de los pecados y de las tentaciones
me libra mi santo Cristo de marfil!
¡Por eso en el nombre de España conquisto,
siempre por la clara senda del honor,
sin manchar mi espada, ni manchar mi Cristo,
sagrados legados de gloria y amor!

SAQUIRA:

¡Quisiera creerlos porque creer alivia
mi remordimiento, señor capitán,
pero entre mis venas el amor se entibia,
y a trocarlo en odio mis dolores van!

¡La sangre me grita que os odie! La brasa,
 con que ahora incendian del Zipa los pies,
 arde entre los pechos de toda mi raza,
 que cual un infierno de rencores es!
 ¡Aún esparce el viento una columna de humo
 allá en Sugamuxi, del templo del sol,
 de ira y rencores contra el español!
 ¡Os amé, no niego, mas ya se disipa
 ese amor en medio de tanto baldón,
 y se ha restañado con sangre de un Zipa,
 la herida que abristeis en mi corazón!

LÁZARO FONTE:

¡A pesar de todo, princesa os adoro,
 y habré de juraros por mi fe y mi honor,
 despreciar las glorias, y despreciar el oro,
 hasta que conquiste por fin vuestro amor!

SAQUIRA:

¡Será vano empeño!

LÁZARO FONTE:

¡Si el amor me ciega,
 me mata, señora, vuestro desamor!
 ¿Por qué esa mudanza?

SAQUIRA:

(Después de mirar hacia la derecha)

¡Huid, Jilma llega!

LÁZARO FONTE:

Si me prometéis.

SAQUIRA:

¡Idos por favor!

LÁZARO FONTE:

Me voy, mas primero sabed que los galgos
 que al Zipa destrozan a la luz del sol
 también temen la ira de los fijodalgos
 que son el orgullo del suelo español.

¡Y que la conquista de hazaña en hazaña,
tan solo pretende guiada por la Cruz,
el mundo llevar con el nombre de España,
cual si lo llenara de gloria y luz!

Escena VI

(SAQUIRA, JILMA *por la derecha*)

JILMA:

(*Afanada*)

¿Dónde está? ¡Dime Saquira!

SAQUIRA:

(*Señalando al fondo*)

¡Allí, y es tal su dolor,
que ya tan solo delira
con la muerte mi señor!

JILMA:

¿Pero tú lo viste?

SAQUIRA:

Sí.

¡Cuando yo vine no ha mucho,
le hallé sollozando aquí.
Y ahora sus sollozos escucho!

JILMA:

¡Respiro!

SAQUIRA:

¿Mas qué ha pasado?

JILMA:

¡Me dijeron que se había
al Tequendama arrojado
hoy al despertar el día!

SAQUIRA:

¡Es tan grande su tomento,
que su voz antes sonora,
solo semeja el acento

de algún moribundo ahora!
¡Su faz tan lozana y bella,
sus manos de gran señor,
dejan ya mirar la huella
imborrable del dolor!
¡Da pena verle la cara:
la mirada es quieta, inerte,
cual si a sus ojos llegara
muy poco a poco la muerte!

JILMA:

¿Sabes si hoy le dan tortura?

SAQUIRA:

¡Tan solo sé que delira
con una inmensa amargura
señora!

JILMA:

¡Corre Saquira,
veloz cual una saeta
y di a Akimén que aún no es hora,
que por la senda secreta
vuele!

SAQUIRA:

Está bien señora.

JILMA:

Tiene cinco mil arqueros
en la selva prevenidos
para un asalto, y tan fieros,
son todos y tan fornidos,
que ninguno pierde un dardo.
¡Tan solo esperan mi aviso,
diles que ya los aguardo
que el momento es preciso!

SAQUIRA:

¿Y nada más se os ocurre?

JILMA:

¡Nada si activos andamos,
y si la tarde transcurre
sin tormento, le salvamos!

SAQUIRA:

¡Llegaré sin dilación!

JILMA:

(En secreto)

¡Que no olviden prender fuego
primero a la población,
y atacar en masa luego
para poder mientras tanto
que el español torpe y ruin
se alista lleno de espanto,
huir con el Zipa al fin!
¡Porque los mejores goechas
que previne para eso
por entre el humo y las flechas
lo habrán de sacar ileso!
Pero ya tarda, Saquira.

SAQUIRA:

¡Seré rauda como el viento!

(Mutis por la derecha)

JILMA:

¡Bochica aplaca tu ira
salva a tu siervo que expira
en el más duro tormento!

Escena VII

(JILMA, ZAQUESAZIPA)

ZAQUESAZIPA:

¿Quién es? ¡Jilma, eres tú!

JILMA:

¡Yo que contigo
anhelo siempre compartir la muerte!

ZAQUESAZIPA:

¡Huye de aquí!

JILMA:

¡Jamás!

ZAQUESAZIPA:

¡Que huyas te digo,
porque a mi lado encontrarás la muerte!

JILMA:

¡Déjame que comparta tu amargura,
como un día de feliz memoria,
compartimos la dicha y la ventura
llena yo de alegría y de tu gloria!

ZAQUESAZIPA:

¡Calla Jilma no evoques esa historia,
porque el recuerdo de los tiempos idos,
martiriza atrozmente la memoria
de los pobres caídos!

¡Tú misma, tus pupilas, tus labios,
tan acariciadores y tan sabios,
al traer a mi enfermo pensamiento
el recuerdo de un día de ventura,
cuando yo los besé de amor sediento,
solo hacen más sensibles mis agravios,
más honda mi amargura,
y más vivas las ascuas del tormento!

¡Huye Jilma de aquí, no intentes ciega
impedir ya lo que el dolor presagia,
porque la fiera inexorable llega
y el dolor si es muy hondo se contagia!
¡Vete que a ti la vida te sonrío,
y deja que la muerte redentora

gota por gota de mi sangre enfríe
el incendio voraz que me devora!

JILMA:

¡Jamás pretendas que tu orden baste
para dejarte solo entre panteras,
yo que quise gozar donde gozaste
quiero morir también donde tu mueras!
Pero no morirás, que Jilma vela
por su monarca y por su bien querido,
cual un águila que hace de centinela
sobre la roca donde está su nido.

ZAQUESAZIPA:

¿No sabes que la muerte no se ataja?
¿Y que este fuego que en mis venas arde
solo podrá extinguirlo la mortaja
que mis despojos calcinados guarde?

JILMA:

¡Pero si puede sacudir el yugo
quien a la libertad tiene derecho,
y arrancar a las manos del verdugo
el acero y clavárselo en el pecho!
¡Eso haré yo por ti que siempre noble
y grande y poderoso quiero verte,
o de un solo mandoble
habrá de herirnos a los dos la muerte!

ZAQUESAZIPA:

¡Mi grandeza pasó, Jilma, cual pasa
el cóndor majestuoso por el cielo,
hasta que una saeta le traspasa
el corazón y se desploma al suelo!
¡Soy un caído ya, de mi grandeza,
tan solo dejo diminutos rastros
cual deja el sol cuando la noche empieza
su huella en la sonrisa de los astros!

¡Busqué la muerte Jilma, mas la muerte
 no pone alivio a mi dolor acervo,
 y en prolongar mis penas se divierte
 como un tigre jugando con un siervo!
 ¡Quise morir y con trivial engaño,
 arrastré a mis verdugos lentamente,
 hasta el peñón inmenso donde antaño
 rompió Bochica la montaña ingente!
 ¡De rodillas al borde del abismo
 pensando en ti lloré sobre la grama
 mientras con un furor de cataclismo
 fingía pedir venganza el Tequendama!
 ¡Esa gigante hechura del profeta,
 que al par que en medio de las rocas llora,
 entre la franja de su espuma inquieta
 aprisiona los iris de la aurora!
 ¡Lloré por ti con amarguras hondas,
 recé a Bochica mi oración ferviente
 y desgarrando temblorosas frondas
 me lancé a las espumas del torrente!

JILMA:

¡Pero si tu relato no es delirio,
 al verte aquí me quedo sorprendida!

ZAQUESAZIPA:

¿No veis que forma parte del martirio
 que ellos me aplican, prolongar mi vida?

JILMA:

¿Mas que pasó, Sagipa, cómo hiciste
 Para salir del Tequendama ileso?

ZAQUESAZIPA:

¡Ah! ¡No me lo preguntes, es muy triste!
 ¡Bástete con saber que aún estoy preso!
 Mas por poco será que el ascua roja,
 me habrá de libertar de mi congoja
 muy prontamente.

JILMA:

¡Calla, por Bochica!

ZAQUESAZIPA:

¡Sí! ¡Ya anhelo el tormento que me inflama
los pies, y hará muy pronto que me sucumba,
si no me dio su amparo el Tequendama,
el fuego al fin me llevará a la tumba!
¡Amo el dolor porque el dolor me lleva
de la paz infinita a los umbrales;
quiero vivir en otra vida nueva,
ya sin conquistadores criminales!
¡Busco la muerte, Jilma, y se me esconde!

(Trágicamente)

¡Mátame tú! ¡Sé tú mi redentora!
¡Clávame un dardo envenenado en donde
late a porfía el corazón ahora!
¡Jilma, me quieres?

JILMA:

(Aterrada)

¡Calla, me das miedo!

ZAQUESAZIPA:

¡Si eres tan buena aún, Jilma querida,
mátame por piedad, porque no puedo,
porque no puedo soportar la vida!

(Cae sollozando sobre un asiento; Jilma lo contempla abatida)

JILMA:

(Tiernamente)

¡Sagipa, mi Sagipa, espera, espera,
ten confianza en Bochica y en sus bravos
vasallos que darán su vida entera
antes que ser del español esclavos!

ZAQUESAZIPA:

¡Bochica ha muerto! ¡Mis vasallos gimen!
¡Todo es tristeza, luto y exterminio!

¡Por donde quiera va dejando crimen
 unos charcos de sangre en mi dominio!
 ¡La raza entera, vigorosa y fuerte,
 cae bajo las lanzas españolas,
 los campos yermos los dejó la muerte,
 y las cabañas se quedaron solas!
 ¡Los árboles en horcas convertidos,
 el oro en instrumentos de tortura,
 y monarcas y príncipes caídos
 en la más espantosa desventura!
 Si Bochica murió, Jilma, si ha muerto
 esa divinidad que nos guiaba,
 ¿por qué no muero yo? Dime, ¿no es cierto
 que yo debo morir! ¡Mi trono estaba
 tan arriba, caí yo de tan alto,
 que, enseñando a mirarme en las estrellas,
 al sentirme en el suelo de aire falto,
 tan solo de blasfemias son mis huellas!

JILMA:

¡Siempre serás emperador, Sagipa,
 y aunque aúllen los tigres españoles,
 el cetro que haya de empuñar el Zipa
 brillará con la lumbré de los soles!

ZAQUESAZIPA:

¡No sueñes más, el trono se derrumba!
 Vamos en una procesión macabra
 a dormir todos en la inmensa tumba
 que el español para nosotros labra!
 ¡Yo era el mejor caudillo de mi raza,
 el defensor, el príncipe gallardo,
 y ya mis manos que el tormento abraza,
 no son capaces de empuñar un dardo!
 ¡Y el que no sirve, Jilma, el que no puede
 libertar a su pueblo que solloza,
 debe morir, y que el olvido quede

como una maldición sobre su fosa!
 So voy como una sombra por la tierra,
 como un fantasma solo y macilento,
 ¿Por qué, dime, la vida se me aferra
 prolongando atrozmente mi tormento?
 ¡Ah! Bochica, Bochica, por qué,
 si no has querido que mi vida acabe
 por qué en manifestarte te empeñas,
 cabe tanto dolor en almas pequeñas.

(Queda en el mayor abatimiento. Jilma, que lo habrá escuchado llorando, se levanta y observa hacia la izquierda)

JILMA:

(Para sí)

¡Si llegara Akimén! ¡Es el momento
 de dar el golpe y emprender la fuga!

ZAQUESAZIPA:

(Débilmente)

Mas ya no han de tardar con el tormento...
 Jilma... ¿Te vas?... Tus lágrimas enjuga.
 ¡Te hice llorar... Perdóname. Te encargo
 que cuides mi palacio, y si algún día
 cae en tus manos mi asesino, amargo
 fin merece, ya sabes Jilma mía!

JILMA:

¡No me des tú también a mí tortura,
 no pretendas morir Sagipa mío!
 ¡Yo para liberarte en la bravura
 de tus vasallos hábiles confío!

ZAQUESAZIPA:

No sacrifiques a mis vasallos fieles.

(Se oye rumor de gente que se acerca por la derecha)

¡Oye, ya vienen con el ascua roja!
 ¡No les temo, mejor, mientras más crueles
 más pronto pondrán fin a mi congoja!

JILMA:

¡Yo te liberaré de ese canalla!
¡No te atormentarán porque tu vida
vale más que el tesoro mismo!

ZAQUESAZIPA:

(Interrumpiéndole)

¡Calla!
¡No blasfemes! ¡Déjame solo!

JILMA:

Herida
De muerte he de caer, mas con orgullo
muero por ti. ¡A tu lado los guardo!

ZAQUESAZIPA:

¡Tu flaqueza me vende! ¡Huye!

JILMA:

¡No huyo!

ZAQUESAZIPA:

¡Si lo denuncias te atravieso un dardo!

Escena VIII

*(Dichos, QUESADA, HERNÁN PÉREZ, GARCÍA, SUÁREZ RENDÓN,
capitanes y soldados, estos últimos traerán cordeles, una hornilla encendida
y demás útiles para el tormento)*

HERNÁN:

(Aproximándose al Zipa)

¡Cedes al fin en tu avaricia o llego
hasta volverte chicharrón cobarde!

QUESADA:

(Señalándole la hornilla)

¡Dadnos el oro o sentirás que el fuego
de la justicia a vuestras plantas arde!

ZAQUESAZIPA:

¡Jamás! ¡Ya lo sabéis vuestra amenaza
es inútil, bandidos! ¡No me humillo!
¡Nunca penséis que el oro de mi raza
va entre vosotros a lanzar su brillo!

HERNÁN:

(A los soldados)

¡Atadle pues!

JILMA:

(A Hernán)

¡No! ¡No! ¡Por vuestras vidas
os lo ruego, no vais a atormentarle!

ZAQUESAZIPA:

¡Jilma! ¡A ese asesino nada pidas
que te deshonoras solo con mirarle!

QUESADA:

¡Bien pronto acabará vuestra insolencia!

GARCÍA:

¡El fuego ha de domar esos furores!

HERNÁN:

(A los soldados)

¡Atadle que es inútil la clemencia
con los ogros!

(Dos de los soldados atacan a Zaquesazipa)

JILMA:

(Desesperada)

¡Piedad! ¡Piedad señores!

ZAQUESAZIPA:

(Mientras lo atan)

¡Calla! ¿No ves que la piedad no existe
nunca en el corazón de los jaguares?

HERNÁN:

(A Gilma)

¡Si a darnos el tesoro se resiste,
no tendrán fin jamás vuestros pesares!

JILMA:

(A Quesada)

¡Señor! ¡Señor! ¡Vuestra nobleza imploro!

QUESADA:

¡Calla no me importunes con tu ruego!

RENDÓN:

(A Gilma)

¡Mientras se niegue a darnos el tesoro
ha de tener sobre las plantas el fuego!

HERNÁN:

(A los soldados)

¡Ea! ¡Seguid con él a ese aposento!

(A los que conducen a la hornilla)

¡Vosotros calentad las herraduras!

ZAQUESAZIPA:

(Convencido ya que se despide para siempre de Gilma)

¡Adiós Gilma! ¡Me llevan al tormento!

JILMA:

(Abrazando a Zakesazipa, desesperada, loca de dolor)

¡No! ¡No! ¡Me matan tus torturas!

(Los soldados arrastran a Zakesazipa hacia el foro, y Gilma trata de impedirlo en medio de la más dolorosa desesperación)

HERNÁN:

(Separando violentamente a Gilma de Zakesazipa)

¡Quita! ¡Aquí la piedad no se acostumbra!

JILMA:

(Que cae de rodillas ante Quesada)

¡Señor! ¡Por ese sol que reverencio
por ese sol que ahora nos alumbra
no lo martiricéis ya!

ZAQUESAZIPA:

(Se vuelve hacia Jilma, arrastrando algunos pasos a los soldados que lo conducen)

¡Silencio!
¡No profanes el astro
de rodillas al pie de un asesino!

HERNÁN:

(A los soldados que conducen al Zipa)

¡Pardiez! ¡A qué obedece la demora!

QUESADA:

(Despreciando la súplica de Jilma)

¡Al tormento con él, no hay más camino!

(Desaparecen por el foro Zaquesazipa conducido por los soldados, Hernán Pérez, algunos capitanes y detrás de los soldados que llevan la hornilla y las herraduras para aplicar el tormento)

JILMA:

(Irguiéndose feroz cual una pantera, con un llamear salvaje en las pupilas, como si a ellas asomara súbitamente toda la ira oculta de su raza)

¡Monstruo de iniquidad! ¡Monstruo del crimen!
¿Qué abismo te abortó para que fueras
maldecido por todos los que gimen
bajo la hazaña de tus garras fieras?

QUESADA:

¡Guarda, víbora insana tu veneno,
no quieras que te aplaste la cabeza!

JILMA:

¡Mátame a mí también, hijo del cieno!
¡Complementa conmigo tu proeza!

GARCÍA:

(A los soldados)

¡Sacad esa mujer mi encono estalla!

QUESADA:

(Id)

¡Llevala lejos, donde no importune!

RENDÓN:

¡Ponedle una mordaza si no calla!

JILMA:

¡Pero tu crimen no se queda impune!

¡Que yo me vengaré de ti canalla!

¡Con la ira feroz de una pantera!

GARCÍA:

¡Ten esa lengua o te la arranco!

QUESADA:

¡Afuera!

(Dos soldados arrastran a Jilma hacia la puerta de la derecha)

JILMA:

(Mientras la arrastran con voz ahogada por la ira)

¡Ha de morder un buitres tus entrañas!

¡Será tu corazón abominable

pasto vil de asquerosas alimañas!

¡Asesino! ¡Bandido! ¡Miserable!

(Salen)

Escena IX

(GARCÍA, QUESADA, SUÁREZ RENDÓN)

QUESADA:

¡Qué fuera la conquista, si los conquistadores,
cuando bajo sus plantas sollozan los vencidos,
no vieran con altivo desprecio sus dolores

para seguir la marcha por sobre los caídos!
 ¡A veces en la rauda contienda somos crueles,
 porque en el triunfo solo la gloria está y la gloria;
 así va la conquista, los vírgenes boscajes,
 se abaten para el paso de enhiestos pabellones,
 se abisman las pupilas sin luz de los salvajes
 y tiemblan en los pechos medrosos corazones!
 ¡Mas nadie impide el triunfo marcial de los guerreros
 que el lomo desfloraron de abruptas cordilleras!
 ¡Desata un haz de rayos el sol en los aceros,
 y pone una aureola de luz en las cimeras!
 ¡Por eso el alma férrea de los conquistadores
 tiene que ser al ruego de los vencidos sorda!

GARCÍA:

¡Y por eso la gloria nos da sus resplandores
 y de oro y de laureles nuestro camino borda!

RENDÓN:

Los ídolos cayendo desde sus pedestales,
 y las coronas áureas rodando por la tierra,
 nos suplen el sonoro compás de los timbales
 y la monotonía del ataífor [ilegible] de guerra.

QUESADA:

Si la conquista es sangre, si la conquista es muerte,
 ¿cómo pedir ternuras al alma encallecida
 de los conquistadores? ¡Las leyes del más fuerte,
 van por sobre las lágrimas y por sobre la vida!
 España desde ha siglos heroica se viste
 una flamante túnica hecha de sangre mora;
 si el llanto de los moros pusiera a España triste,
 decidme, ¿sería ella del mundo la señora?
 ¡El Zipa en su doliente resignación febril,
 que ahora bajo el ascua solloza y se encalambra,
 no tiene más dolores que tuvo Boabdil,
 cuando miró llorando la última vez su Alhambra!

GARCÍA:

¡Y no produce menos botín nuestra campaña,
porque si entre los torrentes de lágrimas el moro,
su miliunanochesco palacio legó a España,
el Zipa entre blasfemias ha de legarle su oro!

RENDÓN:

Y su dominio porque comprende la caída
al par que la grandeza de su poder extinto
el vasallaje humilde que la raza vencida
ha de rendir al cetro que empuña Carlos V.

QUESADA:

¡Por eso caballeros, nuestra misión es grande;
dar brillo a la corona del monarca español
que por toda la tierra sus furores expande
porque ya en sus dominios nunca se pone el sol!
¡Si seguimos las huellas del marino profeta,
que con esa arrogancia del que a la gloria va,
cruzó del océano la inmensidad escueta,
con un mundo en la mente, como un nuevo Jehová!
¡Si en el nombre de España conquistamos la tierra
y esparcimos de Cristo la grandeza y la luz,
al estruendo sonoro de las trompas de guerra,
con la espada en la mano y en el pecho la Cruz,
jamás han de atajarnos de un Zipa los gemidos
ni de una tribu entera los ayes de dolor;
la imprecación de rabia que lanzan los caídos
se ahoga entre el redoble marcial del tambor!

RENDÓN:

¿No oís gran vocería?

GARCÍA:

¡Qué sucede!

QUESADA:

¡Qué pasa!
¡Capitanes, corramos a saber la verdad!

SOLDADO I:

(Entrando precipitadamente)

¡General, un incendio devastador abraza
los bohíos!

RENDÓN:

¡Ah!

GARCÍA:

¡Cielos!

QUESADA:

¡A extinguirlo volad!

¡Fray Domingo! ¡Hernán Pérez! ¡Todos, todos, corred!

SOLDADO II:

(Entrando precipitadamente)

¡General, los salvajes en feroz desconcierto,
hacia nosotros llegan corriendo como gamos!

QUESADA:

*(Desnudando la espada, los capitanes
hacen lo mismo)*

¡A las armas entonces!

HERNÁN:

(Por el foro)

¡Silencio! ¡El Zipa ha muerto!

GARCÍA:

¡Ah!

QUESADA:

¡Vive Dios!

RENDÓN:

¡Ha muerto!

QUESADA:

¿Pero dejó el tesoro?

HERNÁN:

¡No despegó los labios, no para un ay siquiera!

QUESADA:

¡No importa, ya habrá tiempo de conseguir el oro!

(A los soldados)

¡A extinguir el incendio! ¡Dejad la tribu entera
que siga y por él vierta la última vez su lloro!

Los soldados salen. Quesada y los capitanes se dirigen al foro y desaparecen tras el tapiz de la puerta. Queda la escena un momento sola, luego, por todas las puertas, la invaden los chibchas en tumultuoso tropel encabezados por Jilma, Saquirá, Akimén y Quijimín, armados de arcos y flechas. Jilma, furiosa, se precipita sobre el tapiz y lo arranca de un tirón. Se verá entonces el cadáver de Zakesazipa tendido sobre un banco rústico; a su cabecera, el crucifijo de la conquista; a derecha e izquierda del cadáver dos filas de conquistadores en actitud reverente, y a los pies de la hornilla y demás instrumentos de tortura. En el fondo, sobre el crucifijo amplia ventana que dejará ver los cadáveres de los uzaques; Quijiminpava y Quijiminegua, pendientes de las horcas. Ante este cuadro los chibchas dejan oír un “¡Ah!” sordo mezclado de dolor y pánico y todos se postran de rodillas con la frente sobre el suelo. Por la ventana los resplandores rojizos del incendio iluminan trágicamente la escena.

TELÓN MUY LENTO



Lo que vendrá

GONZALO ARANGO (1931-1976). Como dice su protagonista, “Adán Be”, *HK-111* es una obra que plantea un juego de absurdos desde la irrealidad. Por eso no importa la cotidianidad ni qué tan cerca se esté o no de una crítica política o social; lo esencial aquí es la representación pero desde la misma imaginación. Mezcla de irreverencia, incoherencia y de todo lo impredecible que se pueda. Más que una apuesta por la estructura, lo que interesa aquí es el instante, la interacción continua e inmediata de los personajes; y antes que humor, lo que atraviesa cada una de estas imágenes es una tremenda ironía de desolación, descreencia y perturbación. El tono es bajo y la intensidad se construye más desde la ausencia y el silencio; la acción puede con facilidad afirmarse en los hechos y luego contradecirse para originar, o, mejor, desencadenar la trama. *HK-111* es una fuente de posibilidades para su propia escenificación, y es desde allí que puede leerse casi como un libreto en el que uno como lector llena todos los vacíos, imaginándose otro texto dentro del texto.

Dramaturgia publicada

Nada bajo el cielo raso, en: *Teatro*, Bogotá, Intermedio, 2001, pp. 15-102.

HK-111, en: *op. cit.*, pp. 103-152.

La consagración de la nada, en: *op. cit.*, pp. 153-176.

Los ratones van al infierno, en: *op. cit.*, pp. 177-232.

Medellín a solas contigo, en: *Revista Universidad de Medellín*, Medellín, num. 33, 1981, pp. 21-29.

HK-111

Personajes

ADÁN BE

PRESIDENTE

EL PRÓLOGO

CAPITÁN

SECRETARIA

ESCAFANDRA

MIEMBRO 1

SABIO

MIEMBRO 2

CARTÓGRAFO

Primer acto

Al levantarse el telón la escena está totalmente oscura. Una luz tenue ilumina lateralmente en donde Adán Be, desolado, enciende un cigarrillo. Música electrónica para crear atmósfera alucinante. Adán Be se pasea nerviosamente, hundiéndose en la oscuridad y reapareciendo. Su indumentaria es la de un viajante modesto. Usa sobretodo. Extrae del bolsillo un pasaje de avión, lo examina a la vaga luz y se desespera. Para sí: “Mi concierto, ¡maldita sea!”. Súbitamente se escucha la voz del parlante, que lo sorprende. Mira en todas direcciones localizando la voz misteriosa.

PARLANTE: Señor Adán Be, favor acercarse a la oficina del Consejo de Seguridad... Mister Be, please, report to the Security Council office...

(Con aire de resignación desaparece en la oscuridad. Sin que el público lo note, se instala en la platea)

(Escenario y platea se iluminan. Aparece El Prólogo, quien presenta la obra. Viste traje de ceremonia. Aclara la voz, y cuando el silencio es absoluto, extrae una larga cinta de papel periódico, de cinco metros, cuyo extremo lanza hacia el público. Con tono ceremonioso y discursivo:)

EL PRÓLOGO: Señoras y señores: tenemos el privilegio de presentarles una obra de nuestro tiempo, casi una pesadilla. Se llama extrañamente *HK-111*. Es una obra simbólica, pero real. A cualquiera de ustedes le podría pasar un día de estos mientras espera un avión en un aeropuerto internacional del siglo xx. Su autor es Gonzalo Arango, un joven escritor que goza de gran desprestigio en su país, Colombia, donde ha fundado con los intelectuales de su generación un movimiento artístico llamado “El Nadaísmo”, con el lema: *revolución al servicio de la barbarie*. Ustedes...

(En este momento del discurso se apaga totalmente la luz. Vacilando, El Prólogo trata de continuar)

EL PRÓLOGO: Ustedes...

UNA VOZ: La luz, pongan la luz.

(Como la luz no llega, sigue su discurso, vacilando, pero luego con certidumbre:)

EL PRÓLOGO: ... Ustedes... también puedo hablar sin luz. Ustedes... los idiotas que están sentados y que no me ven. Ustedes no saben nada de la vida, ni de la muerte, ni nada de nada. Se va la luz y se mueren de terror. Se sienten solos y desamparados. ¿Ustedes han pensado alguna vez que van a morir? Claro que no. Porque ustedes no piensan. Pensar es un mal negocio. Es mejor enamorarse, beber Coca-Cola, mascar chicle, bailar, ir al cine, reír en el teatro, matar el tiempo, hacer cosas idiotas, hacer vacío en el cerebro, olvidar... *(Insultante)* ¡Mentirosos! Ustedes quieren ocultar la verdad. La única y espantosa verdad. *(Suavemente)* Es importante que no la olviden: ustedes van a morir. Morirán el día menos pensado y todo seguirá igual aquí. Nada cambiará el ritmo absurdo de la vida. El mundo seguirá envejeciendo como un terrón inútil, quemando existencias inútiles...

(En este momento un reflector iluminará a El Prólogo hasta el final de su parlamento)

EL PRÓLOGO: ...Todo pasará. Todo lo que vivió, morirá. Todo será olvidado. Pobres existencias que se pasan agonizando y muriendo en cada víspera. Existencias que se gastan en 50 años o se arruinan. ¿Qué son 50 años? La señora de la primera fila ya los tiene, muy pronto estará muerta. La señorita de azul celeste, esa que está en la primera fila, tiene 30 años y todavía no sabe lo que es el amor. ¿Qué espera? *(Con aburrimiento)* Es demasiado tarde para vivir. ¡Morirán! Y sus pasos serán borrados por otros pasos. Y la ceniza llenará la órbita atterradoramente asombrada de sus ojos... Se irán solos, horriblemente solos. Y será como si no hubieran venido nunca. Pasarán como sombras por el mundo de la apariencia, como sombras vagas, imprecisas, innecesarias. Esta misma noche todos tenemos muy cerca, muy honda, la imagen de la muerte; se confunde con nuestra propia imagen... ¿No es verdad, señoras y señores, que hace tiempos no pensábamos en la muerte? Pues hoy la hemos recordado; la estamos temiendo. La muerte está viva entre nosotros. Existen todas las posibilidades de que esta noche sea la hora de nuestra muerte. ¿Por qué no? Es para estremecerse... esta noche, o al amanecer, óiganlo bien, uno de ustedes va a morir. No sé cuál de todos,

no puedo identificarlo debido a la oscuridad. Puede estar sentado en las primeras filas, o en las últimas, en las del medio, en las últimas, o en los palcos de honor. En este momento solo él lo sabe y lo reconoce en la intimidad desamparada de su ser. Va a morir y nadie podrá ayudarlo. Se morirá solo... Si hubiera un poco de luz... si hubiera un poco de luz, se le vería una señal en el rostro y los compañeros de al lado los descubrirán y dirán aterrados señalándolo: "Es él... Es él" (*Gritando*). Electricista, electricista, un poco de luz, un poco de luz para que el público lo reconozca.

(La luz que ilumina a El Prólogo se desvanece. Otra luz fuerte, proveniente de un reflector situado estratégicamente, enfoca indistintamente al público, deteniéndose con insistencia en algunas personas al azar)

CAE TELÓN

Oficina adjunta a un aeropuerto, decorada en ambiente. Sesiona el Consejo de Seguridad de la empresa, integrada por el presidente y dos miembros. El presidente se pasea nerviosamente a lo largo de la oficina. Los dos miembros sentados en posiciones uniformes y estáticas. Reina un silencio denso y cargado de expectativa. Frente a un espejo, la secretaria se hace la toilette y canta algo romántico que está de moda. Una grabación sugiere el tráfago ruidoso y confuso de los aeropuertos.

SECRETARIA: (*Canta*)

MIEMBRO 1: ¡Basta!

MIEMBRO 2: Es el colmo.

PRESIDENTE: ¡Qué tardanza!

SECRETARIA: No es para tanto.

PRESIDENTE: ¿Qué dice usted señorita?

SECRETARIA: No hay que hacer una desgracia. La vida es simple.

PRESIDENTE: La vida es la vida; y nada más.

(Voz del parlante inunda toda la sala)

PARLANTE: Señor Adán Be, favor acercarse a la oficina del Consejo de Seguridad... Mister Be, please report to the Security Council office.

PRESIDENTE: ¿Por fin llegará?

SECRETARIA: Debe ser un tipo raro y simpático ese tal señor Be.

(Adán Be aparece por el pasillo de platea y se dirige al escenario. Su figura es simpática y juvenil, es un músico de aspecto trágico. Su situación durante toda la obra es vencimiento, de desconcierto y asombro ante lo que pasa con su vida)

ADÁN BE: ¿De qué se trata?

PRESIDENTE: Es usted un caso excepcional, casi único en el mundo.

ADÁN BE: Quisiera saber por qué mi avión que estaba programado para las cuatro de la tarde ha sufrido un atraso tan considerable. ¿Qué horas tiene en su reloj, señor...?

PRESIDENTE: *(Mirando su reloj de pulso)* Son las siete de la noche y doce minutos.

ADÁN BE: Es el colmo del abuso.

PRESIDENTE: Precisamente se trata de eso, señor Be. Y no se anticipe en sus injustas recriminaciones contra nuestra empresa antes de escuchar nuestros motivos.

MIEMBRO 1: Porque da la casualidad de que es usted y solo usted el único responsable de lo que sucede.

MIEMBRO 2: Nuestra empresa está notablemente perjudicada por su culpa y debemos calificar el hecho como insólito y absolutamente funesto para nuestros intereses comerciales.

ADÁN BE: *(Inocentemente se dirige a la salida)* Es evidente que aquí hay un error. Yo no soy el que...

MIEMBROS Y PRESIDENTE: *(Simultáneamente le señalan el asiento)* Siéntese.

ADÁN BE: *(Sentándose)* No sé de qué se trata. ¿Quisieran explicarme?

PRESIDENTE: Primero que todo debe responderme algunas preguntas que dejarán en claro su situación, y le serán negadas o ratificadas ciertas sospechas.

(Be saca un cigarrillo. Ofrece a los otros)

ADÁN BE: ¿Ustedes fuman, señores?

PRESIDENTE: No lo hacemos durante las sesiones y le agradeceríamos que no lo hiciera en nuestra presencia para no perjudicar la marcha del interrogatorio.

MIEMBRO 1: Me permito insinuar que si el señor Be se obstina en fumar y eso beneficia la claridad y precisión de sus conceptos, podríamos hacer una excepción.

SECRETARIA: Excelencia, sugiero que dejen al buen criterio del señor Be el hecho de fumar o no fumar.

ADÁN BE: (*Guardando el cigarrillo*) No vale la pena.

PRESIDENTE: Muy bien secretaria: haga una versión taquigráfica del interrogatorio.

SECRETARIA: (*Tomando implementos del oficio*) Sí, señor presidente.

PRESIDENTE: Entonces, señor Be, ¿insiste usted todavía en realizar el vuelo al que estaba destinado para las cuatro de la tarde?

ADÁN BE: (*Levantándose*) Decido cancelarlo hasta mañana. Espero que sea atendida mi decisión de que yo pueda tranquilamente regresar a mi hotel... Con un poco de suerte alcanzaré el cine de la noche.

PRESIDENTE Y MIEMBROS: (*Imperativos*) Siéntese.

PRESIDENTE: Su solicitud será estudiada, pero nada depende de nosotros y nada podemos prometerle. Que siga el interrogatorio.

MIEMBRO 1: (*Levantándose*) Señor Be: ¿teme usted a la muerte?

ADÁN BE: Sí, naturalmente, me gusta vivir.

MIEMBRO 2: ¿Qué razones tiene para la vida?

ADÁN BE: Amo la vida... amo la música... amo a una mujer... amo...

MIEMBRO 1: ¿Qué elegiría usted si le fuera permitido elegir: realizar el vuelo al que está destinado, o renunciar al amor de esa mujer?

ADÁN BE: Prefiero realizar el vuelo.

MIEMBRO 2: (*A la secretaria*) Señorita, que conste esa respuesta.

SECRETARIA: Ya consta, honorable miembro.

MIEMBROS 1 Y 2: (*Simultáneamente*) Señor Be, ¿se siente usted inocente?

ADÁN BE: No he cometido ningún delito.

MIEMBROS 1 Y 2: ¿Está usted seguro?

ADÁN BE: Claro que estoy seguro. A no ser que...

PRESIDENTE: Señor Be: ¿es usted feliz?

ADÁN BE: A veces creo que es una linda palabra.

PRESIDENTE: Debe ser exacto en su respuesta y no perderse en vaguedades.

Responda con claridad a mi pregunta.

ADÁN BE: Pienso, luego no soy feliz.

PRESIDENTE: ¿Su vida es importante para la humanidad?

ADÁN BE: ¿Qué quieren que haga de mi vida? Soy un hombre. Existo. Hago lo que puedo.

PRESIDENTE: Tenemos suficientes elementos de juicio. Si desean ampliar el interrogatorio, pueden hacerlo.

MIEMBRO 2: Deseo hacer una última pregunta. Señor Be: ¿ama usted a Gloria?

ADÁN BE: Soy músico, deseo ser un gran artista.

MIEMBRO 2: Eso es todo.

PRESIDENTE: (*A Secretaria*) Si desea hacer alguna pregunta a nombre de su sexo, puede hacerlo.

SECRETARIA: ¡Encantada! Señor Be, ¿la ha traicionado alguna vez?

ADÁN BE: ¿A quién?

SECRETARIA: A su amada.

ADÁN BE: (*Sonriente*) No.

PRESIDENTE: ¿Algo más?... Bien, señor Be, puede retirarse el tiempo que requiere la deliberación del Consejo. Oportunamente será llamado por el parlante.

(*Adán Be se dirige a la puerta de salida. Intenta encender un cigarrillo, lo detiene la voz del presidente. Tira el cigarrillo acomplejado*)

PRESIDENTE: Señor Be... (*A la secretaria*) Señorita, atienda al señor Be y esté a su lado mientras se define su situación.

SECRETARIA: Pierda cuidado, excelencia, lo atenderé como él se lo merece.

(*Los dos se dirigen a la salida*).

PRESIDENTE: Esperen (*Se acerca confidencialmente a la secretaria*). Estenos informando de todos sus movimientos, no lo pierda de vista.

SECRETARIA: (*Asintiendo, regresa donde Be*) ¿Qué desea por el momento, señor Be?

ADÁN BE: (*Haciendo mutis*) ¡Nada!

SECRETARIA: Si desea algo más, me encontraré a su espalda.
(*Salen*).

PRESIDENTE: A pesar de todo, es buen chico.

MIEMBRO 1: Y es joven

MIEMBRO 2: Y está enamorado.

MIEMBRO 1: Y es músico.

MIEMBRO 2: Quiere ser un gran artista.

PRESIDENTE: (*Exaltado*) ¡Basta de sentimentalismos! No somos los llamados a condenarlo o absolverlos. Su suerte depende de autoridades superiores. Informaré al Consejo de Seguridad del Estado.

(*Se dirige al teléfono y marca un número*)

PRESIDENTE: Comuníqueme inmediatamente con el presidente del Consejo de Seguridad del Estado... Es urgente... Sí. Espero la comunicación.

MIEMBRO 1: ¿Lo eximirán de sus graves responsabilidades?

MIEMBRO 2: Todo parece estar en su contra.

MIEMBRO 1: Es como una conspiración del mundo contra un solo hombre.

MIEMBRO 2: Supongo que no habrá manera de defenderlo.

MIEMBRO 1: Esperemos...

PRESIDENTE: ¿Aló? ¿El presidente en persona? Están listos nuestros informes. El señor Be es... No es... Quiere ser... No denota ningún rasgo de locura... Solo un poco de nervios, pero es natural si consideramos su situación y su temperamento artístico... Sí, señor presidente, es músico. Detesta el heroísmo pero sabe cuál es el sentido de su vida y está enamorado de una mujer.

(*Aparece la secretaria alarmada*)

SECRETARIA: Señor presidente, señor presidente...

PRESIDENTE: (*Interrumpe la comunicación*) Un momento, excelencia, parece que algo grave... (*A la secretaria*) ¿Qué sucede?

SECRETARIA: Baila con una mujer en el dancing.

MIEMBROS 1 Y 2: (*Simultáneamente*) ¡Pobre tipo!

PRESIDENTE: Está bien, regrese.

(*Sale la secretaria*)

PRESIDENTE: (*Reanuda comunicación*) No es nada. El señor Be se divierte en el dancing con una mujer... baila. Sí, tiene cualidades admirables, es optimista... ¿Cómo dice? Es un gesto de magnanimidad... Haremos lo posible, aunque dudo que exista en todo el mundo un hombre de sus condiciones... Lo intentaremos de todos modos... Haremos todo lo posible, excelencia. Bien... bien... (*Cuelga*).

PRESIDENTE: (*A los miembros*) Quieren lo imposible.

MIEMBRO 1: Qué.

MIEMBRO 2: Quieren un sustituto del señor Be. Nos ordenan buscarlo en los aeropuertos internacionales.

MIEMBRO 1: ¡Absurdo, sencillamente absurdo!

MIEMBRO 2: Madrid, Bogotá, Nueva York, Buenos Aires, es imposible no encontrarlo.

PRESIDENTE: (*Dirigiéndose al teléfono*) Lo intentaremos. (*Marca otro número*) ¿Aló? Comuníqueme sin demora al aeropuerto internacional de Madrid... Espero.

SECRETARIA: (*Entrando precipitadamente*) La besa.

PRESIDENTE: ¿Qué?

SECRETARIA: Traiciona a su novia, es un canalla.

MIEMBRO 1: ¡Mentira!

PRESIDENTE: (*Al teléfono*) Hablo en nombre del Consejo de Seguridad del Estado... Es para el caso del señor Be... ¿Están enterados? Perfecto. Busquen a un sustituto y envíenlo inmediatamente... ¿Cómo dicen? No... No es posible... Es bastante misterioso... En ese caso... Está bien. No será más (*Cuelga. Se pasea abatido dirigiéndose a la secretaria*). Señorita: al Consejo no le interesa el comportamiento sentimental del señor Be. Limite sus observaciones al problema en cuestión. Regrese a cumplir con su deber.

SECRETARIA: (*Con enojado servilismo, sale*) Sí, señor presidente.

PRESIDENTE: Espere. Ordene al jefe de Relaciones Industriales que se comunique inmediatamente con todos los aeropuertos para que busquen un sustituto del señor Be y lo envíen a propulsión. Diga que es orden oficial del Supremo Consejo de Seguridad del Estado.

SECRETARIA: Sí, Excelencia (*Sale*).

PRESIDENTE: Madrid informa que nunca en los anales de la historia de la aviación española se ha registrado un caso semejante al del señor Be. Están consternados.

MIEMBRO 1: Un hombre nace predestinado a ser Adán Be, y solo hay uno en todo el mundo.

MIEMBRO 2: Fuerzas del destino.

SECRETARIA: (*Entrando precipitadamente*) Excelencia...

PRESIDENTE: ¿Se besan?

SECRETARIA: No.

PRESIDENTE: ¿Es bonita la mujer?

SECRETARIA: (*Anonadada*) Excelencia...

PRESIDENTE: Vamos, ¿qué diablos pasa?

SECRETARIA: Ha desaparecido.

PRESIDENTE: ¿La mujer?

SECRETARIA: No, Adán Be.

PRESIDENTE: Estúpida. Las mujeres no sirven sino para hacer bulla.

MIEMBRO 1: ¿Cuánto hace que lo perdió de vista?

SECRETARIA: Sólo unos minutos.

MIEMBRO 2: Le estará comprando flores a la mujer. El señor Be es un romántico.

MIEMBRO 1: ¿Y si la mujer lo ha conquistado?

MIEMBRO 2: Eso es, lo esconderá.

MIEMBRO 1: Es necesario obrar rápido.

PRESIDENTE: (*A secretaria*) Diga al capitán que movilice al personal en la captura y que haga vigilar con fuerzas motorizadas las vías que comunican el aeropuerto con la ciudad... ¿Qué noticias hay de los aeropuertos internacionales?

SECRETARIA: Han pasado ya el mensaje simultáneamente para todo el mundo... Supongo...

PRESIDENTE: Bien, comunique al capitán la orden de captura del señor Be.

SECRETARIA: (*Saliendo*) Inmediatamente, excelencia.

MIEMBRO 1: ¿Escapará?

MIEMBRO 2: Nos crearía graves dificultades. ¿Qué diríamos al Consejo de Estado?

PRESIDENTE: Eso sería nuestra ruina. Aunque nos queda el recurso del sustituto, si es que existe. Entonces el señor Be se podría ir con su música a otra parte, y volver a ser la insignificante personita que era antes.

MIEMBRO 2: Pensándolo mejor, no creo que escape. El señor Be es un tímido sexual.

MIEMBRO 1: Perdón, excelencia, hacemos mi colega y yo un análisis psicológico de las perturbaciones de la personalidad del señor Be, considerando según Freud los motivos de su fuga...

MIEMBRO 2: Que pueden obedecer a complejos eróticos

MIEMBRO 1: A causa de ser un retenido sexual.

PRESIDENTE: Basta de conjetura. No nos interesa la libido del señor Be, sino saber dónde esté en este momento.

(*Entra el Capitán de aviación, uniformado. Saluda militarmente*)

CAPITÁN: Excelencia.

PRESIDENTE: Señor capitán, es una situación dramática. El porvenir del Consejo y de la empresa está en sus manos.

CAPITÁN: Puede estar tranquilo. No hay peligro de que escape.

PRESIDENTE: Admirable, señor capitán. Cuide usted mismo de que no surjan complicaciones en este asunto.

CAPITÁN: Pierda cuidado. Tengo agentes motorizados que le cerrarán el paso.

PRESIDENTE: ¿Y la mujer?

CAPITÁN: También ha desaparecido. Presumimos que pueden estar por ahí...

PRESIDENTE: El amor es una enfermedad nerviosa que termina por ahí, en alguna parte.

CAPITÁN: (*Entregando un sobre al presidente*) Aquí tiene el informe del Coordinador Internacional sobre el caso de Adán Be.

PRESIDENTE: (*Abriendo el sobre*) Gracias, señor capitán (*Lee para sí*)... ¿Cómo va esa tripulación?

CAPITÁN: Perfectamente equipada. Solo esperamos...

PRESIDENTE: Entonces es urgente la captura inmediata del señor Be. Que comparezca al instante.

CAPITÁN: (*Saludo militar*) Como ordene, excelencia (*Sale*).

PRESIDENTE: (*Destruyendo el informe*) Inútil, perfectamente inútil. No hay sustitutos en ningún aeropuerto.

MIEMBRO 1: Es lamentable.

MIEMBRO 2: Lo que sucede es digno de suceder.

PRESIDENTE: Es verdad. Su suerte está echada. Informaré al Consejo de Seguridad del Estado. Deben estar ansiosos por conocer el resultado de nuestras investigaciones.

(*Se dirige al teléfono y marca un número*)

PRESIDENTE: ¿Aló, aló? ¿El presidente en persona? Es un informe confidencial... (*A los miembros*) Hay una terrible confusión. (*Al teléfono*) ¿Aló? Sí, excelencia, soy yo. Lamento informarle que ninguna empresa de aviación registra el caso semejante del señor Be. Parece que no queda otra alternativa sino que sea él elegido... ¿Esta misma noche? Entiendo... Créame que va a lamentarlo... Pero el porvenir de la ciencia y de la humanidad... ¡Exacto! El hombre debe sacrificarse a los principios... Si todo depende del señor Adán Be, él debe aceptar su parte de responsabilidad... Gracias, señor presidente, usted me abruma con sus elogios. Yo no soy sino un modestísimo servidor de los nobles intereses de la aviación... Todo se hará conforme a su voluntad... Adiós señor presidente (*Cuelga el teléfono*).

MIEMBRO 1: ¿Alguna novedad?

PRESIDENTE: Lo han decidido por unanimidad. El presidente dice que el hombre es una brizna sin importancia arrastrada por el viento de la historia.

PARLANTE: Señor Adán Be, favor presentarse ante el Consejo de Seguridad. Es urgente. Mr. Be, please...

MIEMBRO 1: Su situación debe presentársele muy oscura.

MIEMBRO 2: ¿Cómo reaccionará con la noticia?

MIEMBRO 1: ¡Buen susto!

(Entra Adán Be seguido de la secretaria)

SECRETARIA: Debo comunicarle al honorable Consejo que la antipatía del señor Be fue ofensiva, pues durante todo este tiempo no se dignó siquiera a dirigirme la palabra. Lo que en el fondo constituye una ofensa a la dignidad de nuestra empresa. Y como si fuera poco, se ha pasado todo el tiempo flirteando con una desconocida y traicionando a su amada.

ADÁN BE: Esta es una abyecta mentira.

PRESIDENTE: Todo eso carece de interés oficial.

SECRETARIA: tampoco aceptó ningún homenaje de la empresa.

PRESIDENTE: Está bien.

MIEMBRO 2: *(A Be)* Siéntese, señor Be *(Se sienta)*.

PRESIDENTE: *(Solemne)* Señor Be: lamentamos tener que comunicarle que después de una penosa búsqueda de soluciones, y de consultar los altos intereses de la empresa, de la patria y de la humanidad, debe usted viajar en el vuelo HK-111.

MIEMBRO 1: Acepte esta determinación como una orden inmodificable.

ADÁN BE: Pero...

MIEMBRO 2: Usted debe correr este riesgo. Las razones no las comprenderá claramente y no disponemos de tiempo para convencerlo, si es que ya no está convencido por su propia cuenta de la absoluta necesidad de volar.

ADÁN BE: Es inaudito. Yo me niego a realizar ese vuelo.

PRESIDENTE: No es nuestra culpa, y posiblemente no sea enteramente la suya, aunque sí lo es en determinados aspectos.

ADÁN BE: ¡No pueden obligarme!

MIEMBRO 1: Su suerte está decidida.

ADÁN BE: Puedo renunciar al valor del pasaje sin exigir ninguna devolución. Eso es perfectamente lícito en un país democrático.

PRESIDENTE: No se trata de democracia. El Consejo ha respetado en lo posible sus derechos inalienables.

ADÁN BE: Es una imposición estúpida que no consulta mi libertad, ni mi deseo, ni mis conveniencias.

PRESIDENTE: (*Tono definitivo*) Señor Be: para que esta discusión no se preste a malentendidos de su parte, le aclararé lo que puedo aclararle. Su situación frente a la empresa y frente al mundo es la siguiente: la ciencia aeronáutica necesita efectuar un recorrido que cubrirá un área de equinoccio de verano, aprovechado determinadas condiciones atmosféricas que se presentan esta noche por primera vez, según informes técnicos astronómicos. Durante este recorrido se harán comprobaciones de alto valor que van a favorecer notablemente el progreso de la ciencia de la aviación. De tener éxito esta expedición, el mundo del futuro gozará de las más absolutas seguridades en esta rama del progreso mecánico, y usted va a contribuir a la salvación de muchas vidas humanas, y a evitar innumerables desastres... Muchos hombres, inclusive cualquiera de nosotros, estarían muy honrados de semejante honor, si ese honor nos fuera permitido. Pero la gloria lo ha distinguido precisamente a usted.

ADÁN BE: No me interesa la gloria, señor presidente. Podrían buscarme un reemplazo.

PRESIDENTE: Ese reemplazo no existe. Precisamente lo hemos estado buscando, pero ha sido inútil. En vista de este fracaso, el mismo Consejo de Seguridad del Estado, del cual dependemos nosotros, acaba de ordenar terminantemente que sea usted el elegido.

ADÁN BE: (*Para sí*) Lo que no me explico es qué consiste ese privilegio que me hace un hombre tan importante. Yo siempre creí que era un hombre igual a los demás.

PRESIDENTE: Usted comprenderá después de las razones de su importancia. Nosotros no estamos autorizados para ello.

ADÁN BE: Es un juego miserable.

PRESIDENTE: No arroje inculpaciones, señor Be. El juego ha sido limpio.

ADÁN BE: Yo no he jugado. Todo se ha decidido sin mi consentimiento.

MIEMBRO 1: Debe atender la suprema decisión del Consejo de Seguridad de Estado.

MIEMBRO 2: De lo contrario, usted será juzgado por delito de alta traición a la patria.

MIEMBRO 1: Porque si usted viaja, señor Be, su muerte es menos segura que si se niega. Y en el peor de los casos, existen las mismas posibilidades de muerte.

ADÁN BE: Es un crimen que se me obligue existiendo esas posibilidades de muerte.

PRESIDENTE: Nosotros tenemos fe en esas posibilidades de muerte y por eso lo exigimos. Y para serle franco, señor Be, son muy escasas, casi inexistentes, las posibilidades de salvación.

(Entra el Capitán, saluda militarmente)

CAPITÁN: El vuelo HK-111 está a punto de decolar, y solo espera por el señor Adán Be. Nuestros cálculos meteorológicos indican que la tempestad esta-llará inmediatamente se cierran las puertas de la aeronave.

(Descarga de truenos horripilantes)

SECRETARIA: *(Aterrada)* ¡Santa Bárbara!

PRESIDENTE: *(Ordena ponerse de pie y con voz patética)* Señor Be: en nombre del Consejo de Seguridad que tengo el honor de presidir... y en nombre de los poderes que me han delegado las autoridades superiores... le deseo buena suerte, y acepte desde ya nuestra gratitud imperecedera por el sacrificio que hace en nombre de la seguridad y del confort de las generaciones futuras. ¡Eso es todo!

(Presidente y miembros estiran la mano a Be en gesto expresivo de despedida. Be se deja tomar la mano con indiferencia. Tiene un aire perdido, derrotado. Adán Be y el Capitán quedan solos y se miran asombrados)

CAPITÁN: *(Voz autoritaria, señalando la salida)* ¡Vamos! *(Salen)*.

CAE TELÓN

Segundo acto

(La escena está en penumbra. Una grabación sugiere el ambiente de aeropuerto: aterrizaje de aviones, motores en marcha, velocidades. El parlante informa:)

PARLANTE: Atención, por favor, se comunica a todo el personal activo de la empresa que a partir de este momento quedan cancelados los vuelos ordinarios...

- Atención: Señor Jesucristo Bedoya, favor presentarse en la oficina de información...
- Se comunica a los interesados que sale un bus para la ciudad...
- En la 14 venta de orquídeas...
- Última llamada para el señor Jesucristo Bedoya: se le necesita urgentemente en la oficina de información.

(Se ilumina lentamente la escena. Se destacan al borde del avión el Capitán y Adán Be. Los confusos rumores de aeropuerto se apagan. El avión puede sugerirse por medio de arcos que den la impresión de un espacio encerrado. El arco del primer plano ocupará el espacio necesario para los dos personajes centrales del vuelo: Adán Be y el Sabio (el Sabio debe ser caracterizado por una mujer). Los demás arcos proporcionadamente más pequeños formarán una perspectiva de profundidad. Detrás, en forma visible, está sentado un cartógrafo que hace anotaciones experimentales. En momentos de angustia colectiva chupa un bombón. A su lado, la Escafandra, personaje monstruoso y maquinal. Lleva en la mano un paragüitas con el que se distrae jugando. Para lograr en el vuelo un realismo moderado, los personajes observarán un movimiento discreto, limpiarán los vidrios invisibles, divisarán el exterior, etc)

CAPITÁN: Vamos de una vez, señor Be, súbase. La portezuela está solo a un paso de distancia. ¿Qué espera?

ADÁN BE: *(Anonadado)* Mi equipaje.

CAPITÁN: Todo está listo. Vamos, súbase de una vez.

ADÁN BE: No veo la portezuela, señor capitán.

CAPITÁN: Lo llevaré de la mano.

(El Capitán lo toma del brazo, pero Be se resiste atemorizado)

ADÁN BE: ¡Qué oscuridad!

CAPITÁN: Precisamente acaban de anunciarnos que a veinte mil millas de distancia empieza a amanecer. Nuestra posibilidad de salvarnos es que la nave

que piloteo reciba sobre el ala izquierda el rayo solar 8K2M16, sobre un punto fijo del equinoccio.

ADÁN BE: Y... ¿Será fácil recibir ese rayo, señor capitán?

CAPITÁN: Eso depende, señor Be. Y en gran parte depende de usted. Dudo que recibamos el rayo solar 8K2M16 si continúa usted con sus abyectas vacilaciones.

ADÁN BE: Le agradecería mucho, señor capitán, me permitiera ir al excusado un instante. ¡Es urgente!

CAPITÁN: Usted nos expone a un serio peligro con su incalificable cobardía. Cada cienmillonésima de segundo que usted nos hace perder, nos asegura una muerte casi ineludible. La comisión de sabios está justamente indignada con su conducta criminal. Usted nos expone a una muerte absurda.

ADÁN BE: precisamente se trata de que yo no quiero morir.

CAPITÁN: Usted debiera ser digno de su propia muerte, ya que le tocó el inmerecido honor de acompañarnos.

ADÁN BE: Es un viejo amor por la vida, señor capitán.

CAPITÁN: Pero usted demuestra no ser digno de ella.

(Voz de alto parlante invisible. Be mira en todas direcciones localizando la voz)

PARLANTE: Vuelo HK-111 con destino a... Tripulación a bordo del vuelo HK-111 con destino a... Comisiones científicas del vuelo HK-111 con destino a... Señor Adán Be del vuelo Hk-111 con destino a... Capitán del vuelo HK-111 con destino a..., obligue al señor Adán Be a ocupar el sitio que le está destinado. Utilice todos los recursos, inclusive la fuerza...

CAPITÁN: *(Gritando)* ¡Motores en marcha, motores en marcha!

(Se encienden los motores, giran las hélices. Se inicia una lucha discreta entre Capitán y Adán Be)

ADÁN BE: El water, evacuar mi capitán... solo un minuto... el sanitario... es urgente... urgente...

(Un eco lejano repetirá en grabación estas voces desesperadas, creándole patetismo a la escena. La penumbra en que ha transcurrido va disminuyendo, solo se ven los perfiles de la lucha de Be y Capitán al subir al avión. Luego, se apaga totalmente. La portezuela se cierra. Los mecanismos del vuelo se ponen en marcha. Se desata la

tempestad. Truenos, lluvia, viento... Lentamente van decreciendo los sonidos. Por algunos segundos la escena permanece a oscuras. Luego se encienden las luces que enfocan el interior del avión. El resto de la escena es totalmente oscuro y tenebroso. Los sonidos del vuelo son levemente perceptibles para que den margen al diálogo. A veces, en la oscuridad circundante se proyectan relámpagos de la tempestad que azota la noche. Dentro del avión están Adán Be, Sabio, Cartógrafo y Escafandra. El Capitán no es visible, pero su labor se cumplirá a través de un parlante que proyecta la voz en el interior del avión...)

CAPITÁN: (*Parlante*) Cíñanse fuertemente los cinturones de seguridad.

(Todos lo hacen simbólicamente, menos Adán Be que está “aparentemente” atado. La Escafandra va hasta Be y lo ciñe)

CAPITÁN: (*Parlante*) El capitán del vuelo HK-111 saluda a la comisión de los sabios aeronáuticos... a los miembros integrantes de las comisiones científicas, y de manera especial al señor Adán Be, y les desea un viaje lleno de resignación a través de esta noche espantosa... Registramos una de las tempestades más tenebrosas de la historia de la aviación... No existe ninguna posibilidad de salvación... Repito: ¡ninguna!

ADÁN BE: (*Dirigiéndose al sitio del parlante*) ¡Yo quiero vivir!

CAPITÁN: Usted, señor Be, no puede quejarse.

ADÁN BE: Yo tengo derecho a defenderme. ¡Soy inocente!

CAPITÁN: No lo es.

ADÁN BE: ¿De qué soy culpable?

CAPITÁN: Usted señor Be, no puede quejarse.

ADÁN BE: Yo tengo derecho a defenderme. ¡Soy inocente!

CAPITÁN: No lo es.

ADÁN BE: ¿De qué soy culpable?

CAPITÁN: (*Vacilante*) Señor Be... Usted... usted dio el peso exacto.

ADÁN BE: Y por esa insignificancia se me obliga a...

CAPITÁN: Usted dio el peso exacto para que este vuelo fuera posible. Si usted no hubiera existido en el mundo, nosotros, que estamos cumpliendo un sagrado deber con la patria, no estaríamos corriendo este riesgo espantoso.

ADÁN BE: Yo no lo quería.

CAPITÁN: No estaba dentro de sus posibilidades quererlo. Usted estaba predestinado desde su nacimiento. Quizá la única razón de su existencia era facilitar la realización de este vuelo.

ADÁN BE: Yo nací para ser músico. Eso es la única razón de mi existencia.

CAPITÁN: Con cien gramos o más de peso, usted se habría salvado... Seguramente usted se pesó esta mañana con objetos inútiles: una billetera por ejemplo.

ADÁN BE: No uso billetera.

CAPITÁN: Dígame, señor Be: ¿llevaba usted algún objeto que no use corrientemente?

ADÁN BE: No recuerdo, señor capitán.

CAPITÁN: Puede usted palparse.

ADÁN BE: No puedo, tengo las manos atadas.

CAPITÁN: Ah, lo habíamos olvidado. Usted nos obligó. Le pedimos disculpas... El asistente de la comisión de sabios aeronáuticos los desatará.

(La Escafandra se dirige con pasos de autómatas y da un golpecito mágico con el paraguas en las manos de Adán Be, quien inmediatamente se siente liberado)

ADÁN BE: Estoy miserablemente oprimido.

CAPITÁN: Bien... Ahora está usted libre. Examine sus bolsillos... ¿Qué está usted palpando?

ADÁN BE: Una pipa.

CAPITÁN: ¿La usa habitualmente?

ADÁN BE: Sí.

CAPITÁN: ¿Qué otros objetos encuentra?

ADÁN BE: *(Registrando el otro bolsillo)* Aquí tengo una cajita.

CAPITÁN: ¿Qué contiene?

ADÁN BE: Un collar.

CAPITÁN: ¿A quién estaba destinado ese collar?

ADÁN BE: A una mujer.

CAPITÁN: (*Frenético*) Este estuche era absolutamente innecesario.

ADÁN BE: Si me lo hubieran explicado...

CAPITÁN: Nadie tenía autorización para explicarle nada.

ADÁN BE: Entonces era un complot y ustedes me han traicionado.

CAPITÁN: (*Iracundo*) No me arroje inculpaciones, señor Be. Debe usted respetarme.

ADÁN BE: Solo trato de defenderme.

CAPITÁN: Es inútil su defensa, siempre lo fue.

ADÁN BE: (*Conciliador*) Reconozco que con un regalo menos pesado, tal vez este viaje al que se me obliga de una manera tan absurda y atropellada...

CAPITÁN: ¡Basta de abominaciones! Puedo jurarle que el honorable Consejo de Seguridad reconoció que usted poseía determinadas condiciones que lo hacían digno de la vida. Pero todo dependía de autoridades superiores, hasta hacer inútiles los más justos reclamos de autoridades subalternas. Eso es cuanto puedo decirle del Consejo, al que usted se empeña en difamar.

(*La Escafandra recorre con pasos de autómatas hasta situarse frente al público. El Sabio le entrega un papel, lo lee lentamente y exclama:*)

ESCAFANDRA: ¡Apruebo! (*Regresa lentamente al fondo*).

CAPITÁN: La comisión de sabios suscribe su primer boletín informativo sobre el destino de nuestra expedición. Escuchen.

PARLANTE: (*Voz de Sabio, con lentitud, buscando efecto humorístico*) Todo va bien... todo va mal... todo no va ni bien, ni mal... Gracias.

(*Adán Be mira asombrado al Sabio*)

ADÁN BE: Todos están locos.

CAPITÁN: Señor Be: puede fumar y charlar con su vecino. Es el Sabio que formuló la teoría energética de misteriosas irradiaciones concentradas en la ionósfera y regiones ultracelestes.

SABIO: (*Mujer bonita, pero grave, petulante, de temperamento despótico. Usa pantalones, chaqueta, y gafas. Desde el comienzo del vuelo ha estado concentrada en cálculos y especulaciones. Se miran alternativamente en un juego ridículo*) Es un honor viajar en compañía de un músico famoso, señor Be.

ADÁN BE: ¿Cómo sabe que soy músico?

SABIO: Todo lo que se relaciona con su vida es de nuestro estricto conocimiento.

ADÁN BE: No soy famoso.

SABIO: Naturalmente... Su fama depende de que sobreviva. Y esto es dudoso. Yo como persona de ciencia he aceptado mi destino y no me importa morir... Solo la ciencia es importante, señor Be. La vida es un triste acontecimiento romántico.

ADÁN BE: Usted se equivoca, mono sabio. La vida es hermosa.

SABIO: Para ustedes los artistas el idealismo es una excusa, una evasión de los compromisos con la realidad. La poesía es un recurso de las mentes enfermas por el alcohol, el sexo, la soledad.

ADÁN BE: No sabía que el arte goza de tan poco prestigio entre ustedes.

SABIO: Despreciamos todo lo que es inútil. La poesía es un vicio solitario. No soluciona nada.

ADÁN BE: Los aviones tampoco solucionan nada.

SABIO: Se recortan las distancias entre los hombres.

ADÁN BE: (*Irónico*) Los poetas han viajado siempre a la luna, y han regresado de más allá de la muerte.

SABIO: No han viajado realmente, han soñado que viajan.

PARLANTE: (*Voz de Sabio*) Boletín número dos: ¡Nada!

(*Impacto de rayo. Ruidos dislocados. Motor que falla. Confusión de voces por el parlante. Los tripulantes se ladean en posición determinada y común*)

VARIAS VOCES: (*En diálogos precipitados*) Esto qué es. —Esto no es. —Esto es. —Esto debe ser algo. —Colectivamente estamos perdidos. Es el destino. —Hay una solución. —¿Será posible? —Imposible. —Suscriban un boletín de emergencia. —Me mareo, voy a vomitar.

ADÁN BE: (*A Sabio, con tímida cordialidad*) ¿Sabe usted lo que está pasando?

SABIO: Tenga la fe en la mecánica, señor Be. La naturaleza se confabula con sus locos elementos, pero ya la dominaremos.

ADÁN BE: (*Con desesperación*) Oigo algo que no funciona. ¿Se caerá el avión?

SABIO: Estamos en manos de la ciencia. No se desespere.

ADÁN BE: No creo en sus tornillos.

SABIO: Pero cree en su corazón. El gran escéptico cree en su corazón. Ja... ja...
jaa...

ADÁN BE: ¡Monstruo insensato!

PARLANTE: (*Voz de Sabio*) Boletín número tres: ¡Tengan fe!

ADÁN BE: (*Dirigiéndose al sitio de dónde procede la voz*) Tenemos derecho a saber qué pasa.

CAPITÁN: No pasa nada que le interese.

ADÁN BE: (*Violento*) Me interesa conocer los peligros que amenazan mi vida.

CAPITÁN: Su vida no interesa.

ADÁN BE: (*Desamparado*) ¡Malditos!

SABIO: (*Irónico*) ¿Es de perlas el collar, señor Be? No se impaciente. (*Saca su pipa y la llena*) El tabaco es una buena distracción. Preste su pipa.

ADÁN BE: No fumo ahora.

SABIO: Cuando dije que el tabaco era una distracción me refería a los cobardes, y precisamente a usted. Por mi parte, yo siempre fumo para concentrar el pensamiento. No lo hago por vicio ni por diversión intelectual. Parece que usted no entiende el lenguaje de la razón.

ADÁN BE: Usted me aterra con sus teorías. No entiendo su lenguaje.

SABIO: Es muy claro, de evidencias deslumbrantes. Es el lenguaje de la verdad.

ADÁN BE: No existe la verdad. Solo existe la vida.

(*La Escafandra, provisto de un estetoscopio se acerca por la espalda de Be, lo conecta en su pecho y ausculta sus latidos. Be, aterrado, trata de desprenderse, pero la Escafandra lo domina*)

ESCAFANDRA: Ja, ja, je, je, ji, ji... Suena como saxofón.

(*Repite lo mismo con el Sabio pasando el estetoscopio de un seno a otro*)

ESCAFANDRA: Aquí no hay nada.

SABIO: ¡Basta!

(*Escafandra repite la misma operación con el Cartógrafo*)

CARTÓGRAFO: Escafandra, ¿tú eres casado?

ESCAFANDRA: No.

CARTÓGRAFO: ¿De qué sexo eres?

ESCAFANDRA: De sexo de galaxia.

CARTÓGRAFO: Quieres decir que...

ESCAFANDRA: Me dotaron de neutrones en el laboratorio.

CARTÓGRAFO: Pobre Escafandra, ¿no sufres?

ESCAFANDRA: El amor es sucio. La ciencia me hizo perfecto. No tengo pasiones.

CARTÓGRAFO: ¿No te hace falta?

ESCAFANDRA: Soy feliz. No necesito nada. No deseo nada. No pienso nada.

CARTÓGRAFO: (*Señalando su pecho*) ¿Qué hay ahí dentro?

ESCAFANDRA: Un partido de fútbol.

(*Escafandra retira el aparato y se sienta*)

CARTÓGRAFO: Escafandra, ¿quién va ganando?

ESCAFANDRA: Los Diablos Rojos, de Moscú.

PARLANTE: (*Voz de Sabio*) Boletín número cuatro: un rayo fulminó un ala del avión. Hemos perdido el equilibrio. El ala destruida será reemplazada. Si los técnicos no alcanzan a injertar el repuesto, estamos perdidos... Gracias.

SABIO: (*A Be*) No podrá negarme que "Príncipe Alberto" es una excelente pica-dura. Si acaso regresamos le haré llegar una buena cantidad a su dirección. Estoy segura de que no volverá fumar otra marca. (*Aspira voluptuosamente*) Es deliciosa. ¿Cuándo daba su primer concierto?

ADÁN BE: Esta noche, precisamente esta noche.

SABIO: Lástima de espectáculo. Pero como usted ve, el arte no le hace falta a nadie.

ADÁN BE: Señora: tiene usted una manera presuntuosa y petulante para hablar de la realidad. La realidad de sus probetas me produce risa.

SABIO: ¡Idealista burgués!

CAPITÁN: Si los honorables pasajeros desean un servicio, por favor hundir el botón automático y serán complacidos.

SABIO: (*Hundiendo botón automático*) Señor capitán: deseo pedirle el favor de que nos complazca al señor Be y a mí con alguna obra musical.

CAPITÁN: Serán complacidos.

(*Suena la sonata "La Tempestad", apartes patéticos*)

ADÁN BE: (*En éxtasis, arrebatado por la música*) ¡La Tempestad!

ESCAFANDRA: (*Saca una mano por la ventanilla del avión, luego la sacude*) Está lloviendo (*Abre el paraguaitas y se cubre*).

SABIO: Usted se engaña, señor Be. Quiere disimular su miedo a la muerte con la música. Quiere olvidar. Pero se está mintiendo. No puede olvidar. Siempre habrá ese ruido sordo taladrando el oído, el cerebro, llenando el espacio. Ese ruido es la realidad. Usted quiere huir pero no puede. Nos envuelve como un pulpo, demasiado fuerte, demasiado ineludible.

ADÁN BE: ¡Cállese!

SABIO: Grita porque tiene miedo. Se siente inseguro.

ADÁN BE: (*Vencido*) Y bien, tengo miedo. Todavía recuerdo que soy un hombre.

SABIO: Usted quiere edificarle una ética a la cobardía. Levantarle un monumento a la debilidad. Teme la realidad y se refugia en la belleza.

ADÁN BE: Su positivismo me parece ruin.

SABIO: Es el progreso, señor Be. La historia no puede detenerse.

(*Cesa la música de "La Tempestad". Los tripulantes vuelven a sus posiciones normales. La avería ha sido solucionada*)

ADÁN BE: Más importante que la realidad, es lo irreal.

CAPITÁN: (*Voz jubilosa*) ¡Nos hemos salvado de la catástrofe! Nuestro vuelo sigue normal en la noche cumpliendo su objetivo.

SABIO: ¿Está tranquilo ahora?

ADÁN BE: Ya le dije que amo la vida.

PARLANTE: (*Voz de Sabio*) Boletín número cinco: Visibilidad... No visibilidad... Estrellas puras... Estrellas impuras... Estrella roja de Moscú... cú... cucú... cucú... ¡Gracias!

SABIO: Su fantasía literaria no le ha permitido comprender las dimensiones históricas de su presencia entre nosotros. Usted pasará a la historia como

un héroe por el solo hecho de ocupar un sitio en esta expedición. Como un músico, usted sería un fracaso. Ahora la gloria le sonríe, sonríale usted a la gloria. Abandone de una vez esa estúpida cara de director de orquesta.

ADÁN BE: Su heroísmo me da asco.

CAPITÁN: (*Jubiloso*) A mil millas de distancia nace un bello sol. Bajo el cielo, los hombres se miran y se deslumbran con su fulgor. Aquí seguimos rodeados por una oscuridad tenebrosa y la tempestad. Hay esperanzas y no las hay. La naturaleza es un misterio incontrolable. En esta incertidumbre me permito manifestar la siguiente opinión personal en presencia de inesperados peligros: señor Be, ¡Dios existe! Y aunque nadie me lo ordene ni me lo prohíba, ratifico en esta aeronave mi fe indestructible en la resurrección de los muertos... Hagan coro: Dios mío, hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. Y no nos dejes caer...

(*Todos hacen coro menos Adán Be y el Sabio*)

CORO: No nos dejes caer.

CAPITÁN: En la tentación.

CORO: En la tentación.

CAPITÁN: En el infierno.

CORO: En el infierno.

CAPITÁN: En la tierra.

CORO: En la tierra.

CAPITÁN: En el mar.

CORO: En el mar... el mar.

CAPITÁN: Tenga confianza, señor Be, en la misericordia de Dios, creador de todos los cielos, de todas las tempestades, de los millones de estrellas y del rayo solar...

CORO: 8K2M16.

CAPITÁN: Que debemos recibir en un punto fijo del equinoccio de verano...

SABIO: ¿Ama usted a su novia, señor Be? ¡Naturalmente! Es lo que usted más ama en el mundo. Usted sería estupidamente feliz si viviera. Usted tiene un aire estúpido de amarlo todo.

(La escena se va iluminando con luz brillante de amanecer)

CAPITÁN: (*Voz optimista y precipitada*) Según nuestros cálculos meteorológicos estamos a solo cien millas del objetivo. Todo indica que podremos alcanzar el rayo 8K2M16 si no encontramos obstáculos insalvables. Entonces habremos cumplido nuestra misión... La velocidad es proporcional a las distancias que recorreremos. Esperamos coincidir con el rayo solar 8K2M16 en una cienmillonésima de segundo, logrado lo cual estaremos salvados. Repito: sal-va-dos.

SABIO: ¿Se siente optimista, señor Be? No tendrá motivos para quejarse de la acertada dirección de esta expedición y de la seguridad que le ofrecemos.

ADÁN BE: (*Iluminado*) Es el amanecer. Vuelvo a ver su rostro con claridad.

SABIO: ¿Se refiere usted a su amada? (*Rencorosa*) Verdaderamente usted tiene esperanzas.

ADÁN BE: (*Para sí, exaltado*) Daré mi primer concierto y triunfaré.

SABIO: (*Indiferente*) ¿Qué dice?

ADÁN BE: ¡Triunfaré! ¡Triunfaré!

(Una música delirante de rock and roll suena con frenesí invadiendo la sala, para descargar toda la atmósfera de alucinación y terror. Todos, menos el Sabio, acompañan el ritmo)

ADÁN BE: (*En el colmo de la exaltación*) Quedan invitados a mi primer concierto. ¡Invitados de honor!

SABIO: (*Con melancólico desprecio*) Qué fastidio.

ADÁN BE: (*Con intimidación*) ¿No está contenta? Mire tengo hasta ganas de abrazarla (*Lo intenta*).

SABIO: No me toque.

ADÁN BE: ¿Pero no se da cuenta? Estamos salvados.

SABIO: Hemos cumplido con el deber. No es motivo para gritar como un idiota.

ADÁN BE: (*Extrañado*) Se diría que no está contenta de vivir.

SABIO: Estoy contenta de vivir. No me estoy quejando.

ADÁN BE: No lo demuestra. Después de todos estos peligros de muerte no parece conmoverla que estemos salvados.

SABIO: Me alegro por la ciencia. La hemos servido con amor.

ADÁN BE: Sabe, acabo de descubrir que usted es terriblemente bella.

SABIO: No me galantee porque hemos llegado.

ADÁN BE: Era que el miedo no me dejaba ver. Además confieso que la odiaba.
Me parecía insensible y cruel.

SABIO: No he cambiado.

ADÁN BE: Pero sí, se lo aseguro.

SABIO: El que ha cambiado es usted.

ADÁN BE: Parece que se venga de mí. ¿Por qué?

SABIO: Usted lo sabe.

ADÁN BE: ¿Por qué estoy enamorado? También usted podría amar, si lo quiere.

SABIO: Déjeme.

ADÁN BE: Me mira usted de una manera siniestra, como un enemigo. ¿Lo soy?

SABIO: No somos del mismo mundo.

ADÁN BE: No se niegue sus derechos. ¿Por qué la acompleja el mundo del amor?

SABIO: No me acompleja. Me parece un mundo sucio y pequeño.

ADÁN BE: ¿Y cómo lo sabe si no lo ha vivido?

SABIO: Estoy de regreso.

ADÁN BE: Vuelva a intentarlo.

(Súbitamente la luz decrece. La música de rock and roll cesa. La oscuridad se hace lenta y toral)

ADÁN BE: *(Asustado)* ¿Qué pasa?

SABIO: ¡Increíble!

ADÁN BE: *(Acercándose a Sabio y tomándola del brazo)* ¿Por qué esta oscuridad tan rara?

SABIO: No comprendo. Es la fatalidad cósmica.

ADÁN BE: Y eso, ¿es algo grave?

CAPITÁN: (*Con desesperación*) ¡Atención! Lamentablemente tenemos que comunicar que a solo veinte segundos de distancia del rayo solar 8K2M16 se acaba de operar un eclipse de sol.

(*Las palabras que siguen serán dichas a ritmo de locura*)

CAPITÁN: ¡La aviación! ¡El progreso! El mundo del futuro. Señor Be: ¡usted, usted, usted...!

(*El avión se precipita ruidosamente. La oscuridad es total. Con el estrépito y el impacto final...*)

CAE EL TELÓN

REGINA MEJÍA DE GAVIRIA (1929-2012). La obra aquí compilada, *Calle tal, Número tal*, contiene muchas de las búsquedas del libro que reúne las piezas de Regina Mejía de Gaviria. Por ejemplo, una crítica en ocasiones velada a los convencionalismos sociales, y a la sicología que ciertos valores imponen como prestablecida en las relaciones de pareja y familia. Y se hace velada porque lo que importa no es la denuncia como tal sino la provocación a partir de aquello que se calla, que se deja de hacer; por eso, esta dramaturgia de Mejía de Gaviria trata sobre el dolor, la pérdida, el silencio, la frustración, la contención, la represión. Pero dentro de este juego de espejos de deformaciones también subyace una propuesta inquietante sobre el mismo teatro: el personaje de “La Autora”, en *Calle tal, Número tal*, plantea esa superposición de realidades, en las que la ironía no se hace esperar: ¿el destino son nuestras decisiones, o las elecciones de los demás sobre nosotros? ¿Quién escribe verdaderamente los instantes que nos llevan, querámoslo o no, al centro o al margen mismo de nuestra vida? Lamentablemente, con los años, la autora no volvió a publicar otras piezas; a pesar de su juventud, había mostrado en su primer libro una gran fuerza para crear personajes y situaciones. En ese sentido, Fernando González, quien prologó sus obras, no se equivocó al decir que había en esos dramas un gran talento.

Dramaturgia publicada

La pared. Obra dramática en un cuadro, en: *Calle tal, Número tal*, Medellín, La Tertulia, 1963, pp. 29-37.

El gallo canta tres veces. Farsa en un acto, dividido en un cuadro y semicuadro, en: *op. cit.*, pp. 39-69.

Calle tal, Número tal. Drama en dos semiactos y cinco cuadros, en: *op. cit.*, pp. 71-107.

El puente de Elulalia. Tragicomedia en un acto en cuatro episodios, y un intermedio en el cual Eulalia baila la cumbia, en: *op. cit.*, pp. 109-145.

Calle tal, Número tal

(Drama en dos semiactos y cinco cuadros)

Personajes

PADRE

MADRE

HIJO

HIJA

AMIGA DE LA HIJA

DONCELLA

COCINERA

CHOFER

DETECTIVE

INSPECTOR DE POLICÍA

LA AUTORA

UN ESPECTADOR

Al llegar el público, encontrará sobre la cortina, otra, o un simple cartelón, con el esbozo de una casa. Esta ha de ser imponente, de dos plantas, y no le vendrían mal un pórtico espacioso y algunos árboles. El estilo arquitectónico se deja a gusto del mecenas que auspicie el montaje de la obra.

Para crear el ambiente de las habitaciones, no se requiere un decorado complicado. Con unos trazos de pincel puede darse la idea de cocina, biblioteca, etc., sin entrar en grandes instalaciones. Desde luego se tiene en mente algo moderno, pero fácilmente inteligible. Sería mejor prescindir de todo mobiliario inútil.

Tanto la casa como los personajes que son propiedad de la imaginación de La autora (Padre, Madre, Hijo, Hija, Amiga de la Hija, Doncella, Cocinera, Chofer), deben poseer cierto carácter de irrealidad. Esto se logrará a base de luces y del maquillaje de los actores, los cuales podrían llevar, por ejemplo, una capa de pintura azulada. En cambio, la oficina del Inspector de Policía, éste

mismo y el Detective, han de ser altamente convincentes, y si se quiere, vulgares... (Caras desnudas, muebles sólidos, nada de dibujos futuristas).

La Autora aparecerá bien caracterizada. Enormes anteojos de aro redondo, rostro simple y traje sastre pasado de moda que cubra su cuerpo caótico. Se peina de moña, y escribe con una gran pluma que puede ser de pavo real, ganso, o en caso extremo, del pollo que mataron la víspera en casa del director de escena.

NOTA: Si la representación se efectúa en el año 2000, lo lógico será reemplazar el “twist”, por el baile que en este momento esté más en boga.

Semiacto primero

(Cinco minutos antes de comenzar la presentación de la obra, La Autora toma asiento frente a una mesita dispuesta al lado izquierdo del proscenio, sin mirar a nadie, escribe con aire concentrado, amontonando cuartillas. De vez en cuando, estruja alguna y la tira con disgusto. Finalmente, transcurridos los cinco minutos, se levanta y se llega al centro del escenario, —por fuera del telón—, desde donde se dirige al público:)

LA AUTORA: Señores, imposible suponer una situación más desairada que la mía, para un actor dramático. En mala hora creé esta casa y cuando menos lo pensé, se me pobló de personajes francamente indeseables. Quise ponerlos a vivir el drama que estaba gestando, pero no me hicieron caso. Traté de imponerles mis puntos de vista, les sugerí frases que se negaron a decir... Por último me despidieron con cajas destempladas, y hube de abandonar el lugar, para espiarlos por las rendijas, como un vulgar merodeador. Deseo, pues, salvar mi reputación y advierto que de lo que ellos hagan o digan, no soy responsable *(Hojea el manuscrito y de nuevo habla al público:)*

LA AUTORA: Aquí tenemos el caso de esas jovencitas... no logré escuchar lo que decían durante casi toda la escena, así que las veréis actuar, tragándose sus sandeces *(Se retira del proscenio. Su sitio permanece desocupado).*

SE LEVANTA EL TELÓN

Primer cuadro

(Salón de estar en una casa de categoría. Predominan los colores chillones y el decorado es ultramoderno e inquietante. Un aparato estereofónico toca a todo volumen el "twist" más reciente. Por unos instantes la escena aparece desierta y sólo se oyen las notas descoyuntadas. Cuando ya los espectadores están al borde del alarido, entran la Hija y la Amiga de la Hija. Se enfrentan, ejecutan algunos pasos de "twist" y finalmente, la una cae rendida en una silla mientras la otra detiene el "estéreo")

(La Hija se inclina sobre su Amiga y le dice algo al oído. Ambas estallan en carcajadas. Aquella camina como imitando a alguien, menea excesivamente las caderas, y de nuevo más risas. Toda la actuación de las muchachas está impregnada de malicia y coquetería, como corresponde a su edad, -unos diecisiete años-, y da amplio margen a la iniciativa del director)

(Con aire súbitamente serio, la Hija se aproxima a una mesa en el centro del aposento y extrae dos cigarrillos de una caja de porcelana. Los coloca entre sus labios y los enciende con cierta dificultad. Pasa uno a su compañera y lanzan bocanadas de humo. Luego oprime un timbre en la pared y se deja caer sobre la alfombra)

(La Amiga de la Hija se atraganta con el humo, tose, y mirando el cigarrillo con aire de extrañeza y disgusto, lo aplasta en un cenicero)

(Hace su entrada la Doncella. Le dicen algo que no se alcanza a oír y aquella se retira nuevamente)

(Suenan el timbre del teléfono y la Hija sale a contestar, como una exhalación. Entre tanto, la Amiga hace aparecer misteriosamente un espejo, cepillo de cabeza y otra serie de artefactos que incluye sombra para los párpados, pinceles, etc. Con total abstracción de cuanto le rodea, inicia su complicada labor. Cierra los ojos, los abre, estira los labios de un lado para el otro, se unta saliva en las cejas, se levanta un mechón de pelo para acá y otro para allá...)

(La Doncella entra, deja unas Coca-Colas sobre la mesa y sale enseguida. Regresa la Hija y observa con interés la faena de su compañera. En silencio, hace algunas insinuaciones que terminan en risas estrepitosas de ambas)

(De nuevo se oye el timbre del teléfono y la Hija corre apresurada, para volver de inmediato con aire descontento. Empiezan a tomar las Coca-Colas, cuando llega el Hijo. Este es un muchacho de unos veinte años, buen mozo y de aspecto petulante. Sin mirarlas ni tomar asiento, pregunta:)

Hijo: ¿Dónde está papá?

Hija: ¿No te parece que podrías saludar primero?

AMIGA DE LA HIJA: (*Insinuante, pero sin dirigirse al joven*) Él tiene demasiadas cosas en qué pensar, para saludar a muchachas tan insignificantes como nosotras...

HIJO: (*Con ademán de urgencia*) Bueno, bueno. Es en serio; necesito hablar con papá.

HIJA: (*Encogiéndose de hombros*) Pues entonces búscalo, que por ahí debe andar.

HIJO: Pero, ¿dónde?

HIJA: Yo no sé dónde, yo qué voy a saber... ¿Acaso te parece que él se pasa la vida charlando conmigo?

HIJO: Por lo menos, contigo no pelea y te da plata que es lo más importante.

HIJA: (*Melancólica*) A ratos pienso que no es lo más importante... (*Vivaz, sacudiendo su tristeza*) Oye, te han llamado mucho por teléfono.

HIJO: (*Con interés angustiado*) ¿Quién? ¿No dijo quién?

HIJA: No dijo quién, pero yo creo que fueron varios.

HIJO: ¿No dijeron para qué, ni dejaron ninguna razón?

HIJA: No. No dijeron nada. ¿Qué sucede? ¿Por qué estás haciendo esa cara? ¡Ni que te fueran a sentar en la silla eléctrica, mañana muy temprano!...

(*El joven hace un gesto muy ambiguo y se dispone a salir, cuando dice la Amiga de la Hija:*)

AMIGA DE LA HIJA: ¡Qué misterios los de tu hermano! Francamente me parece más entretenido ensayar ese otro “twist”, que tratar de descifrarlos.

(*El Hijo da un gruñido y sale. Las jovencitas sueltan la carcajada, hacen funcionar el “estéreo” y de nuevo se enfrascan en un baile agotador. La escena no se corta de inmediato, sino que debe prolongarse unos segundos más*)

CAE EL TELÓN

(*Se presenta La Autora en el proscenio y al ver que Un Espectador inicia la retirada, habla al público con ademán suplicante:*)

LA AUTORA: ¡Un momento! No os vayáis todavía... por culpa de esas estúpidas muchachas, la perjudicada voy a ser yo. Soportad hasta el entreacto, y enton-

ces saldréis con disimulo; nadie se dará cuenta y me habréis hecho un gran favor. (*El Espectador toma asiento*). Pasemos a otro lugar de la casa, (*Hojea el manuscrito*), página ochenta y dos, primer párrafo. La cocina. ¡Qué cocina tan encantadora! Lástima que tenga tales habitantes... Transcribiendo esta escena permanecí quince minutos sobre un pie y quedé toda encalambreada. ¡Las miserias que debe soportar un autor teatral, para que luego todo el mundo lo critique!... (*Mueve la cabeza con desaprobación*). (*Sale cojeando ligeramente*).

SE LEVANTA EL TELÓN

Segundo cuadro

(*Cocina de la misma casa. Al lado derecho, una mesita a la que se sienta el Chofer en mangas de camisa y con la gorra propia de su oficio. Colocando la mano izquierda sobre la nuca y ese brazo apoyado en la mesa, queda medio echado sobre ésta. Con la otra mano extiende perezosamente un juego de solitario. Lo intercala con sorbos de café, de una tasita que tiene al lado*)

CHOFER: Pues yo se lo voy a decir francamente al señor. Y si no me acepta con esa condición, tendré que retirarme. Soy un hombre casado y lleno de obligaciones. A mí no me meten en un lío.

(*La Cocinera es gorda y pela una papa con aire satisfecho*)

COCINERA: ¡Ya ve lo que es la vida!... “Uno nunca sabe”, como decía mi patrona la señora Manuelita. Quién lo hubiera pensado. ¿No estará exagerando?

(*Tercia la Doncella, que es flaca y da brillo a una tetera de plata con aire trágico:*)

DONCELLA: Si Ud. supiera las cosas que sé yo de la gente de esta casa, no se extrañaría. Como está siempre metida en la cocina, pelando un papa tras otra.

COCINERA: ¡Pero todos son tan buenos! El señor, la señora, los muchachos...

CHOFER: Pues yo de los demás no sé; pero así se lo voy a decir al señor: si no es con esa condición, yo me retiro del trabajo. Soy un hombre casado y lleno de obligaciones, que no puede meterse en un lío (*Nuevo sorbo de café, nueva carta sobre la mesa*).

DONCELLA: Ud. hace apenas tres meses que trabaja con los señores... Para Ud. es muy fácil decir: me voy si por culpa del muchacho me van a meter en un lío. Lo envidio; yo llevo veinte años con ellos; a veces quisiera largarme y dejarlos con sus problemas... ¡Ojalá pudiera!

CHOFER: ¿Y a Ud. qué le importan las cosas de ellos? ¿Por qué no se va?

DONCELLA: No soy capaz. Yo servía en la casa del padre de la señora cuando ella se casó...

COCINERA: ¡Pobrecita la señora tan delicada!

CHOFER: ¿Qué le pasa a la señora que todo el mundo la trata como si fuera de azúcar?

COCINERA: (*Entusiasmada*) Es medio inválida, la pobre. No le puede faltar su mantica cuando llueve, ni su "consomé" a la media mañana...

DONCELLA: (*Interrumpiendo*) Desde que nació el niño quedó con una cosa en el corazón; no me acuerdo cómo dijo el médico que se llama. Ninguna preocupación, ninguna contrariedad, moverse muy poco... Esa fue la receta.

CHOFER: ¡Ah! Fácil de despachar la receta, sobre todo para un pobre como nosotros... Afortunadamente no nos dan esa clase de enfermedades.

(*Ríen, excepto la Doncella*)

DONCELLA: Si supieran lo que ha sufrido el señor con la enfermedad de la señora, no les daría risa.

CHOFER: (*En tono conciliador*) No se enoje; no se enoje que era una charla. (*Añade insinuante:*) Veo que no le gustan las charlas; mejor, a mí me gustan las mujeres serias.

(*La Doncella le vuelve la espalda y comienza a dar brillo a otra pieza del juego de té*)

COCINERA: En todo caso, hay que reconocer que el señor sí es muy, pero muy bueno. Fíjense, tantos años casados, la señora tan enferma y tan incapaz, —porque casi ni viene a la cocina—, y él como si estuviera en luna de miel.

CHOFER: A mí me ha parecido que ella no le corresponde gran cosa... Él la contempla y la contempla, y ella no tiene ojos sino para el sinvergüencita ese.

COCINERA: ¿Quiere un poquito más de café?

CHOFER: (*Tirando el mazo de cartas sobre la mesa*) No; me comprometí a llevar, a las siete, a la amiga de la señorita. (*Hablándole a la Doncella y desmerezándose*) ¿Me hace el favor de avisarle?

DONCELLA: (*Malévola*) ¡Esa no sale de aquí antes de la nueve de la noche!... Allá deben estar retorciéndose (*Ejecuta un escandalizado remedo del "twist"*). Parecen locas. Y se ríen como locas. No se imagina uno que gente dizque decente... Pero el señor deja hacer a la niña lo que quiera y le da plata y más plata. (*Añade reprobatoria*) Yo no entiendo al señor.
(*Suena un timbre con insistencia. La Doncella da un suspiro*)

DONCELLA: Deben ser ellas para pedir más Coca-Cola.

(*Sale la Doncella. El Chofer se levanta y con mucha parsimonia se coloca la chaqueta que tenía colgada en el respaldo del asiento*)

CHOFER: Pues hoy mismo voy a hablar el asunto con el patrón. Si no está de acuerdo, no me queda más remedio que retirarme. Ud. sabe que un hombre casado y lleno de obligaciones, no puede meterse en un lío...

COCINERA: Tiene mucha razón. Se ve que Ud. es un muchacho juicioso. Si quiere pasarse por aquí después de la comida, le guardaré una presita de pollo y un pedazo del postre que está muy bueno.

CHOFER: Gracias; claro que vengo. Hasta luego.

COCINERA: Adiós, pues.

(*Sale el Chofer. La Cocinera continúa pelando papas, con ojos entre asombrados y gozosos. Murmura*)

COCINERA (*Moviendo la cabeza dubitativamente*) Uno nunca sabe, uno nunca sabe...

CAE EL TELÓN

(*Aparece La Autora y toma asiento en un lugar. Habla al público*)

LA AUTORA: Supongo que tenéis derecho a unos momentos de reposo. Salid, pues; fumaos un cigarrillo, contad el último chisme, o respirad un poco de

aire fresco. Entre tanto yo adelantaré la obra (*Escribe sin prestar atención a cuanto la rodea*).

Semiacto segundo

(*Transcurrido el tiempo reglamentario del entreacto, La Autora se pone de pies y se dirige a los espectadores*)

LA AUTORA: Página ochenta y nueve, sexto párrafo:

SE LEVANTA EL TELÓN

Primer cuadro

(*Prosigue leyendo La Autora*) Biblioteca en la Calle Tal, Número Tal. Lugar serio netamente masculino. El Padre sentado ante un gran escritorio, revisa papeles. Rostro cansado y un tanto duro. (*Cesa de leer La Autora. Se retira del escenario*).

(*Lllaman inmediatamente a la puerta. El Padre hace un ademán de disgusto y continúa en su labor. Otra vez se oyen los golpes, ahora más fuertes. Habla el padre cortante*)

PADRE: ¿Quién llama? Estoy ocupado.

HIJO: (*Invisible para el público y con voz insegura*) Soy yo, papá.

PADRE: (*Aún más molesto*) Ya dije que estoy ocupado.

HIJO: Necesito hablar contigo.

PADRE: No quiero que me interrumpas. Estoy ocupado.

HIJO: (*Con afán*) Pero necesito decirte...

PADRE: (*Bruscamente*) ¡En esta casa no se puede estar tranquilo! Déjame en paz.

HIJO: Ábreme. Tengo que hablar contigo.

PADRE: (*Exasperado*) ¡Que te vayas!

HIJO: Papá, no puedo irme. Es preciso que hablemos. Es muy urgente...

PADRE: (*Rotundo*) No pienso hablar contigo. No tenemos nada que decirnos.

HIJO: (*Golpea la puerta con energía*) Tienes que abrirme.

PADRE: He dicho que no abro; no pienso abrir, y si lo que quieres es dinero, estás perdiendo el tiempo.

HIJO: No se trata de eso... No me demores más, que es muy urgente.

PADRE: (*Fuera de sí, poniéndose de pies*) ¡Vete de una vez!

HIJO: (*Golpeando aún con más fuerza*) Tienes que abrirme, ¡ábreme!

PADRE: (*Se aproxima a la puerta*) ¿Estás loco? (*Recalcando las palabras*) No voy a hablar contigo. No quiero hablar con nadie y menos contigo.

HIJO: (*Convincente*) Estoy seguro de que me dejarías entrar, si supieras lo que tengo que decirte.

PADRE: (*Despectivo*) Pero no lo sé, así que vete.

HIJO: (*En tono de súplica*) Por Dios, papá, no puedo esperar más...

PADRE: (*Con rabia, parado ante la puerta*) ¡Qué te vayas!

HIJO: (*Casi sollozante y golpeando desesperadamente la puerta*) Si no me dejas entrar, echo la puerta abajo...

(*Se escuchan nuevos golpes desaforados*)

PADRE: (*Bajando un poco la voz*) ¡Silencio! Te va a oír tu madre.

HIJO: (*Sin cesar de golpear*) Sí, me va a oír... Van a oír muchas cosas.

(*Hay una pausa de indecisión en el Padre, quien, por fin, con lentitud, extiende la mano y abre la puerta. Penetra el Hijo y ambos se quedan parados mirándose. El joven intenta hablar y se le atagantan las palabras. El Padre le vuelve la espalda y se sienta ante su escritorio en actitud de quien imparte justicia*)

PADRE: (*Severo*) Di pues, ¿qué querías decirme con tanta urgencia? (*El Hijo permanece en pie junto al escritorio. Es obvio que desea sentarse y no se atreve. Toda su petulancia está por tierra*).

HIJO: (*Vacilante*) Papá... es muy grave lo que te tengo que contar.

PADRE: (*Con sarcasmo*) ¿Grave? (*Ríe, amargado*). Francamente, no creo que pueda llegarme de ti ya nada grave.

HIJO: (*Reaccionando con pasión*) ¡No pareces comprender que hablo en serio!...

PADRE: Yo también. Hace tiempos dejé de preocuparme por ti. Recuerdo aquella primera vez que me llamaron de la universidad... y cuando te expulsaron, y cuando el amigo de quien pedí un empleo para ti, me dijo a los pocos meses que no podía conservarte. ¡Jamás en la vida me sentí tan humillado!
(*El Hijo se deja caer desesperadamente en una silla*)

Hijo: Papá, oye, me andan buscando.

PADRE: (*Inexorable*) No quiero saber quién te busca. No me interesa quién te busca.

Hijo: (*Con voz entrecortada*) Si me encuentran, van a meterme a la cárcel.

PADRE: (*Desconcertado*) ¿La cárcel?... ¿Llegaste a eso?

Hijo: Tú puedes ayudarme...

PADRE: (*Aterrorizado y hablando consigo mismo*) A la cárcel... Lo llevarán a la cárcel. Ella va a saberlo... (*Se levanta y se vuelve contra el Hijo, diciéndole casi a los gritos*) ¡Infeliz, sí, en la cárcel es donde debes estar y donde siempre he esperado verte! Pero ella... (*Esconde la cara entre las manos*).

Hijo: Si me ayudas, podría irme.

PADRE: (*Paseándose trastornado*) Cuántas veces deseé que te fueras a un sitio tan lejano, que ni cartas tuyas nos llegaran... Pero ella...

Hijo: Tú no piensas sino en ella; siempre en ella. Y si yo no me voy pronto, me van a meter a la cárcel... ¿No ves que me van a meter a la cárcel? (*Se pone de pies con desesperación*).

PADRE: (*Absorto*) Tú tienes la culpa... tú tienes la culpa de todo. Desde que naciste...

Hijo: (*Suplicante*) Ayúdame, por Dios. Me iré y ella no lo sabrá nunca. ¡Ayúdame!

PADRE: (*Como volviendo a la realidad y sentándose de nuevo*) Sí. Te irás. Es preciso que te vayas. Ella no soportaría ese golpe.

Hijo: (*Con urgencia*) Tengo que salir inmediatamente. Me andan buscando.

PADRE: Yo te daré el dinero y te ayudaré, pero es necesario que tu madre no se entere de nada. Dile que te vas a estudiar cualquier cosa, inventa algo... Sube en seguida para que le hables. ¡Pronto!

Hijo: Sí. No puedo demorarme... (*Sale rápidamente*).

(El Padre se queda inmóvil, como si estuviese en un sitio desierto y no hubiera paredes y sus ojos vieran el vacío absoluto)

PADRE: *(Con voz monótona)* Él tiene la culpa de todo. Él tiene la culpa... desde que nació...

(Lejanas se escuchan las notas absurdas del "twist")

CAE EL TELÓN

(Aparece La Autora exasperada)

LA AUTORA: ¡Por Dios, señores!... Creed que yo no inventé nada de cuanto ha sucedido aquí. Mi drama, -el que iba a escribir-, era un drama precioso. Dudaría de que nos encontramos en la Calle Tal, Número Tal, si no conservara en la imaginación cada detalle del edificio, cada mueble, cada cuadro... Las palabras de estas gentes me asombran; sus actuaciones me dan miedo. Tal vez, mediante una orden judicial, pudiera desalojarlas. Mas ahora es preciso que capte la escena con la madre, para lo cual tendré que trepar hasta esa ventana del segundo piso... ¡Ojalá no resulte con un hueso roto!

(Desaparece La Autora)

SE LEVANTA EL TELÓN

Segundo cuadro

(Dormitorio de la Madre. Esta se halla recostada en un diván y viste una lujosa "negligée": se cubre con una manta. Tonos suaves, hileras de frascos con lociones y cosméticos sobre el tocador. Debe llegar hasta el público la fragancia de algún perfume. La penumbra reinante, realza lo femenino y abigarrado del ambiente. Se abre la puerta y entra el Hijo, casi de puntillas)

MADRE *(Incorporándose alegremente)* Hijo, qué milagro que te acuerdes de saludar a tu pobre mamá...

HIJO: (*Dándole un beso y sentándose a su lado*) Se ve que estás mejor. Tienes muy buena cara.

MADRE: No creas, no creas. Me siento muy débil y este corazón anda cada vez más alocado... Lo que me admira es que no se haya parado todavía.

HIJO: No digas esas cosas, mamá. Tengo una noticia para darte y necesito que estés tranquila.

MADRE: ¿Una noticia? Ha de ser excelente para que no me afecte en las condiciones en que estoy... Sabes que odio las noticias.

HIJO: (*Tratando de dominar su impaciencia*) Pero mamá, es preciso enterarse de lo que sucede; uno no puede vivir...

MADRE: (*Comenzando a exaltarse*) Sí, sí, ya sé. Oye, mi salud no está para sermones; dame un beso y vete bien juicioso a esperar la hora de la comida. Luego me contarás tu famosa noticia.

HIJO: (*Con energía*) No puedo esperar... Debo salir ahora mismo.

MADRE: ¿Salir ahora? ¿Quieres decir que no comerás hoy aquí? En esta semana no te has quedado a comer un solo día...

HIJO: (*Cada vez más apresurado*) No se trata de comer aquí; mañana me voy a la Argentina y tengo infinidad de cosas que arreglar...

MADRE: (*Sorprendida*) ¿A la Argentina? ¿Y qué vas a hacer tú a la Argentina? ¡No será en serio que me sales con esto!

HIJO: Sí; es en serio. Hace mucho quería decírtelo, pero sabía que iba a disgustarte y no me atrevía.

MADRE: (*Indignada, arroja la manta y se pone de pies*) Imposible. No puede ser. No me puedes hacer esto. Tú sabes que eres lo único que tengo en el mundo; lo único que me conserva viva...

HIJO: (*Fuera de sí en su prisa*) ¡Tonterías! Ahí te quedan papá y la niña... Se trata de mi porvenir y está decidido. (*Incorporándose*) Me voy, mamá.

MADRE (*Lo retiene angustiada, cogiéndolo de un brazo*) ¿Así? ¿Sin explicarme siquiera?... Estoy segura de que tu padre no sabe nada. El no permitiría que me causaras esta pena (*Llora, mientras el Hijo trata con suavidad de soltarse*).

HIJO: No hagas una tragedia. Voy simplemente a estudiar un negocio y puedo estar de regreso antes de un mes. Adiós, mamá. Siento irme así, pero no

hay más remedio (*Brega por salir; ella se le aferra entre sollozos y exclamaciones ahogadas*).

(*Entra el Padre bruscamente y al contemplar la escena, queda mudo de indignación*)

MADRE: (*En tono de súplica, dirigiéndose al Padre*) ¡No lo dejes ir... no lo dejes!

HIJO: (*Apremiante, también al Padre*) Dile que me suelte. Tengo que irme.

(*El Padre como despertando de un sueño, se aproxima a la mujer y le dice con ternura, procurando cogerla entre sus brazos*)

PADRE: Amor...

(*Ella reacciona frenética. Suelta al Hijo y se vuelve contra el Padre*)

MADRE (*A los gritos*) Sí; tú quieres que se vaya. Tú lo odias y quieres alejarlo de mí porque tienes celos.

PADRE: (*Con voz contenida e intensamente pálido*) Cálmate, cálmate por Dios.

MADRE: (*Trastornada por completo*) Si él se va, me iré yo también de esta casa...
¡No quiero volver a verte, no quiero vivir contigo!

PADRE: (*Ahogadamente*) Tranquilízate, mi vida, no te pongas así... Te va a hacer daño.

MADRE: ¡Mejor! ¡Ojalá muriera de una vez!... (*Llora con desesperación*).

PADRE: Recuerda que yo te necesito. Además, tienes otra hija...

MADRE: Tú también. Tú también tienes otra hija, pero eso no cambia nada.
(*Se deja caer sin fuerzas sobre el diván, ocultando el rostro entre los brazos y gimiendo*)

(*El Hijo trata de ganar la salida. Al abrir la puerta se encuentran con el Detective y con la Doncella que llegan. Esta permanece en el vano de la puerta, mientras aquel entra en la habitación. A guisa de saludo se toca el ala del sombrero que conserva puesto, y se extiende hacia el padre un "carnet" que él no alcanza a tocar*)

(*Otra vez se perciben las notas del "twist"*)

DETECTIVE: Buenas noches. Perdonen que entre hasta acá, pero tengo orden de llevarme al joven personalmente. No podemos correr el riesgo de que se escape.

CAE EL TELÓN

Tercer cuadro

(Oficina del Inspector de Policía. Este, los pies sobre la mesa, fuma un cigarro y conversa con el Detective, quien continúa de sombrero)

INSPECTOR DE POLICÍA: ¿Así que estás seguro de la culpabilidad del muchacho?

DETECTIVE: Desde luego... Lo estábamos vigilando hace más de un mes.

INSPECTOR DE POLICÍA: Y la otra que agarraron con él, ¿es su cómplice?

DETECTIVE: No; no señor... Esa es la autora.

INSPECTOR DE POLICÍA: ¿La autora? ¿Cuál autora?

DETECTIVE: ¡Pues cuál va a ser!... La de la obra.

INSPECTOR DE POLICÍA: *(Confuso, se rasca la cabeza)* Vamos a ver. Explícate que yo no soy hombre para resolver enigmas...

DETECTIVE: Muy sencillo. Esa señora o señorita, o lo que sea, estaba escribiendo una obra que transcurría en la Calle Tal, Número Tal, la casa que teníamos vigilada. De pronto nos dimos cuenta de que alguien merodeaba por allí. El agente Pinzón se encargó de detenerla mientras yo aprendía al muchacho. La encontró asomada a una de las ventanas del piso superior, a punto de caer y en una posición francamente escandalosa. Como se le resistiera, él se vio obligado a emplear la fuerza y ella se lastimó un brazo.

INSPECTOR DE POLICÍA: A mí ese asunto de la autora me tiene sin cuidado. Lo que quiero saber a fin de cuentas, es cuál fue el delito del joven.

DETECTIVE: Pero ¿no le dije que la autora está detenida?

INSPECTOR DE POLICÍA: ¿Y eso qué? Debe ser una pobre loca. La pondrán en un manicomio y se acabó. El problema nuestro es el del muchacho.

DETECTIVE: ¿No comprende que es imposible continuar la investigación? ¡Ella esta incomunicada!

INSPECTOR DE POLICÍA: ¡Absurdo! Prendimos al delincuente y aquí estoy yo que soy el inspector de la policía...

DETECTIVE: Se equivoca Ud. La casa de la Calle Tal, Número Tal, era propiedad privada de la mente de la autora, lo mismo que sus habitantes.

INSPECTOR DE POLICÍA: Pero ha habido un delito y es necesario castigar al culpable.

DETECTIVE: Ella, ella es la culpable.

INSPECTOR DE POLICÍA: ¿Y de qué se la puede acusar?

DETECTIVE: ¡Ah, de eso se encargará cualquier abogado! Merodeo nocturno; estafa a los espectadores que pagan por presenciar sus obras; corrupción de menores... Al fin y al cabo ella pervirtió al chico.

INSPECTOR DE POLICÍA: ¿Sabes? Me da lástima de esa pobre chiflada. Te propongo una cosa: soltémosla al público. El verá qué hace con ella.

DETECTIVE: La lincharán... ¡No hay duda de que la lincharán! Pero lo tiene bien merecido. ¿Vamos?

INSPECTOR DE POLICÍA: Vamos (*Abre una puerta y hace entrar en escena a La Autora cogida por un brazo. Grita Un Espectador*).

UN ESPECTADOR: ¿Y qué fue de la madre? ¿Qué le pasó a la madre?

LA AUTORA: (*Indignada, mientras el Detective la toma del otro brazo*) ¡Yo qué voy a saber de la madre!... ¿No ve que me detuvieron?

(*En medio del Detective y del Inspector de Policía, La Autora desciende del proscenio con la moña en desorden y un brazo en cabestrillo. Se resiste débilmente. Una vez que la dejan entre las primeras filas de público, los hombres regresan al escenario y*)

CAE EL TELÓN

CIRO MENDÍA (CARLOS MEJÍA ÁNGEL) (1894-1979). Los caminos de la dramaturgia antioqueña, desde sus inicios con la desaparecida obra de José María Salazar, habrían de conducir a la obra de Ciro Mendiá: el valor más alto del teatro antioqueño hasta 1966, cuando se inicia una nueva etapa de nuestra tradición con la publicación de *El grito de los aborachados* de Gilberto Martínez. La obra que marca un final pero al mismo tiempo un inicio es justamente esta: *Prometea desencadenada*, el río que separa dos épocas; no porque en dicha obra se resume y se sintetice el siglo XIX o la primera mitad del siglo XX, sino porque anuncia la urgencia de las nuevas búsquedas que habrán de concentrarse en el personaje, el tiempo y el deslinde de los géneros. Y aunque la obra se sustente en Pirandello, Ciro Mendiá (sabiéndolo o no) se acerca a la realidad de Beckett, al absurdo de Ionesco y a la crítica política e histórica que por los mismos años asumiría la obra de Enrique Buenaventura. Mendiá es una ficha central porque es el más teatral de los dramaturgos de su tiempo; un hombre que intentó caminar paralelo, con las posibilidades que tenía a la mano, a los vientos que le llegaban de Europa y Norteamérica.

Dramaturgia publicada

El papá de Trina, en: *Teatro completo*, Medellín, Autores Antioqueños, 1986, pp. 21-39.

Pa' que no friegue, en: *op. cit.*, pp. 41-61.

La máscara de oro. Comedia dramática, en prosa y en dos actos, en: *op. cit.*, pp. 63-107.

La caja de papel. Comedia dramática en tres actos y en prosa, en: *op. cit.*, pp. 109-171.

Un perfume. Poema escénico, en prosa y en tres jornadas, en: *op. cit.*, pp. 173-181.

Pérdidas y ganancias. Comedia en tres actos y en prosa, en: *op. cit.*, pp. 183-249.

Arrayanes y mortños, en: *op. cit.*, pp. 251-268.

La dulce mentira. Comedia en tres actos y en prosa, en: *op. cit.*, pp. 269-333.

El traje azul. Comedia en un acto, en: *op. cit.*, pp. 335-349.

Entremés de unos amores, en: *op. cit.*, pp. 351-369.

La negra tiene la palabra. Comedia en dos actos y en prosa, en: *op. cit.*, pp. 371-407.

Prometea desencadenada. Farsa dramática en un prólogo y un acto, en: *op. cit.*, pp. 409-437.

Prometea desencadenada

Farsa dramática en un prólogo y un acto

Personajes

TRASPUNTE, 50 años

FLÉRIDA, 28 años

TIRRENO, 45 años

ALBANIO, 40 años

NEMOROSO, 40 años

GALATEA, 20 años

SALICIO (invisible), 25 años

Escena I

(TRASPUNTE)

(En medio de cuatro cirios apagados, un ataúd sin tapa y al pie de varias coronas de flores marchitas. Pequeña escalera para subir al escenario. Al levantar el telón, la escena permanecerá un momento sola. A poco se oirá dentro, la voz del Traspunte diciendo: “¡Ah, de la farsa! ¿Qué es de vosotros?”)

(Entra por el foro con un libreto en la mano y sale por la izquierda, nervioso. Vuelve a entrar y se dirige a la concha del apuntador)

¡Nada! Ni siquiera ha llegado el apuntador. Menos mal. Los apuntadores debieran ser sordo-mudos. Pero, ¿dónde diablos se metieron estos pobres comiquillos de la lengua? *(Gritando)* ¿Vienen o no vienen? ¿Les da todavía miedo del respetable? ¿Le temen a la crítica? ¿Qué sabe la crítica de esos achaques teatrales? ¿Qué hacer, señoras y señores? ¡Ah! Soy tan desmemoriado que olvidé que hoy no había representación... A ver: el estreno de esta obra estaba programado para el martes 12 y hoy es martes por más señas... ¡Martes 13! ¡Lagarto! Doble lagarto... *(Pausa)*. Pero vosotros, señoras y señores, ¿qué vinisteis a hacer aquí esta noche, quién os llamó? Por lo visto perdisteis también ese clisé de luz que es la memoria. En mí no tiene nada de particular este lamentable olvido. Tan insignificante es mi papel en el teatro, que algunas compañías

lo suprimen para economizar sus dinerillos. Pero al fin y al cabo soy carne de teatro, buena o mala, pero carne soy. Y no olvidéis que Shakespeare fue, como yo, Traspunte, que era, a su tiempo, el criado del consueta. Yo habría podido ser un estupendo actor si esos directores de escena fuesen menos egoístas... (*Asomándose a la puerta del foro*) Pues no, estos farsantes no aparecen por parte alguna. Y como vosotros comprendéis es un poco difícil representar una obra con el Traspunte únicamente... Pero ya vendrán los comiquillos. No os impacientéis. De seguro que se quedaron por ahí comadreando o en el café del frente vociferando y hablando pestes de sus compañeros de arte; opinando que don Jacinto Grau es de mala suerte, pero superior al otro gran don Jacinto; que la señora del fulano primer actor es más artista que doña María Guerrero; que Borrás y don Ricardo Calvo no fueron más que unos malos recitadores y en fin, que el nuevo teatro es mil veces más bello que todo el antiguo, que García Lorca vale más que Lope de Vega y que el señor Pemás es la última maravilla de la escena contemporánea. Porque para decir tonterías y nimiedades no hay como los cómicos... Ya vendrán vuestros ídolos que, por dárselas de ilustres y despreocupados, van a llegar tarde esta noche. Dentro de un rato llegarán y ya veréis, señores y señoras, que yo cargaré con toda la culpa; que me motejarán de entremetido y de loco... que entre la farándula yo tengo la fama más loca de loco. Así me llaman: El loco (*Pausa*). Bueno, pero volviendo a la obra, yo os la podría leer aquí mismo... ¿No? Retiro mis palabras. ¿Qué hacer entonces? Espero que vosotros me absolváis de esta monstruosa irregularidad. Yo os dijera que reclamáis el dinero en las taquillas, pero me temo que esos desastrados representantes se hayan alzado con él. Jamás me había metido yo en un lío de estas proporciones. Todos vosotros vinisteis hoy a este teatro por divertirlos y porque la casa vuestra –y la mía– es lo más aburridos de la tierra. Los hombres cuando estamos en nuestra casa, deseáramos estar en otra. Nuestra casa es la imagen borrosa de la otra que construimos en el pensamiento (*Pausa*). ¿Está entre vosotros el señor Jefe de la policía? Pues si se encuentra presente, suba y lléveme a la cárcel. Me entrego con libreto y todo. Sin embargo... ¿Queréis que os adivine el pensamiento? Yo también como todos los ilusionistas hispanoamericanos nací una vez en la China y otra en la India... Se me ocurre una idea... ya está. Como os dije hace poco, yo llevo ya muchos años en estos menesteres de cómicos. Vamos a representar esta obra (*Indica el libreto*) con material humano, extraído directamente del público. En-

tre aquellos espectadores que no les importe el monstruo de las mil cabezas, que no piensen, como en los tiempos de Molière, que el cómico es sinónimo de vagabundo y que está siempre fuera de la ley. Con aquellos espectadores que tengan un concepto más elevado del arte de las bambalinas y las candilejas... El decorado que aquí veis no lo tengáis en cuenta, porque pertenece al último acto de un dramón de Echegaray que dimos hace poco entre sinceros silbidos y manifestaciones frutales. Vamos a ver, pues, quienes son los aficionados valientes y fervorosos... (*Abre el libreto*) Para la personificación del héroe número 1 desde aquí a un señor de 40 años o más; ha de ser un caballero melancólico, de aquellos a quienes se les ve la tragedia de la vida hasta en el modo de andar; un individuo a cinco centímetros del suicidio, en fin, un hombre medio muerto... (*Pausa*). Ha de llamarse necesariamente Nemoroso, ¡Ne-mo-ro-so! ¿¡A ver!? Es posible que un hombre se llame Nemoroso (*De las primeras filas se alza un caballero y paso a paso cabizcaído, se encamina a la escalera y la sube con la mayor lentitud*).

Escena II

(TRASPUNTE, NEMOROSO)

NEMOROSO: Yo soy la persona que usted necesita.

TRASPUNTE: Le quedo muy agradecido.

NEMOROSO: Por nada señor.

TRASPUNTE: Me figuro que usted es nuevo en la escena, ¿no?

NEMOROSO: Al contrario: formé parte de una compañía de alto renombre en la escena de España y América, pero por la incomprensión por egoísmo quizá, me dejaron aquí botado en la mayor indigencia recibiendo, poco a poco, noticias de miembros de mi familia asesinados en las cárceles de mi patria. Afortunadamente, por mi propio esfuerzo y por la educación que me dieron mis padres, pude dedicarme a otras actividades, más lucrativas y ahora soy el administrador de una empresa próspera y rica.

TRASPUNTE: Celebro mucho caballero.

NEMOROSO: Mil gracias, pero de nada me sirve esta nueva vida, cuando desde aquí, sin mi sol, sin mi cielo, he oído morir a mis padres, a mis hermanos, a mis mejores amigos.

TRASPUNTE: ¿Y abandonó por completo la escena?

NEMOROSO: Por desgracia, sí; sin embargo, sigo leyendo teatro bueno y aún el espectáculo me atrae, como puede usted verlo.

TRASPUNTE: ¿Qué papeles desempeñó usted en aquella compañía?

NEMOROSO: Era el primer actor...

TRASPUNTE: ¡Ah! Magnífico, pero alta categoría me va a impedir a mí –un Traspunte– ponerlo a prueba.

NEMOROSO: No importa. Puede hacerlo. La modestia se adquiere con los años.

TRASPUNTE: Esta bien. Veamos, pues, como diría usted aquella frase de Shakespeare: “¿Acuérdate Júpiter, de que por Europa, te volviste toro...?”.

NEMOROSO: (*En voz alta y como si recitara un poema heroico*) “Acuérdate Júpiter de que por Europa te volviste toro”.

TRASPUNTE: No está mal... tal vez sienta usted más don Pedro Calderón de la Barca... Diga: “Y como un hombre no más deciros mis penas quiero”...

NEMOROSO: “Y como un hombre no más deciros mis penas quiero”...

TRASPUNTE: (*Sonriente*) Le sobró énfasis y le faltó naturalidad... Ensayamos entonces con los autores modernos, con los reformadores: interprete esto de Lenormand: “Y yacer con todas las mujeres es no acostarse con ninguna. Don Juan es un solitario”.

NEMOROSO: (*Esforzándose por hacerlo mejor*) Yacer con todas las mujeres, etc.

TRASPUNTE: Tal vez le resulte mejor Strindberg: Diga: “Cuando no se tiene la suerte de nacer con dos piernas, hay que contentarse y saltar con una sola”.

NEMOROSO: Cuando no se tiene la suerte, etc.

TRASPUNTE: ¿Me dijo usted que antes fue el primer actor de una compañía de dramas y comedias?

NEMOROSO: Claro.

TRASPUNTE: Pero lo he probado en tragedia, dramas y comedias, no me falta ya sino el sainete...

NEMOROSO: No ironice, caballero. Yo fui todo un primer actor.

TRASPUNTE: Perdón... perdón. Yo sí creo que fue un artista eminente, pero esta clase de disciplinas también se olvidan... lo siento... no me sirve.

NEMOROSO: Naturalmente. Donde primero arraigó la envidia fue en el alma de un artista.

TRASPUNTE: Yo no soy un artista, caballero.

NEMOROSO: Así lo veo. Por eso usted es incapaz de juzgarme.

TRASPUNTE: De acuerdo... de tal manera... que...

NEMOROSO: Yo me retiro.

TRASPUNTE: Y yo le agradezco su buena voluntad.

NEMOROSO: No hay de qué. Adiós, señor mío.

TRASPUNTE: Vaya usted con Dios (*Mientras Nemoroso baja las gradas*) Ahora vamos a ver si es posible encontrar una señorita también aficionada de 20 años, ágil y guapa, graciosa, que se llame... Galatea, como en las églogas. El hecho de llevarse ese dulcísimo nombre la autoriza para subir al escenario. ¿Está esta noche con ustedes Galatea? (*Linda y trajeada a la moderna, se levanta de su silla la nueva pastora y dirige sus pasos a las escaleras*) ¡Mi madre! Qué estupenda belleza. Por Dios, señorita, este no es sitio para usted. Usted debiera estar en un paisaje del Siglo de Oro.

Escena III

(TRASPUNTE, GALATEA)

GALATEA: (*Al llegar al escenario*) Muy galante señor, muy galante.

TRASPUNTE: No faltaba más. Lamente usted que yo no sea un poeta.

GALATEA: Haciendo el amor todos los hombres quieren ser poetas.

TRASPUNTE: Me confunde usted, señorita, su belleza me nubla los ojos.

GALATEA: Basta de piropos. Al grano.

TRASPUNTE: Encantado. ¿Lista para someterse a la prueba?

GALATEA: Lista.

TRASPUNTE: Usted ha de decir cuando salga por aquella puerta de la izquierda: "Indudablemente, me dejó plantada..."

GALATEA: (*Entra por el foro y sale por la izquierda*) Indudablemente, me dejó plantada...

TRASPUNTE: Eso está muy bien.

GALATEA: Muchas gracias.

TRASPUNTE: Ahora siéntese usted en aquella silla y exclame como la Cordelia de Shakespeare: “Desgraciada de mí que no puedo hacer que mi corazón llegue hasta mis labios...”.

GALATEA: (*Haciendo lo indicado*) Desgraciada de mí, etc.

TRASPUNTE: Superiorísimo. Admirable.

GALATEA: No tanto.

TRASPUNTE: Dígame esta copla: “En un cuartito los dos, veneno que tú me dieras, veneno bebiera yo”.

GALATEA: En un cuartito los dos, etc.

TRASPUNTE: Precioso. ¡Si Machado oyera! (*Se acerca a Galatea, le coloca las manos sobre los hombros, le acerca su cara a la de ella, casi rozándola*) Diga usted conmigo lo que va a oír... Dígallo: “Dame a beber el vino de tu beso primero...”.

GALATEA: (*Levantándose de la silla, indignada, altiva*) ¿Qué se propone usted? ¿Quién cree que soy yo? ¡Atrevido, descarado! (*Baja rápidamente las gradas*).

TRASPUNTE: Por Dios, señorita. No es para tanto. Mil perdones, no quise ofenderla. Se trataba de un ensayo nada más. Le juro que mis intenciones eran sanas. Excúseme. (*Larga pausa mientras Galatea vuelve a su silla*) Entonces, para olvidar este desagradable incidente y por no desanimarlos con este segundo fracaso, necesito ahora sí, una señora sin prejuicios, despierta, inteligente, de unos 28 años, muy bien plantada y que se llame Flérída. “Flérída para mí, dulce y sabrosa, más que la fruta del cercado ajeno...”. ¿Hay entre ustedes una señora que se llame Flérída? (*Acercándose a las candilejas*) ¡A ver, señora Flérída, Flérída, Flérída! (*En un lugar de la platea se pone de pies una dama, y, desafiante, se encamina a las gradas*) ¡Muy bien! Rebién, empezamos a resolver el problema. Esto está resultando pirandeliario. ¡Va, Pirandello! Un Traspunte en busca de seis personajes que son los que tiene esta comedia (*Sube la dama*).

Escena IV

(TRASPUNTE, FLÉRIDA)

FLÉRIDA: Para servirle.

TRASPUNTE: Mil gracias, señora, por su incalificable servicio, o mejor, por su invaluable sacrificio. Tenga la bondad de sentarse... Flérída... ¿Me permite?

FLÉRIDA: No tengo ningún inconveniente. Ese es mi nombre.

TRASPUNTE: ¿Pero es verdad que usted se llama Flérída? No lo puedo creer.

FLÉRIDA: Así es. Mi padre era un poco aficionado a la literatura. Estoy a sus órdenes.

TRASPUNTE: Y yo a los pies de usted, señora (*Pausa*). Ahora, si no tiene inconveniente, quisiera probarla en unas cuantas frases.

FLÉRIDA: Puede hacerlo, con la advertencia de que soy una aficionada.

TRASPUNTE: Mejor así. Con el talento basta. Diga pues, señora, con la mayor naturalidad lo siguiente: “Ojos que te vieron ir – cuando te verán volver”.

FLÉRIDA: Ojos que te vieron, etc.

TRASPUNTE: Se me hace una aguerrida declamadora. Vamos con una frase hueca, pero difícil: “¿Sigue en la esquina?”.

FLÉRIDA: “¿Sigue en la esquina?”.

TRASPUNTE: Mejor no se puede hacer... Llore usted, señora.

FLÉRIDA: Yo no lloro. Yo no sé llorar. Nunca he llorado.

TRASPUNTE: Lo celebro. Entonces deme usted una risa de loca (*Lo hace*). Formidable. ¿Es cierto, señora, que no ha trabajado nunca en el teatro?

FLÉRIDA: Nunca, pero he leído y visto mucho teatro.

TRASPUNTE: Usted, con el tiempo, será una actriz espléndida. Su papel en esta comedia que vamos a ensayar es el de la hermosa mujer casada, enamorada de otro hombre. En la primera escena aparecen la esposa y el esposo indiferentes... Salga usted por aquella puerta de la derecha y entre por la izquierda, mientras me dice: “Ay, vengo cansadísima, qué baile más largo aquel”...

FLÉRIDA: (*Haciendo el mutis indicado y entrando por la izquierda*) Ay, vengo cansadísima..., etc.

TRASPUNTE: Casi perfecto. Ahora vamos a hacer Ud. y yo el diálogo de Flérída y Salicio, según este libreto (*Se lo entrega*). Yo sé mi parte de memoria. Lea, señora.

FLÉRIDA: (*Leyendo*) Sí, hagamos de nuestra vida la página más bella del amor. Ajena soy, libre eres tú: cambiemos mi esclavitud por tu libertad.

TRASPUNTE: (*En su papel de Salicio*) Yo descubrí tu independencia, tu inteligencia y tu rebeldía. Nada nos ha de detener.

FLÉRIDA: Nada ni nadie. Vamos a la vida sobre los corceles de la felicidad. Tú eres la fuerza, yo la sombra de esta fuerza. Vamos a estrellarnos contra la piedra de una sociedad hipócrita. Vamos a ser los nuevos abanderados del amor sin cadenas, sin cerrojos, por los caminos del escándalo.

TRASPUNTE: Así deseaba yo oírte, divina mía, pastora de mis sueños. Soy tu hacha en esta armoniosa selva, derriba tú, corta tú todos sus árboles y ponlos a arder en el fuego de tus ojos...

Nada de ayeres menores
que ya mi memoria sorda
ha tirado por la borda
todos sus viejos amores.

Nada de antiguos dolores,
todo es y nada era,
todo tú, la colmenera
de los nunca rotos lazos...
Solo tu boca y tus brazos
y el mar de tu cabellera.

Ámame, guerra y sosiego,
ámame, alegría y luto,
y dame a morder el fruto
de tu corazón de fuego.
Oye en los astros mi ruego,
que astro en los astros te aclama,
y en mí la fuerza derrama
de tu beso que electriza,
pues quiero ser la ceniza
que deja tu amante llama...

FLÉRIDA: Yo voy a ti como el minuto a la hora, como la sílaba a la palabra...

Que tu voz llegue a mi oído
siempre, que tu voz dorada
sea la línea rosada
entre el amor y el olvido.
Que suene tu voz te pido,
siempre suave, siempre queda,
como la voz de la seda
en brazos del terciopelo...
Que es tu voz la del pañuelo
cuando en el adiós se enreda.

TRASPUNTE: Tú has levantado mi espíritu, me has fortalecido, me has hecho el más esforzado de tus admiradores.

No te pedimos rosas ni automóviles,
Señor.
No te pedimos laureles ni esmeraldas,
Señor.
No te pedimos orquídeas ni corbatas,
Señor.
No te pedimos viajes ni trajes nuevos,
Señor.
No te pedimos pan ni garbanzos,
Señor.
Pero el amor nuestro de cada día,
dánoslo hoy...

FLÉRIDA: Dánoslo hoy... (*Le devuelve al Traspunte el libreto*).

TRASPUNTE: Bueno, esto está superior. (*Al público*) Y ya que esta encantadora dama ha tenido la galantería de ayudarme en este aprieto, habrá entre los señores aquí reunidos uno, también valiente, si es que todavía quedan hombres valientes, que desee venir a colaborar en esta obra y que se llame... Tirreno. Sí, Tirreno, como suena, como suena. ¡Aló Tirreno, Aló! (*Desde un palco se oirá una voz que grita: Voy allá, señor...*). ¿Ven ustedes? Esto está marchando sobre ruedas. El teatro progresa. Una obra que se ensaya y se estrena al mismo tiempo, tiene que resultar muy buena, porque está sacada

de la vida real, no de la fantasía del autor. Este será el teatro del porvenir. Las grandes obras no se escriben, se viven, se oyen (*Tirreno sube las escalas*).

Escena V

(TRASPUNTE, FLÉRIDA, TIRRENO)

TIRRENO: A su disposición, señor mío (*Leve inclinación a Flérída*).

TRASPUNTE: Me abruma con su atención, caballero. Usted se someterá también a la prueba.

TIRRENO: Venga la prueba.

TRASPUNTE: En mi concepto las tres palabras más difíciles de decir en esta escena son estas: “Al fin solos”. Dígalas usted.

TIRRENO: “Al fin solos”. (*Traspunte a toda risa*) Qué bárbaro. Pésimo. Repítalo.

TIRRENO: (*Peor todavía*) “Al fin solos”.

TRASPUNTE: No, no. Vamos con el Tenorio. “Cuán gritan esos malditos perros mal rayo los parta –si al terminar esta carta– no pagan caros sus gritos”.

TIRRENO: Cuán gritan esos, etc.

TRASPUNTE: Está menos mal. Se ve que usted está indicado para el drama de capa y espada. Vaya usted y arrodílese al pie de aquel ataúd y grite llorando o llore gritando: “¿Te veré en el cielo vida mía?”

TIRRENO: (*Yendo al ataúd*) “¿Te veré en el cielo vida mía?”

TRASPUNTE: No tiene usted la menor idea de la tragedia.

TIRRENO: A mucho honor.

TRASPUNTE: No importa, en todo hombre hay un artista en bruto. ¡Ah! Perdón... olvidaba presentarle a la señora Flérída...

TIRRENO: No es necesario, nos conocemos hace mucho.

FLÉRIDA: Efectivamente.

TRASPUNTE: ¿Y se conocen lo bastante?

TIRRENO: De corazón a corazón.

TRASPUNTE: ¿Conque esas tenemos?

FLÉRIDA: Fue mi primer capricho.

TRASPUNTE: ¡Mi madre! ¿Y ahora qué voy a hacer con este idilio antiguo?

FLÉRIDA: Pierda usted cuidado. Ya no me interesa.

TIRRENO: Pero tú, sí, muchísimo, Flérída. Y no he dejado de quererte nunca, si es que yo puedo amar alguna vez, porque yo no amo, yo deseo (*Intenta besarla, se oye al instante desde la platea a alguien que dice ¡Alto allá! ¡Alto allá! Se levanta y sube precipitadamente al escenario*).

Escena VI

(TRASPUNTE, FLÉRIDA, TIRRENO, ALBANIO)

TRASPUNTE: ¿Quién lo ha llamado a usted aquí? ¿Quién es usted?

ALBANIO: Me llamo Albanio y soy el marido de Flérída.

TRASPUNTE: Pues no es este precisamente el lugar apropiado para arreglar sus asuntos de orden íntimo. ¿Está usted creyendo que está en su casa? El público no tiene por qué enterarse de su vida amorosa y además me está echando a perder mi obra, el plan de una grande obra...

ALBANIO: Que obra ni que ocho cuartos. El público y la sociedad saben que yo estoy legalmente casado con Flérída y no podría permitir que delante de mí se le haga el amor a mi mujer. A mis espaldas, pase. Pero en mi presencia, nunca. Además, esto que están haciendo ustedes aquí (*Por Flérída y Tirreno*) es una solemne ridiculez. ¿No se dan cuenta? (*Pausa*). Yo sé que usted (*Por Tirreno*) desde que me casé con Flérída inició una ofensiva de cartas amorosas...

TIRRENO: No es verdad.

ALBANIO: Sí. Y desde la separación de Flérída y yo se ha dado usted la tarde de impresionarla, solicitándole entrevistas, llamándola por el teléfono y pasando de noche por su casa.

TIRRENO: No es cierto.

TRASPUNTE: (*Leyendo el libreto*) Es cierto.

ALBANIO: ¿Y quién lo manda a usted a opinar sobre este asunto nuestro?

TRASPUNTE: Perdón. Quería decir que el caso de ustedes es casi igual al que contiene este libreto. (*Por Flérída*) ¿No es así, señora, que ustedes se separaron hace algunos tres años?

FLÉRIDA: Así es.

TRASPUNTE: ¿Y es verdad, señora, que ustedes se casaron a la media noche y contra la voluntad de sus padres?

FLÉRIDA: Es verdad.

TRASPUNTE: ¿Y que su marido la abofeteó a los dos meses de casados?

FLÉRIDA: También es verdad.

ALBANIO: Sí, el motivo lo merecía.

TIRRENO: A la mujer no se le pega, se le mata.

ALBANIO: (*Por Tirreno*) Cállese usted.

TRASPUNTE: ¿Y es cierto, señora, que usted ha tenido más de una entrevista con un joven de la alta sociedad?

ALBANIO: Exijo un poco más de respeto, cretino.

TRASPUNTE: Es explicable que usted lo ignore, porque no ha leído esta obra, pero en ella está muy claro lo de las entrevistas.

TIRRENO: Esté o no esté en el libreto, todo esto tiene sus visos de verdad.

ALBANIO: ¡Canalla!

TRASPUNTE: (*Interviniendo*) Les suplico, señores, no convertir este ensayo en una caso de policía. Además, tengan compasión de la señora... Y piensen en el público que los está escuchando... ¿Creen ustedes acaso que están solos? ¿Podría usted (*Por Tirreno*) decir aquí quién es el afortunado joven que corteja a la señora?

TIRRENO: Muy ingenuo me parece usted, señor Traspunte. El nombre de un amante no se debe pronunciar nunca. Hay hombres que pesan como el plomo y están predestinados para él...

TRASPUNTE: ¿De manera, pues, que teme usted decir su nombre?

TIRRENO: No, no es temor.

TRASPUNTE: ¿Es su amigo?

TIRRENO: Mi mortal enemigo. Pero le conozco mucho y sé más que nadie de su vida y milagros. Lo envidio y lo detesto y si mi odio lo matara, ya estaría mil veces muerto.

TRASPUNTE: Mátele entonces con su odio y diga ya su nombre.

TIRRENO: Averíguelo usted, o mejor, su marido. Yo no diré jamás su nombre.

Es alto y musculado, elástico en el andar, cabellos y ojos oscuros, nariz y boca finas. El deporte es su mayor placer. Juega al tenis, al fútbol, al golf, al polo, a los bolos y al amor. Señas particulares: tiene cinco dedos en cada mano y la cabeza sobre los hombros. Como todo imbécil, es muy afortunado con las mujeres.

FLÉRIDA: Envidia de la mala.

TRASPUNTE: Su teoría es errónea, descabellada.

TIRRENO: Se equivoca usted. Es más afortunado en amores un soldado raso que un general de brigada; un conductor de tranvías que un banquero; un empleadillo de oficina que un ministro; un gendarme de la policía que un presidente de la república y un camarero que un rey. Conozco las estadísticas al respecto. Volviendo al amante de la señora aquí presente, entiendo que cuando está en copas se le va un poco la lengua en relación con sus conquistas. ¡Ah! Se me olvidaba: ayer lo vi paseando con Flérída en su flamante coche gris perla.

ALBANIO: ¿Qué dices tú a todo esto, Flérída?

FLÉRIDA: No hay vino mejor que el de la verdad cuando se dice con el ánimo de herir. Todo es cierto, encantadoramente cierto.

TRASPUNTE: Bueno, el nombre del amante de esta comedia (*Enseña el libreto*) se llama Salicio. (*Al público*) Si un caballero de nombre Salicio se halla entre los espectadores, le suplico presentarse a escena, porque el señor (*Por Tirreno*) ha fracasado como amante y es necesario —ahora sí— completar el consabido triángulo. Puede acercarse señor Salicio en la seguridad de que no permitiré que se le haga daño. ¡Salicio! ¡Salicio! (*Flérída recorre el escenario preocupada*) Que suba el señorito, galante, sin cobardías, como todo un varón, porque ha llegado la hora de desnudeces. ¡Salicio! ¿Qué hay de esos arrojós? ¿Entonces para qué es la juventud, buen mozo? ¡Salicio!

ALBANIO: (*Arrebatándole el libreto a Traspunte*) Deje usted su condenada farsa (*Hace pedazos el libreto*).

TRASPUNTE: ¿Pero cómo se atreve usted? ¿No sabe que en esas amarillentas páginas está vivo el pan de mi hijo? ¿Qué bárbaro es un hombre con celos

(Pausa). Murió. A otra cosa. Afortunadamente me quedan varios ejemplares. (*Sale por la derecha y a poco vuelve con otro libreto*) yo excuso su violencia. (*Por Albanio*) ¿Y usted, Tirreno, qué datos me puede dar sobre su vida? Espero que se haga usted mismo su radiografía espiritual.

TIRRENO: Mi biografía cabe en una tarjeta de visita. Yo soy el auténtico hombre sin importancia. Tengo dinero hasta el aburrimiento y mi ignorancia llega a los límites del indio caribe. Pero mi talento es del bueno. Prefiero un buen plato a un libro inmortal. El arte es para mí la cosa más aburrida del mundo, me emociona más, mucho más, un porro, una rumba, que la *Novena Sinfonía*. La poesía, la escultura, la pintura, me ponen los nervios de punta. Una vez le pegué un tiro a una estatua. Solo el dinero me atrae y mientras más consigo más lo ambiciono. El único defecto que le encuentro a Dios es su falta de dinero. Otra cosa sería el mundo si él tuviese una chequera. En los talonarios de cheques está toda la poesía de la tierra.

FLÉRIDA: Qué romántico está usted hoy. Toda su carnadura es de oro. Está usted todo un artista de la vulgaridad.

TIRRENO: A mucho honor. Bueno. He viajado mucho, pero como un fardo. Amé y deseé a Flérída, la única mujer que me ha entusiasmado. Yo no entiendo el amor. Me parece que es una falsa invención de los poetas. Yo he oído decir que los antiguos querían con el hígado. ¿No es acaso el hígado una entraña más importante que el corazón? Claro. Y que bello sería decirle a la mujer amada: te amo con todo el hígado. Me casé por capricho, por entrar en la moda, y me convencí de que el matrimonio es un pretexto para gastar dinero. Tengo un hijo y mi mujer se largó con otro. Eso es todo y nada más.

TRASPUNTE: Bastante para un truculento drama francés. Pero continúe y evite los parlamentos largos que cansan al público y que no se estilan en el teatro moderno.

TIRRENO: Nada de dramas, sainetes, puros sainetes. No hay nada más entretenido que una mujer cuando abandona a su marido. Yo vivo así muy tranquilo. Mi mujer no me interesaba por ningún aspecto. La estimaba como estimo el radio de la casa. La mujer es un mueble. Los muebles también se quieren. Desde que mi mujer me fue infiel empezó el grande éxito de mi vida. Su coquetería medular me trajo la buena suerte. El día que me dejó me gané en una negociación bursátil más de cincuenta mil pesos.

FLÉRIDA: Es usted la fil imagen del ambiente que respira.

TRASPUNTE: Tiene usted corazón de oro.

ALBANIO: Usted vale lo que pesa.

TIRRENO: Acepto todos los cargos contra mí. Y volviendo a mi interesante vida de esposo y mártir, yo soy el hombre feliz con mis fracasos amorosos. Un día, ya enterado de las aventuras de mi esposa, me dijo ésta: “Te juro amor mío, que en adelante seré la mujer fuerte del Evangelio”. Yo nunca vi más llanto sobre una alfombra. Pasó un mes en el que todos mis negocios quedaron quietos. Hasta que en la venta de una mina de oro –que no tenía oro– me gané una fortuna... Aquel bendito día llegó mi mujer a las tres de la mañana con la huella salvaje de un mordisco en la nuca. Yo no muerdo a las mujeres, señor Traspunte. (*Leve pausa*) ¿Es usted rico señor Traspunte?

TRASPUNTE: Nunca un cómico consiguió dinero y mucho menos un traspunte.

TIRRENO: Entonces los cómicos no existen.

TRASPUNTE: Toma usted muy en serio la tragedia del dinero.

TIRRENO: ¿Tragedia, dice usted?

TRASPUNTE: Y muy grande. El ejemplo está en usted mismo.

TIRRENO: Tal vez es más intensa la tragedia de la pobreza.

TRASPUNTE: No lo creo.

TIRRENO: Usted no sabe, señor mío, lo que es despertar y saber que tenemos un considerable depósito bancario.

TRASPUNTE: Usted no sabe lo que es despertar y saber que somos felices.

TIRRENO: ¿Pobreza y felicidad? Jamás se vieron las caras.

TRASPUNTE: Usted es demasiado rico para saber qué es la felicidad.

TIRRENO: Esa es la historia eterna. El pobre defiende su pobreza cuando le conviene y denigra al potentado. Por eso llaman a la envidia aquello que los otros no tienen. Con dinero puede usted bajar las estrellas.

TRASPUNTE: ¿Y qué haría usted con las estrellas?

TIRRENO: Las urbanizaría o las cambiaría por acciones de compañías anónimas.

TRASPUNTE: ¿No ve? Ignora usted el valor de las estrellas. Bueno, señor. ¿A cuántos ha hecho usted felices con su dinero?

TIRRENO: ¿Por qué tengo yo que hacer la felicidad con mi dinero? Que trabajen, que trabajen, si desean vivir contentos.

TRASPUNTE: ¿Ha trabajado usted alguna vez?

TIRRENO: No mucho o casi nada.

TRASPUNTE: Yo sé que usted ha hecho su fortuna a merced de negocios sombríos...

TIRRENO: Pero que infantil es el señor Traspunte. ¿Cree usted todavía que hay negocios claros? ¿Conoce usted alguna persona que se haya hecho millonaria trabajando honradamente? ¿Cree usted en la honorabilidad de los magnates del petróleo, del caucho, del acero, del estaño? Deslindemos, amigo mío, la honradez es para los necesitados, para los hambrientos; la fortuna para los audaces, para los inescrupulosos. La pobreza es el más abominable de los vicios, la perfecta vulgaridad. Deje usted ese romanticismo esclavo y convenga conmigo en que unas cuantas monedas en la bolsa valen más que toda la vía láctea.

TRASPUNTE: No quiero estar de acuerdo con usted. Y dígame, ¿tiene usted alguna diversión favorita?

TIRRENO: Mi diversión especial o única es asistir a los entierros. Casi por ese motivo subí aquí... a este escenario... porque vi que había muerto a bordo (*Señala el ataúd*).

TRASPUNTE: ¿Lo hace como una obra de misericordia?

TIRRENO: (*A toda risa*) ¿Misericordias a mí? ¡Qué va! Me divierte ver personas tristes. El dolor humano es para mí el más hermoso espectáculo. Un entierro de pobre me llena de gozo y asisto a ellos con la mejor voluntad. Hay veces que me pongo hasta triste. Es muy divertido ver deudos llorando con los ojos y sumando con el pensamiento la herencia que dejaron.

TRASPUNTE: ¿No le tiene usted miedo a la muerte?

TIRRENO: No, porque yo la domino. Uno se muere cuando quiere, no cuando la muerte lo desea. Yo conocí a un amigo que en la hora de la muerte dijo: "No me quiero morir" y no se murió. Otros hay que dicen: "Me quiero morir" y se pegan un tiro.

TRASPUNTE: Tal vez tenga usted razón. Un filósofo sentenció: el hombre no se muere, se mata.

TIRRENO: ¿Y ese filósofo vive?

TRASPUNTE: Hace muchos siglos que murieron todos los filósofos.

TIRRENO: Entonces su opinión no tiene autoridad ninguna. Porque cuando lo dijo estaba vivo y solo los muertos pueden hablar razonablemente sobre la muerte. (*Tirreno va y enciende el primer cirio, mientras pregunta a Traspunte*)
Pasando de la muerte al amor, ¿cuándo usted se casó estaba seguro de que su mujer lo quería?

Traspunte: Claro, hombre, claro.

TIRRENO: No tan claro. Está en un error. Ella no lo quería.

TRASPUNTE: Me desconcierta usted. ¿Cómo lo sabe?

TIRRENO: De la misma manera que usted adivinó nuestros secretos. Las desgracias de los hombres casi siempre son las mismas. No hay nada más rutinario que las pasiones. Y le digo a usted más: usted ha sido otro desgraciado en su matrimonio. Recuerde el idilio de su esposa con el director de la compañía. Reverse el coche de su vida. ¿Lo iba a matar a usted en México? ¿No es verdad? Pero, al fin, lo de siempre: se hizo el sueco o el tonto y no pasó nada. ¿No es así?

TRASPUNTE: No tanto, caballero. Yo la dejé por un tiempo, pero al cabo volví a ella y le perdoné porque la quería.

TIRRENO: Porque la quería, no. Porque la necesitaba. Ningún hombre puede volver a amar una mujer después de que lo ha engañado.

TRASPUNTE: A pesar de todo, hemos sido felices.

TIRRENO: Usted es más inocente de lo que me imaginaba. ¿Me ha dicho que ha vuelto a vivir bien después de la reconciliación?

TRASPUNTE: Sí, en casa ha reinado la más perfecta cordialidad.

TIRRENO: No. Nunca. Como le conté hace poco, yo no he leído jamás un libro pero no sé en qué papel o periódico me enteré de que las dos cosas más difíciles de pegar son: la porcelana y el matrimonio.

TRASPUNTE: Teorías... greguerías... con las que usted quiere embromarme.

TIRRENO: Por el contrario, amigo. Le estoy ayudando a sostener el interés y la emoción de esta su obra improvisada. (*Pausa*) ¿Gusta usted de la franqueza?

TRASPUNTE: Claro, hombre, claro.

TIRRENO: Pruebas al canto. ¿Es suyo el hijo de usted que tanto quiere?

TRASPUNTE: (*Colérico*) ¡Señor!

TIRRENO: La cólera es un síntoma de inferioridad. Con todo acatamiento le vuelvo a formular la misma pregunta.

Traspunte: Naturalmente, no faltaba más.

TIRRENO: Su respuesta no prueba nada. Con las consideraciones debidas le diré y me va a excusar que su hijo es el director de la compañía.

TRASPUNTE: (*Abalanzándose sobre Tirreno iracundo*) Miente usted, grandísimo idiota.

TIRRENO: Serenidad, señor, serenidad, que también está usted echando a perder su obra maestra.

TRASPUNTE: (*Con calma*) Le desprecio a usted, caballero. Haga el favor de retirarse de mi presencia.

TIRRENO: No, señor. Usted quiso cavar en nuestras almas y tiene que recoger los frutos.

TRASPUNTE: (*Despreciativo*) A otra cosa. ¿Y usted? (*Por Albano*) ¿Ama todavía a su esposa?

ALBANIO: Si es que esta es la hora de las desnudeces, le diré que no.

TRASPUNTE: ¿Y por qué subió usted aquí? ¿A defender el honor de su señora?

ALBANIO: Yo subí a defender mi ridículo, no mi honor.

TRASPUNTE: ¿No la ama usted ya?

ALBANIO: Imposible amarla.

TRASPUNTE: ¡Salicio! ¡Salicio! (*Por Flérida*) Tome nota usted, señora.

FLÉRIDA: Admiro la franqueza de Albano.

TRASPUNTE: ¿Así?

FLÉRIDA: Sí. Quería oírla. El amor mío y de Albanio dejó de existir hace mucho. El mío, primero, claro. Si aceptamos que aquella farsa conyugal fue amor.

TRASPUNTE: ¿También es usted capaz, señora, de desnudar su alma?

FLÉRIDA: Me parece muy sencillo y hasta necesario en las circunstancias de este momento. No tendría ningún inconveniente.

TRASPUNTE: Sal de tu concha, Salicio. Ofrezco una fuerte cantidad de dinero por la cabeza de Salicio. (*Por Flérída*) Me decía la señora que...

FLÉRIDA: Que le da usted demasiada importancia a estas situaciones sentimentales. La separación o el rompimiento son tan naturales como el mismo amor. Amar y odiar son igualmente fáciles. Albanio y yo nos casamos porque creíamos que estábamos enamorados, o mejor, porque deseábamos casarnos, que no es lo mismo. Y nos separamos porque ya no nos queríamos. Nada más transparente en la lógica implacable. El aburrimiento está, como Dios, en todas partes, pero tiene su sede en el matrimonio. ¿Qué tiene de escandaloso que una sociedad conyugal se liquide? En unas partes llaman esto divorcio, en otras, menos civilizadas, la denominan separación. La sociedad es injusta siempre. El matrimonio está expuesto a esta clase de fenómenos: unas veces mucho amor, otras indiferencia, hartazgo. Y se presenta la ruptura. Porque amar por rutina, por salvar apariencias, no significa amor. Amar o fingir que se ama por darle gusto a la sociedad, es un sacrificio inútil, una esclavitud vergonzosa. Sin ataduras, libre y sano, es más bello el amor, es más amor. Lo contrario es la humillación del espíritu. Una vez que el amor huyó de nuestro lado, no hay fuerza humana que pueda hacerlo tornar a nosotros, para que crezca y fructifique es necesario una tierra nueva, un alma nueva. Sí, sabedlo. (*Se dirige al público*) Yo dejé a mi marido, me separé de él, porque me pesaba en la conciencia y en la sangre, me manchaba, me mordía la belleza. Porque mi marido era como el cadáver de un ideal, del otro hombre que yo deseaba y anhelaba.

TIRRENO: (*Mientras enciende un segundo cirio*) Muy bien, Flérída, muy bien.

ALBANIO: Es mejor que te calles, Flérída. Está haciendo el ridículo.

TRASPUNTE: Déjenla ustedes, que desencadene.

FLÉRIDA: Bendigamos esta hora de las desnudeces. Yo encontré a mi esposo cuando no sabía que era la vida ni que era el amor, merced a la educación

estúpida que nos dan a las jóvenes hoy día. Me fui de su lado porque mi lecho era para él un surco y no un sueño. Porque infamó la maternidad con el deseo. Porque su voz, su boca, sus ojos, sus brazos, todo él, me hacían pensar en muerte y en las bestias. (*Otra vez al público*) Sí, sabedlo mil veces, aunque me encontréis fuera del clima social en que me muevo y he nacido: la libertad de mi alma de mujer no claudicará nunca. No me someteré jamás a las exigencias hipócritas de la sociedad de la que hago parte. Yo soy así, porque así quise serlo. También la luz se cansa. Desadaptada o no, mi independencia llega hasta el escándalo. Dejadme en mi soledad con mis errores, con el amor a mi manera y que ha de ser el universal. El amor no pregunta, no consulta, no tiene normas que lo rijan. El amor entra sin tocar y manda como un rosado dictador. (*A Albano*) En ti me equivoqué de hombre, de caballero, de galante y de esposo.

ALBANO: Cállate, Flérida. Los libros te han hecho perder la cabeza. Tú fuiste la responsable de todo aquel desastre.

FLÉRIDA: El error fue el matrimonio; el rompimiento, la verdad. La verdad pura, no aquella verdad ciega, agazapada, que la sociedad acoge y acata. La verdad que no se justifica con trajes costosos y automóviles. Hay mujeres que se compran con casas suntuosas y viajes al exterior...

TIRRENO: Felicitaciones, Flérida (*Aquí empieza a oírse, detrás del escenario, el primer tiempo, el presto. De la Sonata a Kreutzer de Beethoven*).

FLÉRIDA: ...y otras que se venden por una gardenia. ¿Romanticismo? En un siglo y en un ambiente como estos, no está del todo mal un poco de romanticismo. El hogar moderno abunda en coches de lujo, en fiestas bulliciosas y en indiferencia. Poco a poco va desapareciendo el concepto de la maternidad. La madre moderna rehúsa darle el alimento básico a su hijo para conservar más lozanos sus pechos. Y cuando lo hace, después de un baile, el blanco líquido está saturado de un delicioso olor a champaña. Yo sé de una madre —la he visto hace poco dentro de vosotros— que para poder estar tranquila en sus diversiones nocturnas, ordena a la niñera que le mezcle a la leche del pequeño unas cuantas gotas de láudano... Así puede el niño dormir más profundamente hasta que ella llegue al amanecer. Este es el hermosísimo amor mecánico de las incubadoras. Sí, aquí estoy de cuerpo entero ante vosotros, lo que en voz baja y a gritos me habréis despedazado la

vida con vuestras murmuraciones, dignas de mejor causa. Gozad conmigo así, desnuda, confesada, cínica, mujer. Y tú (*Por Albanio*) también puedes hablar a tus anchas. Condéname si tienes razón y coraje para hacerlo.

TIRRENO: (*Encendiendo el tercero y cuarto cirios*) Su comedia, señor Traspunte, se le está transformando en tragedia...

FLÉRIDA: (*Sonriente*) ¡Ah! ¿Conque esas tenemos? ¿Qué son mis faltas todas con aquella tuya que se refiere a mi seguro de vida, al monstruoso crimen que fraguaste a la sombra de la ciencia?

ALBANIO: Te ruego, Flérída, que no me menciones aquí ese asunto.

FLÉRIDA: Sí, que salga a la luz ese oscuro secreto, el secreto que no le confié a mi madre, ni a la mejor de mis amigas, por piedad, por asco. Que se me oiga en todas partes, que vaya sobre todos los vientos.

ALBANIO: No, Flérída, no, te lo suplico de rodillas.

FLÉRIDA: Nada de ruegos cobardes ni de lágrimas de papel. Aprende de mí, que no conozco el don de las lágrimas. Y voy a hacerte la caridad de desnudarte, ya que no has sido capaz de hacerlo como nosotros (*Pausa*). Me llevaste a los Estados Unidos...

ALBANIO: No, no, por Dios... (*Esconde la cara entre las manos*).

FLÉRIDA: ...Con el fin de que los médicos me vieran después de haberse malogrado nuestro primer hijo. Diagnosticaron los facultativos norteamericanos que otro alumbramiento sería casi segura mi muerte. A poco de nuestro regreso al país y sin darme yo cuenta de tus criminales intenciones, tan tonta y tan inexperta era en aquel entonces, me aseguraste en una gran suma de dinero. ¡Cómo apreciabas mi vida! Fue así cuando nuevo florecía otro hijo en mis entrañas. Y en esos amargos días, en la última luna maldita, apenas pude adivinar tus ruines maniobras y la fuerza sin límites de tu infamia. Porque tú no deseabas un hijo: esperabas mi muerte y tras ella el valor del seguro de vida. Por fortuna para mí y por desgracia para ti, yo salí ilesa de aquel trance y la criatura vino muerta al mundo.

ALBANIO: No me martirices, otra vez, te lo ruego.

FLÉRIDA: Tú no doblas las rodillas sino ante los banqueros, oh, maravilloso comerciante en honras, bolsista de la muerte, gitano de niños en embrión. Y

óyelo bien: todo lo que aquí se ha dicho respecto de mis amores con el joven de que habla Tirreno, es absolutamente cierto. Me quiere hasta la locura y es mi amante hace días. A él le debo esta nueva y maravillosa vida, por él he vuelto a nacer porque me sacó del abismo en que yacía, de esa soledad tremenda de mi alma. Lo quiero con el corazón y con el pecado, con mi sangre y con mis virtudes ignoradas: todo él es para mí como una fuente saludable (*De pronto en el interior de escenario se oye recitar la siguiente canción*):

Que no lo sepa que te quiero toda
tu corazón de yerba.

Que no lo sepa el ojo de tu anillo.

Que no lo sepa

Que no lo sepa el rascacielo triste,
ni el pez bajo la piedra.

Que no lo sepa el búho en terracota,
que no lo sepa.

Que no lo sepa la sandalia errante,
ni el avión en barrena.

Que no lo sepa el microscopio lince,
que no lo sepa.

Que no lo sepa que te quiero toda
tu camisa morena.

Que no lo sepa tu perfume nuevo,
que no lo sepa.

Que no lo sepa el lápiz de tus labios
ni tu mano de arena.

Que no lo sepa la ventana cómplice,
que no lo sepa.

Que no lo sepa tu sonrisa de ámbar
ni tu lámpara eléctrica.

Que no lo sepa tu sumisa espalda,
¡Sí! Que lo sepa.

TRASPUNTE: ¿Quién puede ser?

FLÉRIDA: Creo reconocer en esa voz la de Salicio.

TRASPUNTE: (*Entusiasmadísimo corre y sale por el foro gritando*) ¡Hola, hola! Vamos a ver quién anda por ahí. Salicio, al fin te haces sentir. Ven acá, amigo mío (*Regresa a escena por la izquierda*). No, no vi a nadie. Es raro todo esto. ¿Será el alma en pena de un comediante desgraciado? (*Al público*) ¡Salicio! ¡Salicio! Ha llegado tu hora; ven que aquí hace falta un tiro y un hombre.

FLÉRIDA: (*Por el Traspunte*) Queda usted complacido y me parece que debo retirarme.

TRASPUNTE: De ninguna manera señora. El que se marcha soy yo. Me voy a mi tragedia cotidiana y los dejo agonizando en la suya. Ya los desnudé, ya los exprimí. Adiós, caballeros. (*Por Albanio y Tirreno*) Baja la escalera y desde la platea dice: ¡Quietos! ¡Está perfecto el grupo! No se muevan. (*Albanio inclina la cabeza*) ¡Ah, de la maldita tramoya! Si esta cortina no baja pronto, estos miserables mortales se van a caer de vergüenza. ¿Pero queda todavía vergüenza en la tierra? (*Caminando de espaldas y mirando al escenario desaparece. Entre tanto y en medio de un vasto silencio, la caja mortuoria se mueve misteriosamente. Tirreno y Albanio se miran asustados. El primero va hasta el ataúd y dice:*)

TIRRENO: ¡Salicio! ¡Salicio! ¡Aquí está Salicio muerto! (*Tirreno y Albanio, abandonan uno tras otro la escena, bajan la escalerilla paso a paso. Albanio al terminar de bajarla, la separa del escenario y se van los dos hacia sus puestos respectivos. Se apaga la luz eléctrica y el escenario queda alumbrado únicamente por los cuatro cirios. Flérída enciende un cigarrillo en cualquiera de ellos. Luego los apaga uno a uno.*)

FLÉRIDA: (*Sola*) Aquello que mata el odio no alcanza a verlo el amor... (*Detrás del escenario se escucha una voz queda y urgente que la llama.*)

Voz: ¡Flérída! ¡Flérída! ¡Ven! ¡Ven!

FLÉRIDA: (*Asustada*) ¿Quién llama, quién es? ¿Quién puede ser? (*Sale precipitadamente por el foro y en las tinieblas, dentro, se oye el nombre de ¡Salicio! ¡Salicio! Y cae, lento, el...*)

TELÓN

Coeditores Colección Bicentenario de Antioquia

ANTIOQUIA
LA MÁS
EDUCADA



GOBERNACIÓN DE ANTIOQUIA



CORPORACIÓN
UNIVERSITARIA
LASALLISTA

Lleva el conocimiento
por siempre



UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

1803

Rectoría



UNIVERSIDAD DE MEDELLÍN



UNIVERSIDAD CES

Un Compromiso con la Excelencia



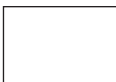
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
LATINOAMERICANA-UNAULA



Institución Universitaria



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA
SEDE MEDELLÍN



*Este libro se terminó de imprimir en Editorial Artes y letras S.A.S
para el Fondo Editorial Universidad EAFIT,
en el mes de julio de 2014.*

*La carátula se imprimió en propalcote C1S 250 gramos,
las páginas interiores en propal beige 70 gramos.*

Las fuentes tipográficas empleadas son Adobe Caslon Pro Regular, Italic, Semibold.

